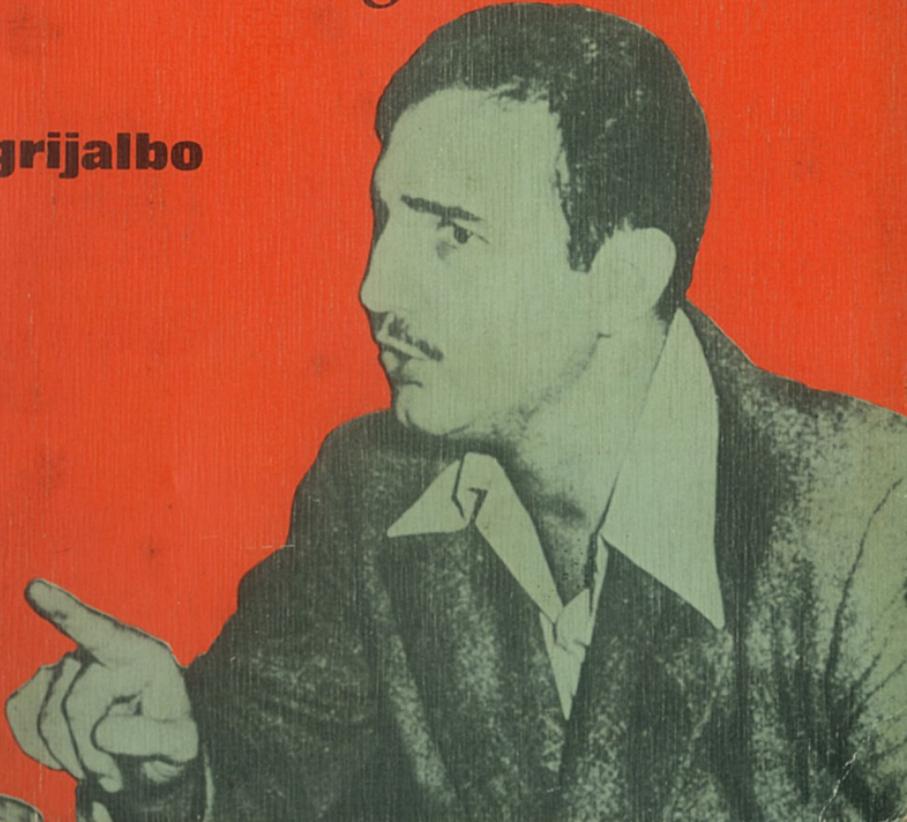


# Lionel Martin el joven **Fidel**

Los orígenes  
de su ideología comunista

**grijalbo**



# el joven Fidel

¿Cuándo se convirtió Fidel Castro en comunista? He aquí una pregunta que ha intrigado a buena parte de quienes han venido observando el proceso revolucionario cubano desde sus comienzos.

Ésta es la primera obra que aporta datos concluyentes sobre los contactos iniciales de Castro con el pensamiento radical. En ella se esbozan sus actividades y su desarrollo ideológico, desde sus años en la Universidad de La Habana hasta la victoria de la revolución cubana, y se demuestra que Castro sabía lo que pretendía con la revolución mucho antes de hacer explícitos sus objetivos finales.

Lionel Martin llegó a Cuba poco antes de la invasión de Bahía de Cochinos, en 1961. Se quedó allí y trabó conocimiento personal con varios dirigentes políticos de la revolución, teniendo la rara oportunidad de ser testigo directo de aspectos controvertidos del proceso revolucionario.

*El joven Fidel* es el resultado de cinco años de investigaciones en Cuba, e incluye una serie de entrevistas del autor con Fidel Castro y otros dirigentes cubanos. Lionel Martin ha sacado a la luz materiales no publicados sobre Castro, mostrándonos que la mayoría de textos caen en el error de sostener que el líder cubano se convirtió en comunista sólo tras haber triunfado plenamente la revolución.

\* \* \*

Graduado en Relaciones internacionales en la Universidad de California en Berkeley, donde más tarde trabajó en su doctorado, Lionel Martin comenzó a finales de los años cincuenta como comentarista político en la emisora de radio KPFA, de la Pacifica Foundation. Durante este mismo período desempeñó también la función de corresponsal en las Naciones Unidas. Posteriormente, ya en Cuba, fue corresponsal periodístico de las cadenas radiofónicas American Broadcasting Company (ABC) y Canadian Broadcasting Corporation (CBC), así como del periódico *Washington Post* y la Agencia Reuter. Sus colegas le consideran como el decano de los corresponsales extranjeros de La Habana.

Lionel Martin

# El joven Fidel

Los orígenes  
de su ideología comunista

*Segunda edición, revisada*



EDICIONES GRIJALBO, S. A.  
BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D. F.

*A Jean, Julie y Curtis*

# Índice

<i>Introducción</i>	9
<b>1. LA ETAPA DE LA UNIVERSIDAD</b>	
1. Dura escuela para principiantes . . . . .	21
2. Bajo porras y balas . . . . .	37
3. Entre los trópicos de Cáncer y Capricornio . . . . .	59
<b>2. DE LOS VOTOS A LAS BALAS</b>	
4. J'accuse . . . . .	85
5. Semilla de rebelión . . . . .	107
6. El Moncada . . . . .	131
<b>3. GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN</b>	
7. «La Historia me absolverá» . . . . .	153
8. Amnistía y exilio . . . . .	175
9. «... o seremos mártires» . . . . .	192
<b>4. GUERRILLERO DE LO MILITAR Y DE LO POLÍTICO</b>	
10. Luchando en suelo patrio . . . . .	211
11. Mi destino verdadero . . . . .	228
12. «Sí que es la Revolución» . . . . .	243
<i>Notas</i>	257

Título original

THE EARLY FIDEL

Traducido por

DOMÈNEC BERGADA

de la 1.<sup>a</sup> edición de Lyle Stuart Inc., Secaucus, N. J., 1978

© 1978, LIONEL MARTIN

© 1982, EDICIONES GRIJALBO, S. A.

Déu i Mata, 98, Barcelona-29

Segunda edición, revisada

Reservados todos los derechos

ISBN: 84-253-1524-7

Depósito legal: B. 38.911 - 1983

Impreso en Limpergraf, carrer del Riu, 17, Ripollet (Barcelona)

## Introducción

A lo largo de los últimos veinte años he tenido la oportunidad de acompañar a Fidel Castro numerosas veces en visitas a granjas agrícolas, escuelas y escenarios de sus hazañas guerrilleras en las montañas. He visto cómo interrogaba a los prisioneros tras la invasión de Bahía de Cochinos y he asistido, en un pequeño teatro-estudio de televisión, a su emocionada alocución al pueblo cubano anunciándole la muerte del Che en Bolivia. Le he visto y oído en salones hoteleros, en recepciones diplomáticas, en inauguraciones de pueblos nuevos y dirigiéndose a la multitud en la Plaza de la Revolución. Docenas de veces he asistido al borde de las pistas del aeropuerto José Martí, a las recepciones de bienvenida ofrecidas por Fidel a importantes dirigentes políticos mundiales. He tomado parte en incontables ruedas de prensa improvisadas con el líder cubano. He escrito sobre Fidel para los periódicos, para la agencia Reuter, y he transmitido reportajes radiofónicos sobre su figura para la ABC y la CBC.

Durante dos décadas he hablado sobre Fidel y la Revolución con docenas de periodistas, universitarios, técnicos y turistas. Y siempre surge la misma pregunta: ¿Cuándo

se convirtió Fidel Castro en socialista, en marxista-leninista, en comunista? He aquí el tema de mi libro.

Cuando llevaba un mes en Cuba, me desperté sobresaltado un amanecer a causa del ruido de las baterías antiaéreas y el estallido distante de bombas. Salí corriendo hacia el pasillo de la novena planta del hotel. A través de los ventanales de cristal que daban al sur podía contemplarse una vista panorámica de La Habana.

En el cielo, a varios kilómetros de distancia, se divisaban dos aeroplanos que maniobraban circularmente. Desde el suelo brotaba el fuego rápido de las baterías de defensa. De repente, uno de los aviones giró oblicuamente, como una gaviota que flotara en el seno de una corriente de aire, e inició un picado sobre sus blancos. Al enfilar su nariz hacia el cielo, elevándose en dirección norte, vi levantarse una bola de fuego y, segundos más tarde, oí la reverberación de las explosiones. Era el 15 de abril de 1961.

Por la tarde, los periodistas extranjeros fueron llevados al objetivo del raid sobre La Habana, la base principal de la insignificante fuerza aérea cubana. Las edificaciones cuartelarias estaban acribilladas por impactos de ametralladora. Los cristales de las ventanas habían sido destrozados y dos boquetes abiertos en las paredes quedaban como prueba de sendos impactos de cohetes.

En una de las oficinas podía observarse una enorme mancha de sangre, la de un joven miliciano mortalmente herido durante el ataque matutino<sup>1</sup>. Antes de expirar había escrito una sola palabra en su propia sangre sobre la puerta de color crema: «Fidel».

Durante la noche del día del bombardeo, miles de personas desfilaron ante los ataúdes de las víctimas, que habían sido colocados en la universidad de la capital. Los altavoces lanzaban sin cesar, y a un volumen ensordecedor, música revolucionaria. Durante una hora permanecí sentado en un banco de piedra situado junto a los ataúdes, en compañía de Leo Huberman y J. P. Morray, por entonces profesor invitado de relaciones internacionales en la universidad de

La Habana<sup>2</sup>. Hablamos sobre los sucesos del día y estuvimos de acuerdo en que el bombardeo no era más que el preludio de una inminente invasión.

Al día siguiente, decenas de millares de soldados, milicianos, hombres y mujeres de todas las edades, seguían los camiones que trasladaban los ataúdes constituyendo una cadenciosa marcha de muerte hasta el cementerio. Tras el sepelio, Fidel Castro habló desde una improvisada plataforma de madera levantada frente a la ornamentada puerta principal del cementerio de Colón.

El discurso de Fidel fue tan airado como ardiente había sido el sol durante este sofocante día. Recordó que la contrarrevolución había incendiado las plantaciones de caña y hecho volar por los aires el barco francés *La Coubre*, cargado de munición y surtido en el puerto de La Habana, para acabar ahora bombardeando tres aeródromos cubanos. El pueblo congregado clamó venganza una y otra vez, sin cesar: «¡Paredón... paredón... paredón...!»

Fidel se mostraba desafiante: «Lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba. No pueden perdonarnos que hayamos hecho una revolución socialista en las mismas nártices de los Estados Unidos».

«... una revolución socialista». Por vez primera desde que Batista emprendiera su huida preso del pánico, dos años antes, se utilizaba la palabra *socialista* para describir la revolución cubana.

\*

Un día después se produjo la invasión de Bahía de Cochinos (Playa Girón), y setenta y dos horas más tarde tomaba cuerpo la victoria de las tropas revolucionarias de Fidel Castro. Mientras aún estaban llevándose a cabo operaciones de limpieza, tuve oportunidad de recorrer el frente de batalla junto con otros correspondentes extranjeros.

Nuestra primera parada fue en Jagüey Grande, ciudad

situada junto al área de combate. Fuimos conducidos hasta la pequeña y rústica estancia funeraria donde fueron llevados muchos de los muertos de la guerra. Los cuerpos yacían sobre tablas o en el suelo y la sangre cubría el cemento al igual que la grasa alfombra el suelo de un garaje. Apiladas en un rincón, las botas y las ensangrentadas ropas de las víctimas. Enjambres de moscas revoloteaban sobre los cadáveres, de los que se desprendía el fétido y pesado olor a muerte. En una estancia contigua, un hombre cortaba tablas con una sierra circular.

Al abandonar el lugar tuvimos que bordear el cuerpo de un joven miliciano negro que yacía sobre unas parihuelas. Uno de nuestros guías dirigió una lenta mirada hacia el muerto y dijo, con expresión seria: «Otro compañero que muere por nuestra revolución socialista». Una semana antes no habría usado la palabra *socialista*.

Nos trasladamos a las que habían sido cabezas de puente durante la invasión: Playa Larga y Playa Girón. Pasamos junto a los desechos bélicos: un camión de transporte calcinado, un tanque reventado, una pieza de artillería averiada. Ocasionalmente se producía fuego de fusilería. A lo largo del camino, algunos veteranos de la guerra de los tres días saludaban nuestro paso con un gesto nuevo para los revolucionarios cubanos: el puño alzado.

La revolución había tomado un nuevo color, el *rojo*, que proliferaba en los pañuelos anudados al cuello de los milicianos y en las banderas que flameaban por doquier. Estatuillas de Lenin y alfileres con la estrella soviética acompañada de la hoz y el martillo aparecieron como por ensalmo en los tenderetes del centro de La Habana. Carteles y vallas proclamaban: «Viva la primera república socialista de América». La *Internacional* se convirtió en el número uno de las listas de éxitos en la discografía cubana. El pueblo la coreaba en los mítines públicos con los brazos entrelazados y los cuerpos cimbriantes. Sus acordes sonaban hasta media docena de veces en los bailes nocturnos del club social Cris-tino Naranjo, situado cerca de mi hotel.

Apareció una excitante tonadilla que era cantada por todos y en los más inesperados momentos:

*Somos socialistas,  
p'alante, p'alante,  
y al que no le guste  
que tome purgante.*

\*

El día primero de mayo Fidel se dirigió nuevamente al país, esta vez frente a un millón de personas congregadas en la Plaza de la Revolución de La Habana. Su discurso fue precedido por un desfile de diez horas, auténtica demostración de resolución revolucionaria para los participantes en la marcha y para los espectadores. Parecía como si este día estuviera en movimiento la mayor parte de Cuba, milicianos y milicianas, unidades del ejército revolucionario, la diminuta armada, la aún más escasa fuerza aérea, trabajadores, campesinos, estudiantes, profesionales y decenas de millares de voluntarios de la campaña de alfabetización, con faroles de fabricación china en sus manos y jícaras de aluminio colgando de sus correajes en bandolera.

Caía la noche. Se encendieron los potentes focos. Fidel comenzó su alocución. «Seré breve», dijo, ¡y acabaría hablando durante más de tres horas!

Alrededor de medianoche, mientras la voz de Fidel, tan vibrante como de costumbre, seguía tronando en los altavoces, abandoné mi privilegiado observatorio en la tribuna reservada para la prensa y me di una vuelta alrededor de la plaza. El efecto surrealista de la escena venía realzado por las variaciones de intensidad de luz en las diferentes partes de la explanada. La mayor parte del auditorio se hallaba ahora sentado o tumbado sobre el negro asfalto, física y emocionalmente exhausto por los acontecimientos de los largos días precedentes. La mayoría parecía tener los ojos cerrados o somnolientamente perdidos hacia un lejano punto

del infinito. Reinaba un silencio absoluto. Sólo se percibían las palabras de Fidel y su eco.

El ambiente era de una calma exquisita, similar a la mágica quietud que se experimenta en el campo entre el crepúsculo y el advenimiento de la oscuridad. En la etérea magia del momento, la sensación de cualquiera era la de que existía una comunión absoluta entre Fidel y el pueblo cubano. Me recuerdo a mí mismo preguntándome si no sería ésta la idea que albergara Rousseau de la *volonté générale*. Inexplicablemente, saltó a través de mi mente un verso de Yeats:

*Y unidos como engranaje, crecemos inmortales.*

\*

Poco después de este primero de mayo, Raúl Castro, el hermano menor de Fidel, diría que «cuando Fidel proclamó el carácter socialista de la revolución, no hizo otra cosa que ponerle nombre a un niño que ya había nacido»<sup>3</sup> Unos pocos meses más tarde, Osvaldo Dorticós, el hábil presidente de Cuba, repetiría la misma idea con una exposición más detallada:

Se nacionalizaron las industrias principales, se nacionalizó la banca, se estableció el monopolio estatal del comercio exterior, es decir, se socializó la parte principal de la economía industrial, nuestra banca, nuestro comercio exterior, y el pueblo y la clase trabajadora entera aplaudió aquella transformación de nuestra economía, y un buen día descubrió o confirmó que eso que aplaudía, y que el pueblo favorecía, y que era la gran conquista histórica del pueblo cubano, esa revolución que tales cambios realizaba, era una revolución Socialista<sup>4</sup>.

El filósofo francés Jean-Paul Sartre había señalado muy

acertadamente, algunos meses antes de la invasión de Bahía de Cochinos, «que la originalidad de esta revolución consiste precisamente en hacer lo que debe hacerse, sin intentar definir sus actos mediante una ideología previa»<sup>5</sup>. Huberman y Sweezy, basándose en «las características del orden social que estaba surgiendo», ya habían llegado a la conclusión de que «la nueva Cuba es una Cuba socialista»<sup>6</sup>.

Ya en 1959, algunos de los pilares de la guerra fría habían detectado extrañas vibraciones en sus sismógrafos políticos. Cuando los dirigentes revolucionarios hacían frente a los ataques de los anticomunistas insistiendo en que la revolución era «tan verde como las palmas», la gente de derechas respondió: «mejor como una sandía, verde por fuera y roja por dentro».

Tras la promulgación de cada nueva ley revolucionaria, se recrudecían las acusaciones de comunismo por parte de una pequeña minoría. No obstante, la amplia mayoría del pueblo cubano era estrictamente «fidelista».

En octubre de 1960, cuando Fidel anunció la nacionalización de las empresas industriales extranjeras asentadas en Cuba, se advirtió del gusto popular una nueva canción con profundas implicaciones ideológicas. La canción llevaba por título *Cuba, sí; yanquis, no*. Así reza una de sus estrofas:

*Si las cosas de Fidel  
Son cosas de comunistas,  
Que me pongan en la lista;  
Estoy de acuerdo con él.*

La popularidad de la canción anunciaba el cambio de ideas. Era la primera expresión consciente por parte del pueblo cubano de que se hallaba cruzando unas fronteras ideológicas prohibidas. No obstante, Fidel, su guía, se movía con una sorprendente seguridad y, al menos para él, parecía que el territorio situado más allá de la nueva frontera no era precisamente una *terra incognita*.

Fidel ha dicho una y otra vez que, en el momento en que abandonó la universidad (nueve años antes de la victoria de la Revolución cubana, y doce antes del anuncio de que Cuba había decidido emprender el camino socialista), ya era un convencido marxista-leninista, que ya soñaba en una Cuba socialista. Así lo sostuvo en un discurso pronunciado en diciembre de 1961, así se lo dijo a Lee Lockwood a mediados de los sesenta, y así me lo ha repetido a mí, con datos adicionales, en diversas ocasiones durante 1974 y 1975.

Sin embargo, no son pocos quienes se muestran escépticos frente a la versión ofrecida por Fidel de su propio desarrollo ideológico. Algunos de los que dudan se mofan abiertamente de la versión de Castro; otros, más benignos, admiten su precoz vocación de revolucionario, pero están convencidos de que no ha actuado *conscientemente* al guiar la revolución cubana hacia un derrocamiento jacobino del sistema capitalista y una alianza con el campo socialista.

Los escépticos parecen tener a su favor argumentos muy sólidos. El principal, es que no disponemos de prueba alguna según la cual, antes de 1961, Castro abrazara públicamente la doctrina marxista-leninista. Por el contrario, son muy numerosas las que nos demuestran que Castro era un radical, pero en el marco tradicional del populismo democrático-burgués. Quienes se muestran escépticos también señalan que el propio Castro, tanto antes como después de que triunfara la revolución, había hecho declaraciones públicas que le situaban al margen del comunismo. Su afirmación de que fue un precoz marxista-leninista es retrospectiva, sustentada cuando la revolución ya había decidido optar por la vía socialista, y por tanto digna de hacer dudar.

A la luz de esta aparente contradicción, evaluar el desarrollo ideológico de Fidel antes de la revolución presenta al investigador problemas que le dejan perplejo. ¿Dónde hallaremos la entrada al laberinto del pensamiento de Castro durante su período de formación como revolucionario?

Un punto de ataque obvio lo constituirán los contactos

de Castro con las ideas marxistas y sus valedores. En este terreno, incluso los más serios estudios sobre Castro muestran una desoladora penuria de datos. Por mi parte, pongo al descubierto aquí evidencias inéditas sobre las relaciones de Castro con marxistas que se remontan a su estancia en la universidad; evidencias a un mismo tiempo sorprendentes y auguradoras.

Sin duda alguna estas revelaciones vierten nueva luz sobre la formación de Castro como socialista. Si no son gratuitas, la actitud escéptica frente a la explicación que da Castro a su propio desarrollo intelectual deberá ser rectificada.

La información acerca de los contactos de Castro con el marxismo y los marxistas resulta difícil de obtener, lo cual constituye una circunstancia atenuante para aquellos escritores que no han hecho caso o han subestimado esta línea de investigación. Sin embargo, los discursos, cartas, manifiestos y artículos de la época prerrevolucionaria castrense son relativamente fáciles de consultar; de ahí que sea inexplicable la superficialidad con que han sido tratados. Los investigadores han aprendido a escudriñar con atención cada afirmación e inferencia de Platón, Hobbes o el joven Marx. ¿Por qué han pasado por alto con tanta facilidad los primeros trabajos de Castro, citándole una y otra vez, pero olvidándose siempre de analizar sus argumentos y procesos mentales? La razón quizás sea su rechazo apriorístico a aceptar la afirmación de Castro de que era marxista-leninista cuando redactó estas cartas o manifiestos. Creo que el análisis de estos materiales se mostrará altamente provechoso, y que tras una apariencia reformista está latente una esencia revolucionaria.

# PRIMERA PARTE

## LA ETAPA DE LA UNIVERSIDAD

*Yo era el Quijote de la Universidad, siempre estaba bajo los palos y los tiros. Lo que sufri en la Universidad tiene más mérito que la Sierra Maestra.*

FIDEL CASTRO, La Habana, 13 de enero de 1959.  
Citado en *El Mundo* del día siguiente.

# 1

## Dura escuela para principiantes

Alfredo Guevara, que con el tiempo se convertiría en fundador de la industria cinematográfica en la Cuba revolucionaria, ingresó en la universidad de La Habana en 1945. Era ya un veterano luchador político de los centros de grado medio, un miembro activo del Frente Nacional Antifascista y un comunista convencido. Al entrar en la universidad no perdió tiempo en formarse una composición de lugar acerca de la situación política, en averiguar quiénes eran sus aliados potenciales, y quiénes sus enemigos. Uno de sus compañeros de primer curso, Fidel Castro, atrajo su atención de inmediato.

Castro era alto y de aspecto agradable, atlético y eloquente. Pertenecía a una acomodada familia de propietarios agrícolas y había cursado sus estudios secundarios en un selecto colegio religioso de La Habana, el de Belén, donde se destacara como estrella del atletismo. Solía vestir traje, detalle que a ojos de Guevara, incrementaba su apariencia de patrício.

Guevara me ha descrito su primera toma de contacto con Fidel Castro:

Me sentía asustado. Ahí estaba el tal Castro, de veintiún botones, enfundado en su traje negro de

gala, bien parecido, seguro de sí mismo, agresivo... un líder a todas luces. Procedía del colegio religioso de Belén, y yo le veía como una amenaza política. El amenazante espectro del clericalismo sobrevolaba la Universidad, y yo creía que Castro iba a ser su instrumento<sup>1</sup>.

Castro parecía reunir todas las condiciones necesarias para convertirse en un puntal del establecimiento político dentro de la universidad: buena posición, presencia física, una educación selecta en escuela privada de los jesuitas, mente rápida y fuerte personalidad. Pero, en realidad, no era ni el patrício ni el conservador imaginado por Guevara.

Guevara ignoraba que la educación de Fidel Castro no había seguido los esquemas típicos de los miembros de su clase social. No tenía la menor noticia de que los doce primeros años de la vida de Fidel hubiesen transcurrido en una estancia de Oriente, la más oriental de las provincias de Cuba, región de grandes plantaciones, campesinos pobres y aún más pobres braceros.

El padre de Fidel, Ángel Castro, había llegado desde España poco antes de principiar el siglo. Durante la infancia de Fidel, Ángel se había convertido en propietario de una gran estancia destinada a la cría de ganado y al cultivo de la caña de azúcar en las cercanías de la Bahía de Nipe, zona donde se asentaban algunos de los mayores ingenios azucareros de Cuba. El viejo Castro era un hombre práctico, con una escasa educación formal, y que empleaba la mayor parte de su vida al frente de la estancia. La madre de Fidel, la segunda esposa de Ángel, procedía de una humilde familia cubana, y su vida estaba dedicada a los quehaceres de tipo doméstico.

En cierta ocasión, Fidel señalaba que sus años de formación hubieran sido con seguridad muy diferentes de haber sido su padre propietario de segunda generación<sup>2</sup>. En tal caso, la familia habría afincado su residencia en el batrio

acomodado de alguna ciudad, quizás incluso en La Habana, y Fidel no hubiera sido este incipiente universitario tan profundamente informado de las condiciones sociales de Cuba. Pero la realidad era que, tanto Fidel, como su hermano Ramón, habían crecido en un medio rural.

Los compañeros de juego de Fidel habían sido los hijos de las miserables familias de los contornos. Sus años de escuela primaria los había compartido con ellos, experiencia que más tarde recordaría con singular acerbo en una carta escrita desde la cárcel:

Mis compañeros de clase, hijos de humildes campesinos, solían acudir a la escuela descalzos y cubiertos de harapos. Eran sumamente pobres. Aprendían poco y mal, y no tardaban en dejar la escuela, incluso cuando su inteligencia era superior al promedio. Caían entonces en el mar sin fondo y sin esperanza de la ignorancia y la penuria, sin que jamás ninguno de ellos consiguiera escapar al inevitable naufragio. Hoy en día, sus hijos les siguen los pasos, aplastados bajo la losa del fatalismo social<sup>3</sup>.

Fidel se vio apartado de sus compañeros de escuela cuando su padre decidió mandarle a la ciudad para seguir estudios secundarios, pero jamás iba a olvidarse de ellos. Sin duda alguna, sus experiencias de la infancia contribuirían a sensibilizarle frente a la injusticia e iban a desempeñar un importante papel en la modelación de sus concepciones políticas. Por lo demás, le pusieron en estrecho contacto con la población rural, y su profunda comprensión de la mentalidad del guajiro<sup>4</sup> fue factor decisivo durante la guerra de guerrillas en la provincia de Oriente. Algunos de estos compañeros de escuela, y otros hombres de extracción similar, se incorporarían de inmediato al ejército rebelde. Tras la victoria, sus hijos iban a gozar de nuevas oportunidades educativas y sociales. Se había conseguido eludir la pesada carga del ancestral fatalismo social.

Según su hermano Ramón, al pasar de la escuela pública de Marcané al colegio de los jesuitas, la documentación de Fidel fue retocada a fin de retrasar en un año su fecha de nacimiento, para que pudiera ser admitido en el centro de enseñanza media. El tema de la fecha exacta del nacimiento de Castro ha sido motivo de confusión para sus biógrafos<sup>5</sup>.

La evolución religiosa de Fidel es un tema complejo. En cierta ocasión, un sacerdote chileno le inquirió acerca del momento en que había experimentado su «crisis religiosa». He aquí la respuesta de Fidel: «El problema es que no tuve crisis, es que no tuve educación religiosa, era superficial...». En respuesta a preguntas de otro sacerdote, Fidel señalaba: «¿Sentido religioso? No tenía ni el 10 %»<sup>6</sup>.

A pesar de su casi nula devoción, las experiencias rurales hicieron de Castro un hombre susceptible a ciertos elementos del cristianismo. Aun cuando rechazaba su contenido sobrenatural, no hallaba dificultad alguna en aceptar la esencia social del cristianismo primitivo, su sentido de la justicia y su identificación con los humildes y desheredados. Según afirmaría Castro años más tarde, su formación religiosa le infundió «imperativos éticos» a través de cuyo prisma evaluar el mundo circundante<sup>7</sup>.

\*

Pocas semanas después de iniciado el curso 1945-1946, la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) convocó elecciones. Baudilio Castellanos, amigo de Fidel, se presentaba para presidente de la asociación estudiantil de la facultad de derecho<sup>8</sup>. En las mismas elecciones, Fidel se presentaba como candidato a delegado de curso. Mario García Inchaústegui, otro amigo de Castellanos, era candidato a la vicepresidencia<sup>9</sup>. Los tres eran independientes, libres de todo vínculo con la poderosa maquinaria que, desde fuera de la universidad, manejaban fuerzas interesadas en mantener su control sobre la FEU. Su elección puede considerarse como una rotunda victoria en favor del autogobier-

no independiente de la capa estudiantil. Posteriormente, los tres iban a formar parte del vocinglero grupo de estudiantes rebeldes que encabezaron vigorosas campañas contra la corrupción, la influencia norteamericana en Cuba y medidas impopulares como la elevación de las tarifas de los autobuses.

Pronto descubriría Fidel que el recinto universitario era una simple parcela del mundo global circundante, a pesar de la tan blasonada tradición de autonomía. La corrupción gubernamental, regla más que excepción en Cuba, se filtraba en la universidad como el rezumante flujo de un pestilente sumidero. La terrible y profana trinidad de políticos, policías y gangsters, trabajando en simbiótica fraternidad, no se detenía al alcanzar la amplia Escalinata o las paredes que separaban el recinto universitario del resto de la ciudad. Extorsiones, recompensas y sinecuras estaban plenamente entrouizadas en el *campus* universitario, y eran comunes la intimidación a profesores, las nóminas fraudulentamente hinchadas, el saqueo de fondos dedicados a la educación y el desfalco.

La cúspide del entramado estaba ocupada por Ramón Grau San Martín, el presidente. Los cubanos que habían creído en sus promesas y le habían concedido el voto en 1944, esperaban de él una drástica reforma de gobierno. Pero, por el contrario, se encontraron con el latrocínio y la corrupción. Grau comenzó a distribuir sinecuras y nóminas fraudulentas con la magnanimidad de un emperador, consintiendo a sus ministros idéntico comportamiento. Fondos destinados a obras públicas desembocaban ilegalmente en bolsillos privados. Enormes sumas de dinero procedentes del juego, la prostitución y el tráfico de drogas eran distribuidas entre altos personajes gubernamentales, oficiales de policía y sus colaboradores más directos.

Grau, actuando con astucia diabólica, distribuyó las jefaturas de las guarniciones policíacas ubicadas alrededor de la capital entre facciones rivales de extorsionadores. Los jefes de la policía secreta, de la policía de La Habana, de

la Academia Nacional de Policía y de otros estamentos dedicados a «salvaguardar la ley», delimitaron con rigidez sus campos de dominio propio y, a menudo, entraron en abierto conflicto mutuo con motivo del reparto de botines<sup>10</sup>.

Abundantes subsidios gubernamentales llegaban a manos de las numerosas bandas de pistoleros que pululaban en la capital, a través de nóminas fraudulentamente amañadas. Dichos pistoleros llegaron a considerarse a sí mismos como descendientes directos de los grupos de acción revolucionaria surgidos tras la caída del dictador Machado, a comienzos de los treinta, y durante la sangrienta represión del incipiente movimiento revolucionario. No obstante, a finales de la década de los treinta, tales grupos revolucionarios habían dejado virtualmente de existir. Tras el ascenso de Grau a la presidencia en 1944, los nuevos «grupos de acción» fueron organizados para cobrar venganza sobre los represores del movimiento revolucionario postmachadismo, muy especialmente sobre los seguidores de Fulgencio Batista<sup>11</sup>.

Los grupos de acción se autoconcedieron timbombantes denominaciones tales como Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR) y Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), pero lo cierto es que nada revolucionario había en su seno. No demoró mucho que Grau y otros políticos les hubieran incluido en sus nóminas como pistoleros a sueldo. Para la inmensa mayoría de la población cubana no eran más que eso, simples pistoleros.

Grau creó un equilibrio cimentado en amenazas y carnicerías mutuas para encaramar sobre el mismo su régimen externamente elegante. Durante los cuatro años que duró su administración, se produjeron en La Habana alrededor de 120 asesinatos al estilo de ajustes de cuentas entre bandas rivales<sup>12</sup>.

Ésta era la atmósfera civil en el momento del ingreso de Fidel en la universidad. Antes de finalizar su primer curso en ella, Castro estaba ya plenamente consciente de la depravación general que reinaba en la vida política cubana. Había descubierto que el destino de la nación estaba con-

trolado por poderosos grupos de intereses que operaban a través del gobierno. Llegaría así a odiar a Ramón Grau San Martín como personificación de la trama diabólica que corrumpía a la nación. Así comenzaba a forjarse un rebelde.

\*

Era completamente natural que Fidel se sintiera atraído por el llamativo Eduardo Chibás, congresista de media edad perteneciente al Partido Auténtico, el del propio Grau, y que a la sazón se erigía como primer paladín en la búsqueda de vilezas y ruindades que poner al descubierto y airear ante el pueblo. En cada una de sus ampliamente escuchadas intervenciones radiofónicas, desenmascaraba nuevos chanchullos y corrupciones entre altos cargos públicos. A menudo imprudente, siempre impetuoso, fustigaba con furia y sin preocuparse por quienes pudiesen resultar manchados por sus salpicaduras. Con el paso del tiempo, sus andanadas verbales acabarían por alcanzar al propio Grau. Su notoriedad pública creció pareja con su grado de implicación polémica, y con el odio que él incitaba en sus enemigos<sup>13</sup>.

Poco después del regreso de Fidel a La Habana para iniciar su segundo año de carrera, Rubén de León, congresista del Partido Auténtico, efectuó un vitriólico ataque radiofónico contra Chibás en respuesta a las recriminaciones de este último a la administración de Grau. Unos días más tarde, cuando Rubén de León iniciaba su intervención en un mitin al aire libre, Fidel Castro se hallaba entre los estudiantes que le abuchearon hasta hacerle abandonar la tribuna de oradores<sup>14</sup>. Por cuanto se conoce, éste fue el primer acto de Fidel como activista político.

El debut público de Fidel como orador político, tal como se deduce de las noticias publicadas por la prensa, tuvo lugar el 27 de noviembre de 1946<sup>15</sup>. El escenario fue el cementerio de Colón en La Habana, cerca del panteón que honra el recuerdo de ocho estudiantes que fueron eje-

cutados por un pelotón de fusilamiento español setenta y cinco años antes, en 1871. Castro, que ya era un líder entre los estudiantes de Derecho, habló en nombre de la FEU. Al día siguiente los periódicos publicaron su nombre (*El Mundo* le llamaba «Fidel de Castro») con una breve reseña sobre su discurso. *Información* fue el que publicó una cita más extensa. Atacó, según *Información*, «la tolerancia presidencial para que algunos ministros malversen los fondos públicos y los “bonches” invadan las esferas gubernamentales [...] Si Machado y Batista asesinaron y persiguieron a personas decentes y revolucionarios honrados, el doctor Grau ha matado las esperanzas del pueblo cubano, convirtiéndose en un estigma para la Patria».

Por entonces Castro ya había comenzado a distinguirse como líder estudiantil; de ahí que la poderosa máquina que controlaba la política universitaria hubiera preferido tenerle como aliado antes que como enemigo. Manolo Castro (sin ninguna relación familiar con Fidel), el presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), hizo un intento para atraerle hacia sus intereses. Manolo Castro había ido deslizándose hacia la telaraña de las prácticas corrumpidas y, como recompensa a los servicios prestados, se le acababa de ofrecer la Dirección Nacional de Deportes<sup>16</sup>. Manolo fomentó rumores en el sentido de que Fidel podía ser escogido a dedo como sucesor suyo. Se trataba de lanzar un anzuelo cebado. La aquiescencia de Fidel hubiera exigido como contrapartida la revisión de su política de oposición. Sin embargo, sus «imperativos éticos» cerraban el paso a un hipotético trato<sup>17</sup>. A modo de desafío, Fidel estampó su firma en un manifiesto militante en el que se declaraba: «Juramos luchar contra la reelección de Grau, aunque el precio de la lucha sea nuestra sangre»<sup>18</sup>.

La inquebrantable postura de Fidel le llevó a un enfrentamiento directo con Mario Salabarria, el temido jefe de la policía secreta cubana, quien en palabras del propio Castro era «el dueño de la capital»<sup>19</sup>. Salabarria, que controlaba algunos de los negocios ilícitos más lucrativos de la ciu-

dad, consideraba los recintos universitarios como dominio privado. Cuando se percató de la imposibilidad de atraerse a Castro, decidió recurrir a las amenazas. En tono conminatorio le indicó a Castro que, o bien deponía su oposición política, o de lo contrario haría bien en abandonar sensatamente la universidad.

Fidel ha relatado su retiro a una playa cercana a la capital para meditar acerca del ultimátum de Salabarría, cuyos pistoleros no se andaban con chiquitas. Si Castro desafiaba el ultimátum, su vida iba a verse en constante peligro. Fidel tomó una decisión: «Decidí volver, y volví»<sup>20</sup>.

Se ha dicho, pero Castro jamás lo ha confirmado, que al regresar a la universidad decidió hacerlo armado. Con todo, el hecho nada tendría de sorprendente considerando los peligros que acechaban a todo militante implicado en la política universitaria.

Sus enemigos habían acusado a Castro de pertenecer a uno de los grupos de pistoleros, la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR). Por cuanto me ha sido posible descubrir, Castro mantuvo ciertos contactos con la UIR que, sin embargo, pueden ser fácilmente interpretados de modo erróneo. Dichos contactos tenían como base la mortal enemistad entre la UIR y Mario Salabarría, así como entre aquélla y otro grupo armado con estrechos contactos con el jefe de la policía secreta, el Movimiento Socialista Revolucionario (MSR). El MSR estaba comandado por Rolando Masferrer, un ex comunista que ya por entonces comenzaba a mostrarse como enemigo mortal de Fidel<sup>21</sup>.

El odio compartido hacia Salabarría y Masferrer era el principal vínculo de unión entre Fidel y la UIR<sup>22</sup>. No obstante, Fidel jamás se adhirió a la UIR ni disfrutó de las si-necuras y ayudas que sus miembros recibían del aparato gubernamental de Grau. Más aún, en momento alguno Fidel compartió o siguió la orientación política de dicha organización. De hecho, un antiguo dirigente de la UIR, actualmente en el exilio, ha señalado que Fidel Castro «nos utilizaba para sus propias batallas políticas dentro de la uni-

versidad», clara referencia a la línea de independencia seguida por Castro en aquellos años <sup>23</sup>.

\*

En cierta ocasión, interrogué a Fidel acerca de la evolución de su pensamiento. Él replicó que «incluso antes de haber tomado contacto con la literatura socialista, había estudiado economía política y había llegado a ciertas conclusiones personales bien definidas. Me había convertido en algo muy próximo a un socialista utópico». Su puesta en entredicho de la racionalidad del sistema capitalista le fue sugerida por la lectura de un manual de economía política «intolerablemente aburrido».

El libro hablaba de las crisis provocadas por los excesos de producción y el paro obrero como «leyes inexorables e inmutables de la sociedad», idea intuitivamente rechazada por Fidel. Castro no lograba entender por qué en Inglaterra —de acuerdo con un ejemplo contenido en el manual— los trabajadores en paro debían congelarse de frío, mientras en el subsuelo se albergaban ingentes cantidades de carbón. Su incomprendición del planteamiento derivaba, según propia indicación, de cierta noción de «lo justo y lo injusto, de cierto espíritu de rebeldía contra... la opresión» <sup>24</sup>.

Este idealismo le llevó a acoger entusiásticamente el anuncio, por parte de Eduardo Chibás, de que estaba procediendo a la creación de un nuevo partido político. El llamamiento, hecho público el 11 de mayo de 1947, recogía los principales puntos programáticos del nuevo partido: «nacionalismo, antiimperialismo, socialismo, independencia económica, libertad política y justicia social» <sup>25</sup>. Pocos días después, Fidel asistía a la asamblea de fundación del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) <sup>26</sup>. Su afiliación al mismo se mantuvo durante ocho años, y fue el único partido político al que perteneció con anterioridad a su victoria revolucionaria.

Cuando Manolo Castro dejó la universidad para ha-

cerse cargo de su nuevo puesto de director nacional de Deportes, el movimiento de anticorrupción en el seno universitario comenzó a desarrollarse con enorme intensidad. El dinámico movimiento centró sus principales actividades en convocar a los estudiantes a una asamblea constituyente encaminada a reorganizar la FEU según unas líneas más democráticas y progresistas. Fidel derrochó sus energías en la organización de dicha asamblea, que acabaría teniendo lugar, una vez celebrados los exámenes de fin de curso, a mediados del mes de julio de 1947. Fidel se hallaba entre los miembros nominados para ocupar la secretaría de la asamblea, pero el codiciado cargo lo ocuparía finalmente Alfredo Guevara, gracias al apoyo de los jóvenes comunistas agrupados en la Juventud Socialista y de algunos de sus aliados tácticos<sup>27</sup>. Desde luego, Guevara dejaría de contemplar de una vez por todas a Fidel como el instrumento del clericalismo, y en el transcurso de la asamblea se constataría la concordancia de los puntos de vista de uno y otro en las cuestiones fundamentales. Al finalizar la asamblea, su relación era la de amigos personales y políticos<sup>28</sup>.

En la sesión inaugural, Fidel pronunció un discurso como representante de los estudiantes de la facultad de derecho. Durante mis investigaciones en La Habana descubrí que se había publicado parte de dicha ponencia, significativamente más extensa que el fragmento que se publicó de su discurso de casi ocho meses autes<sup>29</sup>. Su importancia histórica es enorme, pues nos ofrece una muestra del pensamiento de Fidel Castro cuando aún contaba veintiún años, según documentos oficiales.

Castro comenzó su intervención recordando a dos héroes del movimiento universitario progresista. Uno era Julio Antonio Mella, fundador de la FEU en 1923 y del Partido Comunista Cubano en 1925. Mella moriría asesinado en una calle de la ciudad de México en 1929, a los veintisiete años<sup>30</sup>. El otro, Ramiro Valdés Daussá, un profesor de arquitectura de ideas políticas progresistas que había sido asesinado en 1941, durante una campaña encaminada a ex-

pulsar del recinto universitario a la peligrosa banda criminal conocida como El Bonche<sup>31</sup>.

Decía Fidel:

Esta Constituyente ha sido el anhelo máximo del estudiantado desde 1923, en que fue propugnada por Mella, manteniéndose en la lucha que tuvo culminación con la muerte de Ramiro Valdés Daussá.

Ahora cristaliza ese anhelo ferviente que ofrece la oportunidad de escribir una página brillante en la historia de la Universidad. Pero es preciso que no sea una desilusión más.

Es preciso que ella evite que la Universidad deje de ser lo que no debe ser la Universidad, lugar donde comercian con las ideas como si fueran mercaderes, donde no se utilicen para increíbles farsas los ideales...

Hay que oxigenar de optimismo el ambiente estudiantil, destruyendo el «indiferentismo», no dejándose avasar por el pesimismo a que han llevado al estudiantado los dos falsos líderes en los últimos años, ni por la prevalencia de las minorías apoyadas en la razón de la fuerza y no en la fuerza de la razón, en un ambiente bochornoso de cobardía colectiva<sup>32</sup>.

Castro apremiaba a los estudiantes a «desenmascarar los mercaderes que se lucran con la sangre de los mártires» y a estigmatizar la administración de Grau como «una tiranía que se cierne sobre la patria».

En este discurso de Castro, resulta fácil detectar algunos de los elementos esenciales de su personalidad y pensamiento con tanta claridad como puedan observarse los atcos, lazos y circunvoluciones en una huella digital. Su coraje y sus convicciones más profundas son palmarios. En este discurso desafía a la élite en el poder, a los pistoleiros y al gobierno, quien sólo atiende «a la razón de la

fuerza». El joven Castro fustiga la indiferencia y la timidez, y pide en su lugar optimismo y audacia. Se detecta ya la presencia de buena parte de la inspiración y autoridad que caracterizarán sus días de madurez. En pocas palabras, Fidel comienza a desplegar sus condiciones de dirigente de masas.

\*

Mientras avanzan las sesiones de la asamblea constituyente, llegan a los estudiantes universitarios noticias estimulantes: se está planeando en La Habana una invasión de la República Dominicana. Un grupo formado por cubanos y dominicanos exiliados tiene un plan para derrocar el gobierno del dictador Rafael Leónidas Trujillo y esperan reclutar fuerzas para tal empresa. El plan era supuestamente secreto, pero en La Habana todo el mundo, incluyendo por supuesto las embajadas, estaba al tanto del mismo <sup>33</sup>.

Era una empresa calculada para atraer el favor de jóvenes activistas con una buena carga de idealismo, el que poseían los asistentes a la asamblea universitaria, y a la mayor parte de los cuales el porvenir inmediato no les deparaba más que un indolente e improductivo verano. La mera mención del nombre de Trujillo bastaba para producir descargas adrenalínicas en cualquier demócrata latinoamericano. Desde 1930, el tétrico y megalomaniaco Trujillo había gobernado la caribeña hermana de Cuba con mano de hierro, aplastando implacablemente a sus oponentes en la isla y extendiendo sus garras fuera de los límites de la misma, con objeto de exterminar mediante asesinato a los demócratas dominicanos exiliados. Arquetipo del déspota latinoamericano, Trujillo se dedicaba primordialmente al enriquecimiento personal, potenciando al mismo tiempo la rapiña sobre su país por intereses económicos foráneos, básicamente norteamericanos <sup>34</sup>.

La idea de asestar un golpe en favor de la libertad, con las armas en la mano, seducía a Fidel. Una furia contenida había ido creciendo lentamente en su interior, nacida de la

frustración ante el carácter corrupto de la política tradicional y el embotamiento del espíritu de quienes le rodeaban, del «ambiente bochornoso de cobardía colectiva». Por aquel entonces era ya un convencido *martiano*, un intelectual influido, como otros muchos jóvenes idealistas cubanos, por la figura de José Martí, quien señalara que «nuestra América», es decir, Latinoamérica, era indivisible y debía presentar franca batalla a «la otra América», los Estados Unidos<sup>35</sup>. Fidel tenía *necesidad* de expresar su impetuosa pasión de algún modo heroico y preferentemente insurgente, como pudiera serlo una guerra de liberación latinoamericana. Se sentía atraído por la empresa como una polilla lo está por la luz, aunque estaba perfectamente consciente de que la participación en la misma entrañaba más peligro para él que para cualquiera de los demás expedicionarios.

Los financiadores cubanos de la aventura eran los mismos elementos, calculadores y corruptos, que habían llegado a estimular el desprecio de Castro y que, a su vez, le habían reconocido como enemigo. El ministro de Educación, Alemanyán, a quien Castro había atacado públicamente por malversación de fondos estatales, colaboraba canalizando la ayuda monetaria al proyecto de invasión. El jefe de las fuerzas armadas, el general Genovevo Pérez Dámera, daba sus bendiciones a la empresa. Rolando Masferrer había desempeñado un papel clave en los aspectos militares del proyecto de invasión, mientras que sus pistoleros y los del servicio secreto, bajo control de Salabarría, participaban en calidad de soldados. Castro sabía muy bien que muchos de ellos estaban dispuestos a matarle, y a fin de minimizar sus riesgos personales decidió alejarse todo cuanto fuera posible de los hombres de Masferrer y Salabarría, y unirse con el contingente de dominicanos exiliados.

Fueron reclutados más de un millar de hombres para este proyecto de invasión, una curiosa amalgama de idealistas, delincuentes y aventureros. La colaboración del gobierno cubano en el plan ha sido estimada en un millón de dólares<sup>36</sup>. Desde luego, debe descartarse por completo el

altruismo como motivación gubernamental. El general Pérez Dámera quizá viera en la expedición una buena oportunidad para extender el poder del ejército. Se ha sugerido que Alemán pudo haber visto en la empresa una forma segura de canalizar grandes sumas de dinero hacia sus propios bolsillos. Otros, en resumen, esperaban quedar recompensados con la rapiña de botines de guerra.

Hacia finales de julio, tras un superficial adiestramiento militar en la provincia de Oriente, no lejos de su casa familiar, Fidel fue enviado al diminuto y estéril Cayo Confite en la costa norte cubana, la zona donde iban a ultimarse los preparativos de la expedición. El millar largo de hombres se adentraba en un período de nervios rotos, una espera en apariencia interminable; fueron transcurriendo una, dos, tres, cuatro, cinco semanas. La atmósfera era tensa; el descontento se generalizaba <sup>37</sup>.

Alfredo Guevara, a la sazón en La Habana, visitaba con frecuencia el «cuartel general del estado mayor», ubicado en el Hotel Sevilla, en el paseo del Prado. En su mente aún se hallan grabadas imágenes de una extravagante ópera cómica antillana, como por ejemplo la de un dirigente dominicano paseándose alrededor del hotel con un blanco sombrero de explorador y una gaveta de cómoda repleta de primorosos montones de dinero americano <sup>38</sup>.

La invasión planeada saltó a conocimiento de la opinión internacional cuando Trujillo acusó a Ernest Hemingway de ser un declarado propagandista de la empresa <sup>39</sup>.

Seis semanas después de su llegada, los hombres de Cayo Confite recibieron noticias desde La Habana que iban a destrozar la escasa moral que aún les quedaba. Los agentes de Mario Salabarria habían abatido a tiros a Emilio Tro durante un tiroteo de dos horas en el suburbio capitalino de Marianao <sup>40</sup>. Durante la batalla callejera, el presidente Grau San Martín había declinado intervenir para alcanzar una tregua <sup>41</sup>. Tras la muerte de Tro, el ejército decidió arrestar a Salabarria, a quien le fueron hallados diez billetes de mil dólares ocultos en uno de sus zapatos <sup>42</sup>.

El general Pérez Dámera ordenó a la marina cubana que se dirigiera a Cayo Confite para arrestar a los hombres allí reunidos. Asimismo envió tropas a una estación próxima a La Habana, propiedad del ministro de Educación, donde se «descubriría» un enorme alijo de armas, incluidas bombas de la aviación y cargas de profundidad<sup>43</sup>. Michael McDermott, portavoz del departamento de Estado de los USA, al llegarle las noticias procedentes de Cuba señaló su contento por el hecho de que hubiera sido eliminada tal amenaza para la paz<sup>44</sup>.

Fidel se hallaba entre los hombres que huyeron del islote antes de la llegada de las tropas navales. Lo abandonó en un pequeño bote, el *Fantasma*, junto con varios de los sicarios de Salabarría y Masferrer. Recelando una venganza que le llevara a morir en sus manos, Fidel se escabulló del bote con armas y bagajes durante la noche en una pequeña balsa y ganó tierra sano y salvo. Ciertos cronistas dicen que abandonó la balsa en peligro de hundimiento y alcanzó tierra firme tras nadar en aguas infestadas por los tiburones.

El diario *Información*, en un editorial de primera página, se preguntaba, sin dar respuesta: «¿Por qué (el ejército) no actuó a su debido tiempo...? ¿Por qué, si no evitó su organización, capturar ahora de modo tan público, notorio y sensacional a sus expedicionarios?»<sup>45</sup>. Chibás acusó al presidente Grau de haber pensado utilizar la invasión dominicana como excusa válida para suspender las elecciones en su propio país. Y Alfredo Guevara declaró, en una intervención pública, que el general Pérez Dámera había recibido órdenes de Washington para desarticular el plan de la invasión y potenciar una intervención militar en la vida política de la nación<sup>46</sup>.

La experiencia dominicana había ejercido un efecto galvanizador sobre Fidel. Su penúltimo año en la universidad lo iniciaría convencido de que la única forma de apartar a Grau del poder era mediante métodos revolucionarios, aunque ignoraba el modo concreto de hacerlo.

## 2

### Bajo porras y balas

«¡Abajo Grau...! ¡Abajo Grau!», entonaban miles de estudiantes en manifestación al pasar ante el palacio presidencial. En la vanguardia, un grupo transportaba un ataúd cubierto con la bandera cubana. Fidel se hallaba en las primeras filas de la turbulenta demostración. Un estudiante, mirando amenazadoramente a una ventana de los pisos superiores del palacio, blandió su puño cerrado al tiempo que gritaba: «¡Grau, sal y contempla tu obra!»<sup>1</sup>.

El ataúd contenía el cuerpo de un estudiante del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana que había sido muerto pocas horas antes<sup>2</sup>. La muerte le había sorprendido mientras tomaba parte en otra manifestación callejera en protesta por una reunión política organizada por Alemán, el ministro de Educación. Alemán se había convertido en blanco de las fuerzas antigubernamentales. Estaba considerado como uno de los principales culpables del fracaso de la expedición de Cayo Confite y era duramente fustigado por su flagrante malversación de fondos públicos, por su padrinazgo a grupos de pistoleros y por su generosa política de sinecuras para con sus fieles. Los partidos de oposición habían presentado ante el Senado una moción de censura en la que le acusaban «de estar causando un daño evidente

a la enseñanza y de grave perturbación de la marcha cívica de la nación»<sup>3</sup>.

El propio Alemán había organizado un «acto de adhesión» a su persona para cortar de raíz los ataques que se cernían sobre él. El acto en cuestión había sido anunciado en los periódicos, en la radio y mediante carteles colocados en las calles.

El asesinato del estudiante a sangre fría lo había cometido un seguidor de Alemán, antes de que hubiera comenzado el «acto de adhesión». Con enorme inconsciencia, Alemán insistió en llevar adelante su proyecto, y una vez finalizado el acto encabezó su séquito de politiqueros y pistoleros a sueldo hacia el palacio presidencial, en una parodia de aclamación popular. Una vez allí, Grau, desde el balcón, derramó sus bendiciones sobre Alemán<sup>4</sup>.

La manifestación de estudiantes que acompañaba el féretro con su compañero asesinado, tras desfilar ante el palacio presidencial, continuó avanzando un par de kilómetros por las calles de un populoso barrio obrero hasta alcanzar la universidad. Miles de personas, incluidos chiquillos, se unieron a la procesión de estudiantes rebeldes. Al llegar a la amplia escalinata que da acceso al recinto universitario, los manifestantes detuvieron su marcha, organizándose de inmediato una reunión de masas. Un indignado Fidel Castro dirigió la palabra a los manifestantes. Tras fustigar a los pistoleros, señalaría la directa culpabilidad del presidente en los hechos:

No hay otro culpable de estas lágrimas y de este dolor que el presidente Grau... Él ha celebrado en un convite con los criminales de este gobierno el 10 de octubre, como una fiesta de júbilo con luces y champaña, mientras los estudiantes no podemos conmemorar esa efemérides porque tenemos que traer aquí, a enterrarlo, el cadáver de uno de los nuestros, de un estudiante asesinado por los nuevos esbirros, por la nueva porra<sup>5</sup>.

Las manifestaciones se propagaron por toda la capital y el resto del país. Fue proclamada una huelga general de estudiantes de 48 horas, y numerosos activistas de provincias encaminaron sus indignados pasos hacia La Habana. Las centrales sindicales elaboraron comunicados de condena hacia el gobierno. Se organizó otra marcha sobre el palacio presidencial, una de las más grandes jamás celebrada en Cuba. Estudiantes y obreros, mientras desfilaban por la plaza, coreaban una y otra vez un nuevo eslógán: «King Kong, que se vaya Ramón». Se dice que Grau observó la demostración escondido tras unos cortinajes<sup>6</sup>.

Fidel desplegó una enorme actividad en aquellos tumultuosos días. Sus improvisadas denuncias, directas, airadas y llenas de ímpetu, atrajeron a buen número de estudiantes, si bien es cierto que seguían siendo una minoría. La mayor parte de los universitarios, por temor a los pistoleros o simplemente por su idiosincrasia «apolítica», detestaba verse envuelta en política y orillaba el tema. Una mujer, recordando su postura apolítica de aquel entonces, me ha hablado de cuán impresionantes y llenas de fuerza eran las arengas de Fidel a sus compañeros. Sin embargo, en aquellos días, decía ella, le veía como un agitador.

Castro era un hombre con una causa que defender, y sus enemigos lo sabían. Cuando años más tarde observa que «lo que yo sufrió en la universidad tiene más mérito que la Sierra Maestra»<sup>7</sup>, es decir, que su guerra contra Batista, Fidel no hace más que recordar los peligros que arrostró en el recinto universitario y cómo consiguió sobrevivir.

En el penúltimo curso de sus estudios de Derecho, Fidel Castro fue elegido vicepresidente de la Asociación de Estudiantes de la facultad de derecho. Dentro del ámbito universitario se hallaba identificado con un minúsculo grupo de fervientes activistas que desafiaban la mayor parte de los criterios políticos de la sociedad cubana. Eran críticos acerbos de la corrupción gubernamental y del racismo, de la desigualdad económica y de la recién iniciada guerra fría,

con su secuela de hostigamiento a comunistas reales e hipotéticos parecida al estilo acuñado en los Estados Unidos por el senador Joseph McCarthy. Se consideraban a sí mismos «antiimperialistas» y mantenían una postura de altazano enfrentamiento a la influencia norteamericana sobre Cuba. No es de extrañar, pues, que Fidel fuera miembro del comité de la FEU por la independencia de Puerto Rico.

La mayoría de los miembros de dicho grupo mostraban adhesión política a la Juventud Socialista, es decir, los comunistas, o a la Juventud Ortodoxa, los seguidores de Eduardo Chibás, a la que pertenecía Fidel.

La convergencia de ambas corrientes tenía algo de anómalo, pues Eduardo Chibás no deseaba tener el menor trato con los comunistas. Sin embargo, Fidel formaba parte del ala izquierda de la Juventud Ortodoxa, y entre sus amigos y compañeros políticos se contaban buen número de jóvenes comunistas. Entre ellos, Alfredo Guevara, de quien Fidel conocía a ciencia cierta su afiliación, a pesar de que se tuviera como secreta su pertenencia a la Juventud Socialista. Fidel mantuvo una estrecha relación de trabajo con Lionel Soto, también de la Juventud Socialista, que ingresó en la universidad en 1946, procedente del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. También mantenía conversaciones periódicas con Flavio Bravo, el dirigente nacional de la Juventud Socialista, y con Luis Más Martín, su secretario general de la rama de La Habana. Estas relaciones y aquellas con otra gente de ideas marxistas fueron ininterrumpidas y tendieron a ser más frecuentes durante los últimos años de Fidel en la universidad<sup>8</sup>.

Sería ilógico pensar que la estrecha vinculación de Fidel con los comunistas estaba estrictamente limitada a discutir y organizar acciones en y sobre la universidad. En su diario contacto con estos amigos, en sus conversaciones y planes organizativos, algo debió calar en él del análisis marxista-leninista de la sociedad. El hecho mismo de que se asociara y colaborara con ellos es prueba definitiva de su viva inde-

pendencia frente a un ámbito rígidamente anticomunista, extendido incluso al seno del Partido Ortodoxo.

No obstante, Castro no atribuye su conversión al marxismo al hecho de haber tenido amistades comunistas. Según él, el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, publicado alrededor de un siglo antes, tuvo una influencia casi apocalíptica en la consolidación de su pensamiento. «Para mí fue como una revelación... Fue tan persuasivo para mí que quedé convertido en aquellas ideas»<sup>9</sup>.

Años después Castro recordaría haber quedado impresionado por la afirmación de Marx de que, en la sociedad capitalista, el 10 % de sus individuos viven a expensas del 90 % restante. Fidel podía relacionar estas cifras con su propia experiencia y la espantosa pobreza generalizada que había observado junto al sumtuoso tren de vida llevado por unos pocos. Entre cosecha y cosecha había un «período muerto» de nueve meses en el que, de un millón y medio de obreros, quedaban sin empleo alrededor de 600.000. El salario por una jornada de diez horas de inhumano trabajo en los campos de caña era de uno o dos dólares, y los ingresos totales de un trabajador apenas si llegaban a los quinientos dólares anuales. Había visto cómo millares de familias pobres tenían que subsistir durante meses a base de harina de maíz y guarapo, el jugo de la caña azucarera. Sus lecturas sobre Cuba le habían proporcionado una comprensión más profunda, si cabe, de la realidad. Según datos estadísticos, sólo la cuarta parte de los campesinos cubanos trabajaban tierra propia; el resto eran aparceros, arrendatarios a cambio de un pago fijo y braceros. Menos del 0,1 % de los propietarios poseían el 20 % de la tierra, y de éstos, el 8 % acumulaba el 70 % de las superficies cultivables. En el otro extremo, el 70 % de los propietarios poseía tan sólo el 11 % de las tierras<sup>10</sup>.

Marx también había percutido un punto neurálgico de su mente al indicar que el capitalismo «no dejó en pie más vínculo entre los hombres que el interés escueto, el del dinero contante y sonante que no tiene entrañas. Ahogó las emo-

ciones piadosas de exaltación religiosa, el ardor caballeresco y el sentimentalismo del buen burgués en el agua helada de sus cálculos egoístas»<sup>11</sup>.

Sin embargo, para Castro la gran revelación fue el descubrimiento del principio marxista que afirma que la historia tiene sus propias leyes de desarrollo, que la fuerza motriz de la historia es la lucha de clases y que el socialismo es el inevitable estadio final en que desembocará ésta. Castro encontraría reflejadas en el panfleto proselitista las falacias de su propio socialismo utópico, según el cual el progreso es el resultado de una batalla racional entre el bien y el mal, más que un enfrentamiento entre clases sociales contrapuestas.

Pocas dudas caben de que Fidel Castro, el hijo de un propietario acomodado, debió dar por bien hallada la observación contenida en el *Manifiesto*, según la cual un pequeño sector de la clase dominante «se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria». Castro probaba ser un excelente ejemplo del mismo.

\*

Fidel divisó a Alfredo Guevara desde la calle e irrumpió en la cafetería. Al cabo de pocos segundos estaba exponiendo en detalle un extravagante y alocado plan. El primer paso consistía en trasladarse a Manzanillo, en la provincia de Oriente, y traerse de allí la campana de La Demajagua, la histórica campana cuyo tañido había señalado en 1868 el comienzo de la guerra de Cuba contra España por su independencia. Esto era algo así como planear el traslado de la Campana de la Libertad de los Estados Unidos de América desde Filadelfia a Chicago. El asombro de Guevara fue *in crescendo* a medida que Fidel avanzaba en la exposición de su plan.

Los ojos de la nación entera quedarían prendidos de la venerable campana. Cuando ésta llegara a La Habana, debería convocarse una ingente concentración de masas. Dece-

nas de miles de personas estarían en vilo, y la campana volvería a sonar como lo había hecho ochenta años atrás. Al resonar el tañido por las atestadas calles de la capital, el gentío se pondría en marcha hacia el palacio presidencial, y allí se solicitaría a Ramón Grau San Martín que abandonase de una vez por todas la presidencia<sup>12</sup>.

La idea de trasladar la campana a La Habana había sido lanzada por el propio gobierno pocas semanas antes. Grau pretendía usarla como pieza de fuerza en la celebración oficial del 10 de octubre, el aniversario del comienzo de la guerra liberadora de Cuba contra España. El consejo municipal de Manzanillo había reaccionado agriamente frente a la solicitud de préstamo, hasta el punto de que casi declaró *persona non grata* al emisario del presidente Grau<sup>13</sup>.

Fidel estaba convencido de tener éxito donde los *políticos* habían fracasado. Manzanillo era una ciudad de clase obrera radical, que no dudaría en poner en apuros a Grau.

Con el apoyo de la FEU, Fidel y Lionel Soto, su amigo comunista de la Juventud Socialista, se trasladaron hasta Manzanillo, ciudad conocida por sus plantaciones de azúcar, su industria de calzado, su pesca, y por haber elegido el primer alcalde comunista de toda la historia cubana<sup>14</sup>. Soto y Fidel argumentaron de forma persuasiva su plan. Poco después, los dos emisarios emprendían el regreso en tren, esta vez en dirección hacia el oeste, con la campana y dos ciudadanos de Manzanillo encargados de velar por ella<sup>15</sup>.

Los habitantes de la capital sabían de la venida de la campana antes de que el tren llegara a la estación de La Habana el 3 de noviembre de 1947. Los representantes estudiantiles estaban esperándola con un descapotable de grandes dimensiones. Fidel, Soto y los casi 150 kilos de campana, iniciaron su camino hacia la universidad en un paseo triunfal que duraría dos horas y media para un recorrido de veinte minutos en condiciones normales. Una vez en el recinto, la campana fue trasladada hasta el despacho del rector, el lugar que la policía universitaria había destinado para su custodia<sup>16</sup>.

Mientras la campana permanecía en las dependencias del rectorado, durante los días sucesivos, llegó a convertirse en el centro de una dura polémica de enorme difusión. Los seguidores de Grau atacaban su utilización para fines políticos partidistas. Los oponentes del presidente mostraban fuertes discrepancias acerca del uso que debía dársele. En la zona universitaria se convocó un mitin para decidir el tipo concreto de acto que debería ser potenciado el día de la independencia, mitin que duró toda la noche.

Mientras se estaba desarrollando esta reunión previa aparecieron alrededor de un centenar de pistoleros, y allí se mantuvieron en actitud amenazante. Se trataba de pistoleros de Masferrer y Salabarría, el cual se encontraba entonces en prisión. Se hizo correr la voz de que «alguien podría ser seriamente lastimado» si los estudiantes aprobaran el plan de convocar una reunión militarmente antipresidencialista. Más tarde, la prensa escribiría que Fidel Castro era «como es natural, el líder de la orientación acremente opositora: la que quería pedir la destitución de Grau a toques de campana»<sup>17</sup>.

He aquí otra muestra de la actitud de audaz desafío al peligro asumida por Fidel. Ya se había granjeado la enemistad mortal de Salabarría y Masferrer. Ahora, encabezando la organización de un movimiento que pidiera la dimisión de Grau, añadía la UIR a la lista de sus antagonistas. La UIR hizo público un comunicado atacando los propósitos de Castro. «Estimamos que la petición de destituir al presidente Grau provocaría una desarticulación...». El documento llamaba a una batalla frontal contra «las intrigas del stalinismo criollo»<sup>18</sup>, estocada obviamente dirigida contra Fidel y sus aliados izquierdistas.

La esperada mañana cuando se abrieron las puertas del despacho del rector, se descubrió que la campana había desaparecido. La policía destacada en la zona universitaria negó todo conocimiento acerca del acto.

Fidel apareció en el recinto universitario a media mañana, poco después de que la noticia de la desaparición de la

campana se hubiera esparcido como una plaga por la universidad. A los pocos minutos ya estaba arengando a una multitud de estudiantes apañados a su alrededor, lanzando agrias invectivas contra Grau, los políticos, los pistoleros y la policía.

Una vez logrado su propósito de enfervorizar a su auditorio, atravesó el espeso círculo que le rodeaba mientras decía a voz en grito: «Los ratones que se queden; nosotros vamos a denunciar el robo»<sup>19</sup>. Abandonó el recinto a la cabeza de un considerable grupo de airados estudiantes y, todos juntos, emprendieron calle abajo el camino hacia la estación de policía más próxima. La multitud, en su lento avance hacia la estación, mostraba un aire agresivo, y con ella Fidel, encargado de abrir la marcha.

El comandante Manuel Cruz escuchaba sin inmutarse el torrente de acusaciones que le lanzaba Fidel. Castro explicó que los pistoleros habían amenazado a los estudiantes la tarde anterior, y sin el menor recato pronunció los nombres de Rolando Masferrer, Manolo Castro, Eufemio Fernández y los seguidores de Mario Salabarriá como responsables directos de las amenazas y la conspiración urdida para sabotear el mitin. Al abandonar la estación de policía, Fidel repitió sus precisas acusaciones a los periodistas que esperaban<sup>20</sup>.

La campana no podía haber sido sacada desde el despacho del rector sin la connivencia de la policía destacada en la zona universitaria. Era de dominio público que la mayor parte de sus fuerzas habían sido reclutadas durante el mandarinato de Manolo Castro en la universidad, y la mayoría de ellas seguían siéndole leales. El rector intentó mitigar a los agitados estudiantes suspendiendo de sus cargos a los guardias que prestaban servicio en el momento de la desaparición de la campana.

Cuando, por la noche, comenzó la gran concentración de masas, el destino de la campana seguía siendo un misterio. Fidel Castro era uno de los oradores, y su alocución encierra importantes indicios de su perspicacia política casi

seis años antes de que se produjera el ataque al cuartel Moncada<sup>21</sup>.

Castro tomó como centro de sus ataques al presidente Grau:

¿No fue aquel profesor el que hablaba de dignidad nacional, del campesino abandonado, de los niños hambrientos? ¿Quién hablaba del rescate de la dignidad nacional, de honradez acrisolada, y quién entusiasmaba a los estudiantes hasta lanzarlos al sacrificio y a la muerte?

Hoy todo eso se ha derrumbado y para los años venideros se presagia la miseria. Se ha perdido la fe, pero, ¡ay de aquellos que mataron la fe del pueblo, que éste puede volverse airado!

Nosotros, para quienes fue más terrible la decepción, debemos proclamar que un pueblo joven nunca puede decir «Nos rendimos». Están equivocados los que piensan que los actuales estudiantes universitarios no son capaces de emular a sus compañeros de otras épocas...

Grau está alejado del pueblo de Cuba porque lo ha engañado, como ha engañado a todos los estudiantes universitarios y como ha engañado a todos los que creyeron de buena fe las palabras que pronunciaba antes de ser presidente de la República.

Prometió la reforma agraria al campesinado, escuelas para los niños que no las tuvieran, legislación social avanzada para los obreros, la millonésima al magisterio<sup>22</sup>. Nada ha cumplido.

La matina mercante no existe, los niños sin escuelas siguen sin ellas, el poder civil no ha sido rescatado, la banca nacional no está creada<sup>23</sup>, y la ley del Tribunal de Cuentas fue vetada<sup>24</sup>. Esto no fue lo que prometió Grau.

La revolución de que hablaba cuando era candidato fue traicionada. El nacionalismo ha recibido un

rudo golpe, el campesinado sigue sin tierra y los maestros sin millonésima. La riqueza del país se encuentra en manos extranjeras. Éste es el nacionalismo de Grau.

Desde que el gobierno del presidente Grau está en el poder ha votado créditos ascendentes a 256 millones de pesos. Obras Públicas ha recibido 112; Defensa 116; Salubridad 14. Es fácil ver a que se debe el retraso sanitario en que se encuentra Cuba. Defensa tiene más créditos que Salubridad.

En 1940 dijo que la vida había encarecido el 300 por ciento y que la corrupción y el aliento a la bolsa negra venían de arriba. La realidad ahora no es muy distinta, porque él es quien ampara la bolsa negra...<sup>25</sup>

Fidel habló de las tensiones surgidas entre el ejército (campamento Columbia) y el ejecutivo (Palacio presidencial).

Hay diferencias entre los de Columbia y los de Palacio. Palacio hace daño a Columbia y Columbia hace daño a Palacio. La realidad es que el único que recibe daño es el pueblo de Cuba, que lo recibe de Palacio y de Columbia.

Más adelante, Fidel habló del creciente poder de los militares y de la amenaza que representaba el militarismo.

El joven Castro pasó rápida revista a los hombres que rodeaban a Grau, caracterizándoles de «salteadores de las arcas públicas». Hizo referencia al asesinato de Emilio Tro, personalizando su condena en la persona de Salabarría. Tras señalar que Grau estaba perfectamente informado de sus criminales actividades, culpó a Salabarría de la muerte de Hugo Dupotey, estudiante de la facultad de derecho, y de la desaparición de Andrés Noroña, un estudiante del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Siguió con sus

acusaciones a Salabarría, haciendo referencia al robo de fondos públicos de la universidad, «el más perverso de sus delitos, porque la universidad ofreció refugio y amparo a los revolucionarios en los días de persecución, y debió ser siempre sagrada».

A pesar de todos esos antecedentes de Salabarría, el doctor Grau le mantuvo en su alto cargo, otorgándole su confianza. Triste destino el de la ciudadanía tener como guardador del orden y de sus libertades a un archicriminal.

Con gran audacia, Castro acusó al presidente, a Fabio Ruiz, jefe de policía de La Habana, y a Cossío del Pino, ministro del Interior, de haber intentado confiscar las pruebas filmadas de la masacre perpetrada durante el asesinato de Emilio Tro<sup>26</sup>. Señaló que estos hechos habían «culminado en fricción con el ejército, dando al traste con la gran causa de Santo Domingo».

Castro dijo que los estudiantes debían abrazar la militancia y que su actitud

debe ser de oposición independiente, porque no podemos permitir que se nos confunda con los hombres de Machado y de Batista...

En lo universitario debemos procurar la mayor vinculación entre el estudiantado y profesores a través de la reforma del *alma mater*. En lo nacional, luchar por crear iguales vínculos en todas las capas sociales, creando la unidad de lucha del pueblo para conseguir su verdadera independencia, su liberación económica, su soberanía política y sus libertades políticas.

La definitiva emancipación de nuestra patria es el propósito fundamental de la Universidad.

La alocución es una prueba incuestionable del incremen-

to de madurez de Fidel Castro como pensador político, pues constituye un ataque coherente al *statu quo* desde una perspectiva de izquierdas. Es sumamente instructivo comparar las palabras que pronunciara Castro esa noche con las de Justo Fuentes, dirigente de la FEU y miembro de la UIR. Fuentes también criticó a Grau, pero, en línea con la generalizada atmósfera anticomunista de la época, consideró que fuera necesario también conjurar el espectro de «las hordas rojas» <sup>27</sup>. Es muy significativo que Fidel Castro no efectuara concesiones de ningún tipo a la corriente del maccarthismo, que por entonces ya se había convertido en elemento importante dentro de la vida política de la isla.

Pocos días después de la concentración, unos seguidores de Grau no identificados hicieron llegar la campana desaparecida a manos del presidente a través de un intermediario. Casi de inmediato la campana fue restituida a la provincia de Oriente <sup>28</sup>.

Al trasladar la campana de La Demajagua hasta La Habana, Fidel había soñado en desencadenar un movimiento masivo contra Grau, un levantamiento que sacudiese los mismísimos cimientos del poder gubernamental. No obstante, desde un primer momento los efectos de la ocurrente e insólita operación se vieron amortiguados por la acción de fuerzas infinitamente más poderosas que las que él podía aglutinar. Grau tenía el apoyo del aparato del Partido Auténtico y de la mayor parte de la prensa, así como las intimidadoras arinas de los pistoleros y la policía. Incluso ciñendo la cuestión al recinto universitario, los elementos rebeldes que aceptaban el liderazgo de Fidel constituían una ínfima minoría de la comunidad estudiantil.

Una cólera latente ardía en las entrañas de Fidel. La política, o mejor, la acción orientada a fines políticos, se había convertido en su preocupación obsesiva. Castro concluyó sus estudios con el mínimo dispendio de tiempo y energías. Su extraordinaria memoria y agudeza mental le permitieron el lujo de preparar los exámenes en un tiempo mínimo y pasar la mayor parte de asignaturas con buenas

notas. Mientras, ocupaba la mayoría de tiempo con la lectura especialmente de textos sobre ciencias sociales, y con la organización de acciones de protesta. Leyó escritos marxistas y estudió la voluminosa obra de José Martí, no encontrando la menor contradicción entre ambos ámbitos, opinión que era compartida por la mayoría de los cubanos de izquierdas. El frustrado sueño de Martí de una sociedad cubana justa, liberada de la dominación extranjera, del racismo y del poder de los intereses económicos egoístas, era para Fidel plenamente convergente con las enseñanzas socioeconómicas derivadas del marxismo.

La actitud de simpatía que mostraba Castro hacia la clase obrera y sus honestos dirigentes queda patente con su reacción ante el asesinato de Jesús Menéndez, líder obrero y congresista comunista<sup>29</sup>.

Menéndez, incorruptible dirigente sindical negro, había sido muerto a tiros en Manzanillo por un capitán del ejército, Casillas Lumpuy. Buena parte de los cubanos sostenían que se trataba de un asesinato político a sangre fría ordenado por el jefe del estado mayor, el general Pérez Dámera, como represalia directa por la huelga de los trabajadores azucateros convocada por Menéndez en el momento justo de iniciarse la zafra del azúcar. A un nivel más profundo, era un nuevo episodio del ataque desencadenado en 1947 contra la influencia de los comunistas dentro del movimiento sindical cubano<sup>30</sup>, cuyo objetivo final era el control de éste por los dirigentes sindicales del Partido Auténtico. Por aquellos días, el ministro de Trabajo, Prío, había dado orden a la policía de que desalojara de sus locales a los delegados sindicales legalmente electos, protegiendo al mismo tiempo la ocupación y ulterior control de los sindicatos por parte de grupos afectos respaldados por el gobierno<sup>31</sup>. La resistencia al desalojo promulgado por el gobierno había dado origen al arresto de un millar de sindicalistas el 15 de octubre de 1947, entre ellos Jesús Menéndez<sup>32</sup>.

Los trabajadores del azúcar, de cuyas filas procedía Jesús Menéndez, se negaron a aceptar la imposición de los líderes

apadrinados por el gobierno. Siguieron prestando su apoyo a Menéndez, cuyo prestigio no sufrió el menor menoscabo. Menéndez era un símbolo de la lucha en favor de «una legislación social avanzada para los trabajadores» a la que se había referido Fidel en su alocución durante el conflicto de la campana de La Demajagua.

Menéndez había sido advertido de que pendía una firme sentencia de muerte sobre su cabeza. El jefe del puesto militar destacado en el ingenio de Hormiguero, en Las Villas, había hecho llegar la advertencia a uno de sus seguidores, y la noticia se veía confirmada a medida que saltaba de un ingenio a otro<sup>33</sup>. El capitán Casillas Lumpuy le estaba aguardando en el andén de la estación ferroviaria. Al comunicarle que se considerara arrestado, Menéndez invocó su inmunidad parlamentaria. Más tarde, un amigo de Menéndez recordaba el diálogo mantenido:

CAPITÁN: Si violo la inmunidad parlamentaria, ¡que proteste la Cámara! Si violo la Constitución, yo asumo toda la responsabilidad. Mi obligación es prenderle vivo o muerto.

MENÉNDEZ: Capitán, el problema no es de matar, es simplemente de derecho. Yo soy representante a la Cámara y usted no me puede detener<sup>34</sup>.

Menéndez giró sobre sus pies y comenzó a alejarse. El capitán desenfundó su 45 y disparó sobre él por la espalda

Al enterarse del incidente, el general Pérez Dámera señaló, «estamos ampliamente complacidos de la conducta asumida por el capitán Casillas Lumpuy, que se vio obligado a hacer uso de su arina. Actitud correcta, digna y caballerosa, que sirve como estímulo al ejército para que cada vez que se presente un caso similar actúe en idéntica forma»<sup>35</sup>.

Decenas de miles de cubanos desfilaron ante el féretro de Menéndez, y su cadáver quedó expuesto en el Capitolio de La Habana. El funeral fue de los más multitudinarios que se recordaban en Cuba. Fidel estaba entre los acompañantes al cementerio. Allí tomó la palabra Blas Roca, el dirigente comunista que veintiocho años más tarde presidiría

la primera Asamblea Nacional de la Cuba revolucionaria. El conocidísimo periodista cubano Kuchilán estaba junto a Fidel, y recuerda cómo éste, colmado de ira e impetuosidad, se giró hacia él diciéndole: «¿Qué te parece si me subo en un panteón y convoco al pueblo a marchar sobre el Palacio presidencial?»<sup>36</sup>.

Pocas semanas después, Fidel tuvo oportunidad de dar vía libre a parte de su furia contenida. Todo comenzó, como tantas otras veces, con una protesta estudiantil contra la brutalidad de la policía, en esta ocasión en solidaridad con los compañeros de Guantánamo, en la provincia de Oriente. Los activistas de la Universidad de La Habana abandonaron el tradicional santuario de su recinto, y el alboroto acabaría con el destrozo prácticamente total de un tranvía de la capital.

Una carga policial obligó a los estudiantes a replegarse precipitadamente hacia la Escalinata. El comandante Caramés, jefe de policía del distrito universitario, se precipitó hacia la parte superior de la Escalinata tras los estudiantes empuñando su pistola, con lo que quedaba violada la sacrosanta norma de la autonomía de la zona universitaria. Caramés atrapó a un estudiante cojo y le golpeó con la pistola, pero los propios hombres del comandante, con más discreción, le instaron a retirarse de los terrenos de la universidad<sup>37</sup>. Algunos estudiantes contaban con aríñas de fuego, y una invasión de la universidad corría serio peligro de terminar en una batalla campal.

Fidel convocó a una manifestación pacífica para el día siguiente. Una vez más estaba programada la salida del recinto estrictamente universitario, pero se había hecho énfasis muy especial en el carácter no violento de la manifestación. Sin embargo, las tácticas de terror policíacas habían conseguido intimidar a la mayoría de los estudiantes, de modo que sólo acudieron al acto poco más de un centenar de universitarios.

Fidel y otro estudiante abrían la marcha portando entre ambos una gran bandera cubana. Inmediatamente detrás,

una hilera de estudiantes que cubría todo el ancho de la calle avanzaba sosteniendo una tela en la que se podía leer: PROTESTAMOS DE LA VIOLACIÓN DE LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA <sup>38</sup>. Los estudiantes más radicales y atrevidos se habían preparado para hacer frente a una nueva invasión de su feudo por parte de las fuerzas policíacas. Junto a las facultades de Farmacia y Ciencias Sociales, situadas a los flancos de la Escalinata, se habían apostado estudiantes armados. Entre sus pertrechos, una vieja ametralladora calibre 50 que había sobrevivido a la abortada aventura de la invasión dominicana <sup>39</sup>.

El pequeño grupo de manifestantes avanzó por la calle San Lázaro en dirección a la de Infanta, el camino usual en tales demostraciones. A medida que iban aproximándose a una barricada levantada en su trayecto por la policía, iban entonando el himno nacional cubano: «Morir por la patria es vivir».

Cuando llegaron a unos veinte metros de las fuerzas de policía, dejaron de entonar el himno y protrumpieron en gritos: «¡Fuera Caramés; abajo Grau; asesinos!». La policía comenzó a dispersarlos a porrazos. Fidel fue el primero en recibir golpes, aunque escapó del altercado sin heridas de gravedad <sup>40</sup>.

La protesta estudiantil obtuvo ciertos resultados. El astuto Grau, en un intento de aplacar los ánimos, destituyó al comandante Caramés de su puesto en el distrito universitario <sup>41</sup>. Un año más tarde, el propio Caramés, a la sazón jefe de la policía nacional con el grado de coronel, se las vería con Fidel en otro acto de protesta.

Antes de finalizar el mes de febrero, Fidel debería defenderse de la acusación de haber participado en el asesinato de Manolo Castro. Tras haber sido nombrado director nacional de Deportes por el régimen de Grau, Manolo Castro había ido hundiéndose cada vez más en una vorágine de corrupción, y sus inextricables y sólidos vínculos con la estructura del poder gubernamental aumentaban por momentos. Eran de dominio público sus estrechas relaciones

con el MSR de Masferret, los pistoleros de Salabarría y políticos corruptos de toda suerte.

Manolo había recibido amenazas de muerte y las había tomado muy en serio. El día antes de caer asesinado expresaba sus temores a Flavio Bravo y Más Martín, dirigentes ambos de la Juventud Socialista, a quienes había encontrado casualmente en plena calle<sup>42</sup>. En su época de universitario, Manolo había mantenido relaciones con los estudiantes de izquierdas, habiendo asistido incluso en 1945, junto con Flavio Bravo<sup>43</sup>, al Congreso Mundial de la Juventud celebrado en Londres. Entre sus asesores se hallaban otros dos miembros de la Juventud Socialista, Pedro Valdés Vivó y Manolo Corrales. Sin embargo, el estrechamiento de relaciones con el corrupto régimen cubano de la época había acabado por situarle en el campo del enemigo.

Manolo esperaba que Bravo pudiera usar de su influencia para borrarle de la lista de hombres marcados. Se mostraba contrito y lleno de pánico; afirmaba haber errado su camino. Bravo y Más Martín escucharon con simpatía sus súplicas. Aunque vieran a Manolo como un enemigo político, su organización se oponía por principio al asesinato y la violencia, características de los pistoleros. Empero, no estaba en sus manos mudar el curso de los acontecimientos.

Al día siguiente, Manolo fue muerto a balazos frente al Cinecito, del que era parcialmente propietario. Un conocido miembro de la UIR fue capturado pocas manzanas más abajo, y el cañón de su pistola todavía olía a pólvora. Era el único individuo indudablemente implicado en el crimen.

Pronto «Radio Bemba», el eficiente sistema de comunicación boca-oreja de la capital, comenzó a propagar que la policía andaba tras Fidel Castro y otros varios activistas universitarios, con motivo del asesinato de Manolo. A la mañana siguiente de los hechos, los periódicos señalaban que el hombre capturado formaba parte de un grupo universitario «capitaneado» por Fidel Castro. Asimismo, se citaban los nombres de otros dos estudiantes, ambos supuestos

miembros de la UIR<sup>44</sup>. El antiguo nexo defensivo de Fidel con la UIR le había dejado marcado. Sin embargo, ahora Fidel y la UIR seguían trayectorias muy distintas. Fidel actuaba como independiente en el ámbito universitario, era miembro de la organización de la Juventud Ortodoxa de Chibás y, al igual que los comunistas, enemigo del asesinato como arma política. Creía, y así nos lo muestran sus actividades, en los movimientos organizados que se dedicaban a asentar golpes políticos a la estructura del poder.

Aunque en la mayor parte de temas la distancia existente entre Fidel y la UIR fuera inmensa, seguían compartiendo una fuerte antipatía hacia Rolando Masferrer, político y editor de la revista *Tiempo en Cuba*. Masferrer había sido un izquierdista en sus años de juventud, militando en el Partido Comunista y yendo a combatir en la guerra civil española. A su regreso de España había trabajado durante algún tiempo en el periódico comunista *Hoy*, pero, tras una serie de supuestas disputas doctrinales, acabó por abandonar el partido y dedicar el resto de sus días a combatirlo. Cayó en el lado diametralmente opuesto dentro del espectro político, y terminó por convertirse en un sólido mantenedor del *status quo* y por someter sus actuaciones a la égida del dictador Fulgencio Batista. Su temido ejército privado, «los Tigres de Masferrer», sería utilizado para torturar y asesinar a trabajadores rebeldes, campesinos y revolucionarios.

Sólo dos semanas antes del asesinato de Manolo Castro, *Tiempo en Cuba* de Masferrer había dirigido sus dardos propagandísticos contra Fidel, vinculándolo con los pistoleros que operaban en la universidad<sup>45</sup>. Tras el asesinato, Masferrer fue uno de los que acusaron a Fidel de complicidad en el mismo. Sin embargo, en momento alguno se emitió orden de arresto contra Fidel. Para quienes conocían las interioridades de la política cubana, estas acusaciones no hacían más que poner en peligro la vida de Fidel a manos de los pistoleros a sueldo controlados por sus enemigos.

En sus declaraciones ante la policía, pocos días después

del asesinato de Manolo, Fidel explicó que la tarde de autos había estado en el café El Dorado con dos amigos, cuyos nombres facilitó, y que durante la noche se había hospedado en el Hotel Plaza. A la mañana siguiente, tras ver que su nombre estaba incluido en la lista de sospechosos que publicaba un periódico, se dirigió inmediatamente hacia la estación de policía del tercer distrito habanero, pero el oficial a su cargo le indicó que podía marcharse por cuanto no había orden de arresto alguna contra su persona<sup>46</sup>.

Lógicamente, Fidel llegó a la conclusión de que se acababa de convertir en un blanco perfecto para los pistoleiros de Masferrer, conclusión que se vería confirmada por sus contactos. Conversó por teléfono con Alfredo Guevara, quien compartía sus temores, y decidieron reunirse en casa de Lidia Castro, hermana de Fidel. Durante los días siguientes, Lidia, Guevara y Mario García Inchaústegui le ayudaron a esconderse<sup>47</sup>.

Tres días después del asesinato, Fidel acompañado por los otros dos universitarios mencionados en la prensa, abordaron un coche-patrulla de la policía y solicitaron ser trasladados a la estación del distrito tercero. Los tres jóvenes declararon a la policía no tener la menor relación con el asesinato de Manolo y presentaron sus respectivas coartadas. Fueron sometidos a la prueba de la parafina para detectar la presencia de pólvora y al constatar el resultado de la misma, fueron dejados en «libertad provisional» por falta de pruebas<sup>48</sup>.

Antes de abandonar la estación, Fidel señalaría a los periodistas presentes:

Nos hemos presentado sin existir orden de detención. Las acusaciones que se nos hacen, principalmente por Rolando Masferrer, cuya actuación es de todos conocida, tienen un sólo interés: apoderarse de la dirigencia estudiantil universitaria para ponerla al servicio de sus intereses personales, lo cual nosotros hemos venido impidiendo, a pesar de

la coacción y de la violencia que han venido practicando contra nosotros desde hace mucho tiempo, cuando estaban en la calle Mario Salabarría y sus secuaces<sup>50</sup>.

Durante las semanas inmediatamente siguientes, Fidel llevaría una vida semiclandestina. Sabía que sus enemigos estaban al acecho y que su seguridad dependía de que se mantuviera fuera de circulación. Cuando surgió la oportunidad de abandonar temporalmente Cuba, con una misión en nombre de la Federación de Estudiantes Universitarios, Fidel aceptó<sup>51</sup>.

El día 19 de marzo se dirigió al aeropuerto de Rancho Boyeros para tomar un avión en dirección a Panamá. La policía del aeropuerto le detuvo, y fue trasladado ante un juez acusado de intentar violar los términos de su «libertad provisional». Fidel respondería:

Es muy tonto pensar que yo trataría de alejarme del país... Mi detención obedecía a confidencias y acusaciones bastardas formuladas por los que pretenden obstruir mi labor estudiantil y confundir las cosas para crearme una situación desfavorable ante la opinión pública<sup>52</sup>.

Señaló al juez que estaba cumpliendo una misión en nombre de la FEU encaminada a «estrechar los lazos de amistad» entre los estudiantes latinoamericanos. Fidel declaró asimismo que exigía fuera hecho público que un grupo de individuos armados de La Habana pretendía asesinarle<sup>53</sup>.

Un redactor de uno de los periódicos de mayor difusión de la capital escribiría en su artículo, al día siguiente: «No existiendo cargos concretos contra el estudiante, y mucho menos pruebas de que participara en el hecho que se investiga, el juez dictó una providencia dejándolo en libertad»<sup>54</sup>. Señalaba también que le habían sido retenidos a Castro el pasaporte y algunos de sus documentos. Veinticuatro horas

después, Fidel pudo recoger estos efectos y quedó en libertad para abandonar su país.

La sucinta descripción que ofrece Hugh Thomas de la supuesta implicación de Fidel en el asesinato de Manolo Castro induce a error. Escribe Thomas:

Manolo Castro... fue sacado con engaño de un cine... y muerto a tiros. Fidel Castro fue acusado de hallarse implicado en el asesinato. Tras ser arrestado en el aeropuerto, fue conducido a presencia de un juez, quien ordenó le fuera retirado su pasaporte<sup>54</sup>.

Thomas no explica que jamás existió una orden de arresto contra Fidel Castro, que éste se presentó voluntariamente ante la policía tres días después del asesinato, y que, en ausencia de pruebas, fue dejado en libertad. Del relato de Thomas es imposible deducir que el incidente del aeropuerto ocurrió más de tres semanas después del asesinato, y que fue entonces cuando le retiraron el pasaporte, y solamente por un día.

# 3

## Entre los trópicos de Cáncer y Capricornio

Tras serle devuelto el pasaporte, Fidel partió inmediatamente de Cuba para cumplir la misión encomendada en nombre de la FEU. Su primer objetivo era establecer contactos con los movimientos estudiantiles en Panamá y Venezuela, para trasladarse de inmediato a Bogotá (Colombia) con el fin de asistir a las sesiones preparatorias del Congreso de Estudiantes Latinoamericanos.

El congreso estudiantil de Bogotá había sido organizado de forma que coincidiera con la Novena Conferencia Interamericana, uno de cuyos principales objetivos era establecer un organismo regional de ámbito latinoamericano ajustado a la política de la guerra fría, a saber, la Organización de Estados Americanos (OEA). El régimen argentino presidido por el general Juan Domingo Perón, que se caracterizaba por su nacionalismo, aunque no se oponía a los objetivos anticomunistas de la conferencia interamericana, estaba altamente interesado en plantear la cuestión del control británico sobre las Islas Malvinas<sup>1</sup>, así como en alcanzar una posición hegemónica entre los diferentes estados latinoamericanos. Cobijando la esperanza de que los estudiantes universitarios se convirtieran en firme soporte de sus objetivos,

el gobierno argentino se convirtió en uno de los principales promotores del Congreso de Estudiantes Latinoamericanos<sup>2</sup>.

El senador Diego Luis Molinari, presidente de la Comisión de relaciones exteriores del Senado argentino, se había trasladado a Cuba en el acorazado *Rivadavia* para recabar el apoyo de los representantes cubanos al congreso y a la causa argentina. Habiéndose instalado en el Hotel Nacional de La Habana, cursó diversas invitaciones a dirigentes estudiantiles para que compartieran su mesa, expuso ante ellos el punto de vista argentino, y se ofreció a sufragar los gastos de los delegados cubanos al congreso estudiantil. Los universitarios progresistas con los que había establecido contacto Molinari albergaban sentimientos contradictorios con respecto a Perón y su gobierno. De un lado, su postura nacionalista tenía cierto contenido antiimperialista y de otro, el régimen peronista reprimía actividades izquierdistas. En una de las comidas, un joven comunista interpeló a Molinari con toda intención para que éste explicara los métodos usados por la policía argentina contra los militantes sindicalistas, y de forma muy especial las torturas con agujones eléctricos normalmente utilizados para arrear el ganado<sup>3</sup>.

La Juventud Socialista y los izquierdistas universitarios independientes, el contingente que más tarde Fidel denominaría «el pequeño grupo de antiimperialistas», vieron la posibilidad de convertir el congreso en un foro desde el que atacar la política latinoamericana de los USA bajo el eslogan genérico del anticolonialismo<sup>4</sup>.

Tras la muerte de Manolo Castro, Fidel se había negado a escuchar la advertencia de sus amigos de que abandonara el país por una temporada, con objeto de que su partida no fuese malinterpretada como gesto de cobardía o indicio de culpabilidad. Pero el congreso le ofrecía una razón legítima para dejar el país hasta que se hubieran enfriado los ánimos. Castro estaba profundamente interesado en la lucha anticolonial, y sus compañeros de la FEU le encargaban la importante tarea de coordinar planes de acción con las delegaciones estudiantiles de Venezuela y Panamá antes de

personarse en el congreso bogotano. Aún en Cuba, Castro puntualizó que el congreso universitario iba a celebrarse al mismo tiempo que la Conferencia Interamericana, y que se hacía imprescindible «apoyar las demandas que contra el colonialaje proyectan sostener en esa conferencia varias naciones latinoamericanas». Castro animó a los estudiantes a «precipitar una ola de protestas» en apoyo de las demandas anticolonialistas. El objetivo, señalaría, es iniciar «un movimiento de masas de mayores proporciones que encuentre eco en toda Latinoamérica, especialmente entre los estudiantes universitarios, unidos bajo la bandera de la lucha antiimperialista»<sup>6</sup>.

La estrategia a seguir en el congreso consistía en plantear temas mucho más radicales que los propuestos por los peronistas, entre ellos la cuestión de la independencia de Puerto Rico, la devolución a Panamá de la zona del canal, y una condena tajante a la dictadura mantenida por Trujillo en la República Dominicana. Se esperaba que el congreso pudiera llegar al extremo de denunciar la incipiente Organización de Estados Americanos, vista por muchos como instrumento destinado a evitar los cambios de estructura política tan necesarios para toda América Latina. Durante sus visitas a Panamá y Venezuela, Castro entró en contacto con los dirigentes estudiantiles de dichos países a fin de asegurar la formación de un frente común antiimperialista en el marco del congreso. En Panamá visitó la zona del canal, pronunció una combativa alocución antiyanqui frente a un auditorio estudiantil<sup>8</sup> y escribió una carta a su amigo Mario García Inchaustegui en la que exponía la necesidad de una insurrección revolucionaria en Latinoamérica a escala bolivariana<sup>7</sup>.

Luego de llegar al Hotel Claridge en Bogotá, Fidel comenzó sus actividades políticas. Tomó parte en una reunión en la universidad y firmó un manifiesto que censuraba la Conferencia Panamericana.

En la tarde del 5 de abril, en la sede de la Confederación de Trabajadores Colombianos, participó en un mitin

de sindicalistas y políticos progresistas quienes se oponían a la política antiobrera del presidente Mariano Ospina Pérez.

Cuando Fidel tomó la palabra sin previo aviso, fue interrumpido por Jesús Villegas, del Partido Comunista colombiano, quien insistió que el estudiante cubano mostrara sus credenciales, puesto que los provocadores utilizan frecuentemente fraseología revolucionaria.

De acuerdo con un testigo, Castro, quien parecía lastimado ante el reto a su lealtad, lanzó una denuncia apasionada sobre el colonialismo y la reacción en América Latina, que trajo aplauso de toda la asamblea<sup>8</sup>.

Las dotes naturales de Castro como líder le valieron la presidencia del congreso de estudiantes a pesar de que no era el jefe de la delegación cubana<sup>9</sup>.

Uno de los estudiantes colombianos sugirió que Jorge Eliécer Gaitán dirigiera la palabra al congreso. Gaitán era un líder colombiano incorruptible y de gran popularidad perteneciente al ala progresista del Partido Liberal.

El había organizado un fuerte movimiento de oposición y tenía ahora la posibilidad de convertirse en el próximo presidente de Colombia. Poco antes, Gaitán había encabezado la Marcha del Silencio en la cual participaron más de 100.000 personas en protesta contra la supresión de los derechos democráticos por el gobernante Partido Conservador y los asesinatos de activistas políticos por bandas paramilitares derechistas.

Fidel se reunió con Gaitán en la mañana del 7 de abril para tratar sobre el congreso de estudiantes. Salió de la reunión con una copia de la obra «Defensas Penales», escrita por Gaitán y el discurso con que él había clausurado la Marcha del Silencio, titulado «Discurso en favor de la Paz»<sup>10</sup>.

La noche siguiente, Fidel asistió a un juicio, donde Gaitán defendía a un oficial de la policía, quien había matado, supuestamente en defensa legítima, a un político derechista.

El Congreso estudiantil terminó al mediodía de abril 9.

En él, no se creó, como Castro, Alfredo Guevara y otros estudiantes progresistas hubieran querido, una organización estudiantil latinoamericana con carácter permanente. Pero el congreso sí aprobó resoluciones en favor de la independencia de Puerto Rico, la soberanía de Panamá sobre la zona del Canal, el abandono por parte de los Estados Unidos de la Base Naval de Guantánamo en territorio cubano y la devolución de las Malvinas a Argentina<sup>11</sup>.

Después de la clausura, Castro y Guevara caminaban hacia el Capitolio. De repente escucharon gritos frenéticos: «¡Mataron a Gaitán! ¡Mataron a Gaitán!»<sup>12</sup>.

Minutos después, una multitud de colombianos encorralados mataron a golpes al asesino y arrastraron su cadáver por las calles.

El asesinato de Gaitán fue la chispa de una sublevación popular contra el régimen conservador. La mayoría de la policía y muchos de sus oficiales se incorporaron a la rebelión y hubo incertidumbre entre gran número de soldados.

La lucha se propagó a otras ciudades. En el pueblo costero de Barranquilla, los partidarios de Gaitán junto a grupos izquierdistas tomaron por asalto la mansión del gobernador.

En Bogotá, los estudiantes ocuparon la Radio Emisora Nacional y leyeron proclamas en favor del derrocamiento del gobierno.

Las actividades de Fidel durante el *bogotazo* han sido objeto de innumerables especulaciones durante años. La afirmación de Sir Norman Smith según la cual Castro había llegado a su hotel durante el combate con «montones de armas»<sup>13</sup> poco nos dice de su auténtica participación en los hechos, a pesar de ser muy sugestiva. Por lo demás, el relato del diplomático norteamericano William D. Pawley, quien diez años después, afirmaría haber oído por la radio una voz que gritaba: «Aquí está Fidel Castro, de Cuba. Esto es una revolución comunista»<sup>14</sup>, debe ser puesta en la cuenta de una vívida o interesada imaginación, sin duda parcialmente estimulada por el trauma de ver como acababan

de ser nacionalizadas por el gobierno revolucionario sus propiedades en Cuba <sup>15</sup>.

Cuando Castro se enteró de la muerte de Gaitán, se introdujo en un río de gente que gritaba: «¡A la estación de policía!»

El cuartel de la tercera división de la policía estaba bajo el mando del comandante Arce Vera, un simpatizante de Gaitán. No había suficientes armas y Fidel Castro sólo pudo encontrar un lanzagranadas de gases lacrimógenos. Más tarde, un oficial le dio un máuser con 16 balas <sup>16</sup>.

Un destacamento, en el cual se encontraba Fidel, salió del cuartel con rumbo al Palacio. Castro y unos pocos más, se separaron del destacamento para responder al fuego de armas que venía desde un colegio católico.

Allá, las primeras víctimas pro-Gaitán de la guerra civil fueron tendidas sobre los techos de carros, mientras que un altoparlante llamaba al pueblo a tomar las armas.

Fidel se unió a un grupo de estudiantes que iba a la Radio Emisora Nacional para ayudar a rechazar un ataque. El grupo consistía en siete u ocho jóvenes, pero sólo había tres armas de fuego entre ellos.

El grupo se ocultó detrás de bancos en un parque cercano al Ministerio de Defensa mientras que pasaban algunos tanques. Luego, Fidel, con su audacia acostumbrada, se subió en uno de los bancos para arengar a los soldados. Algunos de ellos se acercaron amenazadoramente y el grupo de estudiantes se retiró del lugar disparando algunos tiros <sup>17</sup>.

El grupo se apoderó de un ómnibus, pero cuando llegó a las proximidades de la estación radial, alrededor de las siete de la tarde, descubrió que había caído ya en las manos del gobierno.

La pérdida de la emisora fue un golpe duro para el incipiente movimiento revolucionario, puesto que las transmisiones habían servido para alentar y dirigir las fuerzas anti-gubernamentales.

Fidel y sus amigos se dirigieron a la universidad, pero

encontraron una situación caótica y decidieron marchar hacia una cercana estación de policía.

Allí un comandante aceptó el ofrecimiento de Fidel de ayuda. Dos jeeps, uno manejado por el comandante y el otro por Fidel, cruzaron la ciudad en dirección a la oficina del Partido Liberal. Pero el jeep del comandante se ponchó y Castró con otros dos estudiantes tuvieron que quedarse en la calle.

Luego, fallaron en su intento de hacer arrancar un carro estacionado. Era de noche y empezaron a caminar. Entablaron conversación con un policía armado con una ametralladora que les indicó cómo ellos podían llegar a la Oncena Estación en las afueras de la ciudad que estaba en manos de los rebeldes <sup>18</sup>.

Había cerca de 500 hombres en la estación y Fidel entró al grupo que estaba formado en el patio central. Pero, la idea de esperar pacientemente dentro de la estación por un ataque enemigo no le agradó. Buscó al jefe de la guarnición y le aconsejó que columnas armadas debían ser enviadas para atacar puntos estratégicos en la ciudad.

El jefe no acogió su consejo, pero más tarde dejó que Fidel encabezara una escuadra para explorar y vigilar las alturas que dominaban la estación <sup>19</sup>.

Fidel no sabía entonces que algunos líderes del Partido Liberal habían ido al Palacio para conversar con el presidente Ospina Pérez y llegado finalmente a un pacto para poner fin a la sublevación.

Convencidos que la batalla estaba perdida, los hombres empezaron a abandonar la estación en las primeras horas de la tarde del 10 de abril. Fidel y otros civiles fueron obligados a entregar las armas.

El universitario cubano regresó al Hotel Claridge, pero no pudo entrar porque estaba ocupado por fuerzas del gobierno. Entonces fue al Hotel Pacífico donde estaban alojados algunos de sus amigos, pero después de una discusión política con su dueño tuvo que abandonarlo.

Con sólo media hora antes del toque de queda, llegó Fi-

del a otro hotel donde la delegación argentina estaba hospedada. Algunos de los argentinos se mostraron nerviosos al llegar Fidel puesto que conocían los rumores que «los comunistas cubanos» habían participado activamente en los acontecimientos ocurridos después de la muerte de Gaitán.

Castro convenció a un diplomático argentino que lo llevara en auto a la embajada cubana en Bogotá.

Al día siguiente, Fidel y el resto de la delegación cubana salieron para La Habana en un avión de carga que llevaba toros<sup>20</sup>.

Dos semanas después, *Bohemia* publicó una fotografía de Castro tomada al parecer el último día de estancia en Bogotá<sup>21</sup>. La foto muestra a Castro con chaqueta de piel, camisa de vestir y corbata en una calle bogotana llena de montones de escombros.

Tras regresar a Cuba, Alfredo Guevara declaró en una entrevista que él y sus compañeros podían testificar «el fervor de un pueblo que lucha por su liberación, en contra de la injusticia y la miseria»<sup>22</sup>.

Los acontecimientos de Bogotá no podían más que contribuir a dejar una profunda impresión en Castro. Había sido testigo directo del levantamiento armado de un pueblo de Latinoamérica frente a su opresivo gobierno dictatorial. Asimismo, había visto cómo la mayoría de los representantes presentes en la conferencia interamericana se apresuraban a etiquetar a los elementos pro-Gaitán como fuerzas de «inspiración comunista». Sin lugar a dudas, esta experiencia contribuyó a consolidar en Castro un odio imperecedero hacia la Organización de Estados Americanos, pues entendía que el principal objetivo de la misma no era otro que aplastar las revoluciones populares que pudieran surgir a lo largo y ancho de Latinoamérica<sup>23</sup>.

Puede avanzarse la hipótesis de que los sucesos de Bogotá ofrecieron a Castro una lección práctica de la gran potencia divisora y fragmentadora del anticomunismo. Los hechos dejaban muy claro para él que todo intento encaminado a modificar el *status quo* y poner en marcha las tan

necesarias transformaciones sociales en Latinoamérica, iba a ser estigmatizado como comunista. El recurso al comunismo bloquearía la necesaria unidad popular, al tiempo que permitiría justificar la represión y la intervención extranjera. Por consiguiente, la lección colombiana contribuyó sin duda alguna a perfilar la futura táctica y estrategia de Castro.

Fidel regresó a la universidad para cursar el penúltimo curso de sus estudios en el momento mismo en que la campaña electoral de Eduardo Chibás para la presidencia estaba avanzando hacia su punto culminante. Castro se lanzó de inmediato a la campaña con la convicción de que Chibás podía estimular el desarrollo de un movimiento popular de masas, ganar las elecciones y, tras el triunfo, crear las necesarias condiciones previas para un cambio revolucionario. Los combativos discursos de Chihás y su consigna electoral, «Vergüenza contra dinero», habían prendido en la imaginación de millones de cubanos. Su campaña había transcurrido sobre las líneas maestras de una cruzada milenarista contra la corrupción. Como indicaría un editorialista del acreditado periódico *El Mundo*, Chibás representaba «las fuerzas morales de la nación»<sup>24</sup>.

La experiencia de Bogotá había incrementado la aversión de Castro hacia el imperialismo norteamericano. Pero su sentido del momento histórico, su aparentemente intuitivo dominio de la táctica y la estrategia, le señalaban que el antiimperialismo en sí mismo aún no era un concepto capaz de lanzar a la acción al pueblo cubano. En cierta ocasión me contó que todavía no se había desarrollado por entonces una conciencia antiimperialista entre el pueblo cubano, en razón de la omnipotente propaganda pro-norteamericana que invadía el país.

La conclusión que yo saqué era que la gente atribuía el malestar social a los gobiernos corrompidos, a los políticos que roban, a la politiquería. A todo eso. Pero no acababan de ver la verdadera esencia de los problemas sociales<sup>25</sup>.

Bien es verdad que los comunistas integrados en el Partido Socialista Popular (PSP) enarbocaban el concepto de antiimperialismo, pero de acuerdo con el propio Castro, «había tal campaña maccarthista y tal bombardeo incesante de la prensa, que estaban muy aislados»<sup>26</sup>. Por entonces creía que «había movimientos populares no comunistas, pero que podían avanzar hacia la izquierda». El Partido Ortodoxo de Chibás pertenecía, en opinión de Castro, a este último tipo, y ello explica el tremendo ardor con que Fidel apoyó la campaña presidencial de Chibás.

Carlos Prío, el ministro de Trabajo que había proyectado y manejado el vuelco conservador del movimiento sindical, se presentaba como candidato presidencial de la alianza adjetivada como Republicana Auténtica. A mediados de mayo emprendió una gira electoral por la provincia de Oriente, tierra natal de Chibás y Fidel. Chibás decidió marchar tras los pasos de Prío, y Fidel, que por entonces ya era considerado como uno de los dirigentes más attractivos de la Juventud Ortodoxa, se convirtió en miembro del equipo de Chibás en calidad de orador en los mitines electorales.

En Holguín, no lejos de la estancia paterna, Fidel atacó furiosamente la muy extendida práctica de otorgar votos a determinados políticos a cambio de favores<sup>27</sup>. Tales favores iban desde la recomendación para permitir el internamiento de un familiar en un hospital «público», hasta el ingreso de un muchacho en cualquier escuela o el ofrecimiento de un empleo. Junto a la falsificación de boletas de sufragio, los votos atribuidos a personas ya fallecidas y el uso de intimidaciones abiertas, la compra de votos era una de las muchas prácticas usuales que convertía a la «democracia representativa» cubana en una auténtica burla.

El 23 de mayo de 1948, Chibás recibió un multitudinario homenaje de bienvenida en Santiago de Cuba. Como ya era usual, Fidel le precedió en el uso de la palabra<sup>28</sup>. No obstante, ese día Fidel pronunció un discurso con aire de advertencia para Chibás. Declaró que los estudiantes pres-

taban su apoyo a Chibás, pero que si traicionaba la fe depositada en su persona por parte del pueblo cubano, se lo retirarían para pasar a combatirle. Luis Conte Agüero, otro representante estudiantil, tomó la palabra tras Fidel e impugnó su alusión insistiendo en que Chibás nunca iba a traicionar al pueblo cubano. Al llegar su turno, el propio Chibás, que había tomado buena nota de la advertencia, declaraba: «No, compañero Fidel Castro, no debes albergar la menor duda». El día en que notara que estaba perdiendo la confianza del pueblo, dijo, se metería una bala en el corazón<sup>29</sup>.

\*

La insólita desviación por parte de Castro del lenguaje usualmente adulatorio dentro de toda campaña electoral, era una clara expresión de su independencia y libertad de criterio, y la prueba de que no poseía la mentalidad de un ciego fanático o de un político alquiladizo.

El joven Fidel no era persona en extremo grata a los ojos de los altos dirigentes del Partido Ortodoxo. Poseía un espíritu demasiado libre y también una excesiva impetuosidad como para ganarse la confianza de los políticos. De un militante que se atreve a lanzar advertencias a los dirigentes del partido no puede esperarse que se cifre a una línea política sin más objeciones. Fidel jamás intentó ganarse la voluntad de los dirigentes, antes bien solía entablar batalla con ellos ante los militantes de base.

Para Fidel, el Partido Ortodoxo presentaba el atractivo de su potencialidad para galvanizar la acción popular. Los momentos de la campaña electoral en los que sentía mayor gozo eran los del contacto directo con la gente. Un noticiario de la época nos lo muestra caminando rápidamente junto a Chibás rodeado por una multitud extáticamente entusiasmada. A pesar de que está siendo estrujado por el gentío que se aglomera a su alrededor, la amplia sonrisa que

ilumina su rostro es prueba irrefutable de satisfacción interna<sup>30</sup>.

Fidel tenía fuertes reservas sobre algunos de los políticos y millonarios que Chibás había atraído hacia el Partido Ortodoxo. Entre ellos, «Fico» Fernández, el multimillonario magnate azucarero de la provincia de Oriente; Gerardo Vázquez, el rey del ganado de la provincia de Camagüey, y Nazario Sargent, radicado en la provincia de Las Villas. Cada uno de ellos gozaba de una posición influyente dentro del partido, y Fidel no disimulaba su oposición a tales figuras. Según Castro, Chibás no tenía la menor necesidad de atraer a semejante tipo de elementos a las filas del partido. «No había necesidad de eso. No había real necesidad de eso, porque era un movimiento de masas alrededor de su personalidad, y podía haber hecho surgir figuras nuevas»<sup>31</sup>. Castro nunca se reconcilió con la idea de compartir la militancia en un mismo partido con estos representantes de la oligarquía cubana<sup>32</sup>. Desde su punto de vista, ellos eran la única causa que impedía al partido convertirse en un instrumento apto para llevar a cabo un cambio en profundidad. Este punto de fricción condicionaba la lealtad de Castro al Partido Ortodoxo, al tiempo que explica cómo Castro podía estar influenciado por el marxismo y seguir a la vez siendo un activista dentro de la organización de Chibás.

Aunque Chibás había hecho concesiones a los principales magnates políticos, rehusó aceptar el menor tipo de acuerdo con los comunistas. En abril de 1948, cuando un sector del Partido Ortodoxo propuso establecer una alianza limitada con el comunista PSP (Partido Socialista Popular) en vistas a ciertos escaños senatoriales, Chibás vetó la idea con acritud<sup>33</sup>. Pocos días después rechazó un pacto sobre una serie de objetivos comunes que le había sido ofrecido por Blas Roca, secretario general del PSP. De hecho Chibás era un anticomunista intransigente, y rara vez desperdiciaba la oportunidad de lanzar duros ataques al PSP.

En este aspecto Fidel discrepaba por completo de Chibás. Ni en los mítines públicos, ni en el programa de radio

semanal que protagonizó en la cadena COCO durante la campaña electoral, dirigió jamás el menor ataque al PSP o al «comunismo internacional», a diferencia de cuanto hiciera en esta misma época el propio Chibás <sup>34</sup>.

Según el autor de un voluminoso libro sobre Cuba, a su regreso de Bogotá Castro «parece que abandonó la poca afición al marxismo que tal vez había tenido» <sup>35</sup>. He aquí un error de interpretación realmente serio, otro más que añadir a la cadena de confusiones en que parece haberse convertido la evolución ideológica de Fidel Castro. De hecho, fue precisamente durante el período inmediatamente posterior al *bogotazo* cuando Fidel comenzó a estudiar marxismo de una forma seria. A su regreso de la experiencia de Bogotá, se hallaba más desasosegadamente radical que nunca, más motivado a estudiar las realidades del desarrollo histórico, las raíces del imperialismo y la táctica y estrategia precisas para llevar a buen puerto una revolución. Prueba fehaciente de ello nos la ofrece su asistencia regular a un seminario de estudios marxistas organizado por el Partido Socialista Popular en 1949 <sup>36</sup>.

Por entonces Castro, según lo que ha dicho, ya había leído el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels. Ahora descubriría «dos libros de Lenin superfenomenales» escritos por éste: *El Estado y la Revolución* y *El imperialismo, fase superior del capitalismo* <sup>37</sup>. En el curso de una visita a Estados Unidos durante el otoño de 1948, Fidel compra el primer volumen de *El Capital*, prueba ineludible de su interés por el marxismo, mucho más si se tiene en cuenta que lo adquiría durante su viaje de luna de miel <sup>38</sup>.

Se considera que estos cuatro libros leídos por Castro recogen la esencia de las doctrinas marxistas-leninistas: la teoría de la lucha de clases, la de la plusvalía, la del estado y la revolución y la del capitalismo en su fase imperialista. Al hablar de la afirmación mantenida por Castro de que ya era en esencia un marxista-leninista cuando encabezara el ataque al cuartel Moncada, *cinco años después de su regreso de Bogotá*, Hugh Thomas comenta desdeñosamente: «Todo

esto seguramente venía a significar que, en la universidad, Castro fue influido, de una forma moderada y superficial, por el marxismo y el nacionalismo. Al referirse al primero, tal vez no quería decir otra cosa más que, por primera vez, había tenido noticia de la teoría de que la sociedad se divide en clases antagónicas»<sup>39</sup>.

Tras su regreso de Bogotá, y a pesar de la anatematización de los comunistas por el liderazgo del Partido Ortodoxo, Fidel Castro continuó manteniendo amistosas relaciones con Flavio Bravo, Luis Más Martín, Alfredo Guevara, Lionel Soto y otros militantes comunistas. Sostenía a menudo largas discusiones ideológicas con Flavio Bravo, y era cliente habitual de la librería comunista<sup>40</sup>. Carlos Rafael Rodríguez, actualmente una de las figuras clave del gobierno revolucionario cubano y que por aquel entonces era dirigente del PSP, recibía informes periódicos de las actividades políticas de la juventud. En su opinión, Fidel «quizás era la personalidad más destacada entre el grupo de antiimperialistas y progresistas que luchaba en la universidad»<sup>41</sup>.

Cuando se toma en cuenta la seria aproximación de Castro al marxismo-leninismo en sus años juveniles, y la actitud fraternal que siempre mantuviera hacia los comunistas, deja de ser un enigma su ulterior desarrollo ideológico. No obstante, es necesario admitir que los primeros estadios del paso de Castro por el reino de las ideas se han mantenido envueltos en una nebulosa *a causa de su mismo comportamiento*. Castro jamás mencionó a Marx, Lenin o el comunismo, ni siquiera el término menos comprometedor de *socialismo*, en ninguna de las alocuciones o escritos que nos ha legado.

Aún más, él mismo sólo reconoce haber sido un activista convencido del Partido Ortodoxo de Chibás y nunca un militante del Partido Socialista Popular.

En una rememoración de los primeros pasos de su evolución política, Castro ha señalado que los comunistas «todavía no me habían ni reclutado, me autorrecluté yo mismo. Y empecé a luchar»<sup>42</sup>. Esto se puede interpretar como que

Castro se hizo marxista, pero guardaba su ideología y objetivos finales para sí mismo al tiempo que se lanzaba a un trabajo político práctico dando su apoyo a un movimiento de masas progresista a través del cual esperaba poder atraer al pueblo cubano y guiarle hacia sus metas revolucionarias.

Poco después de iniciadas las vacaciones estivales de 1948, Fidel era acusado de hallarse entre los individuos que habían abatido a tiros frente a su propia casa a Óscar Fernández Caral, sargento de las fuerzas policiales destacadas en la universidad.

Castro se enteró de que le implicaban en el caso a través de los periódicos. Se ocultó de inmediato y poco después la FEU protestaba oficialmente por la inclusión de su nombre en la lista de sospechosos. Desde su escondrijo, Fidel envió una carta al juez instructor del caso, Riera Medina, indicándole que según los periódicos se esperaba que se entregara voluntariamente a la policía. «¿Por qué he de hacerlo?», preguntaba. El único testigo que le había identificado como co-partícipe del asesinato al serle mostrada una serie de fotografías, había rectificado poco después su testimonio «en la prensa y ante el juez, doctor Riera Medina, en forma categórica, cívica y valientemente, a despecho de la represalia y el soborno por parte de la policía». Considerando que no existía el menor fundamento en que apoyar los cargos emitidos contra su persona, Castro conminaba al juez a invalidar la orden de arresto contra él y hacerla efectiva para quienes habían amenazado al testigo al tiempo que intentaban sobornarle con vistas al juicio.

Castro se había escondido porque sospechaba que el hecho que le imputaban sus enemigos era un preludio de la venganza de los pistoleros. Le anunciaba al juez Riera que no quería entregarse porque

«¿De quién será ahora la responsabilidad, doctor Riera Medina, si por una orden de detención a todas luces sin fundamento e injusta, algunos agentes policiacos, al servicio de los intereses bastardos que yo

he combatido, aprovechan la oportunidad para asesinarme?»<sup>43</sup>.

La argumentación de Castro convenció al juez, y su nombre fue retirado de la lista de acusados.

Al regresar a la universidad para empezar el último curso de sus estudios, Fidel se vio envuelto de inmediato en la turbulenta lucha emprendida contra el aumento de las tarifas de autobús. El aumento había sido autorizado el 8 de septiembre de 1948 en el curso de un consejo de ministros, y se trataba de una de las últimas prebendas de la agonizante administración Grau antes de abandonar el poder. Un mes más tarde tomaría posesión de su cargo el nuevo presidente, Carlos Prío.

Ómnibus Aliados, una autotitulada cooperativa, se había convertido en blanco de la cólera de los usuarios. La empresa alegaba que estaba perdiendo dinero, pero las cifras publicadas por sus oponentes mostraban que había obtenido unos beneficios de cinco millones de dólares durante el año 1947<sup>44</sup>.

Cuando la compañía aumentó sus tarifas, en el mes de enero, se produjo una violenta reacción en la que cabía incluir una serie de autobuses incendiados. Los comunistas desempeñaron un papel importante al condenar el incremento en el precio de las tarifas del pasaje, y en una reunión de masas celebrada en el Parque Central de La Habana dos dirigentes comunistas, el sindicalista Lázaro Peña y el líder juvenil Más Martín, efectuaron un llamamiento al pueblo para que combatiera el incremento de tarifas<sup>45</sup>.

La respuesta más dramática a dicho aumento fue la proveniente de los estudiantes universitarios. En un principio, los estudiantes decidieron apoderarse de una serie de autobuses y conducirlos hasta el recinto universitario, lugar donde, por tradición, tenía vedado el acceso la policía de la ciudad. El primer botín de guerra fue adornado con banderas cubanas y de la FEU. Al caer la tarde se hallaban ya ocho autobuses robados en la universidad. En su proclama

pública, la FEU afirmaba: «En solidaridad con las demandas populares, hemos tomado los autobuses como gesto simbólico»<sup>46</sup>.

Aquel mismo atardecer se oyeron disparos en los alrededores del recinto universitario. El periódico comunista *Hoy* especulaba con la posibilidad de que «la policía prepara las condiciones de terror para violar el recinto universitario». Este mismo artículo señalaba que «los líderes estudiantiles fieles a la lucha, Fidel Castro, Lionel Soto, Alfredo Guevara y otros, han adoptado la decisión de practicar medidas de combate aún más drásticas si la policía se atreve a violar la autonomía universitaria»<sup>47</sup>. Una vez más vemos a Castro hombro con hombro junto a sus dos amigos comunistas, prueba fehaciente de su por entonces ideal de unidad que, con el correr del tiempo, evolucionaría hacia objetivos abiertamente socialistas.

Justo Fuentes, presidente de la FEU y miembro de la UIR, se opuso al secuestro de autobuses tronando que «elementos extraños se filtraron en las masas estudiantiles»<sup>48</sup>. Con toda probabilidad se estaba refiriendo a Más Martín, el joven dirigente comunista que había trabajado en estrecho contacto con Fidel y otros dirigentes estudiantiles para la organización del movimiento de protesta.

Los estudiantes dejaron dentro del recinto universitario durante toda la noche los autobuses ornamentados con banderas. A la mañana siguiente habían desaparecido. Cuando Más Martín oyó la noticia, se precipitó hacia el apartamento de Fidel. Éste estaba preparando un examen. Más le contó a Fidel la cuestión de los autobuses y añadió: «Se dice que Justo Fuentes se ha vendido a cambio de dinero, y lo peor de todo es que si no dejas las cosas claras en público, mucha gente puede decir que te hallas implicado en el asunto». Al oír esto, Fidel arrojó los libros al otro extremo de la habitación, soltó algunos juramentos y salió corriendo hacia la universidad<sup>49</sup>.

Una vez allí, Castro no tardó en convertirse en el centro de un improvisado mitin. Acusó a Justo Fuentes y a un

pequeño grupo que le circundaba de haberse vendido a la compañía de autobuses. Más tarde, en un mitin de la FEU, tomó la palabra y comenzó su intervención indicando que corrían rumores de «que algunos dirigentes de la FEU, sin el conocimiento ni la aprobación de ésta, han sostenido entrevistas en el café Vista Alegre con el señor Saud Juelle, administrador de las rutas 21 y 22, y que han aceptado 2.500 dólares cada uno para impedir la lucha contra el aumento del pasaje»<sup>50</sup>. Fue llamado al orden y se le hizo callar antes de que pudiera proseguir. Medio año más tarde, tras el asesinato de Justo Fuentes, *Bohemia* recordaba el incidente del aumento de tarifas al tiempo que señalaba que «el propio Castro acusó entonces a Justo Fuentes y a otros de haberse supeditado a la empresa de los Ómnibus Aliados»<sup>51</sup>.

\*

Poco después de haber triunfado la Revolución cubana, el águila norteamericana que coronaba el monumento erigido a la memoria de los muertos habidos en el hundimiento del U.S.S. *Maine* en el puerto de La Habana, en 1898, fue echada abajo. El derribo del águila estaba cargado de simbolismo, y para buen número de cubanos fue contemplado como la justa compensación a un incidente acaecido algo más de una década antes y en el que se vieron envueltos otro monumento y el propio Fidel Castro.

El incidente en cuestión tuvo lugar en marzo de 1949. Varios marineros americanos, en medio de una borrachera o quizás a modo de broma absurda, treparon a la estatua del reverenciado José Martí, ubicada en el Parque Central de La Habana, y uno de ellos meó a sus pies, execrable afrenta para los cubanos que se habían congregado a contemplar la acción. Una fotografía actualmente famosa en Cuba nos muestra a uno de los marineros sentado a horcadas sobre la cabeza de Martí. Los cubanos se sintieron seriamente afectados en su sentido patriótico, y sólo la in-

tervención de la policía salvó a los marineros de una soberana paliza. Tuvieron que refugiarse en una estación de policía del distrito, mientras un grupo de airados cubanos lanzaban duros epítetos antiyanquis. Posteriormente, el agredido naval norteamericano se presentó en el local policiaco y ordenó regresar a su nave sin contemplaciones a los atemorizados marinos <sup>52</sup>.

Cuando la noticia llegó a oídos de círculos universitarios, Fidel fue uno de los organizadores de la guardia de honor que tomaría posición junto a la estatua de Martí a lo largo de toda la noche. Se hizo un llamamiento con vistas a organizar una manifestación de protesta ante la embajada americana a la mañana siguiente.

Fidel, Alfredo Guevara, Lionel Soto y Baudilio Castellanos se hallaban entre los manifestantes. Se gritaron consignas antiestadounidenses, al tiempo que se lanzaban piedras contra el edificio de la embajada. Asimismo existía un plan para arrebatar la bandera norteamericana y conservarla como simbólico rehén hasta que los marinos culpables del desacato fueran entregados a la justicia cubana <sup>53</sup>.

Robert Butler, a la sazón embajador norteamericano en la isla, apareció ante los manifestantes y les dirigió unas palabras en tono reconciliador. Mientras estaba hablando, un contingente de policía a las órdenes de su nuevo jefe supremo, el coronel Caramés, arremetió contra los manifestantes blandiendo sus porras. Un año antes, la policía, también bajo el mando directo de Caramés, había atacado una manifestación hiriendo a Castro. Ahora, Castro fue alcanzado de nuevo por una porra policial.

El embajador Butler parecía hallarse desconcertado ante la brutalidad de la policía. Subió a su automóvil y se dirigió sin perder un minuto hacia el Ministerio de Estado cubano, hasta donde le seguirían algunos de los activistas afiliados a la FEU. Butler se entrevistó con Hevia, ministro cubano del ramo, y bosquejó un breve parlamento allí mismo. Acto seguido, leyó su autojustificación ante los estudiantes. Cuando, en uno de los pasajes, afirmó que los

Estados Unidos habían ayudado a Cuba a conseguir su independencia, Alfredo Guevara le interrumpió para decirle: «Sí, ustedes nos ayudaron a ser libres, para luego imponernos la Enmienda Platt»<sup>64</sup>. Tras abandonar el ministerio, Butler se dirigió en su automóvil hacia el Parque Central, donde depositó una corona de flores ante la estatua de Martí.

Mientras tanto, Fidel, Alfredo Guevara y Lionel Soto, entre otros, comenzaban una ronda por las redacciones de periódicos llevando en propia mano una declaración de protesta por la brutalidad de la policía. Entre otras cosas, la declaración decía que «es una vergüenza para Cuba tener por jefe de policía un individuo que en vez de evitar que los marinos yanquis profanen a Martí se dedique a atacar a los que salieron en defensa del honor»<sup>65</sup>.

Queda una cuestión marginal que añadir al incidente de la estatua. El mismo día en que depositó la corona de flores ante la estatua de José Martí, el enhajador Butler hizo filmar un noticiario. Tras la victoria revolucionaria fueron descubiertas varias «tomas» desechadas del discurso apologetico pronunciado por Butler. En la primera de ellas, Butler pronuncia unas frases de su discurso hasta llegar a «... la estatua de... hum, hum...». Una avergonzada mueca invade su cara cuando vacila ante el cámara y acaba por gritar: «¡Corte!». Había olvidado el nombre de José Martí<sup>66</sup>.

Fidel, junto a otro de los resneltos defensores y manifestantes por el asunto de la estatua de Martí, no había dormido durante la noche de la profanación ni durante toda la mañana siguiente. Fácil es imaginar que la tensión de tan prolongada actividad le había dejado exhausto, y habría entrado dentro de la pura lógica una cancelación de sus actividades de aquel día para entregarse al sueño reparador.

Sin embargo, lo que hizo fue presentarse en la universidad donde iba a celebrarse un mitin del Comité Universitario contra la Discriminación Racial, de cuyo consejo ejecutivo era miembro. «Fidel había prometido asistir», re-

cuerda uno de los dirigentes negros del mencionado comité, y «asistió con los ojos inyectados de sangre»<sup>57</sup>.

La primera vez que oí esta historia me pareció completamente natural que Castro hubiera albergado fuertes inclinaciones contra la discriminación racial. No obstante, sólo más tarde, una vez leído el alegato de Hugh Thomas de que antes de 1953 Fidel Castro «aún no había dicho nada sobre el problema de los negros en Cuba»<sup>58</sup>, me percaté de la importancia que tiene esta prueba documental sobre la asistencia de Castro a la concentración mencionada. Aunque se trate de un mero hecho incidental, constituye prueba irrefutable de que Castro era un luchador activo contra el racismo, y tenía algo que decir acerca del «problema de los negros en Cuba».

He hallado otras pruebas de la profunda implicación de Castro en los problemas del racismo. Una de las más reveladoras es el testimonio del periodista Félix Olivera, hombre de color cuyo enciclopédico conocimiento sobre la política de la Cuba prerevolucionaria es reconocido entre sus compañeros de profesión cubanos. Olivera afirma que Fidel era bien conocido en los ambientes universitarios y dentro del propio Partido Ortodoxo, como enemigo abierto de la discriminación racial. Según recuerda Olivera, «en sus programas radiofónicos entre 1948 y 1950, en la cadena COCO, Fidel fustigó el chauvinismo blanco en docenas de ocasiones».

Olivera recuerda tres casos concretos<sup>59</sup>. El primero se produjo cuando el Hotel Nacional se negó a darle una habitación a la famosa cantante negra Josephine Baker. El segundo cuando el coronel Caramés golpeó al cantante Pepe Reyes en el famoso cabaret Tropicana, mientras éste, un negro, le enseñaba a bailar el mambo a la actriz portorriqueña Diosa Castillo (Caramés le había gritado: «¿Quién te ha dado permiso para bailar, cerdo negro»). La tercera tuvo como causa la contratación de algunos negros «simbólicos» por los almacenes El Encanto y Woolworths para disfrazar la discriminación racial.

La actitud de Castro hacia la discriminación era perfectamente coherente con su pensamiento político general. Por lo demás, bueno será reseñar que también fue miembro del comité de la FEU en favor de la independencia de Puerto Rico.

Cuando se pasa revista a los años que Fidel pasó en la universidad, queda muy claro que durante esta época acumuló una inmensa experiencia política. Había sufrido la decepción del régimen presidido por Grau y el fracaso de la invasión dominicana. Había visitado Panamá y Venezuela, intervenido en el levantamiento popular de Bogotá y contemplado como testigo la sanguinaria represión del mismo. Había participado, muy a menudo como promotor, en docenas de reuniones y manifestaciones. Había sido militante activo de un partido de masas, viéndose amenazado, calumniado y atacado de palabra y obra. Y, en estos años de activismo, había descubierto una doctrina que le serviría de guía.

Sabido todo esto, no tengo razón alguna para dudar de las palabras de Fidel cuando me dijo que, «al abandonar la universidad, yo tenía una formación política marxista»<sup>60</sup>. De hecho, puede especularse jocosamente al afirmar que las notas semestrales obtenidas por Fidel en la facultad de derecho durante la primavera de 1949, su último curso en esa facultad, presagiaban el futuro curso de su vida. Obtuvo un sobresaliente en Legislación Obrera y un simple «aprovechado» en Propiedad y Derechos Reales, notas dignas de un socialista convencido<sup>61</sup>.

Fidel Castro Ruz, reciente doctor en leyes, entró a trabajar en un pequeño bufete que radicaba cerca de los viejos muelles de La Habana<sup>62</sup>. Sin embargo, y para disgusto de la bien relacionada familia Díaz-Balart, de la que había entrado a formar parte por su matrimonio y a la que había «dado» un hijo<sup>63</sup>, no mostró el menor interés por convertirse en un abogado de prestigio según las convenciones normalmente aceptadas. De haberlo deseado así, poco le hubiera costado alcanzar un rápido y amplio éxito económico.

co en su vida profesional. Era brillante, convincente, y procedía de una capa social bien considerada. Pero el dinero no era su norte, y se hallaba más que satisfecho con una clientela compuesta por trabajadores, viudas pobres y similares, a quienes indudablemente no podía sino presentar minutas muy modestas.

Tampoco entraba en sus cálculos consagrarse por completo a su trabajo como abogado. Se matriculó en un nuevo plan universitario que le permitía pasar los cursos sin asistencia a clase, y en el año inmediatamente posterior a su graduación aprobaba varias asignaturas. También dedicaba mucho tiempo a sus actividades dentro del Partido Ortodoxo. Asistía con asiduidad a reuniones de base del partido, en sus secciones obreras de La Habana, y era conocido como miembro representativo del ala radical de la organización.

El asentamiento profesional de Castro no iba a domesticarle, y eso lo sabían muy bien sus enemigos. Masferrer le acusó una vez más de intento de asesinato contra su persona. El asalto había tenido lugar en las escaleras del Capitolio, siendo el balance de un muerto y tres heridos. Masferrer escapó milagrosamente indemne. Una mujer vinculada a la UIR había sido arrestada cerca de la escena del incidente, y Masferrer había señalado de inmediato a otros miembros de la UIR como sus asaltantes <sup>64</sup>. Dos días después de su primera denuncia, añadiría a la lista el nombre de su viejo enemigo, Fidel Castro. Fidel consiguió que el juez Hevia anulara una orden de arresto dirigida contra su persona <sup>65</sup>.

Seis años más tarde, mientras se hallaba en México preparando su invasión a Cuba, Fidel tendría que defenderse una vez más de la acusación de haber sido uno de los elementos «gatillo alegre» en la universidad.

Cuántas veces mis adversarios intentaron el procedimiento bajo y mezquino de involucrarme en hechos de esa índole, me enfrenté resueltamente a la

calumnia, acudí a los tribunales y jueces tan íntegros (los hay pocos) como Hevia o Riera Medina pueden dar fe de mi inocencia.

Miles de estudiantes, hoy profesionales, que me vieron actuar en la Universidad durante cinco años y con cuyo respaldo conté siempre (porque siempre he luchado con el arma de la denuncia pública, acudiendo a las masas), con cuya colaboración organicé grandes manifestaciones y actos de protesta contra la corrupción imperante, pueden dar fe de mi conducta.

Y en una época de corrupción sin precedentes, cuando a cualquier líder juvenil le daban docenas de puestos y tantos se corrompieron, algún mérito tiene haber encabezado la protesta estudiantil contra aquel régimen durante varios años sin haber figurado nunca en una nómina del Estado<sup>66</sup>

# SEGUNDA PARTE

## DE LOS VOTOS A LAS BALAS

*En política tuve que ser guerrillero también.*

Fidel Castro al autor, 29 de julio de 1974.

*[Batista] ... eres un perro fiel del imperialismo.*

Fidel Castro, bajo el seudónimo de Alejandro, agosto de 1952.

*Sólo un marxista podía haber escrito el Manifiesto del Moncada.*

Armando Hart, miembro del buró político del Partido Comunista de Cuba, al autor, 9 de enero de 1975.



## 4

### J'accusse

En la obra, *Revolutionary Struggle 1947-1959 — Selected Works of Fidel Castro*, Volumen I, de Bonachea y Valdés, sólo hay un documento perteneciente a los años 1950 y 1951, una carta fechada en diciembre de 1951 y en la que Fidel cita a su mentor José Martí: «Para un país que sufre no hay más Año Nuevo que el de la derrota de sus enemigos»<sup>1</sup>. Igualmente, en otras obras se hace caso omiso de esta etapa, pero en realidad, el investigador del tema tiene a su disposición claves importantes que le llevarán a dilucidar las predilecciones políticas del joven Fidel Castro. De forma muy específica, pueden ser rastreadas en las páginas de *Mella*, la revista de la Juventud Socialista de ámbito nacional, y en las de *SAETA*, una pequeña publicación editada en el ámbito universitario por los comunistas y sus simpatizantes de la Universidad de La Habana.

La primera mención que de Fidel se hace en dichas publicaciones le vincula al Llamamiento en favor de la Paz de Estocolmo, dado a conocer en esa ciudad, en marzo de 1950, por el Comité Mundial en Defensa de la Paz. Este comité junto con los correspondientes comités de ámbito nacional encargados específicamente de recoger firmas de apoyo a sus peticiones, eran indefectiblemente etiquetados de «frentes

comunistas» por parte de la prensa occidental no comunista, que además tildaba su petición de Paz de «inspirada por Moscú».

Los términos del llamamiento pueden parecer bastante inocuos a quien no se halle familiarizado con la atmósfera política internacional de aquel período. En realidad, se trataba de una mera demanda para proscribir toda arma atómica «como instrumento de intimidación o método de aniquilación masiva de vidas humanas» y pedir que se «considerara criminal a todo gobierno que se atreviera a usar armas atómicas contra cualquier otro país». La Unión Soviética y los partidos comunistas apoyaron entusiasticamente el llamamiento, mientras que los políticos americanos lo vieron como un auténtico caballo de Troya, una propaganda insidiosa que tenía su origen en las filas del «mundo comunista».

La oposición al llamamiento se fundamentaba en que los Estados Unidos tenían, o creían tener, el monopolio de la bomba atómica. Dicho monopolio sustentaba la política del secretario de Estado, John Foster Dulles, de maniobrar al borde de la guerra y amenazar con una represalia masiva. Los Estados Unidos encabezaron una campaña mundial para exponer el «peligro» del Llamamiento de Estocolmo en favor de la Paz, y diversas organizaciones norteamericanas, desde la Legión Americana a la Unión Sindical de Trabajadores del Automóvil, aconsejaron a los ciudadanos americanos que se mostraran recelosos ante el documento.

La propaganda sobre la guerra fría había llegado a ser en Cuba tan amplia como en los mismos Estados Unidos. Incluso el líder máximo del Partido Ortodoxo, Eduardo Chibás, rara vez perdió una oportunidad de lanzar ásperas invectivas contra los comunistas locales o la Unión Soviética<sup>2</sup>. Cuando, en junio de 1950, estalló la guerra de Corea, el dirigente cubano mostró su apoyo a la postura norteamericana. Chibás reconocía que «la conducta política de los Estados Unidos en Latinoamérica... ha merecido frecuente-

mente la acusación de imperialismo»; pero, acto seguido añadía que, «no obstante estas discrepancias, estamos los demócratas de América frente a un peligro mucho mayor: la amenaza del imperialismo totalitario comunista de Moscú»<sup>3</sup>. Dado su talante político global, era de todo punto impensable que Chibás quisiera vincular su nombre a algo tan cuestionable como el Llamamiento de Estocolmo en favor de la Paz.

La caracterización demasiado simplista que hacen algunos ensayistas de Fidel como «seguidor de Chibás», tiende a oscurecer las diferencias existentes entre las opiniones políticas de ambos. A diferencia de Chibás, en este momento histórico concreto Fidel se mostró dispuesto a prestar su nombre y reputación a una causa sobre la que recaía el estigma de haber sido inspirada por Moscú y apadrinada por gente cuya filiación comunista era de sobra conocida. Poco después de haberse iniciado la guerra de Corea, Fidel firmaba la versión nacional del llamamiento internacional, que en su país patrocinaba el Comité Juvenil Cubano en favor de la Paz<sup>4</sup>. Su nombre, «Fidel Castro, dirigente universitario y miembro del Comité Nacional del Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo», aparecía entre los valedores del llamamiento en un ejemplar de la revista *Mella*. En el número siguiente de esta misma publicación, una fotografía nos muestra a dos comunistas amigos de Fidel: Luis Más Martín y Lionel Soto, aquél presentando a éste una serie de hojas repletas de firmas<sup>5</sup>.

El apoyo de Castro al Llamamiento de Estocolmo no significaba que fuera comunista, del mismo modo que tampoco lo era, por ejemplo, Abbé Boulier, dirigente católico francés asimismo firmante del escrito. No obstante, lo que sí nos indica es que Castro se negaba a aceptar las premisas de la guerra fría y las presiones coercitivas de una generalizada histeria «antirroja». Por más que se busque, es imposible hallar la menor indicación de que Fidel Castro se identificara con el esquema de la guerra fría mantenido por Chibás, tanto a nivel doméstico como internacional.

Dos meses después de que Chibás hablara de «la amenaza del imperialismo totalitario comunista de Moscú», el periódico mimeografiado de influencia comunista *Saeta* publicó una condena de la guerra coreana salida de la pluma de uno de los miembros de su consejo editor, Raúl Castro, hermano menor de Fidel<sup>6</sup>. Raúl acababa de ingresar en la universidad de La Habana y, de inmediato, se sentiría identificado con las fuerzas de izquierda que se oponían a la política norteamericana de guerra fría. Es significativo que fuera Fidel Castro quien ofreciese a su hermano los primeros textos marxistas<sup>7</sup>, y que por consiguiente fuera parcialmente responsable de su integración en el ámbito de la política radical.

En el mismo número de *Saeta* donde aparece el artículo de Raúl oponiéndose a cualquier involuntamiento por parte de Cuba en el conflicto coreano, encontramos una declaración política del Comité Universitario y en favor de los Derechos y Libertades Democráticas. Entre los firmantes de la declaración se encuentra el nombre de Fidel Castro. La declaración ataca al régimen de Prío por su «represión de los estudiantes..., violación de la libertad de prensa y... del derecho de asamblea»<sup>8</sup>. Los enemigos de este comité también lo etiquetaron de inspiración comunista.

Otro de los números de *Saeta* incluye, en su primera página, un artículo de Fidel. En esta misma página se publica también una fotografía de Julio Antonio Mella, fundador en 1923 de la FEU y, en 1925, del Partido Comunista de Cuba. El artículo de Castro ataca a los partidarios del apoliticismo estudiantil. Escribe Castro:

Los estudiantes universitarios deben permanecer poderosamente unidos y exigiendo el cumplimiento de un programa que contemple la ansiada Reforma Universitaria. No es posible admitir que los estudiantes sean ajenos a los problemas nacionales. Es preciso definirse al lado de lo justo y revolucionario... Los estudiantes tienen que ser fieles a esa tra-

dición y echar por la borda a demagogos y traidores que todo lo tasan como una mercancía y se escudan en falsas «equidistancias» para castrar el espíritu revolucionario del estudiantado<sup>9</sup>.

En el mismo número de *Saeta* se publica el programa de la reforma universitaria según la concebían los elementos progresistas de la universidad. Dado el carácter del artículo publicado por Fidel en cabecera, parece lícito presumir que era este tipo de programa el que consideraba «justo y revolucionario». Entre sus principales puntos: el tema de la represión política, la participación estudiantil en el gobierno de la universidad, el apoyo a una paz internacional, el acceso a la universidad de las clases trabajadoras y campesinas, la erradicación de la discriminación racial en la universidad, la eliminación de todo contenido racista en los distintos libros de texto y la lucha abierta contra el gangsterismo<sup>10</sup>.

Así pues, es obvio que el radicalismo de Castro iba mucho más lejos que el preconizado por Eduardo Chibás. No obstante, Castro siguió en las filas del Partido Ortodoxo porque lo consideraba como el vehículo a través del cual pudiera surgir un movimiento masivo del pueblo cubano abocado a reformas sustanciales. Así Eduardo Chibás fue más un catalizador que un mentor ideológico para Fidel y muchos de sus futuros seguidores. Chibás era una chispa que les sacaba del letargo, que les ayudaba a sacudirse el derrotismo engendrado por la frustración. Chibás les ofrecía los secretos del movimiento de masas, la publicidad y la propaganda. Una vez en plena acción, las experiencias personales basadas en la actividad revolucionaria llevarían a Fidel mucho más allá de los horizontes ideológicos de Chibás.

Ya que era un populista profundamente influenciado por Martí y Marx, las más hondas simpatías de Fidel quedaban reservadas para los aparceros, los pequeños agricultores y los obreros agrícolas e industriales, con mucho los sectores más amplios, desposeídos y oprimidos de la sociedad cuba-

na. Su sensibilización ante el mísero estado de estas capas sociales queda reflejada por el tipo de clientela que solía defender profesionalmente. Frustrado por la parcialidad de la ley en beneficio de los detentadores del poder económico, Fidel procuraba airear sus casos ante la opinión pública. Su objetivo era despertar la conciencia política de la gente y estimular su ulterior confrontación con la estructura social conservadora.

En la primavera de 1951, Fidel era cofirmante de una carta publicada en el periódico *Alerta* donde se expresaba de forma explícita su voluntad de defender los derechos de los obreros. En dicha carta se explicaba que el propietario de una gran fábrica de conservas de frutas había despedido a novecientos de sus empleados, siete meses antes, para reemplazarlos por otros peor pagados y sin que su acción hubiera suscitado la menor objeción por parte del ministro de Trabajo. Asimismo se contaba el caso de un gran terrateniente que, de forma arbitraria, había obligado a varios pequeños agricultores a abandonar sus tierras. La carta finalizaba con un grito que sin duda expresa la filosofía política de Fidel en esta etapa: «Alzamos nuestras voces responsablemente pidiendo tan sólo una cosa: justicia para los obreros y el campesinado cubano»<sup>11</sup>.

La dedicación de Fidel a tan elevados ideales se vio indudablemente reforzada por la conmoción que generó el dramático suicidio de Eduardo Chibás. El domingo 5 de agosto, Chibás daba por finalizado ante los micrófonos de la CMQ su programa semanal de difusión nacional. Había cerrado el programa gritando con su estridente voz: «¡Compañeros de la ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y la justicia social! ¡A barrer a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo de Cuba, despierta! ¡Este es mi último aldabonazo!»<sup>12</sup>. Dicho esto, Eddy Chibás sacó del cinto una pistola Star calibre 38, la apuntó hacia su estómago y disparó.

Chibás había caído en un estado de depresión y descon-

cierto. Sólo unos pocos días antes había entablado pleito contra el ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, por malversación y desfalco de fondos públicos dedicados a la educación, acusaciones que ya había efectuado ante el Senado y en una emisión radiofónica. Según me contó Fidel Castro, a Chibás «lo habían llevado a una situación muy difícil por ciertas denuncias que había hecho sin poder aportar pruebas»<sup>13</sup>. Abocado a una situación desesperada, escogió el drama de la autoinmolación pública como camino para demostrar la neta superioridad moral de su posición y galvanizar a la opinión pública.

Fidel mantuvo constante vigilia en el hospital donde Chilías se debatía entre la vida y la muerte. La prensa recogió una serie de fotos en las que aparecía guardando la puerta de la habitación de Chibás, rodeado por hombres y mujeres que solicitaban las últimas noticias sobre el estado de su héroe<sup>14</sup>.

Cuando Chibás falleció, a primeras horas de la madrugada, los dirigentes del Partido Ortodoxo, Fidel entre ellos, discutieron durante cuatro horas dónde debía ser colocado el túmulo para que el pueblo pudiera desfilar ante él. Algunos insistían en que debía escogerse el Capitolio, derecho que le venía facultado por tratarse de un senador. Fidel y otros líderes se opusieron con violencia a esta idea, pues el Capitolio era un símbolo demasiado evidente de la corrupción que Chibás había combatido<sup>15</sup>. Un tercer grupo se inclinaba a favor del Liceo Ortodoxo, donde radicaban los cuarteles generales del partido. Se argumentó en su contra que el Liceo era excesivamente pequeño, habida cuenta de la enorme riada de público más que previsible.

Fidel encabezó la lucha encaminada a trasladar el cadáver de Chibás a los terrenos de la universidad de La Habana. Uno de los argumentos a favor de tal propuesta era que Chibás había comenzado su carrera política en la universidad. Pero la principal razón que ofrecía Castro para mantener su propuesta era que, por tradición, la policía nacional tenía vedado poner sus pies en el recinto univer-

sitario, con lo que los organizadores tendrían las manos mucho más libres para no dejar pasar a personas *non gratas*. Cuando finalmente venció la postura prouniversidad, Fidel declaró a la prensa con aire de reto: «Es mejor que lo hagamos allí porque a la universidad no podrán ir ciertos degenerados a profanar la memoria de Chibás»<sup>16</sup>. La de Fidel fue una de las pocas declaraciones desafiantes emitidas durante ese día de aflicción. Otras figuras políticas pro-nunciaron las acostumbradas trivialidades sobre el significado de la muerte de Chibás.

En el Aula Magna de la universidad, el ala del Partido Ortodoxo en la que se alineaba Fidel, no hizo caso de los refinamientos políticos protocolariamente usuales. Cuando comenzaron a llegar coronas y ramos de flores remitidos por una serie de políticos corruptos tradicionales, fueron amontonados y quemados de inmediato. Cuando los seguidores de Grau o Prío acudieron a verter lágrimas de cocodrilo, se les mantuvo fuera del recinto con toda firmeza. Un congresista, el ex presidente de la compañía de autobuses con la que se había enfrentado Fidel por la subida de tarifas, giró una visita con la brevedad de un rayo. Un periódico describió el episodio con cierta comididad: «Invitado a abandonar el lugar, leve resistencia y el viaje aéreo hasta la salida»<sup>17</sup>.

Fidel estaba entre los integrantes de la primera guardia de honor. Una foto le muestra junto al féretro abierto, mientras contempla pensativamente el semblante de Chibás<sup>18</sup>. Posteriormente, en una reunión del comité nacional celebrada en casa de Roberto Agramonte, el sucesor de Chibás, Fidel pronunció unas vehementes palabras acerca del legado de Eddy Chibás. Insistió en que jamás podrían ser traicionadas las ideas populistas de Chibás. El partido debía mostrarse más dinámico que nunca en su lucha contra los enemigos del pueblo<sup>19</sup>.

Por lo menos Castro siguió al pie de la letra su propio consejo. Tras la muerte de Chibás se convertiría en el *enfant terrible* de una áspera polémica dentro del Partido

Ortodoxo, y en uno de los más intrépidos reveladores de todo tipo de vilezas y ruindades políticas. Siguiendo la consigna de Danton, audacia y más audacia, se enfrentó personalmente con el departamento de policía, los pistoleiros y el gobierno del presidente Prío.

Un mes después de la muerte de Chibás, se enzarzó de nuevo frontalmente con la policía, pero ahora en calidad de abogado ya en ejercicio. Castro acusó a la policía de haber empleado ilegalmente la violencia en una manifestación contra un nuevo intento de subir las tarifas de los autobuses en la capital, al tiempo que la hacía responsable de la muerte de un joven obrero en el curso de los altercados callejeros. El propio Castro presentó el caso ante los tribunales y responsabilizó directamente de la violencia policiaca a dos tenientes del cuerpo. Uno de ellos, el teniente Salas Cañizares, había tomado parte en el ataque contra los estudiantes durante el incidente de la estatua de Martí, acaecido dos años antes. Cuando el gobierno intentó desviar la responsabilidad de los dos oficiales para depositarla sobre un miembro de la tropa policial, Castro indicó al juez:

No me interesa que ningún policía sea detenido cuando la responsabilidad de este hecho debe caer sobre los oficiales que dieron la orden que provocó el suceso<sup>20</sup>.

Fidel persiguió su presa con tenacidad. El gobierno intentó suavizar la tensión de la opinión pública aceptando juzgar a los dos oficiales en el seno de un tribunal militar, pero Castro rechazó el compromiso. El caso acabó por plantearse ante una corte de lo criminal. Castro presentó con suma habilidad pruebas abrumadoras de la culpabilidad de los acusados. Los dos oficiales fueron instruidos de cargos y puestos en libertad provisional bajo fianza de 5.000 pesos. El hecho de que no fueron exonerados debió causar cierta satisfacción a Castro, pero iba a tratarse de una victoria

efímera. Un año después, el teniente Salas Cañizares era nombrado jefe de la policía.

La tribuna de Castro ya no sería por más tiempo el recinto universitario y su Escalinata. Roberto Agramonte había sido elegido como candidato del Partido Ortodoxo a las elecciones presidenciales de 1952, y el propio Castro pasó a dedicarse por completo a la política de partido. Desarrolló su campaña en La Habana, asistiendo a infinidad de mítinges de su partido y granjeándose buen número de seguidores entusiastas entre las bases de la organización. Solía utilizar sus frecuentes intervenciones radiofónicas para lanzar ataques fustigantes contra la corrupción. Nadie llegó tan lejos como él en cuanto a poner el dedo en la llaga de los puntos más sensibles de la política cubana, con lo que se convirtió en un objetivo de la venganza de pistoleros y policía.

A finales del mes de setiembre de 1951, Fidel comenzó a lanzar ataques frontales contra la corrupción de Prío y su régimen. Fidel no olvidó la lección de los ataques de Chibás contra el ministro de Educación, que a pesar de su rectitud habían deseimbocado en trágico fracaso por falta de pruebas acusatorias consistentes. Estaba plenamente consciente de que, si deseaba que sus ataques fueran efectivos, era imprescindible presentar pruebas irrefutables; no podía sentirse satisfecho, ni lo estaba, con bocados regalados. Su objetivo era crear un escándalo de grandes proporciones, un escándalo que hiciera tambalear al gobierno en pleno. A tal fin, empleó los últimos meses de 1951 hurgando profunda y sistemáticamente en las maquinaciones financieras de Prío y en la historia de su enriquecimiento a expensas de los contribuyentes cubanos.

Los primeros materiales se los iba a proporcionar un joven miembro del Partido Ortodoxo, Pedro Trigo, que vivía no lejos de la zona tabacalera de Santiago de las Vegas, cerca de La Habana. En dicha zona, y en una finca que según se rumoreaba era propiedad del presidente Prío, se violaba sistemática y gravemente la legislación laboral vigente<sup>21</sup>.

Acompañado por Trigo y otros dos miembros del Partido Ortodoxo<sup>22</sup> —todos ellos participarían con el tiempo en el ataque al cuartel Moncada—, Fidel inició la investigación. Una visita a la oficina local del registro de la propiedad puso al descubierto que la finca estaba registrada a nombre de una sociedad controlada por Prío. Desde que Prío se había convertido en presidente, en 1948, las 67.5 hectáreas originales de la propiedad se habían convertido en alrededor de 810 hectáreas. Investigaciones ulteriores permitieron descubrir que la sociedad en cuestión había comprado otras varias grandes fincas durante ese mismo período de tiempo.

La finca del presidente en Santiago de las Vegas empleaba a trabajadores asalariados bajo condiciones de virtual esclavitud: dos pesos por diez horas de trabajo, de los que debían deducirse 50 centavos por la comida y 25 centavos por el transporte. Asimismo, en dicha finca se hacía amplio uso de personal del ejército regular, una clara violación de la ley. Desde un altozano próximo a la entrada de la estancia, unos amigos de Fidel tomaron fotografías de la llegada de camiones de soldados para iniciar sus quehaceres cotidianos.

Fidel ahondó en los orígenes de las propiedades agrícolas de Prío. Descubrió que cuatro años antes de alcanzar la presidencia, Prío había trabajado como abogado de un adinerado hombre de negocios acusado de estupro en la persona de una niña de nueve años. El hombre había sido declarado culpable de los hechos que se le imputaban y sentenciado a seis años de prisión, así como al pago de 10.000 dólares de indemnización a la familia de la muchacha. En 1948, al asumir la presidencia, Prío amnistió al rico hombre de negocios y le nombró secretario civil de la presidencia. Las propiedades pertenecientes al potentado amigo de Prío habían sido transferidas a nombre de una nueva sociedad bajo control del presidente. Una de las tareas asignadas al secretario civil era especular acerca de la adquisición de nuevas propiedades para la sociedad de nueva planta<sup>23</sup>.

Con pruebas irrefutables en sus manos, Castro solicitó airear sus hallazgos en el programa radiofónico del Partido Ortodoxo que se emitía todos los sábados. Su demanda halló la oposición de un influyente grupo dentro del partido para el que Castro se mostraba demasiado crítico, amenazando incluso en convertirse en un serio peligro político. Dicho grupo no estaba dispuesto a colaborar en ninguna aventura que pudiera incrementar el prestigio y la popularidad de Fidel Castro.

El perseverante Fidel no se arredró ante tales perspectivas. Recaudó fondos entre sus simpatizantes y compró un espacio de emisión en Radio Álvarez. La noticia fue tan explosiva que el periódico *Alerta* decidió hacerse con los derechos y la publicó en su primera página como una exclusiva<sup>24</sup>.

Castro llevó su *j'accusse* ante los tribunales. Presentó pleito contra el presidente por «prostiruit el espíritu de la gracia presidencial», violar la legislación laboral, usar ilegalmente soldados cubanos como trabajadores agrícolas y contribuir al paro y al latifundio. Su informe jurídico lo firmó como «Fidel Castro, 28 de enero de 1952, en el día del nacimiento de Martí».

Cuando, a sus veinticuatro años, Fidel Castro decidió presentarse a representante al congreso, no obtuvo entusiásticas bendiciones de los altos cargos del Partido Ortodoxo. Por entonces ya tenía entre ellos la reputación de radical y no se ajustaba en lo más mínimo a sus concepciones del juego político. Para los dirigentes del Partido Ortodoxo se trataba de un individuo con excesivo arrojo, intransigencia e indisciplina. Algunos aún recordaban lo que consideraban una desvergüenza durante la contienda presidencial de 1948, cuando advirtió a Chibás en un acto público que ni él ni los universitarios permitirían la menor traición a la causa. Era un secreto a voces que Fidel sentía poco respeto por muchos de la última hornada de dirigentes elegidos. Castro condenaba a los adinerados elementos conservadores encuadrados en el partido, y mostraba una

postura abiertamente crítica ante el fláccido liberalismo de Agramonte y sus acólitos.

Las elecciones generales estaban convocadas para el mes de junio. A principios de febrero, Agramonte anunció una lista de potenciales candidatos del partido al congreso, hombres que cabía suponer contaban con su apoyo explícito. Castro no aparecía en la mencionada lista<sup>25</sup>. Pero Fidel había ya decidido en firme que se presentaba como candidato a un escaño del congreso. Acompañado por una serie de amigos, rindió visita a Manuel Bisbé, el presidente del Partido Ortodoxo en la provincia de La Habana. Allí, frente a la puerta, le indicó a Bisbé cuál era su opinión acerca de los oportunistas políticos que formaban en las filas del partido, al tiempo que le notificaba su decisión de competir por un escaño de congresista en la provincia de La Habana<sup>26</sup>. Castro me ha relatado cómo condujo su campaña electoral:

Yo me dirigí a la masa directamente. Tenía una hora de radio y estaba también la prensa con todas aquellas denuncias. Había un gran vacío político. No había dirigentes. Y como la masa de ese partido era sana, muy sana, muy espontánea, no la controlaban las maquinarias.

Yo tenía las direcciones de los ochenta mil afiliados de la provincia de La Habana. Hacía comunicaciones directas a cada uno de los afiliados. Tenía un grupo de amigos que me ayudaban a llenar los sobres. Y les ponía el cuño del Parlamento del Partido. No tenía derecho, pero tampoco tenía otra forma de hacerlo...

Ya no me podían frenar. Ese era un problema que yo tenía bien estudiado. Ya no me podían frenar de ninguna manera. No lo veían con mucho agrado, pero yo estaba apoyado por la masa. No me podían dejar de postular, ¿comprende? Eso, desde luego, no era todavía una popularidad a nivel general. Era una

popularidad a nivel de partido. Todavía no había salido de esa esfera, aunque muchos de mis escritos sí tenían repercusión en todo el pueblo<sup>27</sup>.

Muy a menudo Fidel llegaba a pronunciar hasta cuatro discursos por noche. En ciertas ocasiones se presentaba en una ciudad de las proximidades de la capital a la una de la madrugada, y los seguidores del Partido Ortodoxo acudían en masa al mitin para oír sus imprecaciones contra el gobierno de Prío, los pistoleros y la pusilanimidad de algunos de los dirigentes de su propio partido. Como me diría Castro muchos años después: «Usted se da cuenta de esos detalles y ve que había ido penetrando en las masas»<sup>28</sup>.

Aunque la votación para elegir a los congresistas se efectuaba a nivel provincial, las nominaciones de los candidatos se realizaron para el ámbito de distritos por parte de círculos de partido. El bastión de Fidel, el distrito que se encargó de presentar su candidatura, fue el de Cayo Hueso, dentro de La Habana, un barrio popular lleno de almacenes, talleres de reparación y viviendas pobres. Su candidatura estaba respaldada por otros varios círculos del partido pertenecientes a su provincia. El último círculo que le ofreció su nominación, menos de una semana antes de que la campaña electoral se viera interrumpida a causa de un golpe militar, fue el de Santiago de las Vegas, el lugar donde habían comenzado las investigaciones que le llevaron a poner al descubierto los manejos latifundistas de Prío<sup>29</sup>.

Los enterados de la política de la época le daban a Agramonte, el candidato ortodoxo, una muy buena probabilidad de victoria en los comicios. El prestigio del Partido Auténtico había descendido notablemente durante las últimas administraciones de Grau y Prío. Una encuesta celebrada a nivel nacional mostraba que, en diciembre de 1951, tan sólo se manifestaba a favor de la gestión de los auténticos el 33,79 % de la población, mientras que el 50,54 % se pronunciaba en contra de la misma<sup>30</sup>. El candidato pre-

sidencial del Partido Auténtico, Carlos Hevia, carecía asimismo de la suficiente popularidad y habilidad como para darle vuelta al pronóstico.

El tercer candidato de importancia era el senador Fulgencio Batista, que había ostentado la presidencia de Cuba entre 1940 y 1944. Pero ante todo, Batista, como jefe superior del ejército, había sido el hombre fuerte de Cuba durante años, el poder *de facto* que había respaldado a varios gobiernos corruptos. Batista había encabezado la rebelión de sargentos dentro del ejército cubano después de que un movimiento popular había derribado al régimen del dictador Machado en 1933. Sumner Welles, el enviado especial a Cuba del presidente Franklin D. Roosevelt, le había escogido como hombre encargado de sofocar el movimiento revolucionario que había ido desarrollándose durante la lucha antimachadista. Había realizado su trabajo a conciencia y, por lo general, con gran brutalidad. Los cubanos le consideraban el responsable directo del asesinato del joven dirigente revolucionario Antonio Guiteras y del aplastamiento de la huelga general que había estallado en marzo de 1935.

Los comunistas no presentaban candidato presidencial propio. De un lado repudiaban al Partido Auténtico, que había llevado la voz cantante de los ataques a los comunistas en el contexto de la guerra fría. Y lo mismo sucedía con Batista, a quien en las elecciones de 1940 habían prestado apoyo dentro de su estrategia de frente unido contra el fascismo. Ellos y Batista se habían distanciado largo tiempo atrás. En un documento del partido se leía, «una vez más mantiene la posición que adoptara en marzo de 1935»<sup>31</sup>, cuando los comunistas eran enemigos mortales de Batista.

Los comunistas reconocían la gran popularidad del Partido Ortodoxo y creían, lo mismo que Fidel, que podía jugar un papel progresista una vez instalado en el poder. De ahí que ofrecieran al Partido Ortodoxo un pacto unitario de acuerdo con el cual se comprometían a respaldar

la candidatura presidencial de Agramonte, mientras quedaban en libertad total para apoyar a sus propios candidatos al Congreso y al Senado<sup>32</sup>.

Los dirigentes del Partido Ortodoxo rechazaron la propuesta comunista. En cierta ocasión, mientras nos hallábamos en casa del embajador canadiense en La Habana, le pregunté a Fidel por las razones de los ortodoxos, respondiéndome que «era el período del maccarthismo y creían que cualquier pacto con el Partido Comunista iba a bloquear su camino a la presidencia». Castro lo atribuía «a sus concepciones burguesas, y de modo muy especial al miedo a los Estados Unidos»<sup>33</sup>.

A pesar del rechazo de la propuesta por parte de los cuadros dirigentes del Partido Ortodoxo, los comunistas decidieron seguir unilateralmente adelante con su estrategia. Dos semanas antes de que se produjera el golpe militar, el secretario general del Partido Comunista, Blas Roca, declaraba: «Ortodoxos de fila, el P.S.P. no les fallará»<sup>34</sup>. Cuando le pregunté a Fidel cuál era su opinión por aquel entonces acerca de la postura comunista, me respondió: «No hay la menor duda de que los comunistas habrían votado a favor del candidato presidencial ortodoxo para asegurar la derrota aplastante del corrompido partido que ocupaba el poder... En mi opinión, era la política más correcta»<sup>35</sup>.

Fidel dio publicidad a su segundo gran dossier sobre la corrupción gubernamental al poco tiempo. Se trataba de la más audaz estocada de toda la campaña electoral y, sin la menor exageración, de uno de los más sensacionales documentos sobre la corrupción pública que viera la luz durante los cincuenta años de historia republicana en Cuba. Aguzó el interés de los cubanos al anunciar en un programa radiofónico emitido el 19 de febrero que pronto iba a poder presentar pruebas irrefutables de la vinculación entre la administración de Prío y los grupos de pistoleros. *Alerta* publicó un artículo sobre las acusaciones junto a una caricatura de Fidel<sup>36</sup>. Otros políticos habían hablado con anterioridad de la colusión entre gobierno y gangsters, pero

se habían parado en seco a la hora de ofrecer detalles específicos de la misma. El informe de Fidel era esperado por muchos con la misma espectación que precede a un acto circense donde se huele la muerte.

El dossier de Castro apareció en forma de cargos mantenidos contra Prío y presentados frente al tribunal de cuentas.

El periódico *Alerta* recogió la historia, así como una reproducción literal del sumario presentado por Castro, y la acompañó de una fotografía de su autor.

Castro comenzaba buceando en la historia de las bandas de pistoleros. Sus orígenes, sostenía, se remontaban a los denominados grupos de acción política revolucionaria que surgieron inmediatamente después de que Batista aplastara el movimiento revolucionario en ciernes que generó la caída de Machado en 1933. Habían vuelto a la vida una vez más en 1944, momento del acceso a la presidencia de Grau, como instrumento de terror y venganza contra Batista y sus secuaces. Decía Fidel: «Degeneró el régimen [el de Grau] y todas aquellas organizaciones, más tarde o más temprano, se perdieron en su ausencia de contenido ideológico y social.» Los grupos de pistoleros «se nutrieron con viejos elementos de acción y de jóvenes arrastrados por un equivocado concepto del heroísmo y de revolución», señalando que «políticos sin escrúpulos les brindaron respaldo y recursos a cambio de los servicios de cada grupo»<sup>37</sup>.

Cuando Prío llegó al poder, en 1948, decía Castro, su régimen se hallaba saturado de compromisos hacia estos grupos. Castro apuntaba que, para apaciguar a la opinión pública, Prío había promulgado poco después de su entronización en la presidencia un decreto voceado como golpe contra el gangsterismo, pero que de hecho sólo atrapaba en sus redes a algunos personajillos de poca monta. Los grupos más poderosos, no sólo continuaron actuando en la más perfecta impunidad, sino que de hecho fueron subvencionados en adelante por el gobierno, a través de nóminas

falsas y *botellas*\*. La administración de Prío había ayudado a establecer un *entente* entre grupos fragmentados una y otra vez con el paso de los años.

Hasta aquí, Castro había elaborado su informe con generalidades. Pero el material que seguía era la parte más explosiva de sus revelaciones, unas revelaciones increíblemente audaces y en las que recogía los nombres y el número de *botellas* otorgado a cada una de las bandas de pistoleros: Guillermo Comellas, 60 *botellas*... Tribunal Ejecutor Revolucionario, 110 *botellas*... Acción Guiteras, 250... Grupo El Colorado, 400... Masferrer, 500... Banda de los Policarpos, «la más espantosa», 600<sup>\*\*</sup>.

Castro elaboró una lista de más de dos mil cheques mensuales destinados a pagar servicios *imaginarios* dentro de los ministerios de Salud, Trabajo, Justicia y Obras Públicas. Acosando al león en su propia madriguera, Castro ofrecía la lista nominal de los individuos que retiraban los cheques ministeriales mensuales para sus respectivos grupos. Señalaba asimismo que Orlando Puente, secretario del presidente, mandaba cada mes sesenta sobres con 300 dólares cada uno como suplemento que añadir a las demás sinecuras.

El sumario acusaba al Presidente de la República de haber «comprado y vendido asesinatos».

Y mientras esto ocurre en la capital y el Palacio se convierte en un verdadero mercado de cadáveres, allá, en las fincas de Prío, los soldados del Ejército Nacional son obligados a trabajar como esclavos por el sueldo miserable que les pagan...

Yo le acuso ante ese Tribunal y le hago responsable de nuestra tragedia ante la Historia de Cuba,

---

\* Botella es la palabra utilizada en Cuba para referirse a toda sinecura, es decir, todo empleo o cargo retribuido que ocasiona poco o ningún trabajo. (N. del T.)

aunque tenga que rubricar con mi sangre el deber imperativo de mi conciencia<sup>39</sup>.

Indudablemente, el caso incrementaba las posibilidades de Fidel de hacerse con un escaño de congresista. Había conseguido con toda brillantez crearse una gran reputación de saneador político, y se le había reconocido como tal en letras de molde. Su vigor y coraje calaron en la mente de muchos de los seguidores populares de Chibás. Con cuatro meses por delante de campaña electoral, con otras muchas sensacionales revelaciones por airear, parece muy razonable suponer que Fidel habría conseguido captar la voluntad de los votantes cubanos que sentían náuseas ante una política aseptica. No obstante, quedará para siempre en el terreno especulativo si Castro hubiera o no conseguido su escaño de congresista, ya que la campaña electoral se vio abruptamente interrumpida por un golpe militar.

Fidel me ha contado que sus intenciones al presentarse para congresista eran revolucionarias. «Yo hacía una política popular, apoyado en los barrios de indigentes, de gente pobre, en los campesinos.» Formaba parte del ala radical del Partido Ortodoxo, que aunque no gozaba del apoyo de la dirección del mismo, «no tenía problemas, porque realmente había logrado movilizar bastante fuerza»<sup>40</sup>.

Y mientras hablaba, parecía como si jamás hubiera albergado la menor duda sobre su victoria en las elecciones. Una vez en el Congreso, me decía, «yo tenía la idea de presentar una serie de leyes revolucionarias». Cabía considerar de antemano, según Castro, la seguridad de que la legislatura hubiera rechazado de plano sus propuestas, pero en los debates él hubiese podido acusar a las fuerzas enemigas opuestas al cambio, y al tiempo ganar publicidad para su programa a fin de organizar un sólido movimiento de masas.

Cuando al pueblo no le quedara la menor duda de que un programa revolucionario jamás sería aprobado a través del parlamento, quería «empezar a trabajar revolucionaria-

mente en favor de esas leyes». Sus recursos e inmunidad como congresista le servirían «para moverse más libremente, y para conspirar más libremente también».

Desde luego, siempre me inclinaba a la acción. No creía que el problema pudiera resolverse en Cuba a través del Parlamento. En ese punto no tuve dudas<sup>41</sup>.

Su idea era romper con la «legalidad institucional» para proceder a la toma del poder «en el momento oportuno». Sobre la legalidad institucional comentaba: «Eso no se puede quebrar el día que a uno le dé la gana».

Había tal campaña maccarthista y tal bombardeo incesante de la prensa, la radio, la televisión, el cine, las revistas, todo, todo, que acabó por surtir efecto sobre el pueblo. Hay que decir que toda esa prensa se encaminaba a frenar, era el freno de un avance social... Cuando se les hablaba a las masas de socialismo, se horrorizaban.

Aquellas masas no acababan de ver cuál era la verdadera causa del malestar social. Para la gente era el no cumplimiento de la Constitución, el no cumplimiento de todos aquellos preceptos, la burla de las leyes, los impuestos, el robo, el desempleo y todo eso... Pero no comprendían las causas reales de la enfermedad<sup>42</sup>.

La estrategia de Castro se hallaba condicionada por su gran confianza en la capacidad del pueblo para aprender a lo largo de la lucha.

Yo comprendí que aquella masa podía ser llevada a la revolución, pero que hacía falta, desde luego, un proceso de concienciación. Y hacía falta un programa revolucionario que no lo tenía ese partido [Ortodoxo]<sup>43</sup>.

El programa que Castro propugnaba era progresista y democrático en su contenido, pero en modo alguno abiertamente socialista. Lo contemplaba como «una primera fase», una plataforma que «incluía los intereses de los obreros, de campesinos, de maestros. ¡Hasta los soldados!»

La tendencia de muchos académicos ha sido contemplar con escepticismo las afirmaciones de Castro sobre su estrategia revolucionaria anterior a 1953. No obstante, sabiendo cuanto ahora sabemos acerca de su intensa actividad política durante los años universitarios y los inmediatamente posteriores, puede afirmarse sin miedo que ya se hallaba muy influido por el marxismo-leninismo y que perseguía como objetivo derrocar el *ancien régime* cubano. Hablando de su campaña de agitación, emprendida en los primeros meses de 1952, ha utilizado una expresión que me ofreció la clave para saber cómo se veía a sí mismo durante este período de su vida. Dijo que se había embarcado en esta campaña «un poco a título individual, un poco como guerrillero, porque en política tuve que ser guerrillero, también... Hubo un período en que no teníamos un aparato»<sup>44</sup>.

Tal afirmación debe interpretarse teniendo en cuenta la opinión de Castro de que no existía un aparato —es decir, un partido, movimiento u organización— adecuado para asumir y llevar adelante el cambio revolucionario. Los comunistas, me ha dicho él mismo, estaban «aislados» a causa de la propaganda y el entorno creado por la campaña de guerra fría. Él los contemplaba fraternalmente desde una perspectiva ideológica y mantenía estrechas relaciones con algunos de sus dirigentes, pero creía imprescindible organizar su propia estrategia y organizar su propio aparato, libre de toda terminología y simbolismo, que no haría más que limitar sus posibilidades de crecimiento.

Es un gran error minimizar la figura de Fidel Castro en esta etapa de su vida. Dotado de una audacia y valor excepcionales, era un líder natural que poseía un gran sentido de la historia, conocedor de los entresijos políticos y

con un profundo conocimiento de la idiosincrasia del pueblo cubano. Se había empapado de los principales problemas que aquejaban a la sociedad cubana, y durante seis años había dedicado la mayor parte de sus energías a luchar contra el poder establecido y a identificarse con las causas populares y progresistas.

En este sentido, quizá la mayor virtud y fuerza de Castro residiera en su sentido de la *realpolitik*. Estaba informado del nivel de conciencia política de sus compatriotas y de la poderosa influencia que sobre ellos ejercía la propaganda de la guerra fría. Ésta es la razón por la cual, durante las luchas insurreccionales mantenidas en la década de los cincuenta, eludió siempre revelar por su nombre sus últimas aspiraciones para la sociedad cubana. He aquí la única forma de explicar por qué, a lo largo de estos años de lucha, eludió sistemáticamente el término *socialista* y realizó ocasionales esfuerzos para evitar el miedo que surgiría si su movimiento fuera considerado como comunista.

# 5

## Semilla de rebelión

El golpe militar dado por Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952 cortó de cuajo la campaña electoral cubana. La toma del poder era el golpe final a una «democracia representativa» corrupta y en crisis, que había ido deslizándose a través del cieno de la política cubana desde 1902.

El golpe fue consumado con gran pericia mientras Cuba dormía<sup>1</sup>. Batista se dirigió a los cuarteles del Campamento de Columbia, sede del estado mayor general, donde recibió una entusiástica bienvenida por parte de sus cohortes. Mientras, en La Habana, sin disparar ni un solo tiro, pequeños contingentes de sus compañeros de conjura se apoderaron de La Punta y La Cabaña, puntos estratégicos situados en ambos lados de la entrada a la bahía de la capital. El teniente de policía, Rafael Salas Cañizares, el viejo enemigo de Castro, tomó los cuarteles de la policía nacional, recibiendo como recompensa a sus servicios el grado de coronel en jefe de la policía cubana. Batista se comunicó telefónicamente con los jefes militares de las restantes provincias y obtuvo su apoyo al golpe de estado que acababa de perpetrar<sup>2</sup>.

El presidente Prío fue informado de cuanto estaba sucediendo y se precipitó al palacio presidencial con las pri-

meras luces del alba. Los políticos en activo siguieron su ejemplo. A las 7.30 de la mañana se personó también allí una delegación de la Federación de Estudiantes Universitarios. Álvaro Barba, presidente de la FEU, reclamó a Prío resistencia ante el golpe, a lo que el presidente respondió: «Desde luego voy a combatir». Pidió a los estudiantes que regresaran a la universidad y que esperaran allí la llegada de armas<sup>3</sup>. Los estudiantes se fueron, pero las armas no aparecerían nunca. Entre los que las esperaban ese día dentro del recinto universitario estaba Fidel Castro<sup>4</sup>.

Las organizaciones políticas condenaron el golpe de inmediato. La FEU hizo un llamamiento «a todos los partidos y grupos que son genuinamente democráticos para unir sus fuerzas a las nuestras»<sup>5</sup>. Quizás el objeto que persiguiera la expresión *genuinamente democráticos* fuese excluir a los comunistas. Por su parte, los comunistas convocaron «al pueblo y a todos los partidos a reagruparse, a unirse, a formar nuevos comités de Frente Único, a luchar por que se mantenga vigente la Constitución». El Comunista era el único partido que acusaba a «los yanquis imperialistas» de haber fomentado bajo mano el golpe militar<sup>6</sup>. La condena del Partido Ortodoxo hacía hincapié en los aspectos éticos y legales del golpe, pero no pedía a su gran masa de seguidores que pasara a la acción directa<sup>7</sup>.

Al abandonar la universidad en este mismo 10 de marzo, Castro y dos de sus amigos se trasladaron a una pequeña granja situada en los alrededores de La Habana, propiedad de un activista ortodoxo. Allí, Castro redactaría un manifiesto denunciando el golpe. A la pretensión de Batista de que su golpe era en realidad una revolución, Castro respondía indicando que no se trataba más que de un simple zarpazo, es decir, un sordo estrépito de un pesado cuerpo al desplomarse sobre el suelo. El manifiesto redactado por Castro era una auténtica declaración de guerra contra la dictadura implantada por Batista:

Se sufría el desgobierno, pero se sufría desde hace años esperando la oportunidad constitucional de conjurar el mal, y usted, Batista, que huyó cobardemente cuatro años y politiqueó inútilmente otros tres, se aparece ahora con su tardío, perturbador y venenoso remedio, haciendo trizas la Constitución cuando sólo faltaban dos meses para llegar a la meta por la vía adecuada.

Bien estaba echar abajo un gobierno de malversadores y asesinos, y eso intentábamos por la vía cívica con el respaldo de la opinión pública y la ayuda de la masa del pueblo. ¿Qué derecho tienen, en cambio, a sustituirlo, en nombre de las bayonetras, los que ayer robaron y mataron sin medida?

No es la paz, es la semilla del odio lo que así se siembra. No es felicidad, es luto y tristeza lo que siente la nación frente al trágico panorama que se vislumbra. Nada hay tan amargo en el mundo como el espectáculo de un pueblo que se acuesta libre y se despierta esclavo. Otra vez las botas; otra vez Columbia [centro militar de Columbia] inventando leyes, quitando y poniendo ministros; otra vez los tanques rugiendo amenazadores sobre nuestras calles; otra vez la fuerza bruta imperando sobre la razón humana...

Cuanto hizo Prío de malo en tres años, lo estuvo usted haciendo durante once. Su golpe es, pues, injustificable. No se basa en ninguna razón moral seria, ni en doctrina social o política de ninguna clase. Sólo hay razón de ser en la fuerza, y justificación en la mentira. Su mayoría está en el ejército, jamás en el pueblo. Sus votos son los fusiles, jamás las voluntades. Con ello puede ganar un cuartelazo, nunca unas elecciones limpias. Su asalto al poder carece de principios que lo legitimen<sup>8</sup>.

Era el llamamiento de un joven abogado cuyo futuro eclipsaría con mucho sus hazañas del pasado. Visto retrospectivamente, sus palabras son las de un visionario lleno de pasión por una causa, pero sin una organización que pueda garantizar la victoria. Sin embargo, este hecho no le desanimaba.

Ríase si quiere, pero los principios son a la larga más poderosos que los cañones. De principios se forman y alimentan los pueblos, con principios se alimentan en la pelea, por los principios mueren...

La verdad que alumbe los destinos de Cuba y guíe los pasos de nuestro pueblo en esta hora difícil, esa verdad que ustedes no permitirán decir, la sabrá todo el mundo, correrá subterránea de boca en boca en cada hombre y mujer, aunque nadie lo diga en público ni lo escriba en la prensa, y todos la creerán. La semilla de la rebeldía heroica será sembrada en todos los corazones: es la brújula que hay en cada conciencia.

No sé cuál será el placer vesánico de los opresores en el látigo que dejan caer como caínes sobre la espalda humana, pero sí sé que hay una felicidad infinita en combatirlos, en levantar la mano fuerte y decir: «No quiero ser esclavo»<sup>9</sup>.

Castro terminaba su manifiesto recordando las palabras del himno nacional cubano: «Vivir en cadenas es vivir en oprobio y afrenta sumidos» y «Morir por la patria es vivir».

Acorde con su carácter, la proclama de Castro fue la más intrépida de las efectuadas durante los primeros días de la dictadura batistiana por ninguna de las figuras políticas del país. Se trataba de un claro indicativo de que Castro ya había iniciado su conversión de «político guerrillero» a la de guerrillero en el sentido más tradicional del término.

Sería una exageración afirmar que el manifiesto de Cas-

tro alcanzó, ni de cerca, la difusión que tuvieron las demás declaraciones de los grupos políticos institucionalizados. Pero sería un error suponer que su postura era desconocida por completo, o que no halló claras muestras de simpatía entre militantes de base.

He encontrado pruebas de ello en el periódico *Alerta*. En una de sus ediciones apareció un artículo para dar cuenta de la celebración de un mitin celebrado seis días después del golpe y en el que intervinieron la cabeza visible del Partido Ortodoxo, Roberto Agramonte y otros dirigentes del mismo, entre ellos Fidel Castro. El mitin tuvo lugar junto a la tumba de Eduardo Chibás, en el cementerio Colón. Refiriéndose a la intervención de Fidel, el reportero de *Alerta* comentaba: «Sus sentidas palabras fueron bien acogidas por la muchedumbre allí reunida, que patentizó una vez más las simpatías que disfruta dentro de la masa del partido del pueblo»<sup>10</sup>. Esta frase descriptiva, publicada en aquel momento concreto, cobra proporciones históricas a la luz de la constatación de que Castro había logrado ya por entonces establecer una fuerte corriente de simpatía entre su persona y las masas del Partido Ortodoxo. Las observaciones del periodista daban una credibilidad definitiva a la tesis expuesta.

Uno de los asistentes al discurso pronunciado por Fidel en el cementerio, me ha contado la entusiástica respuesta que obtuvo Castro al proclamar: «Del mismo modo que ha venido, Batista deberá ser expulsado»<sup>11</sup>.

En contraste, el discurso de Agramonte fue gris y vacilante, hasta tal punto que generó la redacción de una carta abierta por parte de Abel Santamaría, joven que posteriormente sería el segundo de Fidel en el ataque al cuartel Moncada. Según Santamaría, Agramonte pronunció «un discurso doctrinal de decimoquinta categoría» y no debió «presentarse pálido, nervioso y vacilante ante los seguidores de Chibás»<sup>12</sup>.

Castro, el *enfant terrible* del Partido Ortodoxo, llevó su enfrentamiento con el golpe de Batista hasta los tribuna-

les el mismo día en que los dirigentes del Partido Ortodoxo decidieron presentar sus acusaciones<sup>13</sup>. Castro sabía muy bien que su acción legal caería en el vacío, como así fue, pero su objetivo era agotar todos los medios legales antes de embarcarse en la ruta de la insurrección legitimada.

La acusación de Castro ante el Tribunal de Urgencia pormenorizaba la violación, por parte de Batista, del Código de Defensa Social en lo relativo a la sedición, para concluir señalando que Batista «ha incurrido en delitos cuya sanción le hacen acreedor de más de cien años de cárcel».

Sería una grave omisión menospreciar el contenido del informe judicial presentado por Castro, postura que por lo demás han adoptado buena parte de los estudiosos del tema. Un análisis de dicho informe, especialmente de aquella parte donde se aborda el problema de la legitimidad revolucionaria, nos ofrece datos importantísimos sobre su filosofía política de entonces, y constituye por tanto una clave más para comprender el desarrollo ideológico de Castro. Decía:

No basta con que los alzados digan ahora tan campantes que la revolución es fuente de derechos, si en vez de revolución lo que hay es «restauración», si en vez de progreso hay «retroceso», en vez de justicia y orden, «barbarie y fuerza bruta». No hubo programa revolucionario, ni teoría revolucionaria, ni predica revolucionaria que precedieran al golpe: politiqueros sin pueblo, en todo caso, convertidos en asaltantes del poder.

Sin una concepción nueva del Estado, de la sociedad y del ordenamiento jurídico, basados en honrados principios históricos y filosóficos, no habrá revolución generadora de derecho<sup>14</sup>.

Castro señalaba claramente que, de haber existido una auténtica revolución, ésta se hubiera visto legitimada al

mostrarse como «generadora de derecho». Revolución no es el mero derrocamiento de un gobierno y su sustitución por otro. Una revolución debe implicar progreso, estar basada en un programa, teoría o declaración revolucionarias, y tener de su parte el apoyo popular. Además, debe proponer una nueva concepción del Estado, la sociedad y el orden jurídico en base a principios históricos y filosóficos válidos. Debe traer consigo *ipso facto* modificaciones substanciales del *status quo* preexistente.

La teoría de la legitimación del cambio revolucionario fue la piedra de toque de los filósofos de los siglos XVII y XVIII que pusieron en entredicho el origen divino del poder monárquico y abogaron en favor de la revolución burguesa.

Las doctrinas marxistas también legitiman el cambio revolucionario. La aplicación de la teoría de la legitimidad revolucionaria por parte de Fidel a mediados de nuestro siglo, abrigaba obviamente objetivos mucho más radicales que los de los filósofos de dos o tres siglos antes. A estas alturas de su vida, Castro ya no poseía la menor fe en la democracia representativa burguesa tal como había venido practicándose en Cuba. Su idea de «una nueva concepción del Estado, la sociedad y el orden jurídico» no podía significar un simple retorno al régimen político pre-batistiano. Lo que Castro debía haber tenido *in mente* era una revolución socialista o algo que le abriera el camino. Para Castro, *revolución socialista* era una expresión prohibida. Sin embargo, su teoría de la legitimación revolucionaria constituye un buen ejemplo de que, para él, no existían *objetivos* prohibidos en el campo del pensamiento.

En el primer manifiesto redactado por Castro tras el golpe militar de Batista, se proclamaba que «habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras» que se enfrentarán al tirano. Estos tres héroes revolucionarios tenían en común haber sido asesinados antes de cumplir la treintena<sup>15</sup>. He aquí una buena indicación de que Castro no esperaba demasiado de los políticos tradicionales, y en este sentido

procuraba reafirmar su propia responsabilidad y la de otros jóvenes como él en las batallas por venir.

Entre los oponentes a Batista se hallaban una serie de notables que montaron falsas conspiraciones prometiendo un inminente paso a la acción con el único fin de procurarse publicidad para sí y sus movimientos. La integridad de la mayoría de sus seguidores de base era tan real como las armas que habían ido acumulando dichos movimientos. Sin embargo, la mayor parte de las armas no tenían como destino ser usadas. Se trataba de política en el sentido usual del término, pues estos notables luchaban por obtener posiciones de reconocimiento y prestigio a la espera de un eventual desmoronamiento del poder de Batista.

Cabe señalar entre estos ambiciosos conspiradores al último Ministro de Educación del gobierno de Prío, Aureliano Sánchez Arango, a Emilio Ochoa, dirigente del Partido Ortodoxo, y al comentarista radiofónico Pardo Llada. Se jactaban de sus planes de conjura, impresionaban a sus seguidores con baladronadas e incluso llegaron a anunciar periódicamente el fatídico día de la confrontación armada. Las fuerzas sociales antibatista esperaban con ansia la actuación de los «superhombres» de Ochoa o de los «super-superhombres de Aureliano», pero nada sucedía<sup>16</sup>.

Castro ha recordado posteriormente: «Nosotros nos pasamos meses también esperando por toda aquella gente... Pensamos que aquel movimiento podía estar organizado alrededor de las fuerzas universitarias... Porque aquello fue una etapa de locura, con proliferación de organizaciones y grandes disensiones internas»<sup>17</sup>.

Fue éste el momento en que Castro comenzó a organizar su movimiento. Para un observador, Fidel parecía haberse sumergido simplemente en su profesión de abogado y en las actividades políticas de su partido. Bajo la apariencia de un trabajo rutinario, Fidel recibía visitas en su pequeño despacho en las oficinas del Partido Ortodoxo, en el paseo del Prado, y efectuaba viajes periódicos fuera de la capital<sup>18</sup>. Era perfectamente conocido como uno de los más duros críticos

al gobierno de Batista, pero pocos sospechaban que ya había comenzado a construir un movimiento conspirador cuyo objetivo final era derrocar el régimen dictatorial.

Castro estableció contactos con conocidos activistas del Partido Ortodoxo, algunos de los cuales habían sido sus amigos durante años y le habían prestado apoyo en anteriores campañas políticas. Uno de sus contactos más importantes era José «Pepe» Suárez, el dirigente de la Juventud Ortodoxa de la provincia de Pinar del Río, que residía en la ciudad de Artemisa. En una discusión con Suárez mantenida en la sede de Paseo del Prado 109, Castro le había dicho: «Pepe, tenemos que hacer algo. Estos políticos sencillamente se están burlando de nosotros. Esta gente, en definitiva, no va a hacer nada contra la dictadura»<sup>19</sup>. Suárez se mostró de acuerdo y le prestó todo su apoyo a Castro, con lo que Artemisa pasó a convertirse en el baluarte del novel movimiento que comenzaba a construir Castro en aquellos días.

Un encuentro fortuito, el día primero de mayo de 1952, entre Castro y otros varios miembros del pequeño grupo antibatistiano, dio lugar a una de las adhesiones más significativas al incipiente movimiento de resistencia. El encuentro tuvo lugar durante un acto conmemorativo celebrado entre las lápidas del cementerio de Colón.

El grupo era numéricamente minúsculo: Abel Santamaría, su hermana Haydée Santamaría, Jesús Montané y Elda Pérez. Abel Santamaría era uno de los que había aplaudido el desafiante discurso de Castro en el mismo cementerio de Colón, seis días después del golpe de Batista. Montané, el jefe de personal de la General Motors Inter-American Corporation en La Habana, conocía de oídas la reputación de Fidel e incluso le había hablado directamente cuando éste fue a averiguar sobre la compra de un nuevo carro<sup>20</sup>. Montané y Abel se acercaron a Castro en el cementerio y depositaron en él su confianza.

Este grupo, de cuya existencia se enteraba Castro en aquel momento, era de muy reciente organización. Había

comprado por 75 pesos una mimeografiadora y comenzado a editar 500 copias de un boletín llamado *Son los Mismos*, con los que se hacía referencia a que Batista y sus acólitos eran los mismos que habían aplastado el movimiento revolucionario surgido en 1933, tras la caída del dictador Machado<sup>21</sup>.

El grupo *Son los Mismos* pronto se vería integrado en el mucho más amplio y ambicioso esquema de Castro. Montané, Abel, Haydée y algunos otros iban a convertirse en el núcleo central de un nuevo movimiento, y Castro utilizaría el apartamento de Abel como lugar de reuniones y segunda residencia.

Una semana después de su encuentro en el cementerio, Castro, Montané y Santamaría se dirigieron hasta Matanzas y reclutaron para su causa a un médico, el Dr. Mario Muñoz. Muñoz era un radioaficionado y se ofreció a construir dos radiotransmisores susceptibles de ser utilizados para actividades de propaganda clandestina<sup>22</sup>.

A Castro no le gustaba el nombre escogido para el boletín, *Son los Mismos*, pues en su opinión carecía de garra y combatividad. Sugirió que debería editarse un nuevo boletín con una cabecera más agresiva: *El Acusador*. El día 1 de junio salió de la mimeografiadora el primer número de *El Acusador*. Castro había insertado en él un artículo firmado por Alejandro, seudónimo que pasaría más tarde a convertirse en su *nombre de guerra*<sup>23</sup>.

Fidel continuó asistiendo a los mítinges de base del Partido Ortodoxo, que seguían siendo legales a pesar de que ya no lo fuesen las elecciones. No ocultaba su posición crítica dentro del partido, pese a que no era compartida por la totalidad de sus correligionarios. Durante el verano, en un mitin celebrado en la Sociedad Artística Gallega, afirmaría en tono desafiante: «Vamos a hacer la revolución nosotros mismos. No se puede hacer con un manojo de políticos». Aplausos y abucheos coronaron sus palabras, y el mitin finalizó en una pequeña batalla campal<sup>24</sup>.

El 16 de agosto de 1952, el Movimiento, pues así co-

menzaba a ser conocido entre los miembros del grupo formado por Fidel, tuvo su primer enfrentamiento con la ley. Era el aniversario de la muerte de Chibás, y los militantes del Partido Ortodoxo habían organizado una marcha a lo largo de la amplia calle 23 hasta el cementerio de Colón, donde se celebraría un acto en silencio a la memoria de Chibás. Castro caminaba entre los militantes, mientras los miembros de su Movimiento distribuían entre la gente un nuevo número de *El Acusador*.

Los abucheos de la Sociedad Artística Gallega habían puesto de manifiesto que una minoría de los lealistas ortodoxos interpretaba las críticas de Castro a los dirigentes del partido como divisionismo. Lo cual se constató una vez más aquel 16 de agosto, cuando una militante leal del partido rompió en pedazos un ejemplar de *El Acusador* y puso de vuelta y media al hombre que se lo había entregado. Dio la casualidad que en aquel momento Castro se hallaba cerca del incidente. Se precipitó hacia el grupo con objeto de persuadir a la mujer de que, antes de formarse una opinión, debía leer el documento completo, y que en todo caso la diversidad de opiniones era algo saludable para el partido<sup>25</sup>.

Mientras se estaban distribuyendo por las calles copias de *El Acusador*, agentes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) irrumpieron en la casa donde se había impreso el boletín clandestino y detuvieron a Abel, Montané, Melba Hernández, una joven abogada que también se había unido al movimiento y otras varias personas. Les tomaron a todos las huellas digitales, tras lo cual se les dejó en libertad. Parecía como si el gobierno no deseara regalar armas propagandísticas a quienes le increpaban por sus violaciones de la legalidad<sup>26</sup>. Años más tarde, tras la victoria de la Revolución Cubana, fueron confiscados los archivos del SIM y en ellos se encontró el dossier de Abel Santamaría, donde se hacía referencia al arresto que acabamos de comentar: «...apresado por sorpresa junto con otros mientras estaba mimeografiando la publicación subversiva *El Acusador*, don-

de se calumniaba al general Batista y su gobierno»<sup>27</sup>.

El artículo más vehemente de este número de *El Acusador* estaba escrito bajo el nombre de «Alejandro», seudónimo de Castro. En el artículo se declaraba: «Fulgencio Batista, los perros que lamen tus llagas diariamente no lo grarán jamás ocultar los fétidos olores que salen de ellas». Se utilizaba el tuteo que denota confianza como signo de irrespetuosidad al dirigirse a Batista. Así castigaba el autor al dictador por su «cinismo refinado», por su «pérvida hipocresía»<sup>28</sup>.

Una de las formulaciones recogidos en la diatriba es de especial importancia: «Hablas de progreso y te sitúas junto a los grandes intereses cubanos y extranjeros... Eres un perro fiel del imperialismo». La expresión *perro fiel del imperialismo* está completamente al margen del lenguaje usualmente utilizado en público por Castro hasta entonces, en el que ponía mucho cuidado en evitar términos que pudieran limitar el alcance de sus llamamientos. Parcialmente, quizá sea explicable por el hecho de que Castro se amparaba tras un seudónimo, o bien, cosa mucho menos probable, porque fuera incapaz de controlar su ira. Sea como fuere, lo cierto es que a partir de entonces rehuyó con todo escrúpulo la retórica política de este tipo.

Otro artículo firmado asimismo por «Alejandro» y perteneciente a este mismo número, refleja su abierto enfrentamiento con la dirección del Partido Ortodoxo y su determinación de organizar un movimiento militante dentro del partido, de forma muy especial entre sus juventudes. «Alejandro» sostiene que Chibás había dejado tras de sí un movimiento «que lo puso [al partido] a las puertas mismas del poder». Pero, continuaba, los dirigentes del Partido Ortodoxo derrocharon el legado para enzarzarse en

aquellas pugnas estériles que sobrevinieron a la muerte de Chibás, aquellas escandaleras colosales por motivos que no eran precisamente ideológicos, sino de sabor puramente egoísta y personal.

Esa masa inmensa del PPC (ortodoxo) está puesta en pie, más decidida que nunca. Pregunta en estos momentos de sacrificio: ¿dónde están los que aspiraban, los que querían ser los primeros en los puestos de honor de las asambleas y los ejecutivos, los que recorrían los términos y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puestos en la tribuna y ahora no recorren términos, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor de primera línea de combate?

Quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Pero los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza indestructible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas<sup>29</sup>.

Dos son los elementos que caracterizan la filosofía política de Castro y que se recogen en los pasajes precedentes. Por un lado su «fe en las masas» y, por otro, su creencia en la «fuerza indestructible de las grandes ideas». En los años siguientes, a lo largo de las diversas fases de la lucha, antes y después de la victoria, Castro repetirá una y otra vez estas ideas como partes esenciales de su credo político. Se detectará en ellas el postulado marxista de que, cuando las masas hacen suyas determinadas ideas, éstas se convierten en una auténtica fuerza material.

Castro sostenía que «el momento es revolucionario y no político... A un partido revolucionario debe corresponder una dirección revolucionaria, joven y de origen popular».

El estudiante de ingeniería Pedro Miret recuerda que, a comienzos del curso académico 1952-53, fue visitado «de parte de una persona que no estaba precisamente entre los favoritos de los predios universitarios, a pesar de su

postura vertical y sin equívocos contra la tiranía. Pero, ¡qué se podía esperar si allí los favoritos eran los señores que meses atrás fueran objeto de sus viriles denuncias!»<sup>30</sup>. Se estaba refiriendo a Fidel Castro.

Castro había recabado la colaboración de Miret para organizar prácticas de tiro al blanco y otros ejercicios militares de adiestramiento para sus seguidores. Miret sabía de la reputación de Castro, y el hecho de que a la sazón Fidel se viera calumniado por los *políticos* no hacía más que acrecentar el respeto que le merecía Castro. Miret aceptó el encargo y pasó a formar parte del núcleo fundamental del naciente movimiento semiclandestino.

Los hombres adiestrados por Miret en los meses siguientes eran, en su mayor parte, obreros industriales y empleados en almacenes y tiendas. También había entre ellos algunos braceros y campesinos pobres. Casi todos procedían de las filas del Partido Ortodoxo, básicamente de las provincias de La Habana y Pinar del Río.

El movimiento creado por Castro tenía pocos recursos a su disposición. Su fuerza residía en la lealtad de todos sus miembros y en la total dedicación de los mismos a la lucha revolucionaria. Castro disponía de poquísimo dinero. Los ingresos derivados de su despacho de abogado eran prácticamente nulos. Rechazaba los casos en cuya defensa no creía o bien trabajaba gratuitamente para aquellas causas que le motivaban.

En cierta ocasión, Eugenio Sosa, un acomodado hombre de negocios que pretendía entablar pleito contra un grupo de campesinos pobres de Matanzas, solicitó los servicios de Castro y Melba Hernández, también licenciada en leyes. Como era fácil prever, Castro y Melba acabaron por tomar la defensa de los campesinos frente a las pretensiones de Sosa<sup>31</sup>.

No obstante, Castro casi no tenía tiempo que dedicar a su despacho de abogado. Estaba obsesionado por la construcción de su Movimiento en contra del dictador, cuya estructura no había quedado por entonces totalmente de-

finida. En enero de 1953, sus seguidores se contaban por centenares.

Se celebraba en 1953 el centenario del natalicio de José Martí. Millones de cubanos veían con escepticismo los actos programados por Batista para celebrar oficialmente el evento. Se prepararon una serie de acciones para vindicar la memoria del héroe independentista cubano y mostrar el odio popular frente a la dictadura imperante. Las actividades antibatistas, con origen en y alrededor de la universidad de La Habana, comenzaron ya con el año y alcanzarían su punto culminante el 28 de enero, día del nacimiento de José Martí.

El mes de enero se inició con una conmemoración del aniversario del asesinato de Julio Antonio Mella, acaecido el 10 de enero de 1929. Un comité *ad hoc* se encargó de preparar la conmemoración. Entre los miembros del mismo se hallaban los estudiantes de ingeniería Pedro Miret y Lester Rodríguez, ambos miembros del Movimiento creado por Fidel y futuros participantes en el asalto al Moncada. Raúl Castro, por entonces estudiante universitario, era otro de los elementos organizadores del mitín, como también lo era Alfredo Guevara, el viejo amigo comunista de Fidel.

La muerte de Mella fue conmemorada en una pequeña plaza ubicada en la avenida que arrancaba de la Escalinata. Se descubrió allí un busto de Mella en yeso, como acto de abierto desafío al gobierno. No obstante, las autoridades actuaron comedidamente a fin de evitar una de aquellas violentas reacciones estudiantiles que solían producirse tan a menudo durante las administraciones de Grau y Prío.

En las primeras horas de la mañana del 15 de enero, los estudiantes hallaron el blanco busto de Mella rociado con alquitrán. Estalló de inmediato una huelga estudiantil. Las calles adyacentes al recinto universitario se vieron cubiertas de vidrios, clavos y basura que obligaban a una desviación del tránsito rodado. En previsión de las represalias que pudieran tomarse, los estudiantes comenzaron a levantar barricadas alrededor de la universidad. Un audaz co-

mando prendió fuego a una efigie de Batista levantada en un importante cruce de calles situado a algunas manzanas de la universidad<sup>32</sup>.

La FEU convocó una marcha de protesta desde la Escalinata hasta un monumento patriótico situado muy cerca de la entrada de la bahía de La Habana, recorrido que cubría algunos kilómetros. A lo largo del mismo, las calles laterales se hallaban bloqueadas por fuerzas de la policía, mientras los bomberos ponían en marcha sus mangueras de alta presión dirigiéndolas contra los manifestantes. A partir de este momento se inició la carga policial. Los policías blandían sus porras y algunos de ellos abrieron fuego con sus pistolas. Resultaron heridos dieciséis manifestantes, uno de ellos un muchacho que trabajaba y estudiaba y que, a consecuencia de las heridas recibidas en el estómago, moriría pocas semanas más tarde. Era la primera víctima de la dictadura batistiana en el año de la conmemoración del centenario<sup>33</sup>.

Los sucesos acaecidos durante la primera quincena de enero crearon en La Habana un clima más que propicio para desencadenar una celebración militante del centenario de Martí. El 25 de enero se celebró una asamblea en el recinto universitario con objeto de planear una conmemoración que, de hecho, debía convertirse en una demostración de oposición popular al régimen de Batista. Durante el mitin, Flavio Bravo, presidente de la Juventud Socialista, efectuó una dura y mordaz denuncia de la dictadura. También tomó la palabra Lester Rodríguez, miembro del Movimiento de Fidel, así como presidente del comité organizador del Congreso Unitario Martiano en favor de los derechos de la juventud, frente unido gestado por activistas de la Juventud Socialista. Años más tarde, Flavio Bravo me contaría que Abel Santamaría, el número dos dentro del Movimiento dirigido por Fidel, era también miembro del Congreso Unitario Martiano, del mismo modo que lo eran Raúl Castro y «Nico» López, quienes posteriormente participarían tanto en el ataque al Moncada como en el desembarco

del *Granma*<sup>34</sup>. Desde una perspectiva histórica es interesante anotar que todos estos hombres eran íntimos colaboradores de Fidel al tiempo que mantenían fraternales vínculos con los comunistas.

La asamblea decidió celebrar el centenario con una procesión de antorchas que debía iniciarse antes de la media-noche del día 27 y continuar hasta el alba del 28.

El Movimiento decidió desfilar como grupo compacto. Tomaron parte varios centenares de seguidores de Fidel, muchos de los cuales habían recibido rudimentos de instrucción militar durante los meses precedentes. Fidel, Abel, Raúl, Melba Hernández, Haydée Santamaría, Montané, Nico y otros fundadores del Movimiento, avanzaban entre los manifestantes.

El bloque de miembros del Movimiento se diferenciaba de los otros por su apariencia marcial, compacta y disciplinada. A medida que avanzaban, algunos de los espectadores estacionados en las calles comentaban en alta voz: Mira, ¡ahí van los comunistas! <sup>35</sup>

\*

Las actividades de Fidel Castro prosiguieron tras la celebración del centenario del nacimiento de Martí. El 8 de febrero, *Bohemia* recogía una apasionada denuncia escrita por Castro sobre los destrozos ocasionados por la policía en el estudio del escultor Fidalgo, miembro del Partido Ortodoxo. Fidalgo había sufrido la colérica invasión de la autoridad por ser el autor de mascarillas de Eduardo Chibás y pequeñas estatuas de José Martí en cuya base se recogían las palabras suyas: «Para Cuba que sufre» <sup>36</sup>.

Pocos días después de aparecido el artículo, Castro fue acusado de desorden cívico a causa de los incidentes acaecidos mientras una manifestación acompañaba hasta el cementerio al cuerpo del trabajador-estudiante fallecido tras haber sido herido por la policía semanas antes. Castro se

hallaba en las primeras filas de la procesión, junto a otras varias figuras públicas. Algunos de los manifestantes habían lanzado piedras a la mansión de un conocido valedor de Batista cuando cruzó ante ella el cortejo, así como contra un automóvil que lucía el gallardete especial del régimen. El informe de la policía sobre el incidente indicaba que uno de los principales responsables de la manifestación era «el doctor Fidel Castro, ex miembro de la FEU y dirigente de la Juventud Ortodoxa»<sup>37</sup>.

Después de su escaramuza con la ley, Castro decidió adoptar una postura aparentemente tranquila y concentrarse en la preparación de su Movimiento para inminentes acciones. En esta línea, dejaría de tomar parte en un frustrado atentado para derrocar al gobierno de Batista durante el mes de abril, y en la masiva manifestación antigubernamental celebrada el primero de mayo<sup>38</sup>.

El levantamiento de abril fue obra del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), organización alentada por un profesor de filosofía, Rafael García Bárcena, que había dado clases a los militares en la base del Campamento de Colombia y que esperaba cándidamente obtener el apoyo de grupos del ejército para su rebelión pascual.

Un autor señala, con evidente maledicencia, que Fidel Castro consideraba «imposible encajar con García Bárcena, Sánchez Arango y Carrillo, los únicos grupos políticos prometedores de los años 1952-53»<sup>39</sup>. Según este planteamiento, se tiene la impresión de que ambiciones personales le impidieron a Castro colaborar con el idealista profesor García Bárcena. No obstante, las razones eran muy distintas y mucho más profundas. Tenían que ver con la ideología del propio Castro, con sus concepciones estratégicas y con el ya avanzado estadio de preparación en que se hallaba su proyecto al producirse la hazaña de García Bárcena.

García Bárcena, como el propio Fidel, apelaba de forma muy especial a la juventud, según él la única fuerza capaz de salvar el país. De hecho, y en primera instancia, dirigía su llamamiento a la Juventud Ortodoxa, el mismo plantel

del que Fidel extraía sus fuerzas<sup>40</sup>. Pero ahí terminaban todas las similitudes.

García Bárcena encontró a la mayor parte de sus seguidores entre los vástagos de familias pequeño-burguesas, siendo casi todos ellos estudiantes universitarios o profesionales.

En cambio, el Movimiento de Castro estaba básicamente conformado por trabajadores asalariados. Por lo demás, la filosofía social de García Bárcena tenía un abierto enfoque liberal-burgués, al tiempo que había en ella un rechazo explícito de la teoría marxista. Su llamamiento era para conseguir «un sistema social completamente justo, basado en la conciliación entre capital y trabajo, ricos y pobres». Y su declaración programática decía: «El MNR rechaza la doctrina de la inevitabilidad de las guerras de clases y propugna el establecimiento de una cabal armonía entre obreros, técnicos y empresarios»<sup>41</sup>.

Castro creía en un movimiento amplio con objetivos de corte burgués para la fase inicial, pero jamás rechazando, ni siquiera de forma implícita, la inevitabilidad de la lucha de clases. Influido como estaba por el marxismo, Castro no albergaba la menor duda acerca de que la lucha de clases constituía el principio motriz de la historia, y de que las masas jugaban un papel primordial y dominante en toda revolución social.

Por tanto, nada tiene de particular que Castro, forjado en la arena de la política práctica, no sintiera la mínima atracción por la ingenua estrategia con la que García Bárcena pensaba derrocar a Batista. El buen profesor de filosofía había reunido un grupo de cuarenta y seis hombres, algunos armados con pistolas y otros con cuchillos, para llevar a cabo una marcha desde La Habana sobre el campamento militar de Columbia, donde creía iba a unírsele un contingente de militares suficientemente numeroso como para forzar la renuncia del dictador. La causa era loable, y los hombres valerosos, pero el plan estaba condenado de antemano al fracaso. Antes de que el grupo hubiera conse-

guido alcanzar su punto de destino, ya había sido interceptado y arrestados todos sus miembros.

Con anterioridad a la valerosa debacle de García Bárzana, Fidel ya había llegado a una serie de firmes conclusiones sobre las concepciones estratégicas de los otros grupos de oposición a Batista.

Todo el plan de organizar un ejército, y tomar los cuarteles, y derrocar a Batista en 24 horas, a nosotros nos parecía un absurdo. Y nos dábamos perfecta cuenta de que los civiles —porque en nuestro país no había siquiera el antecedente de la instrucción militar— eran hombres llamados a combatir en las calles contra un ejército que, por muy mercenario que fuera, era un ejército que tenía disciplina y tenía preparación técnica, que tenía recursos de tanques... Nosotros nos dábamos cuenta de que una organización de civiles armada y sin entrenamiento podía ser fácilmente derrotada en aquellas circunstancias, en un movimiento «putschista» como el que se estaba planeando. Es decir, no era siquiera el tipo de insurrección que va acompañado de alguna condición inexcusable para derrocar un gobierno. Por ejemplo, un movimiento fuerte, poderoso, de masas. Es decir, una huelga general. No existían las condiciones objetivas, no existían tampoco las condiciones subjetivas para organizar una huelga general. Se trataba, simplemente, de un tipo de operación completamente aventurada<sup>42</sup>.

El plan elaborado por Castro no perseguía una victoria obtenida de la noche a la mañana. También quería coiniciar con la toma de una de las principales instalaciones militares, pero eso sólo sería el primer paso de un despliegue de eventos mucho más amplio y prolongado. Su idea esencial queda muy bien expresada en la siguiente frase: «Hace

falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande»<sup>43</sup>.

Sus ideas para entender y generalizar la batalla, así como la creciente implicación de las masas tras la acción inicial, eran, por definición, un claro rechazo del «putchismo». No obstante, la estrategia global de Castro no saldría a la luz hasta una vez producidos los hechos, y si se tiene en cuenta que el plan dependía de un dramático golpe de mano efectuado por un pequeño contingente humano y sin el apoyo de una base de masas organizada, se comprende que quedara abierta a la crítica la acusación del «putchismo».

\*

Cuando García Bárcena puso en marcha su acción insurreccional durante los días de pascua, el Movimiento de Castro ya tenía muy avanzados los preparativos de su propia operación. Se había efectuado una cuidadosa selección entre sus seguidores de primera hora. Los escogidos, poco más de doscientos, sabían que se preparaban para una acción de lucha, pero no tenían la menor idea acerca de dónde y cuándo iba a producirse.

La seguridad se había convertido en la cuestión primordial. El Movimiento estaba compartimentado en células de alrededor de diez miembros cada una. El contacto entre los cuadros dirigentes y el resto del Movimiento se realizaba directamente con los responsables de célula a través de intermediarios<sup>44</sup>. El hecho de que no se produjeran arrestos durante los meses dedicados a las prácticas de tiro y el entrenamiento militar, llevado a cabo en la universidad y en fincas aisladas de las provincias de La Habana y Pinar del Río, muestra hasta qué punto tomaron en serio las medidas de seguridad todos los implicados en el Movimiento. La recaudación de fondos para mantenerlo se efectuó internamente, entre sus propios miembros.

En la primera sesión del proceso abierto tras el ataque al Moncada, se le preguntó a Castro si la operación había sido dirigida desde la sombra por el ex presidente Prío. «Así como José Martí no aceptó el dinero mal habido de Manuel García, llamado "Rey de los Campos de Cuba", nosotros no aceptamos el dinero de Carlos Prío, ni el de ningún político»<sup>45</sup>, contestó Castro.

Castro relató con dramatismo la recaudación de los 16.480 dólares recogidos entre los miembros del Movimiento para sostener la causa. Por ejemplo, Pedro Marrero, empleado en una fábrica de cervezas, vendió su frigorífico y muebles para conseguir dinero. Jesús Montané entregó la compensación por despido obtenida de la General Motors para las arcas del Movimiento. Otros muchos llevaron a cabo sacrificios de orden similar<sup>46</sup>.

La mayor parte de las armas las habían conseguido por procedimientos legales. Habían intentado comprar diez subametralladoras Thomson a un español por 250 dólares la pieza, pero descubrieron a tiempo que estaban habiéndoselas con un agente de la policía. Llegaron, pues, a la conclusión de que adquirir material de tipo militar era demasiado arriesgado y caro<sup>47</sup>. Cuando otros le hablaban a Castro de los impresionantes escondrijos de otras organizaciones, respondía: «Hay sitios con miles de arínas engrasadas y preparadas. Y no es necesario comprarlas o importarlas. Basta con tomarlas»<sup>48</sup>. En el momento de efectuar el asalto, el grupo de Fidel había reunido un abigarrado muestrario de arínas: una antigua ametralladora Browning del calibre 45, un rifle M-1, algunos rifles Winchester del calibre 44 y un amplio surtido de pistolas y semiautomáticas del 22<sup>49</sup>.

¿Quiénes fueron finalmente elegidos por Fidel Castro para el combate? Herbert Matthews se mortificaba ante su error de haber clasificado a los asaltantes como estudiantes en su mayoría, como pude comprobar hablando con él en 1972, unos años antes de su muerte<sup>50</sup>. A principios de los sesenta, los propios cubanos habían corregido ya tal impre-

sión al haberse hecho pública la lista de nombres y ocupaciones de los fallecidos en el asalto al Moncada. La lista nos muestra que la mayor parte eran trabajadores asalariados. Su origen de clase puede desprenderse con facilidad por el tipo de profesión que ejercían y por la circunstancia de que la mayor parte de ellos no habían pasado en sus estudios de la escuela primaria.

La elección de gentes humildes para una aventura en apariencia tan suicida, no era fortuita. Castro había dado instrucciones a sus correligionarios para que buscaran militantes entre la gente de origen humilde, «que puedan entender todo lo que hay que hacer, todo lo que falta por hacer y todo lo que debemos hacer»<sup>51</sup>. En otras palabras, Castro ya estaba pensando en una revolución que debía ir mucho más allá de los objetivos proyectados para su primera etapa.

Hemos conseguido identificar la ocupación laboral de 127 de los 147 individuos que participaron en el ataque al cuartel Moncada. Cuando se estudian las biografías de estos 125 hombres y 2 mujeres, queda de manifiesto que muchos de ellos no tenían ninguna profesión ni oficio. Por ejemplo, José Testa, vendedor ambulante de flores, tenía una educación elementalísima y había comenzado a trabajar a los 13 años en empleos de todo tipo, hasta que, poco antes del asalto al Moncada, la necesidad le forzó a vender flores en las calles. Rolando San Román, que tenía un pequeño tenderete de ostras cerca de una estación de autobuses y había abandonado la escuela a los quince años para ayudar a su familia trabajando como albañil. Estos modelos profesionales y económicos se repiten frecuentemente una y otra vez.

Aunque no debe olvidarse que la mayoría de estos hombres eran trabajadores *eventuales*, he aquí los empleos desempeñados por 127 de ellos poco antes de producirse el asalto al Moncada, en julio de 1953<sup>52</sup>.

Obreros y dependientes (incluidos camioneros, estibadores, albañiles y un taxista)	44
Oficinistas y dependientes (se incluyen camareros de restaurante)	33
Estudiantes	13
Obreros agrícolas	11
Profesionales	4
Pequeños negociantes	6
Autónomos y viajantes de comercio	10
Maestros	1
Amas de casa	1
Soldados	1
Empleados en el negocio paterno	3

# 6

## El Moncada

Nadie puede sostener que el Movimiento creado por Fidel Castro fuese marxista. No lo era. Sin embargo, resulta innegable la influencia del marxismo entre algunos de sus miembros, hecho que ha sido ignorado por la mayoría de los estudiosos del tema. Por mi parte, en mi investigación sobre los antecedentes de los miembros incorporados al movimiento he podido detectar numerosos vínculos con tendencias marxistas, muchos más aún de los que había sospechado.

Al hablar sobre el período de preparación del ataque a las instalaciones del Moncada en julio de 1953, Castro ha señalado que «nosotros andábamos con nuestros libros de Marx, de Engels, de Lenin. Estábamos estudiando... y cuando nosotros fuimos al Moncada, íbamos leyendo esos libros»<sup>1</sup>.

Juan Almeida, negro cubano que más tarde se convertiría en héroe, durante la guerra de guerrillas contra Batista, era un peón de albañil que ganaba unos «salarios de hambre» cuando entró en contacto con Fidel, pocos meses antes del ataque al Moncada. Él recuerda que Castro «llevaba un libro de Lenin»<sup>2</sup>. Pedro Miret, otro héroe revolucionario, describe a Abel Santamaría, el número dos

del Movimiento, llevando «siempre un cigarro en su boca... y un ejemplar de las obras escogidas de Lenin bajo el brazo»<sup>3</sup>

Un grupo escogido de los dirigentes del Movimiento mantuvieron sesiones de estudios en las que analizaron el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, *El Estado y la Revolución* de Lenin y la biografía de Karl Marx escrita por Mehring. Varias de tales sesiones tuvieron lugar en la ciudad costera de Guanabo, no lejos de La Habana<sup>4</sup>.

El ejército halló un volumen de las obras escogidas de Lenin en Siboney, punto desde el que partieron los implicados en el asalto al Moncada. Cuando el tribunal interrogó a Castro sobre este punto, Fidel respondió, «es posible, no lo niego, pues leemos todo tipo de libros. A quien no le haya interesado nunca la literatura socialista es un ignorante»<sup>5</sup>.

Castro ha señalado que «lo primero que hacíamos con todo nuevo miembro de la organización era adoctrinarle»<sup>6</sup>. El adoctrinamiento no era marxista. Consistía en lecturas y discusiones sobre temas relacionados con la situación de Cuba y la necesidad de combatirla, ambas analizadas desde posiciones antiimperialistas y antioligárquicas. La total ausencia de diatribas contra el comunismo en tales análisis es un dato de primordial significación.

Los políticos antibatistas eran defensores sin excepción de la guerra fría, y para ellos el anticomunismo era la prueba decisiva de patriotismo. La idea de patriotismo sostenida por Castro y Santamaría era obviamente muy distinta. Santamaría, preocupado por el desarrollo ideológico de su hermana Haydée, la llevó a hablar con una veterana militante comunista para discutir sobre diferentes problemas políticos<sup>7</sup>.

Las vinculaciones entre ciertos seguidores de Castro y el pensamiento marxista jamás han sido rastreadas de forma adecuada. A menudo es difícil trazar los antecedentes políticos de los seguidores de Castro, y los hechos que traigo a colación sólo ofrecen un panorama parcial de la

realidad. No obstante, prueban que buen número de los compañeros de armas de Fidel tuvieron relación con el marxismo. Es lógico suponer que un estudio más pormenorizado nos daría una mayor evidencia de esta vinculación. Considerese la siguiente relación de personas, todas ellas participantes en el ataque al cuartel de Moncada.

Fernando Chenard, responsable de una de las células del Movimiento, tenía una larga trayectoria como activista de izquierdas dentro del Partido Comunista y el movimiento sindical. Uno de los primeros elementos integrados al Movimiento, había sido secretario general del Sindicato de Dependientes de Víveres al Detalle hasta 1944 y representante del partido dentro del mismo<sup>8</sup>.

Miguel Ángel Oramas, de veintiún años e hijo de un obrero empleado en una fábrica de cerveza, trabajaba en el laboratorio fotográfico de Chenard y fue éste quien le reclutó para el Movimiento. Oramas, muerto en el ataque al Moncada, dejó un cuaderno de notas en el que aparece la siguiente cita escrita de su puño y letra: «La esclavitud a que se halla sujeto el obrero por parte de la burguesía muestra su verdadera faz en las fábricas. Engels»<sup>9</sup>. Parece lógico suponer que Chenard adoctrinara a otros miembros de su célula en las tesis marxistas.

José de Jesús Madera, que sólo contaba dieciocho años al morir en el asalto al Moncada, había crecido bajo la influencia de un comunista, su tío. Existe una fotografía de Madera niño portando una bandera soviética<sup>10</sup>. Ñico López era un hombre «de claras ideas marxistas»<sup>11</sup>. Renato Guitart poseía gran cantidad de literatura socialista en su casa de Santiago de Cuba<sup>12</sup>. Luciano González Camejo, obrero de cuarenta años, era un veterano comunista<sup>13</sup>. Jacinto García, obrero portuario en los muelles de La Habana desde 1944, era un ardiente y convencido seguidor de Aracelio Iglesias, el líder comunista del puerto<sup>14</sup>. Los padres de José Labrador, uno de los hombres que murieron en el Moncada, eran campesinos pobres y abiertos simpatizantes de los comunistas<sup>15</sup>. Lester Rodríguez, estudiante de inge-

niería, se hallaba estrechamente unido a la Juventud Socialista en su actividad política universitaria<sup>18</sup>. Raúl Castro, hermano de Fidel, ingresó en el Partido Socialista Popular muy poco antes del asalto al Moncada<sup>17</sup>. Elpidio Sosa le había pedido a Abel Santamaría su ejemplar de las *Obras Escogidas* de Lenin y mostraba un activo interés por el socialismo<sup>18</sup>. Andrés Valdés, obrero, se autoconsideraba marxista y estudió en la Sociedad de Amistad Cubano-Soviética<sup>19</sup>, organización subversiva en opinión del gobierno. La célula al cuidado de Hugo Camejo estaba integrada por Pablo Agüero, Pedro Véliz, Lázaro Hernández, Rolando San Román y José Testa, todos ellos de huinilde condición y organizadores de un grupo de estudios marxistas a comienzos de 1953<sup>20</sup>. Rolando San Román había sido reclutado para las filas del Partido Socialista Popular por su hermano Antonio<sup>21</sup>. Ramiro Valdés, de Artemisa, actual miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba, me contó que se hallaba familiarizado con las ideas socialistas y que había leído algunas de las obras de Lenin<sup>22</sup>. Según Valdés, José Ponce era otro de los artemisanos con ideas socialistas definidas antes del asalto al Moncada<sup>23</sup>. Todos los citados siguieron a Fidel en la batalla del 26 de julio de 1953 y, la mayoría de ellos, hallaron la muerte en la misma.

Estos hombres ejemplifican las tendencias políticas que mayor difusión debieron tener en el seno del Movimiento. No obstante, no debe inferirse de ello que la gran mayoría de hombres que seguían a Fidel tuvieran una idea mínima clara del marxismo. Sin la menor duda sus huestes eran radicales, pero lo eran en el sentido de negarse a que su país retornara tras la lucha a la situación prebatistiana. Su radicalismo estaba exclusivamente basado en la realidad cubana, en una interpretación concreta de la ideología populista de José Martí, y en el espíritu de anticorrupción generado por la figura de Eduardo Chibás. La mayor parte de los seguidores de Castro proceden de familias pobres y sus predilecciones políticas tienden hacia la implantación

de cambios substanciales que garanticen la futura justicia social y económica para los desposeídos de Cuba.

Fidel Castro y Abel Santamaría eran por entonces marxistas convencidos. ¿Por qué no intentaron imponer a sus seguidores sus opiniones políticas globales o exponerlas en documentos escritos? La respuesta es la extrema sensibilidad con que uno y otro captaban la atmósfera anticomunista que les rodeaba. Sabían muy bien que el estigma comunista podía limitar seriamente la envergadura de su ya de por sí vulnerable movimiento político.

Pedro Trigo, uno de los responsables de célula del Movimiento, había experimentado en su propia piel los efectos del mencionado estigma. Trigo se había presentado como candidato sindical en la planta textil TEDUCA, su lugar de trabajo. El día antes de las elecciones apareció en la planta una octavilla, supuestamente firmada por el Partido Socialista Popular, en la que se felicitaba a Trigo por haberse integrado en la organización. Se trataba de una octavilla espúrea, pero el engaño surtió su efecto y Trigo, el candidato favorito, perdió las elecciones<sup>24</sup>. Castro hizo todo cuanto pudo para evitar que su movimiento fuera pintado de rojo. De haber revelado su ideario político completo no hubiera conseguido más que verse aislado. Durante la lucha insurreccional de los años cincuenta, e incluso en la primera etapa de la revolución, Castro se guió por su profundo conocimiento de la realidad cubana del momento. Y ésta es la razón básica por la que evitaría toda adhesión abierta al socialismo, viéndose incluso obligado, en ocasiones, a ser circunspecto en el tema con objeto de proteger su Movimiento insurreccional. Su hermano Raúl, que entraría en el Partido Socialista Popular poco antes del asalto al cuartel Moncada, siguió idéntica táctica durante el posterior juicio, dando respuestas evasivas a toda pregunta sobre el comunismo<sup>25</sup>.

Gran parte de cuanto sabemos acerca del pensamiento de Castro en esta época se basa en sus declaraciones retrospectivas. Y lo cierto es que éstas merecen pleno crédito a la

luz del conocimiento que tenemos de la creciente vinculación ideológica al marxismo que sufre Castro en estos días. Castro se pregunta cómo pueden abrirse las puertas a una transformación radical de la sociedad cubana —«¿Cómo llevar a las masas en tal dirección?»—, y he aquí su respuesta:

La lucha revolucionaria misma, con objetivos determinados y concretos que implican sus intereses más vitales y los enfrentara en el terreno de los hechos a sus explotadores, las educaría políticamente. Sólo la lucha de clases desatada por la propia Revolución en marcha barrería como castillo de naipes los vulgares prejuicios y la ignorancia atroz en que las mantenían sometidas sus opresores<sup>26</sup>.

Ciertos ensayistas han rechazado las afirmaciones de Castro de que era marxista sobre la base de que existe un abismo insalvable entre las enseñanzas de su mentor ideológico, José Martí, y el marxismo. No obstante, en el caso de Castro la admiración hacia Martí, más que entrar en conflicto con una perspectiva marxista en el mundo, complementaba su aceptación de ésta. Tanto Martí como Lenin «estaban bien representados» en las estanterías de la casa de la Calle 25 en la que Castro había establecido su cuartel general en los meses precedentes al asalto al Moncada<sup>27</sup>. Fidel y Abel contemplaban el marxismo-leninismo a través del prisma de los problemas cubanos y como una extensión del pensamiento de Martí sobre Cuba. Para ellos, el ideario de Martí era el lecho nacional sobre el que florecía toda idea revolucionaria, e incluso es lícito afirmar que hoy en día Castro sigue siendo un marxista influenciado por Martí.

Mientras me dedicaba a investigar la perspectiva ideológica de Castro descubrí lo que a algunos puede parecerles un hallazgo extraordinario, a saber, sus contactos con comunistas muy poco antes de emprender el asalto al Mon-

cada. Dichos contactos no quieren decir que Castro fuera miembro del Partido Socialista Popular, ni que se hallara de acuerdo con la táctica y la estrategia políticas de este último. Lo que sí nos prueban es que, incluso en la cruda atmósfera de guerra fría dominante en 1953, Castro respetaba a los comunistas y estaba dispuesto a mantener relaciones con ellos pese a que, de haber sido descubiertas, podían llegar a poner en serio peligro sus objetivos secretos.

Un ejemplo revelador de mi afirmación lo constituye su continuada relación con Luis Más Martín. Pocos días antes del asalto, Más Martín acompañaba a Castro a la librería del Partido Socialista Popular en La Habana. Entre los libros que compró Castro ese día había algunos sobre la Revolución rusa y las campañas militares soviéticas contra los nazis. Castro dijo no tener dinero para pagar sus compras y Más Martín, como cliente habitual y funcionario del partido, salió fiador de la deuda. Jamás hubo el menor problema en avalar a Fidel, pero en esa ocasión no llegaría a pagar jamás la deuda. Con todo, Castro debe haber sentido remordimientos ante el caso, pues, dos años más tarde, escribe a su hermana desde la prisión hablándole acerca del dinero que había pedido prestado para adquirir libros, y añade: «...el día que cobre algunos pesos me prometo pagar algunos que todavía debo»<sup>28</sup>. Cuando, poco antes de triunfar la revolución, en 1958, Más Martín se traslada a la Sierra, bromearía con Castro acerca del dinero que aún le adeudaba<sup>29</sup>.

Poquísimos días antes del ataque al cuartel Moncada en julio de 1953, Castro se había entrevistado con Carlos Rafael Rodríguez, uno de los máximos dirigentes dentro del actual gobierno cubano y, por aquellos días, responsable nacional de propaganda del PSP. Rodríguez me relató la historia un día de 1972, en su amplia oficina del edificio que alberga al comité central del Partido Comunista de Cuba. Parece ser que Castro había ido a la librería del partido, lugar donde solía efectuar compras. «Mientras estaba allí, en el vano

de la puerta que llevaba hasta los despachos del comité nacional del partido, apareció Flavio Bravo. Junto con Castro subieron hasta el departamento de propaganda... Mantuvimos una prolongada conversación sobre la situación nacional»<sup>30</sup>.

La versión de Rodríguez no indica que Castro hiciera mención alguna, durante la conversación, a su plan para el asalto inminente al cuartel Moncada. Según Rodríguez «la conversación fue la de dos dirigentes, dos revolucionarios hablando sobre la lucha contra Batista». Rodríguez señala no recordar nada especial de cuanto hablaron en aquella ocasión. «Si hubiera sabido lo que Fidel planeaba para dentro de unos días —me dijo—, con toda seguridad habría fijado la atención para recordar con mucho mayor precisión nuestra conversación de aquel día»<sup>31</sup>.

\*

El golpe fundamental de la operación planeada por Castro y su comité militar era un ataque a los edificios del cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, la segunda base militar de la nación en importancia. Una vez tomado el Moncada, los siguientes objetivos en la capital santiaguera eran los cuarteles de la Policía Nacional, de la Policía Marítima y de la Armada cubana. Simultáneamente, debía ser retransmitida a través de las ondas de la Cadena Oriental de Radio una proclama preparada de antemano. Se armaría a la población, y Santiago, ubicada a unos 900 kilómetros de La Habana, se convertiría en un área liberada. Se esperaba que toda esta serie de acontecimientos «sería la gestión que desatara la tempestad revolucionaria en todo el país»<sup>32</sup>.

El elemento clave del programa radiofónico debía ser el Manifiesto del Moncada a la Nación, redactado bajo la dirección de Fidel Castro. Tal manifiesto, una auténtica exhortación al pueblo cubano, describía los objetivos políticos y económicos inmediatos de la insurrección. El núcleo del manifiesto estaba compuesto por un programa revolucionario

rio de once puntos presentado por «una juventud anhelante de una Cuba Nueva, limpia de pasados errores y de mezquinas ambiciones»<sup>33</sup>. El programa se autoproclamaba «libre de trabas con las naciones extranjeras y libre también de influencias y apetitos de políticos y personajes propios», y afirmaba su respeto por la Constitución de 1940, y anunciaría su decisión de colocar a Cuba en la senda de la prosperidad económica salvaguardando su subsuelo, integridad geográfica, agricultura e industria, «que han sido explotados por gobiernos ilegítimos y espúreos, por ambiciones desmedidas y por interés culpable».

No es cierto el aserto de Hugh Thomas de que «podemos calibrar las ideas teóricas de Castro y sus amigos en 1953 de un modo muy exacto teniendo en cuenta la proclamación que habrían de leer tras la captura de la emisora de radio»<sup>34</sup>. Como el proverbial témpano de hielo, lo que se ve de él no es toda su superficie. Si se toma en consideración el proyecto de Castro de presentar un programa unificador general para la «primera fase» revolucionaria, se nos muestra como indiscutiblemente errónea la interpretación de Thomas. Mucho más ajustado parece ser el comentario de Armando Hart, miembro del buró político del Partido Comunista de Cuba, quien me señalaba: «Sólo un marxista pudo haber redactado el Manifiesto del Moncada»<sup>35</sup>.

Uno de los principales argumentos en que se apoyan ciertos críticos para refutar la naturaleza esencialmente radical del Manifiesto del Moncada, es su reivindicación del retorno a la Constitución promulgada en 1940. Vale la pena examinar la cuestión, dada la función central que desempeñaba en el programa de Castro hasta la victoria revolucionaria.

La Constitución, trabajosamente cincelada con la participación de los comunistas en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, era generalmente considerada como la más progresista de las Américas, y una interpretación de la misma sin restricciones hubiera permitido cambios fun-

damentales en las estructuras sociales y económicas del país. Por ejemplo: declaraba punible toda discriminación en razón de raza o sexo (art. 20); asignaba al Estado la responsabilidad de asegurar «a todo trabajador, manual o intelectual, las condiciones económicas necesarias a una existencia digna» (art. 60); declaraba que «el subsuelo pertenece al Estado» (art. 88), y proscribía la existencia de grandes latifundios (art. 90), prevalente en Cuba. Dejaba otra puerta abierta para futuras nacionalizaciones al exigir que las propiedades extranjeras «deben responder en todo caso al interés económico-social de la nación» (art. 272). Incluso la cláusula que defendía explícitamente la propiedad privada permitía al Estado confiscar propiedades «por autoridad judicial competente y por causa justificada de utilidad pública o interés social» (art. 24). Pero, de hecho, ninguno de estos artículos había jamás llegado a ser plenamente puesto en práctica.

La naturaleza fundamental de la revolución proyectada por Castro no debe buscarse en la Constitución de 1940, sino más bien en el punto F del Manifiesto del Moncada, donde se declara que la revolución venidera «reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las bases del Partido Revolucionario Cubano y en el Manifiesto de Montecristo, y hace suyos los Programas Revolucionarios de la Joven Cuba, ABC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo)».

Las ideas de José Martí constituyen, qué duda cabe, un manantial rico en comentarios sobre la mayoría de las cuestiones críticas de Cuba. Martí ha representado un sinnúmero de cosas para muchísima gente. No obstante, no cabe la menor duda de que para Castro lo más importante eran los aspectos explícitamente progresistas contenidos en los escritos de Martí. Una de las ideas esenciales de Martí era su advertencia acerca del peligro que implicaba la prevalencia hegemónica de los Estados Unidos sobre Cuba. Otra, recogida en el Manifiesto de Montecristo, advertía de las horrendas consecuencias de todo prejuicio racial. Y aún

otra, incluida en los principios del Partido Revolucionario Cubano, hacía hincapié en la necesidad de unidad y organización para el combate. Asimismo, Martí había defendido la identidad de intereses de «nuestra América», es decir, la América Latina, idea específicamente incorporada al punto G del Manifiesto del Moncada. Sólo queda, pues, admitir que el «ideario de Martí», tan amplio en sus aspectos anticolonialistas y democráticos, podía ser interpretado en el contexto de la Cuba de mediados del presente siglo como un programa de cambio radical<sup>36</sup>.

Mucho más complicadas son las referencias a la Joven Cuba, al ABC Radical y, en menor medida, al Partido del Pueblo Cubano.

Chibás y su Partido del Pueblo Cubano simbolizaban el enfrentamiento con la corrupción gubernamental. En la mentalidad popular no existía la menor asociación entre dicho partido y la ideología socialista, aunque para un buen número de personas aquél representara un aglutinante que se lanzaba a la lucha contra los poderosísimos intereses foráneos y el *status quo* político y económico del país. No obstante, Fidel Castro sin duda tenía claros recuerdos acerca del origen del partido. Cuando era un estudiante de apenas veinte años, había oído hablar a Chibás acerca de la necesidad de un nuevo partido basado en el «nacionalismo, el antiimperialismo, el socialismo, la independencia económica, la libertad política y la justicia social»<sup>37</sup>. Deben haber sido todas estas ideas las que el manifiesto recoge como «revolucionarias» al referirse al Partido Ortodoxo.

La referencia al ABC Radical suena bastante extraña, pues sólo un puñado de cubanos podían tener algún tipo de conocimiento sobre este reducido grupo creado varias generaciones antes. El ABC, mejor conocido por las viejas generaciones, había jugado un papel destructivo y aun contrarrevolucionario en la lucha contra Machado a comienzos de los treinta. Tras la caída de Machado, se desgajó un pequeño grupo del ABC que adoptó el nombre de *ABC Radical* y que iba a elaborar un programa socialista

para Cuba. Ésta debió haber sido la razón para que fuera incluido en el manifiesto la referencia a un grupo virtualmente desconocido.

La mención a la Joven Cuba de Antonio Guiteras quizás sea la más significativa para definir el sistema económico específico para la nueva Cuba revolucionaria. El *Programa de la Joven Cuba*, publicado en octubre de 1934<sup>38</sup>, atacaba explícitamente el control foráneo de la economía cubana por parte de manos extranjeras y postulaba para el país una solución de corte socialista, subrayando la idea de proceder según etapas imprescindibles antes de lograr los objetivos finales. «Al Estado socialista nos acercaremos por sucesivas etapas preparatorias... Perseguimos la certeza histórica, no el forzamiento antihistórico.»

Una vez comprendida la naturaleza de los ejemplos que cita Castro en el Manifiesto del Moncada, las implicaciones reales de los mismos aparecen con toda claridad. Pero, a pesar de estas referencias sumamente explícitas, aunque indirectas, al socialismo, en parte alguna aparece mencionada específicamente la idea o la palabra. El estilo en que estaba redactado el Manifiesto del Moncada era lo bastante amplio como para atraer a todas las clases sociales y, al mismo tiempo, permitir una interpretación flexible de los objetivos socioeconómicos de la Revolución.

Fidel contemplaba el Manifiesto del Moncada y el programa en él contenido «como una parte esencial de la estrategia revolucionaria»<sup>39</sup>. Dados los acontecimientos, pocos pudieron tener conocimiento del Manifiesto. Medio año después del ataque, Castro explicaría que el documento no fue radiodifundido «porque adoptamos el criterio de no tomar las estaciones de radio hasta no tener asegurada la fortaleza para evitar cualquier masacre popular en caso de no tener éxito»<sup>40</sup>.

\*

Si Castro era ya un pensador esencialmente marxista en

la época del Moncada, es lógico que tuviera una especial fe en el proletariado cubano y su papel histórico. Como hemos visto, los hombres que escogió para acompañarle en su histórica misión eran en su mayor parte trabajadores. La preferencia de Castro por los obreros frente a los estudiantes no debe ser menoscambiada, sobre todo teniendo en cuenta que conocía a la perfección al estudiantado y que, por ello, le hubiera resultado muy fácil reclutar entre él sus fuerzas revolucionarias. Que no lo hiciera así es una prueba más de sus perspectivas estratégicas.

Hasta el momento presente, nada se ha dicho acerca de otra significativa decisión tomada entonces por Fidel. Me estoy refiriendo al plan de emergencia preparado en la eventualidad de que fracasara el ataque al Moncada y no consiguieran conquistar a Santiago de Cuba. Es perfectamente sabido que Castro había elaborado un plan de emergencia. En cierta ocasión, dijo:

La verdad es que nosotros siempre tuvimos en mente ensayar primero la sublevación de una región y tratar de mantenerla, y si esa operación no daba resultado, entonces ir a la montaña con todas esas armas e iniciar allí la lucha<sup>41</sup>.

Más Martín, hombre que se uniría a Castro en la Sierra Maestra durante las últimas fases de la guerra de guerrillas, me ofreció la clave de, al menos, parte del plan de emergencia. Más Martín recordaba que, en uno de los campamentos guerrilleros, Castro había mencionado en una conversación casual que, ante la eventualidad de verse forzado a escapar de Santiago de Cuba una vez perpetrado el ataque, había planeado dirigirse junto con todos los hombres que consiguiera reagrupar hasta Charco Redondo, pequeño pueblo minero situado en las estribaciones de la Sierra Maestra, armar allí a los obreros y retirarse con ellos a las montañas para iniciar una prolongada guerra de guerrillas<sup>42</sup>.

La observación de Más Martín me impulsó a buscar información sobre Charco Redondo y todo tipo de conexión que hubiera podido tener Fidel con este lugar. Descubrí que la mina de manganeso de Charco Redondo estaba explotada por la Compañía Guamá, y que exportaba la totalidad de su producción a los Estados Unidos. Se trataba de un lugar universalmente conocido como infierno viviente, y no escaseaban periódicas denuncias acerca de las horribles condiciones de trabajo allí existentes. En 1954, *Bohemia*, la revista de más amplia circulación en Cuba, incluía un reportaje sobre las minas de manganeso: «Estamos en la tumba de los hombres... sin asistencia médica adecuada, sin protección en su labor, sin amparo de ninguna clase». Según el redactor de *Bohemia*: «Charco Redondo es la más cruel de todas las explotaciones del hombre por el hombre»<sup>43</sup>. Señalaba asimismo la preeminencia en Charco Redondo de un «reino de terror», cuya «visión dantesca hace recordar los campos de concentración».

Existen pruebas de que Fidel Castro visitó Charco Redondo, población situada a 15 kilómetros de la carretera general que une Bayamo con Palma Soriano, pequeña ciudad al norte de Santiago de Cuba. Por cuanto me ha sido posible establecer, dicha visita tuvo lugar un día antes de que García Bárcena llevara a cabo su vana marcha sobre el Campamento de Columbia, en abril de 1953.

Castro pasaría el Viernes Santo de 1953 en Palma Soriano, en casa de Oscar Ortega, miembro del Movimiento. Al día siguiente, Castro visitaba la mina de Charco Redondo en compañía de Ortega y Pedro Aguilera, otro de los adheridos al Movimiento<sup>44</sup>. Aguilera, de profesión dentista, tenía consulta abierta en Charco Redondo, mientras que Ortega, obreto que había seguido estudios primarios, le ayudaba a pasar visita. Años más tarde, Aguilera recordaría la visita de Castro a Charco Redondo:

Fidel se impresionó mucho con el estado en que estaban los mineros. Poco faltó para que diera un



Un jovencísimo Castro actuando como dirigente estudiantil en una arenga a sus compañeros en el lugar donde José Martí se viera sometido a trabajos forzados. Corría la primavera de 1947.



Castro en 1947, haciendo frente a un alto oficial de policía mientras le observan algunos de sus compañeros.



El 3 de noviembre de 1947, Castro trasladó la “Campana de la Libertad” hasta La Habana. Su idea era repicar la famosa campana en el curso de una asamblea de masas y pedir allí la renuncia del presidente Grau San Martín, a quien acusaba de corrupción.



Fidel en las calles de Bogotá, Colombia, después de haber tomado parte en los disturbios civiles acaecidos en dicha ciudad en abril de 1948. Castro viste una chaqueta de piel.



Tras ser arrestado por haber dirigido el asalto al cuartel Moncada, lo que le mantuvo temporalmente apartado de sus actividades revolucionarias.



Melba Hernández y Haydée Santamaría con Fidel, después de abandonar la prisión en mayo de 1955. Ambas mujeres habían participado en el ataque al cuartel Moncada y fueron sentenciadas a prisión, que abandonaron unos meses antes que Castro.



Fidel fotografiado en los Separados de Emigración "Miguel Schulz", Ciudad México, en julio de 1956.



Fidel en la conferencia de prensa ofrecida en un hotel local el mismo día en que dejaba la prisión de la Isla de los Pinos. A la izquierda, con corbata, Jesús Montané, uno de sus más íntimos colaboradores. Montané, que también cumplió una sentencia de cárcel por haber participado en los hechos del Moncada, se uniría a Fidel más tarde para participar en la expedición del *Granma*. Fotografía tomada en mayo de 1955.



Fidel descansa en Miami, en casa de Félix Elmusa (centro). El que fuma el puro es Juan Manuel Márquez, que se convertiría en segundo comandante a bordo del *Granma* y hallaría la muerte en el primer combate. Elmusa también se unió a Fidel y fue muerto durante la guerra de guerrillas.



Fidel leyendo en casa de su hermana Lidia, en La Habana, un día después de haber abandonado la prisión, en mayo de 1955.



Un pensativo Fidel en vísperas de la victoria (aproximadamente 1 de enero de 1959). Fidel, en las afueras de Santiago de Cuba, exige la rendición incondicional de la ciudad a un oficial de Batista. Celia Sánchez (centro) observa como se hace la historia.



Fidel durante la rueda de prensa ofrecida en mayo de 1975, durante la visita a Cuba del senador norteamericano George McGovern. De izquierda a derecha: Barbara Walters, Fidel, Lionel Martin (con barba), Frank Reynolds, de ABC (con gafas y corbata rayada), y Ed Rabel, de la CBS.

mitin allí... Empezaron a reunirse obreros y él a preguntar e indagar... sus medios de vida, cuál era el motivo de la enfermedad y toda una serie de cosas<sup>45</sup>.

Tras su visita a la mina, Castro dio órdenes al grupo de Palma Soriano para que consiguiera establecer una sólida organización en esta región cubana. Aguilera escribe: «Reforzamos las actividades en las minas, y [Fidel] nos conminó a captar allí el mayor número de compañeros»<sup>46</sup>.

La decisión de tomar la ciudad de Bayamo mientras se estaba atacando el cuartel Moncada en Santiago de Cuba tenía dos propósitos. El primero, evitar la llegada de refuerzos de Santiago. El segundo estaba relacionado con el plan de emergencia, a saber, permitir la retirada de Castro y sus hombres a Charco Redondo en caso de que fuera necesario abandonar Santiago.

El hecho de que Castro planeara retirarse a Charco Redondo y reclutar allí mineros explotados para una ulterior guerra de guerrillas, constituye una prueba adicional de la influencia que ejercía sobre su pensamiento la teoría y la práctica socialista, ya en tiempos del Moncada. Una vez más queda de manifiesto que Castro entendía que la revolución en marcha debía ser efectuada por los desposeídos de Cuba y en defensa de los intereses de esta clase.

\*

El 26 de julio fue el día escogido para llevar a cabo el audaz ataque al cuartel Moncada. Era el domingo de Santa Ana y el carnaval anual estaría en plena ebullición, permitiendo así pasar desapercibidos a un amplio grupo de jóvenes forasteros. Por idéntica razón, cincuenta y ocho años antes, Juan Gualberto Gómez, hombre de color que actuaba como delegado de José Martí en Cuba, había escogido el domingo de carnaval para iniciar la última fase de la guerra contra España<sup>47</sup>.

Pocos eran los miembros del Movimiento que conocían en detalle el plan de ataque. Haydée Santamaría declara que sólo eran cinco: Fidel Castro, Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitart y Pedro Miret, todos ellos miembros del comité militar del Movimiento<sup>48</sup>.

Fidel pasó el 24 de julio en La Habana, preparando la marcha de su ejército hacia Santiago. Sus miembros viajaban en pequeños grupos, trasladándose en automóvil, autobús o tren. Tanto en Santiago como en Bayamo se habían localizado alojamientos previamente. En Siboney, en las afueras de Santiago, se había alquilado una casa aislada como «granja avícola» con objeto de que se convirtiera en cuartel general. La casa de Melba Hernández en La Habana era utilizada como centro de suministros. Alrededor del 24, mientras que Castro estaba reunido con los responsables de las células del Movimiento, fueron embarcados allí, con destino a la provincia de Oriente, cajas llenas de uniformes militares. A las dos de la madrugada del 25 de julio, Castro y otro miembro del Movimiento abandonaron la casa de Melba con algunos estandartes batistianos que debían utilizarse como elementos teatrales en el osado plan de ataque.

Antes de partir para la provincia de Oriente el día 25, se dice que Castro efectuó una audaz visita a las dependencias policiales de investigación para inquirir de forma ostensible información acerca de uno de sus clientes<sup>49</sup>. El motivo real de su visita era indagar si en círculos policiales se albergaba la menor sospecha de cuanto se estaba preparando. Se percató de que no parecían tener la menor idea del inminente ataque armado al cuartel que proyectaba el Movimiento. En la madrugada del 26 de julio, Fidel llegó a la granja de Siboney, donde se hallaban ya reunidos 130 hombres y 2 mujeres. Castro les expuso el plan de ataque al cuartel Moncada. Diez hombres decidieron retirarse entonces de la aventura: cuatro estudiantes universitarios, cinco miembros de la célula de La Habana y un radiotécnico<sup>50</sup>.

El Moncada era una ciudadela de altos muros con una

guarnición normal de 400 hombres<sup>51</sup>. Las fuerzas de ataque habían sido divididas en tres grupos. Fueron escogidas 24 personas para ocupar el hospital local, desde donde se podía controlar una de las puertas de acceso al acuartelamiento. Otros 6 hombres debían hacerse fuertes en la azotea del juzgado, desde donde podía ser cubierta la ametralladora calibre 50 ubicada en la azotea del Moncada. Otros 8 debían tomar por asalto el puesto de vigilancia n.<sup>o</sup> 3 y así dejar expedito el camino para la penetración en la ciudadela al grupo de 84 hombres capitaneados por Castro.

El éxito dependía básicamente de la sorpresa, de que el comando atacante pudiera hacerse con la situación sin disparar ni un tiro. Los sectores estratégicos de la base militar debían ser ocupados antes de que el enemigo pudiera preparar una defensa eficaz de los mismos. Los rifles del calibre 22 de que disponían los atacantes no podrían competir con el armamento de los soldados en caso de llegarse a una batalla abierta y frontal.

Las dos mujeres de la expedición, Melba Hernández y Haydée Santamaría, habían sido incluidas en las fuerzas de ataque sólo tras sus insistentes demandas. Se les asignaron tareas de enfermería y fueron destinadas al grupo encargado de ocupar el hospital<sup>52</sup>.

A causa de una serie de acontecimientos imprevistos, se perdió la decisiva necesidad de sorpresa, comprometiendo con ello las posibilidades de éxito. El ataque se convirtió en una batalla defensiva condenada al fracaso. Después de dos horas de un intercambio de fuego posicional, Castro ordenó la retirada. El comando encargado de ocupar el juzgado, que había ejecutado con éxito la operación, se vio obligado a abandonarlo. El grupo que había invadido el hospital local no recibió la menor noticia de la retirada, y cuando se percató por fin de la situación, ya era demasiado tarde para intentar escapar. La operación militar de Bayamo fue asimismo desastrosa; un ataque de diez minutos de duración terminaría con la retirada del grupo revolucionario<sup>53</sup>.

El plan, preparado a lo largo de meses para que fuera el comienzo de una guerra revolucionaria, se convirtió en pocas horas en derrota y fuga desordenada. Las gentes de Santiago que oyeron el tiroteo no supieron de su auténtico significado. No pocos creyeron que se trataba de una batalla entre soldados de Batista, pues ése era el uniforme que vestían los hombres al mando de Castro.

Las consecuencias ulteriores al ataque fueron mucho más sangrientas que las derivadas de la propia lucha. En el Moncada murieron ocho de los hombres de Fidel y dieciséis soldados. En Bayamo, sólo murió un soldado en la batalla. Pero el balance final para el Movimiento fue infinitamente más desastroso. Acabaron perdiendo la vida 61 de sus miembros<sup>54</sup>, lo que nos da una medida de la sangrienta represión ejercida por las fuerzas armadas de Batista contra los prisioneros durante los tres días que siguieron a la batalla.

Sólo tras haberse producido una amplia y general protesta pública en Santiago, se vio obligado el coronel Río Chaviano anunciar que serían respetadas las vidas de los prisioneros. El arzobispo Pérez Serantes pidió permiso para entrar en las zonas donde se ocultaban los fugitivos, a fin de salvaguardar sus vidas<sup>55</sup>. Finalmente fueron 32 los revolucionarios que se rindieron tras sus gestiones mediadoras.

La captura de Castro se produjo el día primero de agosto. Durante cinco días había vagado por las montañas cerca de Santiago en compañía de un pequeño grupo de seguidores. Exhaustos a causa de su ajetreada fuga, fueron sorprendidos por una patrulla de guardias rurales mientras dormían.



Castro había dado a sus hombres la orden de regresar a Siboney en la eventualidad de que fracasara el ataque de Santiago, para desde allí dirigirse hacia la Sierra Maestra con

objeto de continuar la lucha<sup>56</sup>. Sin embargo, uno de los integrantes del grupo atacante afirma que Castro, al abandonar el Moncada, decidió llevarse un grupo de hombres a El Caney para atacar los cuarteles de la policía en dicha población<sup>57</sup>. Según esta versión, el conductor erró al tomar el atajo que les hubiera llevado a su destino por la Avenida Garzón en Santiago, cogiendo por el contrario la carretera hacia Siboney. Una vez en ésta, ya no había posibilidad de dar vuelta atrás, pues por entonces ya habían sido alertados los vehículos policiales.

El Caney se halla en la ruta que une Santiago y Palma Soriano, ramal que desemboca en la ruta principal que comunica aquella población con Charco Redondo. Una victoria del grupo destacado en Bayamo le hubiera permitido a Castro alcanzar Charco Redondo sin gran interferencia por parte de las fuerzas de Batista. En tal supuesto, hubiera podido intentar la obtención de refuerzos entre los obreros y dirigirse entonces hacia la cercana Sierra Maestra.

Pero, al encaminarse hacia Siboney, los hombres de Castro quedaban en una situación mucho más crítica. Siboney era atravesada por una sola carretera. En una dirección se llegaba a Santiago, y en la otra a La Gran Piedra, la cumbre más elevada de los contornos. Alcanzar la Sierra Maestra a pie hubiera llevado días, o quizás semanas. Castro indicó años más tarde que tenía en mente la posibilidad de conseguir un barco para llevar a sus hombres a lo largo de la costa para alcanzar las estribaciones de la Sierra Maestra.

De los cuarenta hombres que llegaron a Siboney, diecisiete decidieron seguir a Castro en su marcha a pie hacia La Gran Piedra<sup>58</sup>. Durante los días siguientes vagaron por terreno desconocido. Fueron auxiliados de forma muy especial por una mujer negra que curó a uno de los heridos y pidió a su nieto que guiara al resto del grupo<sup>59</sup>. Un granjero les ofreció un verdadero banquete de carne de cerdo y malanga. Castro le dejó su pistola cromada<sup>60</sup> y, medio en serio medio en broma, le dijo que la usara cuando el

propietario de la hacienda viniera a recaudar sus beneficios o a echarle de las tierras. En otra cabaña, la de Feliciano Heredia, obtuvieron también comida, y fue allí donde Castro consignó captar en una radio portátil una alocución pronunciada por el propio Batista. El dictador tronaba por el ataque al cuartel Moncada, acusando del mismo a «millonarios que permanecían apoltronados en dinero mientras proclamaban la revolución... compraban armas en el extranjero... y dejaban tras de sí un reguero de sangre, pero no la suya». Los blancos de su acusación eran evidentes: Prío y Aureliano. No obstante, Batista también apuntaba hacia otros objetivos. Afirmaba que sus soldados habían encontrado en Siboney «documentos comunistas, propaganda soviética y libros de Lenin»<sup>61</sup>.

Castro fue capturado el 1 de agosto por un escuadrón de la guardia rural al mando del teniente Pedro Sarría, hombre de color. Entre los seguidores de Castro que cayeron junto a él se hallaban Armando Mestre y Juan Almeida, asimismo negros. Según un relato del propio Sarría, varios de sus soldados negros se mostraron consternados al ver a otras gentes de su color en tan peligrosa situación y les espetaron: «Y ustedes, ¿qué hacen aquí con estos blancos? Ustedes son negros. ¿Qué van a ganar ustedes? Miren lo que han ganado. Ahora están amarrados junto a ellos»<sup>62</sup>.

Sarría había ordenado: «Silencio. ¡Quietos, no me hagan eso! Ni una palabra en detrimento de la opinión de nadie»<sup>63</sup>.

El camión que llevaba los prisioneros fue detenido por el comandante Andrés Pérez Chaumont. A pesar de las amenazas, Sarría se negó a entregarlos, y sólo lo hizo a la policía de Santiago en presencia de reporteros.

Posteriormente Sarría fue arrestado, juzgado por insubordinación y condenado. Tres meses antes de la huída de Batista, Sarría había sido autorizado a abandonar la cárcel, pero se hallaba aún bajo arresto domiciliario. Después del triunfo de la Revolución se convertiría en ayudante militar del presidente de Cuba. Cuando murió, en 1972, Fidel Castro asistió a su funeral.

# TERCERA PARTE

## GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN

*¡Con cuánto gusto revolucionaría a este país de punta a cabo!*

FIDEL CASTRO, carta desde la prisión,  
15 de abril de 1954.

*Yo sabía qué era la meta final. Mi programa era como la antesala a la revolución socialista. Para llegar al tercer piso, tiene que empezar por el primero.*

FIDEL CASTRO al autor, comentando el programa del Moncada. 20 de junio de 1975.



# 7

## «La Historia me absolverá»

El 21 de setiembre, casi dos meses después del ataque al cuartel Moncada, se abrió el juicio de la causa n.º 37 en el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba. Los acusados alcanzaban más del centenar<sup>1</sup>.

El punto álgido del primer día de sesiones lo constituyó el testimonio de Fidel Castro. Durante las dos horas que permaneció en el estrado admitió francamente su participación en los sucesos del Moncada y explicó los motivos que le impulsaron a organizar el ataque. Negó haber recibido apoyo de ningún partido político ni de ningún político profesional, y se mofó de la idea de que el ex presidente Prío hubiera sido el «autor intelectual» del ataque. En una frase que desde entonces se convertiría en famosa declaraba: «El único autor intelectual del asalto al Moncada es José Martí, el Apóstol de nuestra independencia»<sup>2</sup>.

Cuando estaba a punto de finalizar la primera sesión, Castro pidió y obtuvo del tribunal permiso para actuar como defensor de sí mismo. Al día siguiente utilizaría los poderes recibidos de forma devastadora. Mostró una pericia extraordinaria al elegir las pruebas sobre la persecución de testigos, torturas y asesinatos cometidos por el ejército tras el ataque al Moncada. Por cuanto se desprende de las repercusiones,

se mostró incluso demasiado hábil. Cuando a comienzos de la tercera sesión, la del 26 de setiembre, fueron llamados al tribunal los encartados, Castro no se hallaba entre ellos.

Los jueces fueron informados que Castro se hallaba indisposto y por tanto no podía asistir a la vista. Raúl Castro, uno de los defendidos, tronó: «¡Fidel no está enfermo!». Poco después, Melba Hernández, asimismo prisionera, mostró al tribunal una carta que había conseguido sacar de la prisión de Boniato. En ella, Castro negaba que estuviera afectada su salud, afirmando que existía un plan para asesinarle, al tiempo que pedía al tribunal la visita de un médico para que le examinara.

Esa misma tarde, los tres jueces del Tribunal de urgencia visitaron a Castro en Boniato. Antes de marcharse firmaron una declaración jurada en la que hacían constar que Fidel estaba en «buen estado de salud y manifiesta absoluta serenidad»<sup>3</sup>. A pesar de esto, el director de la prisión se negó a permitir que Castro asistiera a las ulteriores sesiones de la vista en la sala de juicios, «por estar sometido a un tratamiento de los médicos de este penal»<sup>4</sup>.

El juicio prosiguió con la ausencia de Fidel y dos de sus camaradas heridos. Al alcanzarse la décima sesión, el 5 de octubre, todos aquellos que negaban su culpabilidad fueron absueltos<sup>5</sup>. Al día siguiente, veintisiete hombres y dos mujeres, todos los que habían admitido su participación en el asalto al Moncada, fueron declarados culpables. Tres, entre los que se incluía Raúl Castro, fueron sentenciados a trece años de presidio; otros tres, obtuvieron sentencias de tres años; las dos mujeres, Haydée Santamaría y Melba Hernández, fueron sentenciadas a siete meses de encierro en el reformatorio para mujeres de Guanajay.

El juicio a Castro, junto con el de otro acusado herido, se realizó el 16 de octubre en la sala de enfermeras del hospital local. En su interrogatorio al mayor Andrés Pérez, Castro le preguntó cómo era posible que, en tres supuestos enfrentamientos con insurgentes acaecidos después del asal-

to al Moncada, el ejército hubiera matado a dieciocho hombres sin perder por su parte a ninguno. «¿Usaban acaso ustedes armas atómicas?»<sup>6</sup>.

Ese mismo día Castro fue sentenciado a quince años de cárcel. Pero la fecha es históricamente memorable por su largo discurso de defensa, que ha llegado a convertirse en un clásico de la literatura revolucionaria. Así concluía su alocución: «Condenadme, no importa; la Historia me absolverá».

\*

Varios son los críticos que han acusado a Castro de haber traicionado ulteriormente los objetivos liberales que recogía en su histórica defensa judicial. El futuro radicalismo de Castro, su perspectiva comunista, argumentan, no se hallaba en modo alguno anticipada en el vehemente discurso que pronunciaría ante el tribunal improvisado en Santiago. Por ejemplo, Theodore Draper, clasifica el discurso de «poco más que una antología de males y remedios familiares, tan característicos a lo largo de toda la política cubana»<sup>7</sup>. Por su parte, el propio Castro nunca ha sostenido que el marco ideológico de «La Historia me absolverá» fuera socialista o comunista. Se ha limitado a afirmar que se trataba de un «programa avanzado, progresista»<sup>8</sup>.

Para sostener la tesis de que los ideales proyectados por Castro eran esencialmente moderados, la crítica toma como eje de su argumentación la defensa por aquél de un retorno a la constitución de 1940. Ya he demostrado antes que dicha constitución era extremadamente progresista, y que una interpretación laxa de la misma dejaba el camino expedito a una transformación fundamental de la sociedad cubana. Por otro lado, más importante aún, el tema de la restauración constitucional era simplemente la parte visible de una filosofía mucho más radical que subyace en todo su discurso de defensa.

Sería muy difícil imaginarnos un Castro que idolatrara

la constitución de 1940. Había madurado políticamente en su marco y sabía muy bien cómo podía utilizarse tal constitución en interés de los ticos y corruptos. Obviamente no tenía el menor interés en que las cosas volvieran por el camino que siguieron durante las administraciones de Grau y Prío. El régimen de Batista era la expresión suprema de un gobierno antipopular, pero los regímenes anteriores, que habían gobernado *bajo* la constitución alegada, también habían caído en abusos. Decía Castro en «La Historia me absolverá»: «Si en el régimen anterior había politiquería, robo, pillaje y falta de respeto a la vida humana, el régimen actual ha multiplicado por cinco la politiquería, ha multiplicado por diez el pillaje y ha multiplicado por cien la falta de respeto a la vida humana»<sup>9</sup>.

En sus intentos de legitimizar un cambio de estructuras radical, Castro deja de lado el tema de la constitucionalidad y busca respuestas en los textos de filosofía política. Fundamenta el derecho a la rebelión contra gobiernos tiránicos en generaciones de teóricos antifeudales y burgueses como John Salisbury, Francisco Hotman, John Knox, John Locke, Jean Jacques Rousseau y Thomas Paine, así como en documentos tales como la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la Declaración de los Derechos del Hombre de Francia.

«Admito y creo que la revolución sea fuente de derecho»<sup>10</sup>. Esta misma doctrina es la que había expuesto en su pleito contra Batista poco después de que éste se alzara militarmente. Entonces había definido la esencia de la revolución en términos negativos: «Sin una concepción nueva del estado, de la sociedad y del ordenamiento jurídico, basados en hondos principios históricos y filosóficos, no habrá revolución generadora de derecho». Castro afirmaba con claridad meridiana que sólo una profunda mutación social genera una auténtica revolución, genera su propia legitimidad.

Para Castro, la constitución no era algo sacro. Cuando habla de reinstaurarla como ley suprema del país

añade, de forma harto significativa, «en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla»<sup>12</sup>. Pero, tras la victoria, «el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes... facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar»<sup>13</sup>. Acto seguido afirma sin doblez que «un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia»<sup>14</sup>. Ésta sería exactamente la línea seguida tras el triunfo de la Revolución en 1959.

Si el interés primordial de Castro hubiera residido en un retorno a las condiciones prebatistianas, no hubiera necesitado en modo alguno proyectar en «La Historia me absolverá» una dictadura popular revolucionaria. Sin duda alguna, su defensa legal hubiera sido mucho más fácil de aceptar por las otras fuerzas antibatistianas si se hubiera limitado a abogar por el retorno al *statu quo ante*, la restauración del depuesto Prío y el retorno al sistema tradicional de partidos políticos. Precisamente es ahí, en el tema del poder estatal y su asunción por parte de las fuerzas revolucionarias, donde puede discernirse la influencia del marxismo en el pensamiento de Castro. Evidentemente sentía la necesidad de garantizar, mediante una futura dictadura revolucionaria, los necesarios procesos de cambio.

\*

En «La Historia me absolverá» Castro adelanta un programa limitado de las reformas, programa que hubiera tenido como respuesta una colisión frontal con la élite cubana en el poder y los inversionistas norteamericanos. Al extender el pleno derecho de los campesinos a ser propietarios de toda finca de menos de 5 caballerías (67 hectáreas) trabajada por ellos, hubiese quedado eliminada la aparcería, la forma más común de tenencia y trabajo de la tierra en

Cuba y base de las relaciones semifeudales imperantes en su campo. Cuando se aseguraba a los trabajadores de todas las grandes empresas una participación en sus beneficios del orden del 30 %, y a los colonos azucareros el 55 % de los beneficios obtenidos en la venta de la caña, se estaba abriendo un claro conflicto con los intereses de los capitalistas autóctonos y extranjeros. Una ley de confiscación de todas las propiedades estatales adquiridas fraudulentamente durante administraciones precedentes, permitía una amplia interpretación que pudiera haber afectado grandes extensiones de tierra que estaban en poder de negociantes cubanos y norteamericanos. Grau, Prío o Agramonte jamás habían propuesto cambios tan radicales<sup>14</sup>.

Pero este programa de *aplicación inmediata* era sólo la parte visible del tempano de hielo. Constituye sólo el primer estadio de una profundísima reforma revolucionaria. En «La Historia me absolverá» Castro señala que, una vez alcanzados estos objetivos inmediatos y sancionados por la ley, serían estudiados e implantados otros cambios más profundos, entre los que se incluían la reforma agraria y educativa y la nacionalización de los monopolios eléctrico y telefónico, ambos en manos norteamericanas<sup>15</sup>.

No se entraba en detalles acerca de la necesaria reforma agraria, pero Castro no dejaba de notar que «más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas están en manos extranjeras», poniendo como ejemplo concreto el de la United Fruit Company<sup>16</sup>. Así pues, es lógico suponer que la reforma que tenía *in mente* presuponía la eliminación de los enormes latifundios en manos de cubanos y norteamericanos acomodados.

La nacionalización de las compañías eléctrica y telefónica hubiera sido vista como el comienzo de un amplísimo programa de nacionalizaciones. Castro declara explícitamente en «La Historia me absolverá» que compete «al Estado emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia

decorosa»<sup>17</sup>. En el contexto de una dictadura revolucionaria, la expresión clave *todos los medios que estén a su alcance* podía sin duda alguna significar un amplio programa de nacionalizaciones, destinado a resolver el problema del paro forzoso en Cuba.

Que Castro insinúa en «La Historia me absolverá» ideas socialistas puede derivarse de su desdeñosa actitud hacia aquellos que se pasan «la vida farfullando sandeces sobre la libertad absoluta de empresa, garantías al capital de inversión y la ley de la oferta y la demanda»<sup>18</sup>.

Según Castro: «El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no puede seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondicionado diez o doce magnates»<sup>19</sup>. El alegato autodefensivo de Castro era una punzante condena a todo el sistema socioeconómico cubano en bloque. Castro habla de la gran carga social del paro, de la tragedia en el campo de la vivienda, de la ausencia de una política de salud pública, de la misera condición de los campesinos y de la omnipotencia de los más grandes terratenientes.

Es justo inferir que Castro entendía que la corrección de este conjunto de males requeriría imprescindiblemente de drásticos cambios en las estructuras del poder, a través de una abierta lucha de clases. Esta lucha opondría al *pueblo* contra las élites políticas y económicas. ¿Qué entendía Castro por *pueblo*?

«Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los *seiscientos mil* cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los *quinientos mil* obreros del campo que habitan en los boliños miserables..., a los *cuatrocientos mil* obreros industriales y braceros..., a los *cien mil* agricultores pequeños que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya»<sup>20</sup>.

La intención de Castro era poner en marcha un proceso revolucionario irreversible. La Revolución debía convertirse

en manantial del que derivara la legalidad. La legislación promulgada por el gobierno revolucionario no podía ser tachada de anticonstitucional, pues, en opinión de Castro, «los pueblos, cuando alcanzan las conquistas que han estado anhelando durante varias generaciones, no hay fuerza en el mundo capaz de arrebatárselas»<sup>21</sup>. Quizás hallemos en esta formulación la clave de la estrategia delineada por Castro para llevar a cabo tan profundos cambios sociales, su íntima seguridad en la fuerza del pueblo impulsado por un movimiento revolucionario.

«La Historia me absolverá» plantea un programa y una filosofía políticas que llegan a las raíces de los privilegios de clase dentro de la sociedad cubana. En este sentido, como comentaría Castro más tarde, el alegato contenía «el germen de todo el desarrollo ulterior de la Revolución»<sup>22</sup>.

¿Por qué Castro no se mostraba más explícito en la defensa de sus objetivos? Porque, de hacerlo, respondió en cierta ocasión, «apenas habría podido conquistar a nadie»<sup>23</sup>. El programa estaba delineado para unir al pueblo cubano contra su enemigo inmediato, Batista.

«Fue escrito con el cuidado suficiente para exponer una serie de puntos fundamentales, evitando, al mismo tiempo, hacer planteamientos que pudieran dar lugar a que el campo de acción nuestro dentro de la Revolución quedara limitado, que hiciera que el movimiento que nosotros creíamos que podía llevar al derrocamiento de Batista se quedara muy reducido y muy limitado. Es decir, que había que tratar de que ese movimiento fuera lo más amplio posible»<sup>24</sup>.

Castro ha señalado que el programa presentaba «la máxima aspiración que en esa época y dentro de las condiciones objetivas y subjetivas podíamos plantear». Sin embargo, añade, «nosotros sí éramos socialistas, nosotros sí habíamos tenido oportunidad de estudiar las obras fundamentales de Marx, de Engels y de Lenin»<sup>25</sup>.

Los escépticos se niegan a creer que Castro haya podido ser tan astuto como para ocultar tan cuidadosamente sus más profundas aspiraciones acerca de la Revolución cu-

bana. No obstante, un estudio en detalle de «La Historia me absolverá» muestra, más allá de toda duda, que Castro tenía en el pensamiento una revolución que iba mucho más lejos de «los remedios familiares..., tan característicos a lo largo de toda la política cubana».

\*

Las credenciales revolucionarias de Castro han sido impugnadas por algunos de sus críticos, quienes alegan que se mostraba completamente insensible ante la «cuestión negra». Cierto escritor afirma erróneamente que, antes de 1953, Fidel Castro «aún no había dicho nada sobre el problema de los negros en Cuba»<sup>26</sup>. Ya he probado con anterioridad la falta de fundamento de tal afirmación, mostrando entonces que Castro había sido miembro activo del Comité contra la Discriminación Racial en la universidad y que había hablado contra el racismo.

Este mismo escritor afirma que «uno podría haber leído "La Historia me absolverá" sin enterarse de que en Cuba hubiera negros»<sup>27</sup>, y que «Castro nunca menciona la cuestión racial en sus discursos o programas antes de la Revolución»<sup>28</sup>.

En «La Historia me absolverá» Castro no hace mención explícita de la discriminación racial en Cuba. Cierto. Pero también lo es que efectuó una acerba referencia al tema tras el asalto al Moncada tres semanas antes de pronunciar su alegato final. Sucedió durante su primera aparición ante el tribunal, al hablar de Antonio Maceo, el general negro héroe de las luchas por la independencia cubana<sup>29</sup>.

FISCAL: Dígame, joven. ¿Con qué prestigio político contaba usted para creer que un pueblo entero se le sumaría, a más un pueblo tan descreído y tantas veces engañado como el de Cuba?

FIDEL CASTRO: ...Con el mismo prestigio que con-

taba el mulato arriero Antonio Maceo cuando se alzó en la manigua redentora. Entonces no era el Maceo de la Protesta de Baraguá, ni el Maceo de la Invasión, ni el Maceo que supo predecir que era peligroso contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso, refitiéndose a los Estados Unidos de Norteamérica. En aquellos primeros años de lucha Maceo no era conocido, así que no tenía ese prestigio a que usted se refiere y que sin duda tiene su figura, aunque muchas veces la historia ha tratado de empequeñecerlo un poco porque era negro, y lo presentaban sólo como un guerrero, cuando además de guerrero y estratega militar era un estadista, un hombre que se había superado extraordinariamente y cuyo civismo despertaba el respeto y admiración hasta de sus enemigos. Pero Maceo era un arriero y un negro, y a un arriero negro se le escatima el puesto real que merece en la historia de su Patria por sus méritos indiscutibles<sup>30</sup>.

La pregunta del fiscal nada tenía que ver con el problema de los prejuicios raciales en Cuba. Se limitaba a pedir «¿Con qué prestigio político contaba usted?». Pero Castro decide responder tomando como ejemplo el caso de Maceo. Incluso así, hubiese podido invocar la memoria de Maceo sin hacer la menor referencia al color de su piel, contemplándolo como un hombre del pueblo que había comenzado sin el menor prestigio y que se lo había ganado sobradamente en el curso de la lucha por la independencia cubana. Pero, en lugar de comportarse así, Castro sacó a relucir el problema de los prejuicios raciales, claro indicativo de su auténtico pensamiento en este tema.

Es asimismo significativo que la herencia ideológica de Maceo recalada por Castro fuera su advertencia frente a «vecino tan poderoso..., los Estados Unidos de Norteamérica», con lo que una vez más quedan de manifiesto las ideas de Castro sobre el imperialismo norteamericano<sup>31</sup>.

Uno de los seguidores de Castro, Juan Almeida, era, como Maceo, negro y sin gran educación académica. El mismo ensayista que tan erróneamente critica la ceguera de Castro ante el problema negro, llama a Almeida una persona «de intelecto limitado pero leal a Castro como jefe, y deseaba seguirle adonde fuera y en las circunstancias que fuera»<sup>32</sup>. Este mismo Almeida combatió junto a Castro en el Moncada y, posteriormente, durante la guerra de guerrillas, se convertiría en comandante, el grado máximo dentro del ejército rebelde. Después de la Revolución ha ocupado una serie de cargos vitales tanto en el ejército como en el gobierno<sup>33</sup>. La «limitada inteligencia» de Almeida quedó plenamente demostrada en el turno de contrapreguntas del juicio por los hechos del Moncada:

FISCAL: Alguien tuvo que convencerle a usted a que viniera a asaltar el cuartel.

J. ALMEIDA: No señor, nadie tuvo que convencerme. Vine solito, inspirado en mis propias ideas...

Yo declaro bajo juramento que participé en el asalto al cuartel de Moncada y que nadie me indujo... a no ser mis propias ideas, que coinciden con las del compañero Fidel Castro y que, en el caso mío, vienen de lecturas de obras de Martí y de las historias de nuestros mambises. Y creo que en el caso de Fidel también, aunque él tuvo la oportunidad de ir a la universidad y tiene mayores conocimientos de todas estas cosas.

FISCAL: ¿Usted daba órdenes o las recibía?

J. ALMEIDA: Las recibía. No tuve el honor de darlas.

FISCAL: Pero seguramente hubiera querido que triunfara esa Revolución para dar órdenes...

J. ALMEIDA: Ésa no era mi aspiración. Yo quería o quiero que triunfe la Revolución para que sea el pueblo el que dé las órdenes, porque hasta ahora, otras personas han dado las órdenes y las cosas no

han marchado bien. Así que tiene que llegar el momento en que sea el pueblo el que dé las órdenes, el que mande<sup>34</sup>.

¿Cómo explicar la ausencia de toda referencia explícita al racismo en «La Historia me absolverá»? Posiblemente Castro creía innecesario hacer hincapié en el tema de la raza, dadas las circunstancias cubanas del momento. Maceo y Martí, símbolos de la unidad entre negros y blancos y mentores intelectuales ambos de Fidel Castro, creían, tanto uno como otro, que antes que negra o blanca la lucha era cubana. Maceo había señalado que «la bandera de Cuba es la de todos los cubanos; agrupados, pues, bajo ella»<sup>35</sup>. Por su parte, Martí declaraba que «cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro»<sup>36</sup>.

Castro no hablaba sobre el blanco, el mulato o el negro, pero sí sobre *el pueblo cubano*. Cierto es que los negros formaban una parte importante de las «irredentas masas» por las que clamaba en «La Historia me absolverá». No obstante, como Maceo y Martí antes que él, seguramente contemplaba Cuba como una nación cuya mayoría, sin distinción de razas, compartía un común destino de pobreza, gobiernos corruptos, opresión y dominación extranjera, en razón de las cuales precisaba de unos objetivos comunes<sup>37</sup>.

\*

En el inventario de efectos confiscados por el ejército en Siboney, el capitán M. E. Aguilera incluía «el primer volumen de las *Obras escogidas* del dictador comunista Lenin»<sup>38</sup>. El descubrimiento del volumen, con la firma de Abel Santamatía en la guarda del libro, fue ampliamente divulgado, usándolo el gobierno como prueba decisiva de la implicación comunista en el asalto al cuartel Moncada.

El gobierno de Batista había sabido utilizar el asalto al Moncada para proceder de inmediato al cierre del periódico

dico comunista Hoy, «por complicidad... en el sangriento y criminal asalto de Santiago de Cuba»<sup>39</sup>.

La situación de los comunistas se vio perjudicada por una coincidencia. Durante aquellos días, un amplio contingente de los dirigentes nacionales y locales del Partido Socialista Popular se había reunido en Santiago de Cuba para preparar un mitin-asamblea de ámbito nacional. No obstante, la excusa formal era una celebración pública del aniversario del secretario general del PSP, Blas Roca. Varios de los delegados, incluido Blas Roca, dejaron la ciudad al término de la asamblea, mientras que otros permanecieron en Santiago hasta el día siguiente, que resultaría ser el 26 de julio<sup>40</sup>.

Poco después del asalto, el servicio de inteligencia militar comenzó a detener a los miembros del PSP que permanecían o habían estado en Santiago. Más de una docena, entre los que se incluían Juan Marinello, el presidente del PSP, y Blas Roca, su secretario general, fueron arrestados de inmediato y trasladados sin pérdida de tiempo al vivac en Santiago. Algunos fueron detenidos en La Habana y trasladados a la capital santiaguera. En la causa n.º 37 se vieron incluidos nueve comunistas, que posteriormente serían absueltos<sup>41</sup>.

Durante su encarcelamiento en el vivac, Raúl Castro sugirió a los dirigentes comunistas que organizaran allí un círculo de estudios para los treinta y ocho hombres encerrados en el ala. Una de las discusiones celebradas tomaba como punto de partida la famosa consigna de Martí: «Unidad es la orden del día»<sup>42</sup>.

Los testimonios comunistas eran totalmente veraces al negar cualquier implicación en el ataque al Moncada. Lázaro Peña, el veterano dirigente sindicalista, declaraba: «No tengo responsabilidad alguna en los sucesos, ni relación con los autores». Cuando el fiscal preguntó a Peña: «¿Los pronunciamientos del Partido Socialista Popular van dirigidos a las grandes masas?», éste se limitó a responder: «Exactamente»<sup>43</sup>.

Tras el ataque al Moncada, el PSP hizo pública una declaración repudiando el «método putschista peculiar a todas las facciones políticas burguesas». En dicha declaración se caracteriza el intento de tomar el cuartel Moncada por la fuerza como una muestra de «aventurismo». No deja de reconocerse el heroísmo de los hombres implicados, aunque considerándolo completamente «falso y estéril»<sup>44</sup>.

Dos décadas más tarde, interrogué a Carlos Rafael Rodríguez, líder comunista tanto entonces como ahora, acerca de la actitud del partido en la época de los sucesos del Moncada. El vicepresidente del Consejo de Estado cubano me diría:

Nosotros lo calificamos de putsch. Fidel, después, demostró que no era su criterio un criterio putschista. Él lo ha demostrado y tenía razón, porque Fidel tenía un plan. El plan era, no un asalto a un cuartel, sino el asalto al cuartel para armar a la gente y hacer una insurrección popular. Y tenía un programa político.

Es decir, que no pretendía tomar el poder a través de un golpe. Concebía todo un proceso, pero eso no lo sabíamos nosotros. Eso se supo después, porque Fidel no había hecho explícita su posición. Nosotros no sabíamos nada de la preparación de ella y de su plan de acción: asalto al cuartel, toma de las armas, llamamiento al pueblo, convocatoria para hacer un movimiento de masas, incluso una lucha armada en gran escala, y un llamado al pueblo a luchar por su programa.

Pero en aquel momento lo juzgamos por las características externas y lo calificamos de putsch. Bien entendido que nosotros, desde luego, también dimos una actitud apreciativa sobre la valentía y el heroísmo de los moncadistas<sup>45</sup>.

Aunque el PSP se distanciara teórica y prácticamente de la línea mantenida por los asaltantes del Moncada, sus dirigentes se sintieron impresionados por la audacia e integridad de Castro. Sabían muy bien que el responsable de tal levantamiento, ante la inminencia de una larga condena, podía haber jugado en provecho propio con los sentimientos anticomunistas tan en boga por entonces, y que al hacer más agradable y aceptable su defensa habría conseguido una reducción de la condena. Pero Castro no lo hizo. Ya mucho antes había tomado una postura de principios al atacar al gobierno de Batista y exponer a la luz pública los males del régimen político cubano, presentando al mismo tiempo un programa que el propio PSP no hubiera tenido demasiados reparos en apoyar. Por lo tanto, era perfectamente lógico que los comunistas respetaran a Castro a pesar de sus diferencias en los terrenos táctico y estratégico.

Inmediatamente después de recuperar la libertad, Lázaro Peña diría en La Habana a un dirigente local del partido: «Sabes, este Fidel Castro va a sonar durante mucho tiempo»<sup>46</sup>.

\*

A mediados de octubre, los veintiocho prisioneros masculinos fueron trasladados al Presidio Modelo de Isla de Pinos, situada al sur de la gran isla cubana<sup>47</sup>. Su alojamiento era una sala del hospital de la prisión, larga y muy alta de techumbre.

Casi de inmediato Fidel organizaría una «escuela» —la Abel Santamaría— para la educación general y política de los reclusos. Durante el día se daban clases de matemáticas, gramática e historia, y al anochecer se entablaban discusiones sobre los más variados temas. Las autoridades de la prisión dieron permiso a los reclusos para recibir libros, y al poco tiempo ya habían acumulado una notable colección de textos.

Llegaron a la prisión alrededor de cien libros del pro-

pio Castro, entre ellos varias novelas de Balzac, Anatole France, Gorki y A. J. Cronin (*The stars look down*). También había una historia de las ideas políticas en dos volúmenes y una edición de las obras de José Martí en cuatro. En la biblioteca creada se hallaban trabajos tales como *Economía y sociedad*, de Max Weber, *Libertad, poder y planificación democrática*, de Karl Mannheim; además de una colección de ensayos del famoso marxista peruano Carlos Mariátegui, obras de Lenin y Marx y media docena de libros de José Ingenieros, el escritor argentino<sup>48</sup>.

Jesús Montané, uno de los prisioneros, me ha contado que «era Fidel en persona quien nos adoctrinaba»<sup>49</sup>. Castro pudo constatar cómo el confinamiento se convertía en una proverbial escuela de revolucionarios. En una entusiástica carta escrita desde la prisión dice:

¡Qué escuela tan formidable es esta prisión!  
Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo  
y completo el sentido de mi vida. No sé si será  
largo o si será breve, si será fructífera o si será bal-  
día. Pero sí siento reafirmarse más mi convicción de  
sacrificio y lucha<sup>50</sup>.

Fidel permaneció junto a los otros prisioneros por los hechos del Moncada hasta mediados de abril. Fue separado de ellos tras un incidente: los reclusos cantaron a voz en grito el «Himno del 26 de julio» mientras Fulgencia Batista giraba una visita a la prisión. Como medida de castigo, Castro fue confinado totalmente solo<sup>51</sup>.

Castro se vio profundamente afectado por la forzada soledad en su pequeña celda, situada frente al depósito de cadáveres de la prisión. Tras cuatro meses de aislamiento escribe:

Aquí me paso los días leyendo y dominándome.  
Si alguna paciencia se ha puesto a prueba es la mía;  
hay veces que me paso horas enteras luchando con-

tra el deseo de estallar, declararme en huelga de hambre o no probar un bocado hasta que me saquen de esta celda o me maten <sup>52</sup>.

Poco más tarde escribirá:

Vivo porque creo que tengo deberes que cumplir. En muchos momentos de los terribles que he tenido que sufrir en un año, he pensado cuánto más agradable sería estar muerto. Considero el 26 de Julio muy por encima de mi persona, y en el instante que sepa que no puedo ser útil a la causa por la que tanto he sufrido, me quitaría la vida sin vacilar <sup>53</sup>.

Cuando Castro escribía esta carta ya habían sido impresas y distribuidas por toda Cuba diez mil copias de su «La Historia me absolverá». Desde los primeros días de confinamiento había comenzado a reconstruir su alegato de defensa utilizando como guía su fabulosa memoria y las notas tomadas por una periodista asistente al juicio. Las páginas manuscritas por Castro fueron sacadas de la prisión, primero en dobles fondos de cajas de cerillas, y más tarde transcritas entre líneas de cartas en apariencia triviales, empleando el sistema del jugo de limón como tinta invisible <sup>54</sup>.

«La Historia me absolverá» ofrecía a todo el pueblo de Cuba la verdadera historia de los sucesos del cuartel Moncada, y lo informaba de las ideas revolucionarias de Fidel Castro. Su publicación coincidió con los intentos pergeñados por Batista para modificar su imagen pública, a saber, una legitimación de su presidencia mediante la convocatoria a elecciones para el primer día de noviembre.

Grau San Martín, el veterano dirigente del Partido Auténtico, se autoproclamaba candidato presidencial. Aunque no fuese tal su deseo, lo cierto es que buen número de los mítines de su campaña se convirtieron en demostracio-

nes de masas a favor de un cambio radical. Sus alocuciones se veían interrumpidas con cánticos de «¡Revolución... revolución... revolución!», o con consignas dirigidas contra la represión política y la corrupción.

El 24 de octubre, cuando Grau comenzaba un discurso en Santiago de Cuba, algunas voces de entre la multitud comenzaron a gritar «¡Fidel Castro... Fidel... Fidel Castro!». Las palabras de Grau fueron literalmente ahogadas. Esperó hasta que aminoraron los gritos, para anunciar entonces: «Amigos, mi primer acto de gobierno consistirá en dar la libertad a todos los presos políticos, incluidos los muchachos del Moncada»<sup>55</sup>.

En su solitaria celda de Isla de Pinos, Fidel Castro sintonizaba esa misma noche la retransmisión radiofónica de dicho mitin político. Estaba alborozado por lo que oía, y aquella misma madrugada escribiría:

Estudié detenidamente la multitud desde el punto de vista psicológico, y la reacción que se produjo allí es un fenómeno que no tiene precedentes. ¡Qué lección tan formidable para la alta jerarquía allí reunida!<sup>56</sup>.

Durante el año y medio largo que duró su confinamiento, Castro elaboró la táctica y estrategia de la revolución que esperaba capitanejar. Estudió con todo cuidado los textos políticos e históricos que tenía a mano, y su activamente se enfrentó con los problemas prácticos y teóricos derivados de la organización de un tipo de lucha que consiguiera unir a todo el pueblo cubano a su alrededor. No hay la menor duda de que, al analizar tales problemáticas, su perspectiva general no era otra que la de un materialista histórico. Ello queda plenamente manifestado en cartas que escribiera desde la prisión, mencionando su lectura de las obras de Karl Marx y Vladímir Lenin.

En una carta fechada en 22 de diciembre de 1953, Fidel Castro escribe con cierta gracia, «...inviero menos de trein-

ta segundos en ponerme zapatos, pantalón y camisa. No vuelvo a dormir hasta las 11 de la noche en que me viene el sueño leyendo a Marx o a Rolland...»<sup>57</sup>. Ésta y otras cartas en las que Castro menciona su lectura de obras marxistas son, al parecer, desconocidas por los autores que escriben sobre el líder revolucionario en la década del sesenta y la mayor parte de la setenta. No es sorprendente, pues, que estos autores se equivoquen en su evaluación de Fidel cuando afirman que él no estaba influenciado por el marxismo hasta después del triunfo de la revolución cubana en 1959.

Cuatro meses después de escribir cómo se acostaba con una obra de Marx en la mano, Castro escribe otra carta en la cual dice que ha leído los trabajos sobre la revolución de 1848 y sus consecuencias; el estudio de Víctor Hugo titulado *Napoléon le Petit y El 18 Brumario de Luis Bonaparte de Marx*<sup>58</sup>.

Sus comentarios a ambos textos nos revelan con toda claridad su perspectiva ideológica. Escribe Fidel Castro: «Poniendo estas dos obras una al lado de la otra es como puede apreciarse la enorme diferencia entre una concepción científica, realista de la historia, y una interpretación puramente romántica»<sup>59</sup>.

Con toda sinceridad Castro se identifica a sí mismo con «la concepción científica y realista de la historia» de Marx. ¿Qué ideas sostiene Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*? El texto, en esencia un estudio acerca de la revolución y contrarrevolución en Francia, cuestiona todo el análisis tradicional sobre la democracia burguesa. Marx habla del aparato de Estado, las leyes, la constitución y el «parlamentarismo cretino», concluyendo que «la república burguesa equivale a un despotismo ilimitado de una clase sobre todas las demás».

Según comenta Castro: «Donde Hugo no ve más que un aventurero con suerte, Marx ve el resultado inevitable de las contradicciones sociales y la pugna de intereses pre-valecientes en aquel instante». Y afirma que, para Hugo,

«la historia es azar», mientras que para Marx es «un proceso regido por leyes»<sup>60</sup>.

Sería un gran error no conceder al comentario de Castro toda la importancia que tiene. Castro acepta sin rodeos la concepción que el motor histórico es la lucha de clases y que la historia es «un proceso regido por leyes».

Castro seguía leyendo sus obras marxistas. Despues de leer *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* estudió otros dos trabajos relacionados con éste: *Las guerras civiles en Francia*, de Marx, y *El Estado y la Revolución*, de Lenin<sup>61</sup>. Todos ellos, señala, son textos de «incalculable valor». Hablando de Marx, dice: «...el mismo Marx me parece más fácil que el padrenuestro. Él, como Lenin, poseía un terrible espíritu polémico, y yo aquí me divierto, me río y gozo leyéndolos. Eran implacables y temibles con el enemigo. Dos verdaderos prototipos de revolucionarios»<sup>62</sup>.

Ya conociendo estas cartas escritas por Fidel Castro en el Presidio Modelo, sería difícil negar la influencia del marxismo en el pensamiento del joven Fidel. Aunque sus lecturas del marxismo y sus relaciones con marxistas empezaron mucho antes, durante sus años universitarios, aquí por primera vez, tenemos a Fidel Castro haciendo referencia de su propio puño y letra, a sus estudios marxistas y expresando su gran admiración por sus próceres.

Su propio estudio de la realidad cubana debe haberle enseñado que el camino de la lucha iba a ser largo y complejo. Esto se nos revela en su visión de una Cuba renovada. En otra carta escrita desde la prisión, señala:

¡Con cuánto gusto revolucionaría a este país de punta a cabo! Estoy seguro que pudiera hacerse la felicidad de todos sus habitantes. Estaría dispuesto a ganarme el odio y la mala voluntad de unos cuantos miles, entre ellos algunos parientes, la mitad de mis conocidos, las dos terceras partes de mis compañeros de profesión y las cuatro quintas partes de mis ex compañeros de colegio<sup>63</sup>.

Pocas dudas caben acerca de lo que tenía Castro *in mente*: una revolución socialista. La ausencia de explicitud ha fomentado interpretaciones erróneas de su cabal ideología y proyectos históricos. Cierto día de 1975 la pregunté acerca de su programa del Moncada, y me respondió:

Yo sabía qué era la meta final. Mi programa era como la antesala a la revolución socialista. Para llegar al tercer piso, tiene que empezar por el primero<sup>64</sup>.

Y acto seguido citó de memoria las palabras de José Martí:

Hay cosas que para lograrlas han de andar oculatas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin<sup>65</sup>.

Cuando Fidel terminó de citar a Martí, me apuntó con su largo y fino «puro» y señaló: «Se trata de una carta de Martí a Manuel Mercado, escrita sobre el campo de batalla un día antes de morir. Cuando redacté el programa del Moncada tenía siempre muy presente la advertencia de Martí».

En abril de 1954, pocos días después de haber escrito con qué gozo revolucionaría el país «de punta a cabo», Castro planteó su propia teoría de la discreción en una carta remitida a uno de sus confidentes, Melba Hernández<sup>66</sup>:

No llegar a ningún acuerdo si no sobre bases firmes, claras, de éxito probable y beneficio positivo para Cuba. De lo contrario es preferible marchar solos y mantener Uds. la bandera en alto hasta que salgan estos muchachos formidables que están presos y que se preparan con el mayor esmero para la

lucha. «Saber esperar», dijo Martí, «es el gran secreto del éxito.»

Mucha mano izquierda y sonrisa con todo el mundo. Seguir la misma táctica que se siguió en el juicio: defender nuestros puntos de vista sin levantar ronchas. Habrá después tiempo de sobra para aplastar a todas las cucarachas juntas<sup>67</sup>.

## 8

## Amnistía y exilio

Las cartas escritas por Castro desde la prisión apuntan hacia un objetivo que va mucho más allá del simple derrocamiento de la dictadura de Batista. El objetivo último era una revolución social, y Castro dedicaría todo su solitario tiempo, día y noche, a definir el tipo de movimiento adecuado para llevar a cabo sus fines. Contemplaba a los supervivientes del asalto al cuartel Moncada —*los moncadistas*— como un núcleo de vanguardia a cuyo alrededor debería construirse una organización mucho más amplia. «Debo organizar a los hombres del 26 de Julio y unir en irrompible haz a todos los combatientes... La importancia de tal núcleo humano, perfectamente disciplinado, constituye un valor incalculable a los efectos de la formación de cuadros de lucha para la organización insurreccional o cívica»<sup>1</sup>.

En su organización se impondría una disciplina fértea. Para Castro, nada cabe esperar de «un movimiento que se integre por hombres anárquicos que a la primera discrepancia toman el sendero que estiman más conveniente, desgarrando y destruyendo el vehículo». Castro proyectó un aparato «tan poderoso que destruya implacablemente al que trate de crear tendencias, camarillas, cismas, o alzarse contra el movimiento»<sup>2</sup>.

El disciplinado núcleo de vanguardia debía sumergirse en el ámbito de «un gran movimiento cívico-político». Así pues, era necesario construir una organización que tuviera «la fuerza necesaria para conquistar el poder, lo mismo por vía pacífica como por vía revolucionaria»<sup>7</sup>. Una vez conseguida la victoria, la principal garantía para el control del poder se desprendería del disciplinado núcleo y del movimiento de masas. Estas ideas eran de clara influencia leninista. Para Lenin, el partido era un poderoso y disciplinado aparato apoyado en las masas populares y capaz de conquistar y defender el poder estatal, al tiempo que destruía toda intentona contrarrevolucionaria.

Castro advirtió el peligro de sacrificar cuestiones de principio, pero al mismo tiempo insistía en que «las realidades de la política deben tomarse en consideración, es decir, tener bien puestos los pies sobre la tierra»<sup>8</sup>. Creía necesario «llevar a las masas un mensaje verdaderamente nuevo y prometedor», algo así como el programa del Moncada, que tuviera muy en cuenta las realidades políticas de Cuba. Estaba convencido de que la revolución sería un prolongado proceso con muy diversas etapas. «Sé que ni el mismo Dios pudo crear en un solo día todas las maravillas del mundo, pero desde el primer instante deben sentarse las bases que conduzcan a aquellos resultados»<sup>9</sup>.

El principal sostén del fervor revolucionario de Castro durante su encarcelamiento quizá fuera su apasionado optimismo. Creía, como antes hiciera Marx, y así lo había indicado explícitamente en su carta sobre *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, que los procesos históricos eran «el resultado inevitable de las contradicciones sociales... un proceso regido por leyes»<sup>10</sup>. Como un hombre profundamente influenciado por el marxismo, consideraba que eran las masas quienes hacían la historia. «Estoy lleno de fe en el futuro. Yo creo ciegamente en las virtudes del pueblo cubano»<sup>11</sup>.

\*

Fidel Castro y sus seguidores fueron puestos en libertad el 8 de mayo de 1955, en virtud de un decreto de amnistía general. El decreto nació como resultado conjunto de una fuerte presión popular y de los deseos de Batista de mejorar su imagen pública. Una vez que Grau San Martín había hecho promesa formal de liberar a todos los presos políticos en caso de resultar elegido, Batista quedaba obligado a hacer lo mismo. Pero nuevos motivos vendrían a aumentar la preocupación del dictador por su imagen, entre ellos la decisión de Grau de retirarse de la campaña presidencial en razón del ilegal control de las oficinas electorales ejercido por Batista y sus hombres. Cumpliendo su compromiso electoral sobre la amnistía tras jurar su cargo presidencial en febrero de 1955, Batista deseaba probar a la opinión pública que había retornado la «democracia»<sup>8</sup>.

Antes de que se promulgara el decreto de amnistía general, Castro había recibido ofertas personales de libertad a cambio de un compromiso formal de modificar sus actividades políticas. Su respuesta fue: «No queremos amnistía al precio de la deshonra... Antes cien años en prisión que sacrificar la integridad personal»<sup>9</sup>. Castro aceptaba la posibilidad de que «un cambio de circunstancias y un clima de positivas garantías constitucionales» podía aconsejar «un cambio de táctica en la lucha», pero insistía en que jamás modificaría su táctica «en virtud de un compromiso, que sería cobarde y vergonzoso, con el Gobierno»<sup>10</sup>.

Por fin, Castro y sus hombres fueron puestos en libertad incondicionalmente. A la puerta de la cárcel, rodeado de amigos, parientes y periodistas<sup>11</sup>, Castro abrazaría al jefe de la guardia del penal, el teniente Pérez Díaz, al tiempo que señalaba: «Quiero decir que ésta es una expresión espontánea y sincera, sin teatralismo, porque este oficial, que es un caballero en toda la extensión de la palabra, de sobra lo merece»<sup>12</sup>. Era un gesto muy similar al tributo que meses antes rindiera al teniente Sarría y al capitán Tamayo en «La Historia me absolverá»<sup>13</sup>.

Castro ofreció una primera rueda de prensa antes de

dejar Isla de Pinos, y otras más una vez que hubo retornado a La Habana. Anunció que permanecería en Cuba «luchando a pecho descubierto», y añadió:

Con nosotros se verá si hay o no garantías constitucionales... Gustosamente vamos a servir de conejillos de Indias. Seré el primero en ser víctima de una cobardía, si no hay garantías. He sido informado que hay elementos que preparan una agresión contra mí y mis compañeros<sup>14</sup>.

Cuando se le interrogó acerca de su afiliación política, Castro definiría eufemísticamente su posición como «chibasismo revolucionario», un modo de decir que continuaba trabajando con el Partido Ortodoxo, aunque no necesariamente de acuerdo con sus dirigentes. También le indicó a un periodista que, entre los grupos antibatistianos militantes, «no existen diferencias ideológicas que justifiquen, en una hora difícil como ésta, la disgregación de esas fuerzas... El momento actual... es de unidad»<sup>15</sup>.

Respondiendo a la cuestión de la irreflexiva ola de atentados acaecidos por aquellos días en La Habana, declaró: «Nosotros repudiamos los procedimientos terroristas porque son inhumanos, antirrevolucionarios y benefician indirectamente al gobierno»<sup>16</sup>. Castro sugirió que las explosiones muy bien hubieran podido ser obra de «elementos tranquilistas y gangsteriles empeñados en mantener un estado de perturbación que les permita sus excesos. Las tácticas terroristas son negativas y contraproducentes. Nadie que sea medianamente sensato puede pensar que, por el hecho de que se ponga un petardo a una puerta cualquiera, se va a caer un gobierno»<sup>17</sup>. Su punto de vista no se diferencia mucho de la afirmación de Lenin de que «sin el pueblo obrero son impotentes, impotentes a ciencia cierta, toda clase de bombas»<sup>18</sup>.

Castro anunció públicamente que «nuestra libertad no será de fiesta o descanso, sino de lucha y deber, de batallar

sin tregua desde el primer día, de quehacer ardoroso por una patria sin despotismo ni miseria»<sup>19</sup>. Era una advertencia de que los «conejillos de Indias» pondrían a prueba su promesa de libertades constitucionales ilimitadas.

En el transbordador que le sacó de Isla de Pinos, Castro pudo reunirse con un pequeño grupo de sus más leales seguidores. Les dijo que, en su opinión, el gobierno no toleraría por demasiado tiempo una oposición militante, y que cuando el gobierno cerrara la vía legal, sólo quedaría abierta una alternativa: la lucha armada<sup>20</sup>. Previendo el futuro, el Movimiento 26 de Julio, nombre escogido para la organización en la misma cubierta del transbordador, trabajaría en la clandestinidad desde sus mismos comienzos<sup>21</sup>.

Castro no escondió su ánimo de dirigir un movimiento opositor de proporciones nacionales. Utilizó la prensa para divulgar su programa y anunció sin ninguna falsa modestia que, si el pueblo depositaba su fe en el movimiento, «no defraudaremos a la nación»<sup>22</sup>. Estaba afirmando, sin ambages, que su grupo pretendía el liderazgo de las batallas políticas futuras.

La predicción de Castro, según la cual no tardaría en agotarse la tolerancia de Batista con toda oposición activa, pronto se demostró cierta. Después de una intervención radiofónica de Castro en una emisora de la capital, el día 19 de mayo, el director de la emisora en cuestión fue visitado por la policía con objeto de intimidarle<sup>23</sup>. Cuando se anunció que Castro tomaría la palabra en un gran mitin de masas a celebrar el 20 de mayo en el recinto universitario de la universidad de La Habana, el gobierno adoptó como primera medida prohibir la difusión radiofónica del evento, para, finalmente, en un enorme despliegue de fuerzas, acabar prohibiendo la propia celebración del acto<sup>24</sup>. Este mismo día, la policía registraba la casa de Pedro Miret, uno de los moncadistas amnistiados, a la búsqueda, por lo demás infructuosa, de armas<sup>25</sup>. Otro registro practicado en la misma casa tres días más tarde daba, según el informe de un clarividente jefe de distrito, con tres hombres reunidos

«cuando sostenían una conversación de carácter subversivo, tratando de los planes insurreccionales»<sup>26</sup>. El oficial de policía en cuestión señalaba a Raúl Castro, quien no estaba presente en la casa durante el registro, como dirigente del «grupo subversivo».

Fidel Castro se hallaba en la sala del tribunal cuando fueron leídos los cargos contra Miret y Raúl Castro. Señaló que «la amnistía se está convirtiendo en una burla sangrienta al pueblo y la prensa», y añadió: «En estos momentos, nuestras vidas y seguridad personal están expuestas a cualquier villanía que nosotros afrontamos gustosos porque nuestra salida de Cuba daría al traste con las últimas posibilidades de solución pacífica»<sup>27</sup>.

El espíritu incordiador de Castro acabó con la paciencia de los todopoderosos en Cuba. Cuando el coronel Chaviano acusó a Castro de difamar al ejército, por su afirmación de que se había producido una masacre arbitraria tras el ataque al cuartel Moncada, Castro le replicó con un osado artículo en *Bohemia* que llevaba por título «¡Mientes, Chaviano!»<sup>28</sup>.

Santiago Rey, ministro de Gobernación, estaba furioso, y declaraba a los periodistas que «este tipo de comportamiento no será permitido de ninguna manera», y amenazó con emprender un proceso contra Castro por su «actitud delictiva, irresponsable e intolerable»<sup>29</sup>.

Batista comentaba el artículo de Castro con un amenazador: «Confío en que provocaciones como ésta no se repitan por ninguno de los partidos»<sup>30</sup>. Pocos días más tarde, Batista abordaba de nuevo el asunto del artículo de Castro y declaraba que «los partidos que gobiernan tienen cerebro y corazón, y tienen manos también», una nada velada advertencia del paso inmediato a la violencia física.

Castro respondería declarando que Batista era «un vanidoso, un presumido, un deshonesto y un equivocado»<sup>31</sup>.

Durante su estancia en prisión Castro había escrito que la propaganda era «el alma de toda lucha»<sup>32</sup>, y ahora se mostraba una vez más como maestro consumado en este

arte. Su efectividad empujaba al gobierno a actuar, poniendo serias trabas a su intervención en emisoras de radio y televisión. No obstante, siguió haciendo oír su voz en las páginas de *Bohemia* y, de modo regular, en *La Calle*, periódico editado por un simpatizante de la causa.

Uno de los artículos publicados por Castro en este período arroja la luz adicional acerca de su profunda simpatía hacia las clases trabajadoras. Cuando los ferroviarios se declararon en huelga para protestar por una reducción de salarios, Castro escribiría:

Ocho por ciento de rebaja de los salarios, ocho por ciento más de hambre, ocho por ciento más de miseria, ocho por ciento más de crisis económica, ocho por ciento más de ruina, enfermedad y desempleo. Ocho por ciento menos en manos del obrero para comprar en la bodega, en cada bar, en cada farmacia y en cada tienda. Ocho por ciento menos de comida, de ropa, de zapatos, de medicinas para sus mujeres y sus hijos...<sup>33</sup>.

Acto seguido efectuaba un llamamiento al pueblo para que secundara la huelga. A los intentos por parte del gobierno de romper la huelga con la colaboración de esquiroles, Castro respondía con estas palabras: «En esta trampa no caerá ningún obrero que se llame cubano y tenga honor». Sus simpatías quedaban plenamente de manifiesto en un apasionado pasaje:

Cuando las plumas servidoras de los intereses creados escriben editoriales en favor de las compañías extranjeras, nuestra palabra ha de estar de corazón junto a los trabajadores. Hay hambre de pan y hambre de libertad. Para ellos nuestras simpatías de combatientes revolucionarios que estamos y estaremos siempre juntos a toda causa justa, con los pobres de este mundo<sup>34</sup>.

La última frase rememora lo declarado por José Martí en sus *Versos sencillos*, «Con los pobres de la tierra / quiero yo mi suerte echar». Pero en este caso, los pobres que Castro defendía eran proletarios y ahí se ve cómo la influencia marxista confluye en Castro con la de su compatriota Martí.

\*

El asesinato de Jorge Agostini, en junio, fue signo inegable de que la guerra del gobierno contra la oposición estaba ya escalando posiciones de auténtico terrorismo. Agostini, combatiente de la Guerra Civil española y antiguo jefe de la guardia presidencial desde 1945-1952, se había exiliado tras el golpe militar. Cuando Batista anunció la reinstauración de los derechos constitucionales, Agostini regresó del exilio. Días después era muerto a tiros en una calle de la capital. Castro, en un artículo publicado en *La Calle*, fue una de las únicas figuras políticas de la nación que acusó públicamente al gobierno de haber planeado el asesinato<sup>35</sup>.

La misma noche en que se produjo este crimen fueron colocadas, en diferentes puntos de La Habana, siete bombas. Castro estaba convencido de la responsabilidad en los actos de *agentes provocadores* o, como mínimo, de opositores al régimen interesadamente engañados. Y así lo escribía: «Tan convencido estoy del daño inmenso que le están haciendo a la lucha contra la dictadura, que no vacilaría en denunciar públicamente al grupo de cafres que, haciéndose pasar por revolucionarios, le prestan tan formidable servicio a Batista»<sup>36</sup>.

Tal como Castro había previsto, la oleada de bombas sirvió de excusa al gobierno de Batista para apretar los tornillos a la oposición. Menos de una semana después de que Castro señalara el carácter provocador de las explosiones, el gobierno acusaba a Raúl Castro de haber colocado una bomba en el cine Tosca de La Habana.

Raúl había sido incluido en un edicto de busca y captura contra veintisiete personas acusadas de intentar «provocar una revolución en Cuba». De acuerdo con el edicto, los planes habían sido «elaborados en el extranjero por conocidas figuras del depuesto régimen que encabezaba el doctor Carlos Prío»<sup>37</sup>.

Al día siguiente, mientras Batista y Rolando Masferrer, el viejo enemigo de Fidel, sostenían una entrevista amistosa<sup>38</sup>, la policía efectuó un registro en la redacción de *La Calle*. Fue arrestado el editor<sup>39</sup>, y su nombre pasó a engrosar la lista publicada el día anterior. El periódico fue acusado de «imputar falsamente a determinadas autoridades la comisión de persecuciones, atropellos y crímenes contra adversarios del gobierno»<sup>40</sup>. Como pruebas *prima facie* se incluyan algunos de los artículos escritos por Fidel Castro para *La Calle*.

El proscrito Partido Socialista Popular también fue implicado en la conspiración. El ministro de Gobernación declaraba que *La Calle* estaba «dirigida y orientada por elementos comunistas, y subvencionada por elementos subversivos». Se señaló que *La Calle* se imprimía en los mismos talleres que «el semanario comunista» *Cuba Deportiva*, y que «sus vendedores [eran] dirigidos y orientados por elementos del disuelto PSP»<sup>41</sup>.

Fidel Castro, que aún no había sido implicado en el caso, aunque sí sus artículos, presentó ante el Tribunal de Urgencia una declaración de descargo. En ella acusaba al gobierno de planear el asesinato de su hermano Raúl y el suyo propio, y a la policía de haber colocado la bomba en el cine *Tosca*<sup>42</sup>.

Estaba ya fuera de toda duda que Batista no iba a tolerar la existencia de una oposición militante que tuviera como objetivo organizar un movimiento de masas contra el régimen. Los «conejillos de Indias» habían demostrado que todo «camino cívico» hacia el cambio quedaba bloqueado. Éste fue el momento en que el dirigente revolucionario decidió iniciar la segunda fase de su plan magistral, a saber,

organizar una invasión armada de la isla desde el exterior. Raúl Castro buscó asilo en la embajada de México en La Habana, desde donde poco después abandonaría Cuba <sup>43</sup>. Al día siguiente de haberse producido el registro en la redacción de *La Calle*, Fidel Castro excusaba su asistencia a un programa de televisión <sup>44</sup> y, desde este momento hasta su partida de Cuba, se mantendría al paro.

\*

El núcleo de sus esfuerzos estuvo dirigido a desarrollar clandestinamente el aparato orgánico del Movimiento 26 de Julio, elemento decisivo dentro de sus planes insurreccionales. La mayor parte de sus antiguos seguidores se mantenían fieles, al tiempo que se incorporaban nuevos elementos, entre ellos varios ex seguidores de la difunta organización creada por García Bát cena <sup>45</sup>.

Durante los meses inmediatamente posteriores a la concesión de la amnistía, la popularidad de Castro había aumentado notablemente entre las bases del Partido Ortodoxo. Había sido el invitado de honor en diversos mítines del partido y elegido presidente honorario de un importante congreso de las bases ortodoxas celebrado en la provincia de Las Villas <sup>46</sup>. No obstante, declinó por entonces varias ofertas de la dirección oficial del partido, entre ellas la de convertirse en miembro del ejecutivo de la organización y en candidato ortodoxo a la alcaldía de La Habana <sup>47</sup>.

Al rehusar su integración en la maquinaria oficial del partido, Castro preservaba su libertad de construir un movimiento mucho más radical en el seno del Partido Ortodoxo y de enfrentarse abierta y públicamente con su táctica y su política. Castro se convertía así en uno de los principales valedores de la celebración de un congreso de masas ortodoxas convocado para mediados de agosto <sup>48</sup>.

Castro construyó un nuevo y sólido marco de referencia para el nuevo Movimiento 26 de Julio. Se encargó a una serie de elementos organizar el movimiento entre los

sindicatos, las mujeres y la juventud. Castro consideraba «esencial» el trabajo en los sindicatos, pero le faltó tiempo para supervisar directamente, antes de su marcha de Cuba, la organización del comité de trabajadores<sup>49</sup>. Comenzaron a funcionar secciones de finanzas, propaganda y distribución, así como grupos adiestrados para el combate.

Se puso gran énfasis en establecer una buena base organizativa en la provincia de Oriente. Por entonces Castro ya había decidido que su provincia natal sería la escena central de sus futuras operaciones militares, y de ahí que enviara a ella a varios de sus más valiosos y fieles seguidores, para echar las raíces del Movimiento 26 de Julio. Entró en contacto con Frank País, el organizador de un pequeño grupo insurreccional. Castro invitó a País y su gente a unirse al Movimiento 26 de Julio, y País aceptó<sup>50</sup>. Uno de los más íntimos colaboradores de País me ha contado que «nosotros veíamos en los compañeros del Moncada a revolucionarios serios, patriotas, que no politicastros... Teníamos confianza en Fidel»<sup>51</sup>. País se entrevistó con Castro en La Habana y, desde este día hasta el de su muerte, acaecida unos dos años más tarde, desempeñaría una función vital en el Movimiento.

Cuando Castro creyó que el Movimiento podía subsistir y crecer sin su presencia, decidió dejar Cuba. El Partido Socialista Popular tenía noticias de su plan y envió a Raúl Valdés Vivó, secretario general de la Juventud Socialista de la Universidad de La Habana, para que se entrevistara con él. Con los años había crecido el respeto de los comunistas hacia Castro, y le sugirieron que no abandonara Cuba, sino que se quedara y les ayudara a organizar un movimiento político de frente unido contra Batista. Castro escuchó respetuosamente la exposición de la postura comunista por parte de Valdés Vivó, y le respondió con gran ecuanimidad que, aun cuando se mostraba favorable a la creación de un gran movimiento de masas, también creía que éste debía venir acompañado de una confrontación directa con el enemigo. Asimismo le dijo al emisario comunista que se ale-

jaba del país para preparar el camino a la revolución en Cuba<sup>52</sup>.

La visita de Valdés Vivó a Castro es un elemento más de la historia secreta de la Revolución Cubana. El hecho de que el intercambio de opiniones tuviera lugar en una atmósfera de cordialidad, es una prueba más de la convicción de Castro de que los comunistas eran aliados honestos, y de la de éstos a propósito de la integridad de Fidel. Sin duda alguna, Castro y los comunistas divergían en táctica y estrategia. Pero el hecho de que pudieran discutir a fondo sus diferencias explica en buena parte el desarrollo ulterior de sus relaciones.

El 7 de julio, Castro dejó Cuba para trasladarse a México. Entregó sus últimas declaraciones a los periodistas en el mismo aeropuerto. Era una proclamación para la Historia:

Me marché de Cuba porque me han cerrado las puertas de la lucha cívica.

Después de seis semanas en la calle estoy convencido más que nunca de que la dictadura tiene la intención de permanecer veinte años en el poder disfrazada de distintas formas, gobernando, como hasta ahora, sobre el terror y sobre el crimen, ignorando que la paciencia del pueblo cubano tiene límites.

Como martiano, pienso que ha llegado la hora de tomar derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos.

Residiré en un lugar del Caribe.

De viajes como éste no se regresa, o se regresa con la tiranía descabezada a los pies<sup>53</sup>.

\*

Los primeros días del exilio mexicano de Castro fueron sombríos. Pasaron dos semanas más sin la menor noticia de sus seguidores en Cuba. Desolado, escribió a Melba Her-

nández: «Me siento más aislado que cuando me tenían en una celda solitaria»<sup>54</sup>.

El 26 de julio, aniversario del ataque al Moncada, Fidel depositó una corona de flores en el monumento a los Niños Héroes de Chapultepec, para más tarde reunirse con varios exiliados latinoamericanos en el Ateneo Español de Ciudad de México<sup>55</sup>. No obstante, la mayor parte de su tiempo lo dedicaba a las tareas más reservadas de confecionar dos manifiestos de tipo político: el *Primer Manifiesto del Movimiento 26 de Julio y Mensaje al Congreso de Militantes Ortodoxos*<sup>56</sup>. Entraba en sus planes empeñar el «sobretodo» para tener con qué sufragar su impresión<sup>57</sup>.

Por fin, el 1 de agosto recibió el primer informe desde La Habana. Al día siguiente respondió de puño y letra, analizando la situación en Cuba y esbozando la táctica a seguir. El mayor peligro, según señalaba Castro a sus seguidores, estribaba en la tendencia a aceptar la propuesta de Batista de convocar elecciones legislativas con el mismo Batista en la presidencia. Dicha tendencia debía ser barrida «a sangre y fuego», escribía Castro, y ayudaría a ello los dos textos que estaba redactando en aquellos días<sup>58</sup>.

El Congreso de Militantes Ortodoxos promovido, entre otros, por Fidel Castro, debía celebrarse a mediados de agosto. En su carta indicaba al Movimiento en La Habana que debían sacar partido del congreso enviando delegados idóneos y efectuando allí «una amplia labor de proselitismo». Con su característico optimismo, Castro les indicaba a sus seguidores: «Verán cómo rompemos la cortina de silencio y vamos abriendo el camino a la nueva estrategia... A la larga se sumarán todos los verdaderamente revolucionarios porque verán respaldo de masa y de opinión»<sup>59</sup>.

El *Mensaje al Congreso de Militantes Ortodoxos* de Castro representaba una audaz invitación a las bases del Partido Ortodoxo a incorporarse a la causa del Movimiento. Habiendo sido advertidos de su contenido, los principales dirigentes del partido decidieron boicotear la sesión en que debía leerse el documento en cuestión<sup>60</sup>.

El mensaje centraba su ataque a la dirección del Partido Ortodoxo en la buena voluntad mostrada por ésta al plan de Batista de convocar unas elecciones generales de las que estuviera excluida la presidencia. Los delegados escucharon atentamente la sugerencia de Castro de que un nuevo camino se había abierto: «El otro camino se llama REVOLUCIÓN... La otra alternativa es la que nosotros hemos adoptado ya irredimiblemente... Es la del sacrificio, pero también la de la honra». El mensaje llamaba a «los mejores ortodoxos de toda la isla» a prestar su apoyo al nuevo camino, y definía el Movimiento como «el aparato revolucionario del chibasismo enraizado en sus masas, de cuyo seno surgió para luchar contra la dictadura cuando la ortodoxia yacía impotente, dividida en mil pedazos...».

Al final de la lectura, la mayor parte de los quinientos delegados, puestos en pie, protrumpieron cadenciosamente en gritos de «revolución... revolución... revolución». Era una muestra de la capacidad del Movimiento 26 de Julio para captar el favor e imaginación del pueblo. Acababa de nacer lo que se convertiría en movimiento de masas.

\*

El *Primer Manifiesto del Movimiento 26 de Julio* fue también distribuido en Cuba a mediados de agosto<sup>61</sup>. Se trata, en muchos de sus aspectos, de un documento aún más radical que «La Historia me absolverá», de una exposición más lúcida si cabe, del deseo de Castro de «revolucionar este país de punta a cabo». Se hace muy difícil comprender los motivos que han llevado a buena parte de estudiosos de la Revolución Cubana a subestimar su carácter revolucionario y su perspectiva esencialmente socialista. Si hubieran estudiado el tema con mayor atención, ninguna sorpresa habría causado en ellos la «conversión» de Castro al comunismo en 1961.

El Manifiesto nos ofrece claras muestras del sostenido desdén de Castro por el sistema de partidos y representación

política usual hasta el momento en Cuba. Por ejemplo, plantea la pregunta: «¿Qué ha dado la politiquería al país en los últimos cincuenta años?», para responder sin vacilación: «Discursos, chambelonas <sup>62</sup>, congas, mentiras, componendas, engaños, traiciones, enriquecimiento indebido de una caterva de pillos, palabrería hueca, corrupción, infamia». Castro tomaba la palabra en nombre de los desposeídos: «Las voces de los que están pasando hambre en los campos y ciudades, las voces desesperadas de los que no tienen trabajo ni esperanza de encontrarlo» <sup>63</sup>.

La profundidad de la conmoción social delineada por Castro y su innegable carácter de clase queda de manifiesto con claridad en un pasaje en que se confronta la revolución por venir con la idea que de ella tienen aquellos que afirman acabará en anarquía:

A los que acusan a la Revolución de perturbar la economía del país, les respondemos: para los guajiros que no tienen tierras, no existe economía; para el millón de cubanos que está sin trabajo, no existe economía; para los obreros ferrocarrileros, portuarios, azucareros, henequeneros, textileros, autobuseiros y otros tantos sectores a quienes Batista ha rebajado sus salarios despiadadamente, no existe economía. Y sólo existirá para todos ellos mediante una revolución justiciera que repartirá la tierra, movilizará la inmensa riqueza del país y liberará las condiciones sociales poniendo coto al privilegio y a la explotación <sup>64</sup>.

¿Cuál era el tipo de revolución pensada por Castro, que eliminaría el privilegio y la explotación? El marxismo le había enseñado que «la explotación del hombre por el hombre» sólo podrá ser eliminada con el derrocamiento del capitalismo y la victoria socialista. Hay indudables similitudes entre el anterior párrafo de Castro y este otro, perteneciente al *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels:

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes, existe para vosotros<sup>66</sup>.

Mi suposición de que este pasaje ejerció clara influencia sobre el pensamiento de Castro, viene reforzada por un discurso que pronunciara en Chile muchos años más tarde. Recordando el modo en que llegó por vez primera a sus manos el *Manifiesto Comunista*, y hasta qué punto había sufrido su influencia, Castro recitó *de memoria* el pasaje que acabamos de citar clasificándolo entre «algunas de aquellas frases que nunca se me podrán olvidar»<sup>67</sup>.

El manifiesto de Castro declaraba que aquellos que acusan a la Revolución de «perturbar la economía» deben estar hablando de «la economía de los senadores, que ganan 5.000 pesos mensuales, de los generales millonarios, de los trusts extranjeros que explotan los servicios públicos, de los grandes terratenientes, de las tribus de parásitos que medran y se enriquecen a costa del Estado y del pueblo... Entonces, bienvenida la Revolución que perturba la economía de los pocos que disfrutan de ella pantagruélicamente»<sup>67</sup>. En esta misma vía, Marx y Engels habían escrito años antes: «Nos reprocháis, por decirlo de una vez, el querer abolir vuestra propiedad. Pues sí; eso es a lo que aspiramos»<sup>68</sup>.

El programa inmediato del *Primer Manifiesto del Movimiento 26 de Julio*, lo mismo que «La Historia me absolverá», se paraban en seco al llegar el momento de abordar soluciones socialistas concretas. Pero aun así, no cabe la menor duda de que su puesta en práctica hubiera significado una transformación socioeconómica radical. Las medidas a tomar en una primera etapa incluían la abolición de los grandes latifundios, la distribución de la tierra entre las familias de campesinos dedicadas a trabajarla, la participa-

ción de los trabajadores en los beneficios acumulados por las grandes empresas, una renovación industrial «trazada e impulsada por el Estado», una notable disminución de los alquileres, la construcción a cargo del Estado de viviendas económicas, la conversión de todo aparcero en propietario y la construcción de diez ciudades de los niños para albergar y educar a doscientos mil hijos de obreros y campesinos<sup>69</sup>.

Su conocimiento de la realidad cubana dictaba a Castro la elaboración de un programa audaz, aunque limitado. Es interesante señalar que el primer estadio del programa revolucionario contenido en el *Manifiesto Comunista* no plantea muchas más medidas socialistas que las propugnadas por Castro. Marx y Engels admiten aquellas «medidas que, aunque de momento parezcan insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento se excederán a sí mismas, y de las que no puede prescindirse como medio para revolucionar todo el régimen de producción vigente»<sup>70</sup>.

## 9

## «...o seremos mártires»

Raúl Castro presentó a Fidel a un joven médico argentino, Ernesto «Che» Guevara. El Che llegó a México, procedente de Guatemala, tras la caída del gobierno progresista de Arbenz a causa de las injerencias de la CIA<sup>1</sup>. En Guatemala, mientras absorbía la experiencia de lo que él había esperado sería una profunda revolución social, conoció a Ñico López, el exiliado moncadista. A través de Ñico oyó hablar por primera vez de la integridad y coraje de Fidel Castro como dirigente revolucionario.

El Che andaba buscando una guerra de liberación en América Latina en la que pudiese participar. Él y Fidel, un médico y un abogado, intelectualmente refinados y compartiendo una amplia cultura, tenían mucho de que hablar. A pesar de su reticencia a incluir personas no cubanas en la aventura, Fidel aceptó al Che como elemento integrante de la futura fuerza expedicionaria<sup>2</sup>.

Andrés Suárez, en su libro *Cuba: Castrismo y comunismo*, escribe: «Me ha sido imposible hallar un sólo documento probatorio de que Guevara estuviese familiarizado con los clásicos del marxismo»<sup>3</sup>. Cuando mencioné la cita de Suárez al doctor Alberto Granados, médico y amigo del Che, con quien había viajado por América Latina durante

1951, me replicó resueltamente: «¡Absurdo!»<sup>4</sup>. Cuando Fidel y el Che se conocieron en México, ambos estaban bien versados en los clásicos marxistas.

El Che había sido miembro de la Federación Juvenil Comunista de Argentina durante un breve período<sup>5</sup>. Es muy improbable que un estudiante serio y acostumbrado a pensar como el Che se hubiera unido a los comunistas sin familiarizarse con su doctrina. Hilda Gadea, la primera esposa del Che, atestigua que éste había leído el *Manifiesto Comunista*, el *Anti-Dübring* y *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, y el *¿Qué hacer?* de Lenin, todos ellos «clásicos» del marxismo<sup>6</sup>.

Después de su llegada a Guatemala, en diciembre de 1953, el Che tomó parte en las actividades de la Alianza de la Juventud Democrática, movimiento juvenil de los comunistas guatemaltecos<sup>7</sup>. El doctor Edelberto Torres, universitario centroamericano y mentor de revolucionarios, nos recuerda que el Che quería asistir a la Conferencia de la Paz a celebrar en Pekín en 1954, permanecer en China durante una temporada y aprender algo más sobre la revolución<sup>8</sup>. Luego, en México, quiso asistir al Festival Mundial de la Juventud con la delegación guatemalteca, para de ahí trasladarse a la Unión Soviética y China<sup>9</sup>.

El testimonio de Harold White, un americano amigo del Che, ilumina algo más su actitud ideológica. White, un serio estudioso del marxismo, estaba ya en su madurez cuando conoció al Che en Guatemala<sup>10</sup>. Juntos pasarían largas horas conversando, y White no tardó en descubrir cuán profundo era el conocimiento del marxismo atesorado por el Che.

White había llevado a Guatemala un manuscrito de cuatrocientas páginas compuesto por artículos marxistas seleccionados y recopilados por él y agrupados de acuerdo con unidades temáticas. Aunque el Che no tenía dominio del inglés, estaba entusiasmado por la utilidad del libro y se ofreció a llevarlo al castellano, buscando los pasajes equivalentes en las ediciones castellanadas de las obras de Marx,

Engels, Lenin y Stalin. Cuando el Che se trasladó a México, siguió trabajando en el proyecto hasta el momento de unirse al grupo de Castro<sup>11</sup>.

Muchos años más tarde, Castro se refería del siguiente modo al Guevara que conociera en la capital mexicana: «Se había leído, naturalmente, los libros y las teorías de Carlos Marx, Engels y Lenin. Y el Che, aunque no militaba en ningún partido, era ya en esa época un marxista de pensamiento»<sup>12</sup>.

\*

El núcleo del diminuto ejército de Castro estaba compuesto por moncadistas, entre los que se encontraban su hermano Raúl, Jesús Montané, Nico López, Juan Almeida, Armando Mestre y Calixto García. Los tres últimos eran negros. Un importante refuerzo para la organización de Fidel fue Juan Manuel Márquez, de cuarenta años de edad y antiguo concejal de Marianao, distrito de La Habana. A finales de octubre de 1955, Castro y Márquez pasaron siete semanas visitando las comunidades cubanas en los Estados Unidos, organizando el Movimiento 26 de Julio y recaudando fondos<sup>13</sup>. La mayoría de los que se presentaron a las reuniones eran obreros cubanos que habían abandonado su patria por razones económicas. La audiencia vitoreó a Castro cuando, en los Palm Gardens de Nueva York, dijo:

El pueblo cubano desea algo más que un simple cambio de mandos. Cuba ansía un cambio radical en todos los campos de la vida pública y social. Hay que darle al pueblo algo más que libertad y democracia en términos abstractos, hay que proporcionarle una existencia decorosa a cada cubano. El Estado no puede desentenderse de la suerte de ninguno de los ciudadanos que han nacido en el país y crecido en él. No hay tragedia mayor que la del hombre que, capaz de trabajar y deseoso de hacerlo, pasa hambre él y su familia por falta de ocupación<sup>14</sup>.

Castro dejó consolidada la organización del 26 de Julio en los Estados Unidos, para complementar el aparato clan-destino dentro de Cuba. Antes de regresar a México, hizo público el Segundo Manifiesto del Movimiento 26 de Julio, en el que declaraba que «una revolución, a diferencia del putsch militar, es obra del pueblo»<sup>15</sup>. Ahora tenía la oportunidad de hacer lo que no había podido llevar a cabo antes del ataque al Moncada. Y escribía:

Haremos lo que no pudimos realizar entonces: acudir públicamente al pueblo para que nos ayude; preparar el país para la Revolución en grande sin posibilidades de fracaso; dar las consignas que en todas partes deben seguir las masas, cuando estalle como una tempestad la rebelión nacional, para que los destacamentos de combate, bien armados y bien dirigidos, y los cuadros juveniles de acción y agitación puedan ser secundados por los trabajadores de todo el país organizados desde abajo en células revolucionarias capaces de desatar la huelga general<sup>16</sup>.

En sólo cuatro meses, el Movimiento 26 de Julio se había consolidado como grupo antibatistiano, y ambiciosos políticos de la oposición empezaron a ver en Castro y su organización una amenaza. La columna «Cabalga Políti-ca», de *Bohemia*, comentaba:

Fidel Castro resulta un competidor demasiado peligroso para ciertos jefes de la oposición que, durante estos tres años y medio, no han acertado a tomar una postura correcta ante la situación cubana. Esos jefes lo saben muy bien. Se sienten ya desalojados por el volumen que va alcanzando el movimiento revolucionario 26 de Julio en la batalla antibatistiana. La reacción lógica de los políticos ante este hecho evidente debiera ser enfrentar una acción

política resuelta a la acción revolucionaria del fidelismo<sup>17</sup>.

En lugar de una resuelta acción política contra Batista, aparecieron una serie de artículos atacando a Fidel con objeto de minar su prestigio, su atractivo para el pueblo cubano, y en último caso la fuerza de su Movimiento. Un artículo aparecido en *Bohemia* llevaba el petulante título de «La Patria no es de Fidel»<sup>18</sup>. Castro devolvió el azote en un artículo desafiante llamado «Frente a todos»<sup>19</sup>. El arte de la polémica era el punto fuerte de Castro, y aprovechó esta oportunidad para pasar amplia revista a sus oposiciones a la corrupción durante la administración del Partido Auténtico, así como a sus batallas contra el régimen de Batista. En respuesta a la acusación de que estaba utilizando los fondos del Movimiento 26 de Julio en beneficio personal, hacía gala de su pobreza a pesar de las decenas de miles de dólares que pasaban por sus manos. Como siempre, Castro apeló por encima de los políticos y en favor de los pobres de Cuba, «los campesinos cansados de discursos y promesas de reforma agraria... el millón y medio de cubanos que están sin trabajo... los millares de enfermos que están sin camas ni medicinas... los cientos de familias que viven en bohíos, barracones, solares y cuarterías, o pagan alquileres exorbitantes... los obreros que ganan salarios de hambre». Asimismo, denunciaba la sangría de riquezas de la nación en manos de trusts extranjeros, ladrones y jugadores, afirmando que si no fuera por ellos «Cuba sería uno de los países más prósperos y ricos de América».

\*

Para el Movimiento 26 de Julio, el año 1956 fue un año de prueba.

Fue el año en el cual el Movimiento sobrevivió a la revelación de su existencia clandestina en Cuba, a una con-

fabulación para matar a Fidel Castro en México, al arresto de Fidel y las fuerzas expedicionarias, a un desembarco en Cuba prácticamente desastroso, al fracaso del levantamiento urbano y de la huelga general y a la casi total destrucción del incipiente ejército revolucionario. Pero, tanto el Movimiento como sus dirigentes consiguieron sobrevivir durante este fatídico año.

A comienzos de 1956, el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) cubano anunció que había descubierto «un complot subversivo para derrocar al gobierno que estaba dirigido desde el exterior por Fidel Castro»<sup>20</sup>. Agentes del SIM llevaron a cabo diversas redadas en casas particulares de Cuba y efectuaron numerosos arrestos.

En México, Castro estaba envuelto en un cúmulo de actividades encaminadas hacia cuatro objetivos interrelacionados: reforzar la organización clandestina en Cuba; construir una base de apoyo en los Estados Unidos y otros centros de inmigración cubana; continuar su campaña ideológica para preparar al pueblo cubano para la insurrección; y, finalmente, entrenar una pequeña fuerza expedicionaria para que desembarcara en Cuba antes de fin de año. Castro reconoce este año como decisivo. Anunció públicamente: «En 1956 seremos libres o mártires»<sup>21</sup>.

A principios de la primavera, Castro anunció su ruptura formal con la dirección del Partido Ortodoxo. «¿Y quién iba dicho que las lideraturas son eternas, que las situaciones no cambian, más aún en un proceso de convulsión donde todo se altera vertiginosamente?»<sup>22</sup>. Castro llamaba a su Movimiento «la vanguardia de la lucha frente al régimen»<sup>23</sup>. «El Movimiento 26 de Julio no es algo distinto a la Ortodoxia. Es la Ortodoxia sin una dirección de terratenientes al estilo de "Fico" Fernández Casas, sin latifundistas azucareros al estilo de Gerardo Vázquez, sin especuladores de bolsa, sin magnates de la industria y el comercio...» Castro llamaba a cerrar filas alrededor del Movimiento 26 de Julio «a todos los revolucionarios de Cuba, sin mezquinas diferencias partidistas y cualesquiera que hayan

sido las diferencias anteriores»<sup>24</sup>. De esta llamada a la unidad no quedaban excluidos los comunistas.

Poco tiempo después, Castro se vio obligado a responder a ciertas acusaciones que hablaban de él y de su Movimiento, como entes de inspiración comunista. Estos cargos vinieron después del arresto del dirigente máximo del M-26-7 y de unos veinte de sus miembros por parte del Departamento Federal de Seguridad mexicano.

Antes de su arresto, Castro escribió que había tenido noticia de los planes de los secuaces de Batista para asesinarle. Cuando quedó claro que Castro no sería una presa fácil, «lanzaron sobre nosotros a la Federal de Seguridad»<sup>25</sup>. La policía mexicana arrestó a Castro y algunos de sus seguidores en la capital, y días más tarde se presentó en el campo de entrenamiento de Santa Rosa, situado a unos 35 km de Ciudad de México, y prendió a una docena más de sus hombres.

Los prisioneros fueron acusados de violar las leyes de inmigración que estipulaban: «Al inmigrante o no inmigrante que se dedique a actividades ilícitas o deshonestas le será cancelada su calidad migratoria y será deportado»<sup>26</sup>. Fueron trasladados a un centro de detención de inmigrantes ubicado en la capital mexicana.

Después de una semana de investigaciones, la Policía Federal de Seguridad envió un informe al presidente de México en el que afirmaba que «el grupo 26 de Julio no tiene nexos comunistas ni recibe ayuda de los comunistas»<sup>27</sup>. De todos modos, la prensa mexicana calificó al Che Guevara de activista de izquierdas. El periódico mexicano *Excelsior*, alegando basarse en informes policiales, señaló que el «doctor Guevara, quien también figura en otros movimientos políticos de carácter internacional como los de Guatemala, República Dominicana y Panamá, fue identificado como miembro activo del Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso»<sup>28</sup>.

Alberto Bayo, ex coronel del Ejército Republicano español que había estado adiestrando al grupo de Castro,

escapó al arresto. Bayo, un experto en guerra de guerrillas <sup>30</sup>, envió una carta a la policía y a la prensa en la que se «confesaba» ser dirigente del grupo <sup>30</sup>.

En México, la DFS reconoció que Fidel no era comunista. No obstante, un artículo publicado en la revista *Bohemia* informaba al público cubano que «la Policía Federal de Seguridad [mexicana] asegura haber comprobado que Fidel es miembro del Partido Comunista» <sup>31</sup>.

Castro respondió a esta acusación en un artículo escrito desde la cárcel. Empleaba frases citadas más tarde por algunos autores para demostrar que había declarado guerra abierta a los comunistas <sup>32</sup>. El polémico párrafo rezaba así:

La intriga es ridícula... y sin la menor base, porque he militado en un solo partido político cubano, y es el que fundó Eduardo Chibás. ¿Qué moral tiene, en cambio, el señor Batista para hablar de comunismo si fue candidato presidencial del Partido Comunista en las elecciones de 1940, si sus pasquines electorales se cobijaron bajo la hoz y el martillo, si por ahí andan sus fotos junto a Blas Roca y Lázaro Peña, si media docena de sus actuales ministros y colaboradores de confianza fueron miembros destacados del Partido Comunista?

Blas Roca y Lázaro Peña llegarían posteriormente a ser muy respetados miembros del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, presidido por Fidel Castro <sup>33</sup>.

Tuve ocasión de interrogar a Blas Roca sobre la mención que de él y de Peña hizo Castro en su artículo de 1956. «Fue una táctica», comentó simplemente <sup>34</sup>. Castro había escrito de tal guisa a fin de evitar contratiempos que hubieran podido quebrantar su proyecto justo en el momento en que empezaba a convertirse en una amenaza real para el régimen. Puesto que no consiguió asesinar a Castro, tal y como tenía planeado, la mejor salida que se le ocurrió a Batista

fue la de colocarle la etiqueta de comunista para mermar así atractivo a su Movimiento.

Cualquier análisis serio de la respuesta de Castro nos muestra que él circunscribió estrictamente el contenido ideológico para refutar la acusación de que era comunista. Puede compararse su respuesta con la del ex presidente Prío cuando había sido acusado el año anterior de colaborar con los comunistas. Prío se defendió señalando con orgullo su anticomunismo militante: «Yo eché a los líderes comunistas de la CTC y los sindicatos»<sup>35</sup>. Por el contrario, Castro se limitó a negar que fuese miembro del Partido Comunista, al tiempo que constataba un hecho histórico bien conocido de todo cubano maduro, a saber, que los comunistas habían apoyado la candidatura de Fulgencio Batista a la presidencia en 1940 colaborando con él<sup>36</sup>. Castro utilizó la aceptación de dicha ayuda por parte de Batista para minar su credibilidad. De este modo, Fidel esquivaba el golpe y así no lesionaba sus principios.

En la capital mexicana, Castro apeló a los tribunales y consiguió la libertad para sí y para los miembros de su Movimiento<sup>37</sup>. Una vez libre, aceleró los planes para la invasión de Cuba.

\*

Si el artículo de Castro hubiera sido un auténtico ataque a los comunistas, habría evitado toda relación ulterior con el Partido Socialista Popular. Pero pasó todo lo contrario. Una vez conseguida la libertad, se entrevistó por dos veces con los comunistas cubanos, y de tales encuentros resultó la decisión del PSP de apoyar el plan de Castro según se desarrollaran los acontecimientos en Cuba después de la invasión<sup>38</sup>.

En la primera entrevista, Osvaldo Sánchez, el emisario comunista, señaló a Castro que su partido creía que era necesario posponer la invasión hasta enero, una vez comenzada la zafra azucarera, para poder organizar entre los

trabajadores azucareros un movimiento huelguístico similar al acaecido en diciembre de 1955. En tal caso, la invasión de Castro podía convertirse en la señal que cambiara la huelga económica en huelga política general, desencadenando con ello una situación revolucionaria similar a la que había acabado con la dictadura de Machado en agosto de 1933<sup>39</sup>. Castro le indicó a Sánchez que había hecho una promesa pública al pueblo cubano y que, por tanto, era de todo punto imposible postergar los planes de invasión. Informó a Sánchez de sus proyectos de conseguir un levantamiento urbano, principalmente en Santiago de Cuba, que coincidiera con el desembarco de la fuerza expedicionaria invasora<sup>40</sup>. El hecho de revelar su plan general a los comunistas atestigua su fe en la integridad de estos últimos. Sánchez regresó a La Habana para discutir con los demás líderes comunistas el plan de Castro y elaborar órdenes concretas para las organizaciones regionales y el partido. El partido efectuó preparativos para apoyar la insurrección organizando huelgas entre los trabajadores una vez iniciado el levantamiento<sup>41</sup>. En la provincia de Oriente, lugar escogido para el futuro desembarco invasor, los comunistas establecieron contactos con el Movimiento 26 de Julio en la persona de su responsable allí, Frank País. Lester Rodríguez, ex moncadista y coordinador del M-26-7 en la provincia de Oriente durante la estancia de Castro en México, diría más tarde: «Hay una cosa que no se ha dicho nunca, y es el contacto que se estableció con el Partido Socialista Popular»<sup>42</sup>.

Un poco antes de que la expedición de Castro partiera desde México, Flavio Bravo, viejo amigo comunista de Castro, fue enviado a entrevistarse con él. Le dijo a Castro que a pesar de su gran prestigio, sería difícil que su movimiento pudiera coordinar con éxito una serie de levantamientos en toda Cuba. No obstante, si una vez comenzadas las acciones encontraban apoyo suficiente para transformarlas en una lucha de grandes proporciones, el partido se uniría al mismo trabajando para llevar a cabo la huelga general<sup>43</sup>.

La entrevista entre Bravo y Castro tuvo lugar en no-

viembre de 1956. Bravo me indicó que había estado junto a Fidel «hasta casi el mismo momento en que abandonó México»<sup>44</sup>. Los contactos entre el PSP y Castro fueron, comprensiblemente, mantenidos en secreto. Hacerlos públicos hubiera interrumpido fatalmente la unidad lograda a costa de tantos esfuerzos por el heterogéneo Movimiento 26 de Julio.

El PSP no era el único en mantener reservas. Frank País, el jefe de operaciones del 26 de Julio en Oriente, había visitado a Castro en México y le había indicado que los preparativos para la huelga general todavía eran sumamente embrionarios. Los cuadros de Santiago aún estaban «indefensos, faltos de preparación y de coordinación»<sup>45</sup>. País proponía que se pospusiera la invasión, pero Castro le convenció de que retrasarla sería un duro golpe psicológico en vistas de las promesas del Movimiento de actuar en 1956. El cumplimiento de la promesa proporcionaría nuevos impulsos a la lucha antibatistiana. Una vez convencido, País volvió a trabajar con renovado ímpetu, preparando el apoyo a la futura invasión.

La invasión era tan importante para Castro que se supone aceptó dinero del ex presidente Prío para comprar el buque que debía transportar a los invasores, el *Granma*. Más tarde, Castro justificaría así el hecho ante Herbert Matthews: «Después de eso no hicimos más concesiones a Prío... No me arrepiento de ello. Estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa por la Revolución»<sup>46</sup>.

Frank País recorrió la provincia de Oriente organizando células, elaborando planes militares, buscando armas desesperadamente y proyectando planes de emergencia ante un eventual fracaso o éxito parcial. País ha sido descrito en diferentes libros publicados fuera de Cuba como un «maestro bautista»<sup>47</sup> procedente de familia acomodada. De hecho, País procedía de una familia modesta y, aunque había enseñado Cívica en una escuela bautista, se había convertido en un convencido radical como resultado de su lucha antibatistiana<sup>48</sup>. Cierto día, en una charla sobre religión,

País dijo a uno de sus más íntimos colaboradores dentro del movimiento: «Dejé de creer en todo eso cuando maté al primer hombre»<sup>49</sup>.

País había sido dirigente estudiantil en la Escuela Normal de Maestros de Santiago antes de que Batista se hiciera con el poder. Su conversión a la lucha armada vino después del asalto de Fidel al cuartel Moncada. Durante la noche del asalto, y en los días inmediatamente posteriores, rastreó junto con unos amigos las colinas circundantes a Santiago en busca de supervivientes y armas. «A todos los matan, a los que se rinden también», escribía a una amiga tres días después del ataque. «Son unos asesinos... me dio una rabia y un dolor ver cómo morían y mueren docenas de muchachos jóvenes.» Y añadiría: «No estoy mezclado en absolutamente nada, pero quisiera»<sup>50</sup>. Tres semanas más tarde, fue detenido por la policía y acusado de distribuir un panfleto subversivo titulado: «Asesinos»<sup>51</sup>. Algo más tarde organizó su propio grupo de guerrilla urbana y, a mediados de 1955, se incorporaría con él al recién organizado M-26-7 de Fidel Castro.

Los sentimientos populistas de País pueden ser fácilmente detectados en el ensayo que escribiera en 1954, bajo el título de «Cinco estudiantes y la montaña». País y varios de sus amigos de la universidad efectuaron un viaje al Realengo 18, una zona intrincada con larga tradición de luchas dirigidas, en su mayor parte, por el Partido Comunista<sup>52</sup>. País recuerda cómo un guajiro del lugar señalaba que las prolongadas luchas por la tenencia de la tierra les habían «inculado el espíritu de clase». País no tenía aún veinte años cuando escribió este ensayo, en el que reproduce las significativas palabras de otro guajiro del Realengo:

«Cuba está mal. ¡Dios oiga a sus hijos más desamparados y no los deje morir de hambre y miseria! Porque de eso morímos todos para sostener palacios y rascacielos, fortunas, riquezas y cola de pato»<sup>53</sup>. Y dos lágrimas surgen en nuestros ojos al

contemplar la miseria del pobre guajito, su espíritu hidalgo y el trato que como perros reciben. ¡Qué triste esperanza la de Cuba cuando hay tantos y tantos hombres que viven muriendo en la ansiedad de cada día, sufriendo el dolor de ella, la burla, la traición y el desamparo!

Y sigue el guajito: «Pero yo confío en ustedes, la esperanza de Cuba, jóvenes que saben dejar el placer del día de fiesta para venir a pasar trabajos oyendo a este pobre guajito.»

«Podrían ustedes hablar a los otros de este mundo tan cruel. No tenemos otra esperanza que morir esperando a alguien con corazón de pueblo, alma de poeta y sentimientos de hombre, no de hiena, que venga al campo, no a pedir votos, sino a brindar el amor de hermano, no pensando en cómo engañar al pobre guajiro, sino pensando que el futuro de Cuba está en el monte».

«No lo olviden... no lo olviden»<sup>54</sup>.

\*

De acuerdo con las instrucciones generales de Castro, Lester Rodríguez y Frank País establecieron contactos con diferentes grupos políticos y cívicos, comunistas incluidos. País, coino Fidel, creía en la integridad de los comunistas y reconocía que eran una importante fuerza entre los obreros organizados. Fidel Domenech, joven líder comunista de la provincia de Oriente, tomó parte en los primeros contactos oficiales con el Movimiento 26 de Julio en Santiago. Posteriormente, Francisco «Paquito» Rosales, que había sido alcalde comunista de Manzanillo, provincia de Oriente, fue el designado para mantener nuevos contactos con el Movimiento<sup>55</sup>. En cierta ocasión, Rosales y Domenech asistieron a una importante reunión celebrada en casa de Ramón Álvarez, jefe del frente obrero del 26 de Julio, para discutir la

coordinación entre las dos organizaciones dentro del movimiento sindical<sup>56</sup>.

Después de la conversación de Osvaldo Sánchez con Fidel Castro en la capital mexicana, el comité nacional del PSP envió órdenes a sus líderes provinciales para que estuvieran preparados para cooperar en la organización de una huelga general cuando las tropas de Castro desembarcaran en Oriente y empezara el levantamiento urbano. Varios días antes del inminente desembarco, País se entrevistó con los representantes comunistas y les dijo que el levantamiento se efectuaría el 30 de noviembre, fecha esperada de la invasión. El PSP convino en publicar un llamamiento a la huelga general en Santiago de Cuba para este día<sup>57</sup>.

La motivación verdadera de la huelga general debía ser disfrazada como una llamada de alerta a los obreros ante la amenaza de un putsch dirigido por Trujillo en Cuba. Los comunistas pergeñaron un llamamiento a la huelga tomando como base este punto.

Cuando me proporcionaron esta información, debo admitir que me mostré escéptico. Pero, tanto Juan Taquechel como Ladislao Hernández Carvajal, dos viejos dirigentes comunistas que actuaban por entonces en Santiago, me contaron por separado la misma historia, y ambos recordaban vagamente que el llamamiento a la huelga había sido publicado en un periódico de Santiago de Cuba uno o dos días antes del 30 de noviembre<sup>58</sup>.

La Biblioteca Nacional de La Habana no conserva colecciones completas de los periódicos de Santiago, pero al fin pude descubrir que se trataba del periódico *Oriente*, correspondiente al 29 de noviembre de 1956 archivado en la biblioteca de Santiago de Cuba. Así iba encabezado el escrito: «Obreros lanzan consignas contra el putsch trujillista». Y el artículo empezaba diciendo: «Una delegación de obreros ha visitado nuestras oficinas y nos ha pedido la publicación del siguiente documento».

La declaración acusaba a conocidos servidores de Trujillo de planear un putsch en Cuba. El gobierno de Batista,

decía, estaba utilizando la verdadera amenaza de un putsch para presentar todas las actividades de la oposición como de inspiración trujillista a fin de confundir al pueblo cubano. El artículo terminaba con un llamamiento a la acción:

Proponemos la mayor movilización de nuestra clase junto al pueblo contra el complot trujillista, denunciarlo, desencadenar protestas, hacer mítines, manifestaciones y huelgas...

De producirse el putsch, oponerle la huelga general de los obreros y la acción de masas en la calle...

Debemos comenzar la protesta contra el peligro del putsch, realizando el próximo 30 de noviembre un paro de media hora en todos los centros de trabajo, fábricas, muelles, bancos, comercios, rutas de guaguas, etc.

Hora del paro, 10 a 10,30<sup>59</sup>.

El llamamiento estaba firmado por el «Comité para la Defensa de las Demandas Obreras y para la Democratización de los Sindicatos». Los nombres que apoyaban el llamamiento eran todos de activistas sindicales y miembros del PSP<sup>60</sup>. De este modo, los comunistas ponían en sobreaviso a los obreros de Santiago de los proyectos insurreccionales para el día siguiente.

Cuando el PSP había efectuado sus preparativos para la huelga en Santiago de Cuba, se recibió una contraorden de última hora, procedente del Comité Nacional, en espera de ver cuál era el grado del éxito del levantamiento armado del Movimiento del 26 de Julio. No obstante, los comunistas de Guantánamo no llegaron a recibir nunca la contraorden, de ahí su plena participación en la abortada huelga general en dicha ciudad<sup>61</sup>.

El 27 de noviembre, un dirigente del 26 de Julio en Santiago recibió el siguiente telegrama: «Obra pedida agotada». El mensaje quería indicar que el *Granma* estaba en camino rumbo a la costa meridional de Oriente. Se estimaba

que tardaría tres días en alcanzarla. Por consiguiente, los levantamientos quedaban convocados para el 30 de noviembre. Lo que nadie podía predecir es que el *Granma* llegaría con retraso. Los ochenta y dos hombres a bordo del buque oyeron impotentes, por la radio, que Santiago se había levantado el 30 de noviembre.

La estrategia del levantamiento de Santiago era bloquear el cuartel Moncada y, si todo salía según el plan, conseguir el control de la ciudad. Simultáneamente, debía producirse una actividad insurreccional dentro y alrededor de la ciudad de Guantánamo, situada al este de Santiago y al norte de la gran base naval norteamericana, con el fin de inmovilizar a las fuerzas del ejército batistiano destacadas en esta zona y cortar el tráfico ferroviario y de autopistas entre estas poblaciones y el resto de la provincia de Oriente. Mientras, en el norte de la provincia, tendrían lugar operaciones armadas alrededor de la ciudad azucarera de Puerto Padre y la aislada Baracoa. Los grupos de acción del 26 de Julio de Bayamo y Manzanillo tenían instrucciones de unirse al grupo desembarcado de Fidel Castro tan pronto como tomaran contacto con él, ayudándole a introducirse en la Sierra Maestra.

La estrategia en Santiago consistía en sitiар el cuartel Moncada y emprender varias acciones de comando destinadas a conseguir el control del centro de la ciudad y a aprovisionarse de armas. Las armas capturadas debían utilizarse acto seguido para atacar el Moncada y obligarle a rendirse. El éxito del plan dependería de la obtención de armas. En la víspera de la sublevación, las armas en manos del Movimiento 26 de Julio en Santiago sólo alcanzaban alrededor de cincuenta armas automáticas y semiautomáticas, además de unas pocas piezas de museo, como un mosquetón mexicano y un antiguo arcabuz español. Por cada persona que llegó a tomar parte en las acciones del 30 de noviembre, cinco o seis se quedaron sin poder hacerlo por falta de armas de fuego <sup>92</sup>.

Los dos principales objetivos de los comandos de ataque

eran los cuarteles respectivos de las policías nacional y marítima. Los ataques comenzaron al amanecer. El asalto contra el cuartel de la Policía Nacional encontró seria resistencia desde un principio. Cuando se vio que era imposible tomar el edificio, se le prendió fuego. Más éxito tuvo la operación contra el cuartel de la Policía Marítima. Tras un breve intercambio de fuego, fue ocupado el edificio y tomadas las armas.

El eslabón más débil del plan resultó ser el bloqueo del cuartel Moncada. A media tarde estaba muy claro que era imposible sostener la insurrección. Frank País envió exploradores a las carreteras de salida de la ciudad, para ver si era posible huir hacia la Sierra. Encontrarían las carreteras bloqueadas por el ejército.

Al anochecer, la esporádica resistencia había terminado. Cientos de jóvenes de Santiago estaban entre rejas, y el *Granma* aún se hallaba lejos de la costa de Oriente.

# CUARTA PARTE

## GUERRILLERO DE LO MILITAR Y DE LO POLÍTICO

*Ya lo decía Lenin, la política de principios es la mejor política.*

CHE GUEVARA a FIDEL CASTRO, en una nota personal tomada en la Sierra Maestra, 6 de enero de 1958, un año antes de la Victoria.

*En la historia de la Revolución hay una parte substancialmente subterránea que nunca se hace pública.*

CHE GUEVARA, 28 de octubre de 1964.

# 10

## Luchando en suelo patrio

El *Granma*, con ochenta y dos hombres a bordo, tuvo realmente un principio poco feliz, como si quisiese augurar las tribulaciones que vendrían días más tarde. Soplaba temporal del norte. El Che recuerda «hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito»<sup>1</sup>.

El Caribe estuvo en calma los dos últimos días del viaje. Pero el *Granma* ya iba con retraso, y la sublevación de Santiago había sido sofocada.

El plan preveía desembarcar al norte de Niqueto, en la costa sudoeste de la provincia de Oriente. Celia Sánchez, hija de un médico local, tenía preparados para los hombres provisiones y automóviles. Los hombres desembarcados debían llegar hasta la Sierra Maestra, cuyas primeras estribaciones distan tan sólo unos 55 kilómetros de la costa. Celia esperó en vano. El *Granma* penetró en aguas poco profundas, al sur de Niqueto. Fue más un naufragio que un desembarco, comentaría el Che. Los hombres se escurrirían por los costados del buque para comenzar una expedición

de dos horas a través de una ciénaga, un inmenso pantano de lodo y enmarañado follaje<sup>2</sup>.

El primer cubano que acudió a recibir a Castro fue Ángel Pérez, un pobre carbonero. Castro le dijo: «Soy Fidel Castro y hemos venido a luchar por la libertad del pueblo cubano». Pérez había oído hablar de Castro y le invitó a su bohío<sup>3</sup>. Mientras estaban allí, un barco de la armada cubana comenzó a disparar sobre los alrededores, al tiempo que varios aviones sobrevolaban la zona ametrallándola y bombardeándola. Se había perdido la ventaja de la sorpresa.

Los hombres se adentraron en tierra guiados por un campesino de la zona. Al amanecer del día siguiente, las tropas de Castro eran «un ejército de sombras, de fantasmas, que caminaban como siguiendo al impulso de algún oscuro mecanismo psíquico»<sup>4</sup>, e hicieron un alto en una plantación de caña no lejos de las vertientes montañosas. Los exhaustos hombres descansaron durante la mañana y, al llegar la tarde, comenzaron a vagar por los campos de caña cortando succulentos tallos.

El desastre se produciría a las cuatro de la tarde. Alegría de Pío estuvo a punto de convertirse en el cementerio de una empresa que tanto tiempo había tardado en prepararse. De repente, se vieron atacados por un grupo de soldados de Batista. Fue un día de muerte y captura, fuga y dispersión. Murieron veintiuno de los hombres de Castro, algunos en Alegría de Pío y el resto durante las semanas siguientes.

Castro escapó con dos compañeros. Tardaron dos semanas en llegar, exhaustos y herapientos, hasta las estribaciones de la Sierra Maestra. Posteriormente se les unirían pequeños grupos entre cuyos integrantes se hallaban Raúl Castro y Che Guevara. En un principio eran tan sólo siete hombres armados<sup>5</sup>.

Se ha dicho a menudo que Fidel Castro es un maestro en el arte de convertir la adversidad en victoria, la desmoralización en optimismo. Hubiera sido muy humano en aquel momento renunciar a todo plan de guerra de guerrillas en

la Sierra Maestra. Sin embargo, Castro conservaba su irreductible confianza, y dijo a su reducida banda de supervivientes: «Ahora vamos a vencer»<sup>6</sup>.

El hecho de que un puñado de hombres pudiera sobrevivir y alcanzar la Sierra Maestra se debe, en gran parte, a la ayuda recibida de los campesinos de la región. Los dos héroes locales más prominentes fueron Crescencio Pérez, un viejo patriarca campesino, y Guillermo García, un ganadero. Ambos organizaron una red clandestina de campesinos destinada a ayudar a los supervivientes del desastre de Alegria de Pío<sup>7</sup>. García se unió pronto al ejército rebelde de Castro y acabó alcanzando su más alta jerarquía, la de *comandante*<sup>8</sup>. En 1965 se convirtió en uno de los ocho miembros del buró político del Partido Comunista de Cuba.

A finales de diciembre, Celia Sánchez estableció contacto con la reducida tropa de Castro en la Sierra. Luego regresó al llano<sup>9</sup> para informar a Frank País y a los demás dirigentes del sector urbano clandestino del 26 de Julio. A los pocos meses, Celia volvería a la montaña para pasar el resto de la guerra como ayudante de Castro<sup>10</sup>.

No todos los campesinos ayudaron a los rebeldes. Algunos delataron al extraño grupo de hombres que tan abruptamente había irrumpido en sus vidas. Es muy probable que la presencia de los hombres de Castro en Oriente la notificase al ejército un campesino de la zona, dando como resultado el ataque sorpresa de Alegria de Pío. El Che sospechaba del guía, y al hacer memoria sobre los hechos, más tarde, observó: «Nunca debimos permitirle irse a nuestro falso guía»<sup>11</sup>. Una vez en la Sierra Maestra, Castro ordenó la ejecución de «Chicho» Osorio, el capataz de una gran estancia local que había cooperado con el ejército en la búsqueda de los guerrilleros<sup>12</sup>.

La ejecución de Osorio coincidió con la primera acción ofensiva de Castro: el ataque a un pequeño destacamento del ejército en La Plata, formado por alrededor de una docena de hombres. La fuerza guerrillera comenzó su ataque con veinte armas, y finalizada la lucha se había apoderado

de ocho rifles Springfield, una subametralladora Thompson y miles de balas. El ataque constituyó un éxito, y fue el único momento durante toda la guerra de guerrillas en que los rebeldes tuvieron más armas que hombres<sup>13</sup>. Cbe Guevara, el primer historiador del Ejército Rebelde, escribiría: «El campesino no estaba preparado para incorporarse a la lucha, y la comunicación con las bases de la ciudad prácticamente no existía»<sup>14</sup>.

La Plata fue un gran estímulo moral para el pequeño grupo guerrillero. Cinco días más tarde, los «veteranos guerrilleros» tendieron una emboscada a la avanzada de una columna militar que iba en su busca y mataron a cinco soldados.

\*

En el verano de 1972, Herbert Matthews, ya casi retirado de su larga carrera como reportero del *The New York Times*, llegó a Cuba. Ambos nos alojábamos en el Hotel Nacional, donde mantuvimos largas discusiones sobre la Isla. Mathews era un hombre de gran integridad, con un ideario populista jeffersoniano. Recuerdo su preocupación por la ética profesional cuando se vio precisado a aceptar gratuitamente la reposición de una corona de oro en una clínica dental cubana<sup>15</sup>. Aunque crítico, mostró una gran simpatía por la Revolución cubana. Estaba claro que no lamentaba haber sido quien centrara la atención mundial sobre la persona de Fidel Castro<sup>16</sup>.

Cuando Matthews entrevistó a Castro en la mañana del 17 de febrero de 1957, en la Sierra Maestra, el Ejército Rebelde contaba tan sólo con 18 hombres. Era una banda de guerrilleros errabundos sin base permanente ni destino fijo: «la fase nómada», como la calificaría el Che Guevara<sup>17</sup>. Al mes siguiente del ataque a La Plata habían establecido contacto con muchos campesinos pobres, pero, a causa de las tácticas terroristas del ejército, no habían conseguido romper su recelo.

Varios días antes de la llegada de Matthews, las fuerzas de Castro habían sido bombardeadas desde el aire y casi aniquiladas definitivamente. Su situación había sido delatada por un guía campesino, Eutimio Guerra, quien les había ayudado en uno de sus momentos más difíciles. Guerra fue ejecutado pocos días después de que Matthews abandonara la Sierra <sup>18</sup>.

Matthews trató contacto con el Movimiento 26 de Julio en La Habana y estuvo de acuerdo en marchar hasta la Sierra para entrevistarse con Fidel. Guevara escribiría: «En esos momentos era más importante para nosotros la presencia de un periodista extranjero, preferiblemente norteamericano, que una victoria militar» <sup>19</sup>.

La entrevista fue publicada en *The New York Times* del 24 de febrero. La censura cubana recortó el artículo de *The Times* antes de que sus ejemplares fueran puestos a la venta en la capital. El ministro de Defensa de Batista negó que Matthews se hubiese entrevistado personalmente con Castro. Como el ministro declaraba habérselas con «un capítulo de novela fantástica», el *New York Times* publicó la famosa fotografía de Castro y Matthews fumando ambos grandes puros en la manigua <sup>20</sup>.

Temiendo las censuras de la ya próxima convención de la Asociación Interamericana de Prensa, el gobierno de Batista acabó por permitir la publicación en Cuba de la entrevista. *Bohemia* puso el acento en la importancia de la historia relatada por Matthews.

Gracias a él sabemos ahora que: 1) la insurrección en las montañas de Oriente está viva y en suelo cubano, 2) su líder está vivo y en tierra cubana, dirigiendo a los combatientes del Movimiento 26 de Julio, 3) y su posición es tan segura que se puede permitir el lujo de invitar a distinguidos correspondientes americanos para entrevistarles <sup>21</sup>.

El relato de Matthews condenaba la dictadura de Batista y pronosticaba que Castro y su movimiento serían una fuerza a considerar. Matthews vio el programa de Castro como «radical, democrático y, por consiguiente, anticomunista»<sup>22</sup>.

Hay un curioso elemento en el reportaje de Matthews que debe ser tomado en cuenta. Matthews escribió que la organización de Castro «es un movimiento revolucionario que se llama a sí mismo socialista»<sup>23</sup>. Y es sorprendente, porque Castro jamás usó la palabra *socialista* para describir su movimiento en ninguno de sus documentos e intervenciones públicas, y no es demasiado probable que hiciera una excepción en el caso de Matthews. Más aún, Castro contó al Che Guevara que Matthews le había preguntado si el movimiento era *antiimperialista*, a lo que había respondido afirmativamente<sup>24</sup>.

La sobreestimación por parte de Matthews del número de las fuerzas rebeldes creó una gran expectativa en Cuba<sup>25</sup>. El ejército recibió órdenes de aplastar totalmente a los guerrilleros, y su frenética actividad en la Sierra sólo consiguió reforzar los rumores de que las guerrillas tenían ya una formidable fuerza.

Incapaz de capturar a los guerrilleros, el ejército comenzó a expulsar a los campesinos de la zona desde sus casas, situadas en las estribaciones de la Sierra, hasta las playas de la costa meridional. Después, las zonas evacuadas fueron bombardeadas sin discriminación, mientras que los campesinos sospechosos de ayudar a las guerrillas eran tratados con criminal brutalidad.

En una de sus publicaciones clandestinas, *El Campesino*, los comunistas condenaban la salvaje política del gobierno declarando que

desde diciembre del pasado año que los grupos de alzados encabezados por Fidel Castro se internaron en la Sierra Maestra, la Fuerza Pública ha venido realizando numerosas acciones represivas y de in-

timidación contra las familias campesinas que habitan las cercanías de la Sierra... A fin de impedir que los campesinos se fueran a unir a los alzados contra el gobierno o que les suministren ayuda, ciertos jefes del Ejército y la Marina han estado cometiendo los más criminales atropellos contra los campesinos de aquella zona<sup>26</sup>.

El PSP, siguiendo todavía una política de ayuda condicional a los guerrilleros, continuaba difiriendo de Castro en cuanto al conjunto de estrategia y táctica en la lucha anti-batistiana. Los comunistas creían que sólo una táctica basada en un amplio frente unido y la acción de las masas podían crear las condiciones necesarias para derrocar al régimen de Batista<sup>27</sup>. Juan Marinello, presidente del Partido Socialista Popular, reiteró tales diferencias a Herbert Matthews en una carta escrita a mediados de marzo. No obstante, subrayaba que los rebeldes estaban «inspirados por nobles intenciones»<sup>28</sup>. La carta de Marinello fue escrita sólo cuatro días antes del fracaso de un grupo de estudiantes que intentaba matar a Batista y desencadenar un levantamiento nacional<sup>29</sup>.

Al mismo tiempo, el grupo de Castro comenzó a recibir los más que necesarios refuerzos del llano enviados por Frank País. En abril, el ejército de Castro sólo tenía ochenta hombres en sus filas, incluidos algunos campesinos. «Poco a poco —escribiría el Che—, en el campesino se fue operando un cambio hacia nosotros, impulsado por la acción de las fuerzas represivas de Batista, que se dedicaban a asesinar y a destruir las casas»<sup>30</sup>. El Ejército Rebelde comenzaba a moverse como un pez en el proverbial mar de los campesinos. Durante el primer año de operaciones, se convertiría mayoritariamente en un ejército de campesinos.

A lo que nunca se ha dado suficiente importancia es al tipo de campesinos que habitaba la Sierra. Y sin comprender esto, se hace muy difícil explicar la ayuda militante que prestarían muchos de estos campesinos a lo que más

tarde iban a ser transformaciones socioeconómicas mucho más amplias que las derivadas de una mera reforma agraria.

Los campesinos de las sierras de Oriente no eran campesinos típicos. «La mitad como mínimo de la población económicamente activa de las Sierras pertenecía al proletariado agrícola»<sup>31</sup>. Eran obreros asalariados, que ganaban su jornal trabajando para los terratenientes, y por tanto podían considerarse como parte integrante del proletariado cubano. Alrededor de otro diez o quince por ciento eran «semiproletarios» que cultivaban diminutas parcelas de tierra y pasaban la mayor parte del año trabajando como obreros agrícolas asalariados<sup>32</sup>. Se explica así la solidaridad obrera-campesina que se logró desde el primer momento del proceso revolucionario cubano.

Más aún, los campesinos de la Sierra Maestra tenían larga experiencia en las luchas por sus propias reivindicaciones. Una gran parte de ellos estaban estrechamente vinculados a las fábricas instaladas en el campo cubano, los ingenios azucareros. Zonas enteras tenían tradición de organización y militancia. Existían 39 ingenios azucareros diseminados en la provincia de Oriente, 19 de ellos concentrados en las proximidades de la Sierra Maestra. La experiencia de las luchas obreras en las plantaciones de caña y en los ingenios había generado una fuerte conciencia de clase entre los obreros de estas zonas<sup>33</sup>.

En diversos puntos de la provincia, los campesinos se habían enfrentado a poderosos intereses económicos en largas y duras batallas, para defender sus tierras, para obtener más altos precios por sus cosechas y para evitar desahucios. He tenido la oportunidad personal de oír hablar acerca de tales experiencias a numerosos campesinos de Oriente<sup>34</sup>.

Los comunistas habían desempeñado un papel activo en estas luchas que databan ya de la década de los treinta. Dirigían el sindicato azucarero, la organización laboral más poderosa del país, en cuyo seno habían organizado a los obreros agrícolas, la mayor parte de los cuales carecían de tierras propias o trabajaban como aparceros. Los comunis-

tas también habían fundado y dirigido la Asociación Nacional Campesina, propulsora de innumerables luchas llevadas a cabo por los campesinos de la provincia <sup>35</sup>.

Durante años, los ingenios azucareros de la zona de Manzanillo y Bayamo constituyeron los extremos de un eje desde el que las ideas de la clase obrera irradiaban hacia áreas circundantes, hasta llegar a la Sierra Maestra. El ingenio Mabay, cerca de Manzanillo, había sido el centro de uno de los «sovietes» de corta vida organizados por los obreros en 1933, tras la caída de la dictadura de Gerardo Machado <sup>36</sup>. Durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta Manzanillo había tenido un alcalde y congresista comunista <sup>37</sup>.

En cierta ocasión le pregunté a Carlos Rafael Rodríguez si el Partido Socialista Popular había penetrado hasta la Sierra Maestra, y me respondió con toda seguridad: «Por descontado tuvimos un gran número de miembros entre los campesinos de la Sierra» <sup>38</sup>.

En esta conversación Rodríguez me reveló por primera vez que los comunistas habían establecido contacto oficial con el grupo de Fidel sólo semanas después de que éste hubiera desembarcado del *Granma*. Envieron a la Sierra, para hablar con Castro, a Gottwald Fleitas, dirigente del PSP en Bayamo. «Marchó a la Sierra cuando sólo había allí doce hombres... a comienzos de 1957», dijo Rodríguez. Fleitas había sido comisionado para comunicarle a Castro que el PSP enviaba instrucciones a sus militantes campesinos de la Sierra para que cooperaran con las guerrillas <sup>39</sup>.

De acuerdo con las directrices del partido, algunos de los campesinos comunistas ayudaron a los guerrilleros de Castro en los meses siguientes. Por ejemplo, un miembro del PSP de San Lorenzo de las Mercedes, en el corazón de las Sierras <sup>40</sup>, y otro, Conrado Enriquez <sup>41</sup>, que vivían en la cima de un montículo que los vecinos de la zona llamaron Altos de Conrado, ayudaron al pequeño grupo casi desde el principio de sus operaciones en la Sierra. Conrado, que se había afiliado al partido en los años treinta, es mencio-

nado por Che Guevara, quien escribiría que «este compañero era miembro del Partido Socialista Popular y desde el primer momento se había conectado con nuestras tropas prestándonos valiosos servicios»<sup>42</sup>.

Se debe reiterar que la posición comunista era la de que la lucha armada tenía muy pocas probabilidades de éxito en aquel momento concreto. De todos modos, su *condicional ayuda* a la fuerza guerrillera de Castro es históricamente significativa, tanto más cuanto que constituye un eslabón más en la larga cadena de fraternales contactos entre Castro y el PSP.

El mundo sabe que Castro nunca ha hablado públicamente sobre estos contactos, a pesar de lo cual los hechos históricos conducen a la inevitable conclusión de que Castro dio la bienvenida a los comunistas y les consideró finalmente como sus aliados políticos. Y esta evidencia queda constatada tanto por sus tácticas políticas durante la guerra de guerrillas como por su liderazgo tras la victoria.

\*

Si Matthews probó la presencia física de Castro en la Sierra, la batalla de El Uvero se puede decir que mostró su presencia militar. La batalla tuvo lugar el 29 de mayo de 1957, diez días después de que la cadena televisiva CBS transmitiera un documental sobre el ejército rebelde de Castro, filmado por Bob Tabor y Wendel Hoffman<sup>43</sup>.

El ataque al destacamento militar de El Uvero, próximo a un aserradero cercano a la costa sur del Caribe, acabó en victoria para el grupo guerrillero. Las bajas del enemigo fueron 19 muertos y 14 heridos.

Los rebeldes también sufrieron un elevado número de bajas, 6 muertos y 9 heridos<sup>44</sup>. Pero el impacto psicológico y propagandístico de la batalla de El Uvero justificaba de sobra su alto precio, ya que las noticias sobre el combate reverberaron sobre toda Cuba y las comunidades de exiliados cubanos.

Desde El Uvero se hizo muy difícil ocultar el hecho de que, mientras los políticos exiliados cubanos hablaban y luchaban por ocupar posiciones en la futura carrera abierta tras la caída de Batista, Castro y su Movimiento actuaban en el campo de batalla. La lucha armada en la Sierra dio a Castro una autoridad que nadie pudiera haber ganado merelymente a través de la politiquería y las relaciones públicas.

A mediados de 1957, el ex presidente Prío, exiliado en los Estados Unidos, comenzó a planear la captación de Castro para sus propios fines. Vio la ventaja, o mejor aún, el imperativo político de identificarse con Castro y apoderarse del prestigio ya ganado por el Movimiento 26 de Julio. Se daba perfecta cuenta de que la libertad de Castro para maniobrar políticamente se hallaba severamente restringida por su aislamiento en las montañas de Oriente: «prisionero en los montes de la Sierra»<sup>45</sup>, como diría el Che.

Al mismo tiempo, en el mes de junio<sup>46</sup>, dos importantes figuras de la comunidad de exiliados instalada en Miami se trasladaron a la Sierra Maestra. Uno era Raúl Chibás, líder del Partido Ortodoxo en el exilio y hermano de Eduardo Chibás. El otro era un representante de Prío, Felipe Pazos, ex presidente del Banco Nacional. El comentario del Che sobre ambos fue duro. De Pazos escribió que tenía «el cerebro de pequeño Maquiavelo»; de Chibás, que «vivía sólo del prestigio de su hermano... pero no tenía ninguna de sus virtudes»<sup>47</sup>.

Los dos hombres fueron a convencer a Castro de la necesidad de publicar un manifiesto conjunto. Castro estuvo de acuerdo en hacerlo así, e intentó efectuar una declaración tan radical como fuera posible. Como anotaría el Che, tarea difícil cuando se está jugando con hombres «insensibles al llamamiento de la lucha popular»<sup>48</sup>.

Tan pronto como se firmó el Manifiesto de la Sierra Maestra y se tomaron las adecuadas fotos de Pazos y Chibás acompañando a Fidel con fines publicitarios, uno y otro abandonaron la Sierra.

Si el programa del Moncada no era ni de lejos el que

Castro soñó, el Manifiesto de la Sierra lo era todavía mucho menos. De todos modos, contenía algunas medidas progresistas que entrarían en efecto tras la caída de Batista. Castro reconoció que todavía no era posible imponer el programa de los que estaban luchando en las montañas. La concesión «era necesaria, era progresista en aquel momento»<sup>49</sup>.

El Manifiesto contenía una serie de formulaciones que eran claras victorias desde la perspectiva de Castro. Y entre ellas destacaba la formación —en la que Castro había insistido mucho— de un frente revolucionario que incluyera a «todos los partidos políticos de oposición, los sectores revolucionarios y las instituciones cívicas»<sup>50</sup>. Una interpretación estricta de esta cláusula significaba la inclusión de los comunistas, idea anatematizada por la mayoría de los exiliados políticos.

El Manifiesto de la Sierra rechazaba el golpe militar como medio para derrocar a Batista, y condenaba explícitamente «la mediación e intervención de otra nación en los asuntos internos de Cuba»<sup>51</sup>, referencia obvia a los Estados Unidos. Pedía un gobierno provisional, así como la selección de un presidente también provisional.

Una importante concesión por parte de los exiliados políticos era el reconocimiento de que «la Sierra Maestra es ya un baluarte indestructible de la libertad»<sup>52</sup>.

Castro hubiera querido incluir un programa de reforma agraria más radical, pero Pazos y Chibás no fueron más allá de la fórmula consistente en distribuir las tierras abandonadas previa indemnización a sus propietarios.

Pazos y Chibás abandonaron la Sierra Maestra con la intención de jugar la carta del Manifiesto en Miami como si de un as se tratase. Pero cuando, en otoño, el ejército de Batista desencadenó una ofensiva y sembró el terror entre los campesinos de la Sierra, los políticos probaron que estaban realmente más interesados en la política que en ayudar a Castro y a la lucha armada. Lester Rodríguez, emisario de Castro en Miami, pidió armas a los grupos de exilia-

dos, pero le fueron negadas. Escribió entonces a Castro: «en definitiva, no existe ningún compromiso con estos señores y creo que en el futuro tampoco es recomendable tenerlo»<sup>63</sup>.

\*

En octubre de 1957, Ursinio Rojas, veterano dirigente del PSP y de los obreros azucareros, se presentó en la Sierra Maestra para entrevistarse con Castro en secreto. Según he podido saber, tuvieron un sincero intercambio de opiniones sobre la furia anticomunista existente entre ciertos líderes del Movimiento 26 de Julio en el llano, y especialmente entre los del Frente Obrero Nacional (FON). Castro creía en la unidad con los comunistas, pero todavía no estaba en condiciones de imponer su política a los demás dirigentes del movimiento. Castro y Rojas estudiaron el problema y discutieron las medidas que deberían adoptar para asegurar un movimiento unificado<sup>64</sup>.

Durante este período el PSP estaba revisando su política hacia el movimiento guerrillero de Castro. Se decidió dar permiso a algunos comunistas para ingresar en el Ejército Rebelde de Castro, aunque no como representantes oficiales del PSP<sup>65</sup>. Es muy probable que fuera Rojas quien informase a Castro de la decisión del Partido.

La perspectiva del PSP cambiaba con lentitud. En enero de 1958, los comunistas declaran que «esta lucha *aún no ha llegado al punto* en que la mayoría del pueblo se haya decidido por las armas, por la guerra»<sup>66</sup>. Creo relevante esta formulación porque reconoce implícitamente la *futura posibilidad* de alcanzar dicho punto. El PSP aceptó como establecida la eficacia de la guerra de guerrillas que llevaba a cabo Castro en la Sierra, pero no creía que las condiciones fueran las mismas en todas partes. «Existe una gran diferencia entre el nivel de lucha en la Sierra Maestra, donde un grupo de cubanos se sostienen por más de un año en lucha con las armas en la mano contra la tiranía y el resto de Cuba, es decir, y casi toda Cuba»<sup>67</sup>.

La política de unidad discutida por Castro y Rojas dio algún fruto, aunque más entre los militantes de base que entre los líderes urbanos del Movimiento. Por ejemplo, en la zona habanera industrial de Luyanó, los comunistas y los militantes del 26 de Julio trabajaron en estrecha armonía. Más Martín, viejo amigo de Fidel que había llegado a ser el líder de los comunistas de Luyanó, me contó que él y Caamaño, el coordinador allí del Movimiento 26 de Julio, habían trabajado juntos para fortalecer el M-26-7 entre los obreros industriales y otros trabajadores. Cuando Luis Cabrera, uno de los dirigentes nacionales del Frente Obrero del 26 de Julio, supo del trabajo conjunto de ambas organizaciones, amenazó a Caamaño con expulsarle del Movimiento si continuaba cooperando con los comunistas. Más Martín dice que se mantuvo la cooperación, pero de forma mucho más discreta<sup>58</sup>.

Es interesante constatar que el Movimiento 26 de Julio tenía entre sus filas a hombres que se consideraban marxistas y que se hallaban influenciados por el PSP. Este hecho explica la bandera roja izada por militantes del 26 de Julio sobre el patio de la prisión del Príncipe en noviembre de 1957, para celebrar la Revolución Rusa<sup>59</sup>. Los tres hombres que izaron la bandera eran obreros y morirían más tarde en la lucha. Otro héroe del 26 de Julio, Arístides Viera, dejó su última voluntad escrita en testamento: «Los fines fundamentales a que aspiro, con plena conciencia de los factores revolucionarios clave, no se diferencian una molécula de los de Marx y Lenin»<sup>60</sup>. Pero ciertos dirigentes del Movimiento 26 de Julio en el llano rehusaban cooperar con los comunistas bajo ninguna circunstancia.

\*

En enero de 1958, un año antes de producirse la victoria, Guevara mandó una nota a Castro, quien se hallaba en otra de las bases afincadas en la Sierra Maestra. La nota del Che era una aprobación entusiasta de la declaración po-

lítica efectuada por Castro en una carta abierta a los grupos exiliados en Miami. Señalaba. Guevara: «Ya lo decía Lenin, la política de principios es la mejor política»<sup>61</sup>.

Hasta donde he podido descubrir, la breve acotación del Che jamás ha sido mencionada en ningún libro sobre Fidel Castro. De todos modos, el casual «ya lo decía Lenin» escrito en una nota que sólo debía ser vista por Castro nos habla de cierta identidad ideológica entre ambos hombres.

En esta nota el Che felicitaba a Castro por su público rechazo del Pacto de Miami, que había sido elaborado en dicha ciudad sin su participación directa y firmado allí el 1 de noviembre de 1957. Entre los firmantes se hallaban el ex presidente Prío, Manuel Antonio de Varona, ex presidente del Senado cubano, Roberto Agramonte, alto dirigente del Partido Ortodoxo, y tres miembros del Movimiento 26 de Julio a quienes Castro no había autorizado para firmar el documento.

El texto completo del Pacto de Miami tardó veinte días en llegarle a Castro a su lugar de combate en la Sierra. Para entonces, el documento ya había sido hecho público. Llegó el mismo día en que la primera columna de Castro, la «José Martí», había entablado tres combates con las fuerzas de Batista. Castro escribiría a la autodenominada Junta Cubana en Miami: «Coincidio la llegada de esos papeles, tal vez si por una ironía del destino, cuando lo que necesitamos son armas, con la más intensa ofensiva que ha lanzado la tiranía contra nosotros»<sup>62</sup>.

Al recibir el texto, Castro convocó a la dirección del Movimiento 26 de Julio en la Sierra para discutir el Pacto de Miami, «en el que no sólo el prestigio, sino la razón histórica del 26 de Julio, se han puesto en juego»<sup>63</sup>. Fue en esta reunión donde, en términos muy duros, denunció el Pacto de Miami.

Castro dijo que el Pacto no era válido, dado que los delegados del 26 de Julio lo habían suscrito «sin que se haya tenido siquiera la delicadeza —si no ya la obligación elemental— de consultar a sus dirigentes y combatientes»<sup>64</sup>.

Y añadió que, aun cuando el proceder de los delegados del Movimiento hubiera sido «hiriente e indignante... lo habríamos aceptado, a pesar de todo, por lo que de positivo tiene la unidad, por lo que de útil tienen ciertos proyectos concebidos por la Junta, por la ayuda que se nos ofrece y que realmente necesitamos..., si no estuviéramos sencillamente en desacuerdo con algunos puntos esenciales de las bases»<sup>65</sup>.

Castro debió sentirse irritado por una de las primeras líneas del Pacto de Miami. En ella se afirmaba que el Pacto había sido escrito «en tierra libre de esta gran democracia, los Estados Unidos de América». Castro no mencionó esta frase, pero no dejó de calificar como «una cobardía la ausencia de toda cláusula rechazando la intervención extranjera en los asuntos internos de Cuba»<sup>66</sup>, formulación que había sido incluida a instancias suyas en el antiguo Manifiesto de la Sierra. El líder del Movimiento 26 de Julio también criticó la ausencia de una cláusula que rechazara explícitamente la sustitución de la dictadura por una Junta militar, otro punto que también había sido incluido en el antedicho Manifiesto<sup>67</sup>.

Castro estaba especialmente irritado por una cláusula en la que se afirmaba que, después de la victoria, «las fuerzas revolucionarias deberán incorporarse junto con sus armas al ejército regular». Y se preguntaba: «¿Qué se entiende por fuerzas revolucionarias? ¿Es que puede dárseles uniforme e investir agentes de autoridad a los que tienen hoy las armas escondidas para sacarlas a relucir el día del triunfo y se cruzan de brazos mientras un puñado de compatriotas se batén contra toda las fuerzas de la tiranía?»<sup>68</sup>.

Castro declaraba en su carta abierta: «Pero lo importante para la Revolución no es la unidad en sí, sino las bases de dicha unidad»<sup>69</sup>. Años más tarde diría que no estaba interesado en unirse a las organizaciones en el exilio base del Pacto de Miami porque hubiera equivalido a dar la mayoría a los elementos conservadores. Y haría notar que Prío y otros políticos instalados en Miami «están contrarios a una

unidad total, amplia; toda aquella gente siempre era partidaria de excluir al Partido Socialista Popular de la unidad»<sup>70</sup>.

Castro sabía que la aceptación del Pacto de Miami significaba olvidar su sueño «de revolucionar este país de punta a cabo»<sup>71</sup>. Estaba perfectamente al tanto de las cautelosas observaciones de Lenin sobre el poder del Estado y comprendió que la disolución del ejército rebelde al finalizar la guerra<sup>72</sup>, como pedía el Pacto de Miami, destruiría la única fuerza capaz en Cuba de asegurar el ulterior desarrollo de la Revolución. Por tales razones, el cabal significado de la pequeña nota privada que le enviara el Che —«Ya lo decía Lenin, la política de principios es la mejor política»— no le era ajeno en absoluto.

Los comunistas coincidieron con Castro y Guevara en su juicio sobre el Pacto de Miami. Unas semanas después de que fuera hecha pública la carta a la Junta Cubana de Liberación, publicaron su propia declaración, en la que afirmaban que «las masas del Movimiento 26 de Julio y la opinión popular democrática habían visto con simpatía la decisión de la dirección del 26 de Julio»<sup>73</sup>.

# 11

## Mi destino verdadero

A finales de 1957, el ejército rebelde consolidó sus posiciones en la Sierra Maestra mediante una serie de emboscadas a destacamentos enemigos y ataques a puestos militares coronados por el éxito. En noviembre, un pelotón rebelde tendió una emboscada a un convoy de camiones que transportaba trescientos soldados, inflingiendo al enemigo setenta bajas. El estado mayor de Batista se vio obligado a alterar su táctica. En diciembre, el ejército regresó a la Sierra e intentó aislarla, ubicando una serie de puestos armados que la circunvalaran. Habían sido incapaces de destruir la guerrilla, y ahora intentarían en vano ponerla en cuarentena.

Castro se mostró un experto de la guerra de guerrillas en terreno montañoso. Y asimismo mostró gran maestría en el igualmente decisivo juego político. Castro sabía que, cuanto más creciese la lucha contra Batista, más acuciado se vería el gobierno norteamericano ante un dilema crucial. ¿Seguiría apoyando a la dictadura o acaso empezaría a buscar una solución de recambio? Era de sentido común considerar que Batista sería fuerte sólo si los americanos querían que lo fuese.

Si el Departamento de Estado consideraba «comunistas» los objetivos de Castro, mandaría desde Estados Unidos el apoyo militar necesario para asegurar su destrucción<sup>1</sup>. Con Castro destruido, quedaba expedito el camino para una alternativa segura y «democrática» a la dictadura de Batista.

En tales circunstancias, Castro sabía que era esencial quitar a los americanos el miedo a que sus intereses económicos y políticos no fueran salvaguardados tras la victoria de los rebeldes.

Es desde esta perspectiva cómo deben interpretarse las palabras de Castro publicadas, en febrero de 1958, en la revista americana de gran circulación *Coronet*. Este artículo, escribió, «nos da la oportunidad de exponer nuestros objetivos y corregir los muchos errores y distorsiones que circulan sobre nuestra lucha revolucionaria». Dijo también en su artículo lo que el americano medio y el Departamento de Estado querían oír: «Ayudaremos a organizar un gobierno provisional compuesto por delegados de nuestras diferentes organizaciones cívicas, leones, rotarios, colegios profesionales como los de médicos e ingenieros, asociaciones religiosas y demás». Quedaba fuera de su comentario la afirmación efectuada dos años y medio atrás, acerca de que la politiquería sólo había dado a Cuba «cadenas, compromisos, decepciones y traiciones»<sup>2</sup>.

La afirmación de Castro sobre la libre empresa era una parodia pública que hubiera podido servir como una propaganda de la misma Cámara de Comercio Americana. «Personalmente creo que la nacionalización es, en el mejor de los casos, un instrumento embarazoso. Parece que no hace al Estado más fuerte, sino que debilita a la empresa privada... Las inversiones extranjeras siempre serán aquí bienvenidas y seguras.» Hablaba en los términos que estaban acostumbrados a escuchar los norteamericanos: «La palabra que mejor sintetiza y expresa nuestros objetivos es, simplemente, libertad».

Las palabras de Castro, que volaban como proyectiles procedentes de la Sierra, tenían como objetivo desarmar al

enemigo histórico de Cuba, y los eventos ulteriores darían testimonio de su abrumadora precisión. La amenaza de la intervención americana en caso de una victoria rebelde tenía sus antecedentes históricos<sup>3</sup>. En 1895, José Martí había prevenido en términos muy amargos los peligros de la dominación americana:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que así lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—, de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Este testimonio dirigido a sus herederos, que Martí escribiera un día antes de su muerte en el campo de batalla, concluía con las siguientes palabras: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas. Y mi honda es la de David»<sup>4</sup>.

Estas últimas palabras de Martí encuentran su eco en las igualmente proféticas de Fidel Castro, garrapateadas en una nota a Celia Sánchez cuatro meses después de sus declaraciones a *Coronet*. El juramento contenido en esta nota personal estaba provocado por un ataque con bombas de fabricación americana a la casa de Mario Sariol, un campesino de la montaña que había ayudado a Castro desde su llegada a la Sierra. Escribía Castro:

Me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande, la guerra que voy a echar contra

ellos. Me doy cuenta de que ése va a ser mi destino verdadero<sup>5</sup>.

A principios de enero de 1958, la dirección del 26 de Julio en el llano insistía en que ya era el momento oportuno para organizar una huelga general revolucionaria<sup>6</sup>. Faustino Pérez, el dirigente de los grupos del M-26-7 en La Habana<sup>7</sup>, se trasladó desde la capital hasta la Sierra para convencer a Castro de la necesidad de un llamamiento a la huelga general. Pintaba las más rosadas perspectivas de éxito para la operación, y le dijo a Castro que los grupos de activistas del llano estaban preparados para el tan anhelado día.

Es muy posible que Castro no estuviera demasiado seguro de las posibilidades de éxito de una huelga general insurreccional en ese momento. No obstante, y debido a la insistencia de la dirección política del llano, se sintió obligado a apoyar, como líder del Movimiento 26 de Julio, un llamamiento a la huelga general<sup>8</sup>.

El 12 de marzo, él y Pérez firmaron un llamamiento conjunto a la huelga, donde se señalaba la suspensión de los derechos constitucionales por parte de la dictadura como un síntoma de «su tremenda debilidad», y se sostendía la existencia de «un ambiente de huelga general» en toda Cuba.

Los comunistas, que tenían fuertes bases de apoyo en los puertos, fábricas e ingenios azucareros, elaboraron de inmediato su propio llamamiento apoyando la huelga general<sup>9</sup>. Coherente con su táctica y análisis desde la toma del poder por parte de Batista, el PSP había contemplado el proceso de caída del régimen como una serie de luchas en favor de demandas políticas y económicas inmediatas que culminaría, por fin, en una huelga nacional acompañada de una situación insurreccional generalizada<sup>10</sup>. *Carta Semanal*, periódico clandestino del PSP, lanzó la siguiente consigna: «A los obreros de las fábricas, ¡uníos! ¡Formad comités de frente único!»<sup>11</sup>.

De todos modos, la mayoría de la dirección del 26 de Julio en La Habana, y muy especialmente la de su frente obrero, el Frente Obrero Nacional (FON), no tenía la intención de desarrollar condiciones que facilitaran la unidad con los comunistas. Su concepción de la huelga era la de un llamamiento a la población para que se uniera a la huelga simultaneándola con ataques armados a objetivos escogidos de antemano de La Habana. Los preparativos para la huelga en talleres, fábricas y tiendas fueron menospreciados. El PSP, pese a estar deseoso de tomar parte no se le permitió participar en la organización de la huelga.

A principios de abril, los comunistas estaban convencidos de que debía abortarse la huelga en marcha si no se corregía rápidamente la situación. Envieron a la Sierra a uno de sus más veteranos militantes, Osvaldo Sánchez, para que informara a Castro de sus puntos de vista. Castro estaba indudablemente impresionado por los argumentos de Sánchez, quien se quejaba de que los dirigentes del llano, especialmente los de La Habana, habían sobreestimado su fuerza y desatendido la organización de la huelga en los talleres y otros centros de trabajo. Señaló que habían rehusado cooperar con los comunistas y que confiaban demasiado en la espontaneidad para el éxito de la huelga<sup>12</sup>.

Castro estaba desconcertado por el desarrollo de los hechos, especialmente por el rechazo de los dirigentes del FON a crear las necesarias condiciones de unidad para el éxito de una huelga general. El 26 de marzo publicó unas directrices que, por extensión, constituyan una clara crítica a muchos de los organizadores de la huelga en el llano. El meollo de su declaración era un llamamiento a la unidad, evidentemente con los comunistas. Castro escribía:

Al llamar al pueblo a la lucha final contra la tiranía, nuestro Movimiento no hace exclusiones de ninguna índole. Todos los trabajadores cubanos, cualquiera que sea su militancia política o revolucionaria, tienen derecho a integrar los Comités de Huel-

ga en sus centros de trabajo. El Frente Obrero Nacional no es un organismo sectario. Se ideó como instrumento para aunar y dirigir a los obreros en la lucha contra la tiranía.

La dirección del FON coordinará con las secciones obreras de las organizaciones políticas y revolucionarias que combaten el régimen, y con todos los núcleos organizados que luchan por las reivindicaciones económicas y políticas de su clase, para que ningún trabajador quede desvinculado del patriótico esfuerzo<sup>13</sup>.

Las instrucciones de Castro del 26 de marzo llegaron a La Habana a través de una campesina, Clodomira<sup>14</sup>. No obstante, no obtuvieron el resultado deseado. Los dirigentes del 26 de Julio en La Habana, y especialmente los del FON, dieron la menor publicidad posible a las observaciones de Castro y continuaron efectuando planes unilateralmente. El liderazgo de Fidel Castro en la Sierra era, efectivamente, saboteado por un pequeño pero poderoso grupo de dirigentes del Movimiento 26 de Julio, instalados en el llano<sup>15</sup>.

Ironicamente, fueron los comunistas quienes trataron de dar publicidad a las instrucciones de Castro. Aún antes de que se hubiera recibido una copia de las mismas en La Habana, su *Carta Semanal* informó que «un programa de radio emitido desde la Sierra Maestra nos indica que Fidel Castro ha efectuado un llamamiento a la unidad de todas las fuerzas de la oposición para organizar comités de huelga conjuntos en los centros de trabajo»<sup>16</sup>. Al día siguiente, lanzaron el eslogan: «¡Adelante! Hacia la huelga general!». Y *Carta Semanal* escribía: «Sentimos que está creciendo el espíritu de unidad, pero sabemos que siguen presentes las fuerzas de disgregación»<sup>17</sup>.

Los líderes del Movimiento 26 de Julio en el llano lanzaron un repentino llamamiento a la huelga para el 9 de abril de 1958. Un grupo armado se apoderó de una emisora

de radio de La Habana y anunció desde allí que la huelga empezaría inmediatamente. Era un desenlace inesperado, y no la culminación de un proceso cuidadosamente preparado entre la población<sup>18</sup>.

La respuesta del pueblo de La Habana fue desigual. Reinaaba la confusión por doquier. Buena parte de los trabajadores no se enteraron del llamamiento a la huelga. Los que salieron a la calle se encontraron sin dirigentes. Los grupos armados de acción del Movimiento 26 de Julio se comportaron heroicamente pero, en gran parte, ineficazmente, y además eran pocos. En algunos centros, los obreros respondieron finalmente con paros, pero éstos tuvieron poco efecto ante la capacidad del gobierno para controlar la situación.

El mayor éxito se obtuvo en la provincia central de Cuba, Las Villas, donde se produjo coordinación entre grupos tan diversos como el PSP y la Acción Católica<sup>19</sup>. Allá los comunistas jugaron un papel clave en su tradicional punto fuerte, los ingenios azucareros, donde trabajaron codo con codo con el FON.

El fracaso de la huelga representó un duro golpe para el Movimiento en el Llano. Las fuerzas de Batista iniciaron una campaña generalizada de represión. Activistas del 26 de Julio, así como numerosos miembros del PSP, se vieron forzados a trasladarse a Oriente para unirse con los guerrilleros.

Los comunistas estaban tremadamente disgustados por lo que consideraban aventurismo de parte de la dirección del 26 de Julio en La Habana. «Hemos sufrido los efectos de la desunión, de la llamada unilateral a la huelga sin tener en cuenta al resto de la oposición o a los propios obreros... Las huelgas no se pueden convocar con un simple llamamiento radiofónico»<sup>20</sup>.

Menos de un mes más tarde de la huelga del 9 de abril, tuvo lugar en la Sierra Maestra un encuentro para evaluarla, fijar responsabilidades por su fracaso y reorganizar el Movimiento 26 de Julio en el Llano, que había sido seriamente

dañado tras la subsiguiente represión. Fidel presidió el encuentro. El Che Guevara nos ha ofrecido la más completa descripción del mismo en su artículo «Un encuentro decisivo»<sup>21</sup>. La tensión era grande, pero la autoridad moral y el prestigio de Fidel guiaron las conclusiones de la reunión.

Al describir tales conclusiones, Guevara señala que la dirección del llano había «subestimado la fuerza del enemigo y exagerado subjetivamente la suya propia»<sup>22</sup>. En su crítica más dura contra los líderes del FON, el Che observaba «que se habían opuesto a toda participación del PSP en la organización de la lucha. [...] La política de aventurismo de la dirección del frente obrero se estrelló contra la inexorable realidad». La huelga, concluía el Che, se había visto «saturada con conceptos subjetivistas y putschistas»<sup>23</sup>.

Enzo Infante, que asistió al crucial encuentro en la Sierra después del fracaso de la huelga, me contó que, «de alguna manera, los hechos habían representado una lucha por el poder entre el llano y la Sierra, que a su vez defendían dos ideas muy diferentes de la Revolución»<sup>24</sup>. Se estaba refiriendo a las serias diferencias políticas que habían surgido entre ellos.

Algunos importantes dirigentes del Movimiento 26 de Julio en el llano habían llegado a creer que su campo de batalla era más decisivo que la guerra de guerrillas en las montañas. Pero, más importantes que estas evaluaciones militares, fueron sus diferencias políticas con los hombres que luchaban en el monte. La política de Castro perseguía establecer un gobierno que representara en *primer lugar* a los obreros y campesinos desposeídos; intentaba llevar a Cuba por el camino del socialismo en caso de que se presentaran posibilidades favorables. Por el otro lado, un importante grupo de dirigentes del llano tenía *in mente* un gobierno y un sistema económico democrático-burgueses, purgados de los viejos vicios.

El Che observó que la experiencia del 9 de abril «abriría una lucha ideológica en el seno del Movimiento 26 de Julio»<sup>25</sup>. El prestigio y la autoridad de Fidel quedaron conso-

lidos. Desde entonces, y hasta la victoria, quedó un solo núcleo director para el Movimiento 26 de Julio: la Sierra Maestra. Según el Che acababa de aprenderse una nueva lección: «que la revolución no pertenecía a ningún grupo concreto»<sup>26</sup>. De modo significativo, tras el encuentro en la Sierra el FON del 26 de Julio cambió su nombre por el de FONU, Frente Obrero Nacional *Unido*.

La huelga del 9 de abril también señaló un cambio radical en la actitud de los comunistas frente a la guerrilla. Tras la huelga, numerosos miembros del PSP, ante el peligro de acabar en prisión como consecuencia de la gran represión policiaca, se trasladaron a las montañas de Oriente para unirse al Ejército Rebelde.

\*

Después del fracaso de la huelga del 9 de abril, el régimen de Batista llevó a cabo una ofensiva general contra la guerrilla de Castro en la Sierra Maestra. La ofensiva, en la que participaron diez mil soldados, constituyó un fracaso total. Los trescientos hombres de Castro derrotaron a las fuerzas de Batista en casi todos los enfrentamientos. Dos meses más tarde, cuando Batista decidió retirar sus fuerzas, el Ejército Rebelde comenzó su ofensiva. Escribía el Che: «Nos hicimos con más de seiscientas armas, más del doble de las que teníamos en un principio, e infligimos más de mil bajas al enemigo»<sup>27</sup>.

La posición de liderazgo de Castro dentro del movimiento antibatistiano no hacía más que crecer día a día. Ahora existía entre las fuerzas de la oposición un reconocimiento generalizado de que la Sierra iba a jugar, inevitablemente, un papel vital en el derrocamiento de Batista.

Las fuerzas del viejo establecimiento comenzaron a percatarse de que su futuro dependía de su vinculación con el victorioso Movimiento. Castro seguía asegurando a los políticos de la oposición, a los capitalistas cubanos y al gobierno de los Estados Unidos, que él no era un impe-

tuoso extremista. «El Movimiento 26 de Julio nunca ha hablado de socialismo»<sup>28</sup>, declararía en mayo de 1958 a Jules Dubois, del *Chicago Tribune*. Castro creyó que había llegado la hora de negociar un pacto de unidad con otros elementos de la oposición, incluidos aquellos que gozaban de una reputación politiquera. Todavía no estaba preparado para revelar sus objetivos finales. Como siempre, su estrategia era la de unir como fuera posible y de forma amplia a todos los movimientos antibatistianos, sin sacrificar para ello su libertad de maniobra hacia más altas metas.

El 20 de julio, en Caracas, fue ratificado oficialmente un Manifiesto unitario previamente suscrito por Castro. Junto a la de Castro aparecían las firmas del ex presidente Carlos Prío por el Partido Auténtico, la del conocido abogado José Miró Cardona, la de Manuel de Varona por el Partido Revolucionario Cubano Insurreccional, y las de representantes de otras organizaciones antibatistas.

El Pacto de Caracas era muy diferente del Pacto de Miami, rechazado por Castro siete meses antes. Por aquel entonces, sus fuerzas eran mucho más débiles, y consideró que tal pacto le habría puesto una camisa de fuerza política, entregando influencia y maniobrabilidad a otras fuerzas antibatistas más conservadoras. Siempre existía el peligro de que, tras la victoria, éstas gozarían de una posición mucho más fuerte para imponer las decisiones políticas básicas.

Con su rechazo del Pacto de Miami se había asegurado que la dirección de la lucha «seguirá estando en Cuba y en manos de los combatientes revolucionarios». El Pacto de Caracas reconoció el ascendiente del movimiento guerrillero, especialmente en la provincia de Oriente. Convocaba a la adopción de una «estrategia común de lucha para derrocar la tiranía mediante la insurrección armada»<sup>29</sup>. Para después de la victoria, el Pacto proyectaba «conducir al país... mediante un breve gobierno provisional, a su normalidad, encauzáudola por el procedimiento constitucional y democrático»<sup>30</sup>.

El Pacto de Caracas también cerraba la puerta al reconocimiento de aquellos militares que eventualmente pudieran desplazar a Batista mediante un putsch. El Pacto de Miami no hacía referencia alguna a la intervención norteamericana. Por el contrario, el Pacto de Caracas pedía «al gobierno de los Estados Unidos el cese de toda ayuda militar o de otro tipo al dictador»<sup>31</sup>.

Los firmantes se unieron en un Frente Cívico Revolucionario Democrático. Fidel fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas armadas, y Manuel Urrutia designado como presidente de la «Cuba en armas». Al rechazar el Pacto de Miami, Castro había propuesto a Urrutia como presidente provisional. Fidel había puntualizado que Urrutia era «ímparcial frente a intereses de partido... pues no pertenecía a ningún grupo político»<sup>32</sup>. Por lo menos, y de momento, la independencia política de Urrutia era conveniente para Castro, ya que representaba un obstáculo para las ambiciones de poder de los políticos tradicionales.

El Partido Socialista Popular no fue invitado a firmar el Pacto de Caracas, pero es muy significativo que en el texto no existiera el menor intento de definir explícitamente quiénes llegarían a formar parte del gobierno tras la caída de Batista. Años más tarde, Castro comentaría que las otras fuerzas antibatistas hicieron énfasis en la exclusión del PSP. «El interés de ellos era excluir al Partido Socialista Popular. Ése era su punto fundamental. Ellos no lo hubieran aceptado jamás. Nosotros entendimos que era mejor no discutir sobre el problema y terminar la guerra»<sup>33</sup>.

La adhesión de Castro al pacto unitario fue una importante maniobra táctica. De todas formas, Castro estaba muy consciente de que sus metas políticas debían extenderse mucho más allá de los límites aceptables por la mayoría de los firmantes.

Al mismo tiempo que se hacía público el Pacto de Caracas, Castro daba la bienvenida en su campamento a un representante oficial del PSP, el Dr. Carlos Rafael Rodríguez<sup>34</sup>. Existía cierta ironía en el hecho de que Castro,

reconocido como comandante en jefe de las fuerzas armadas por los firmantes del Pacto que se habían negado a invitar a los comunistas, recibiera en la Sierra a un delegado del Partido Socialista Popular.

\*

En marzo de 1958, Raúl Castro, recién ascendido a comandante, abandonó la Sierra Maestra con un grupo de hombres para abrir en la parte oriental de la provincia de Oriente un segundo frente, el «Frank País». Hay pruebas que nos indican que, antes de abandonar la Sierra Maestra, la comandancia del Ejército Rebelde estableció contacto con el PSP, que tenía una larga tradición de militancia activa en el área escogida para abrir el segundo frente. Una prueba de este contacto nie la ofreció José «Pepe» Ramírez, dirigente de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños de Cuba (ANAP) desde su fundación en 1959.

Ramírez asistía a un curso clandestino del PSP en La Habana cuando, a *comienzos de marzo*, recibió la orden de trasladarse a Holguín, ciudad situada al norte de la provincia de Oriente, y esperar allí nuevas consignas. Raúl Castro dejó la Sierra Maestra con su pequeño grupo, para intentar abrir el segundo frente el 10 de marzo. Pocos días después de que Raúl Castro llegara a la nueva zona de combate, el secretario regional del Partido Socialista Popular en la zona norte de la provincia de Oriente ordenó a Ramírez que «marchara al segundo frente y se pusiese a las órdenes de Raúl»<sup>35</sup>. Puesto que los contactos entre la comandancia del Ejército Rebelde y el PSP habían sido decididos mientras Raúl Castro aún estaba en la Sierra Maestra, fácil es asumir que Fidel Castro, comandante en jefe de aquél, había tomado la iniciativa en el asunto.

Cuando Ramírez llegó al cuartel general provisional del Segundo Frente, Raúl le dijo: «Conozco tu reputación. Los campesinos dicen buenas cosas de tí, y los terratenientes te

vituperan»<sup>36</sup>. Raúl encargó a Ramírez la tarea de organizar a los campesinos del Segundo Frente, una amplia área que se extendía hasta la punta más oriental de Cuba. Para Ramírez era una tarea familiar. Se había criado en la zona junto a su tío Pablo Cruz, un campesino analfabeto cuando se afilió al Partido Comunista a principios de los treinta. Cruz tenía reputación de luchador entre sus paisanos, y Pepe Ramírez le había seguido los pasos. Entre 1943 y 1956, antes de pasar a la clandestinidad, había trabajado primero como activista y más tarde como dirigente en la federación campesina orientada por los comunistas.

Raúl Castro ordenó a Ramírez que comenzara a planificar un congreso de campesinos para dentro de unos meses. Durante los encuentros preparatorios celebrados en los meses de verano, se informó exhaustivamente sobre el citado congreso. Veteranos militantes campesinos del PSP trabajaron con ahínco para convertir el congreso en un éxito<sup>37</sup>. El acontecimiento estaba previsto para setiembre de 1958. A lomos de caballo llegaron campesinos de los más lejanos lugares y se acomodaron alrededor del campamento de los guerrilleros. Raúl Castro presidía la reunión. El informe central era radical en su contenido. Decía el hermano de Fidel: «Los reaccionarios, apoyados por el capital extranjero, sostienen al sanguinario y tiránico gobierno de Batista porque pueden enriquecerse a expensas del pueblo, incluso cuando este apoyo extranjero significa la estrangulación de nuestra economía nacional»<sup>38</sup>.

Raúl Castro había escogido a los comunistas para llevar a cabo otra tarea delicada, la de dirigir la escuela que el Segundo Frente había instalado en Tuimbasiete, centro donde se impartían a los hombres del Ejército Rebelde enseñanzas académicas elementales y formación ideológica<sup>39</sup>. La unidad entre el Ejército Rebelde y los comunistas en el Segundo Frente Oriental constituía una premonición de los sucesos que seguirían a la victoria.

El 10 de octubre de 1958, el noventa aniversario del comienzo de la guerra de independencia contra España,

Fidel Castro firmó una ley de reforma agraria que entregaba la propiedad de la tierra a los arrendatarios, aparceros, subarrendatarios y precaristas que la trabajasen, sin la menor indemnización en metálico a sus propietarios, contrario a lo previsto en la Constitución de 1940<sup>40</sup>. Se trataba de una temprana señal de que Castro no concedía a la Constitución escrita el derecho de cerrar el camino a cambios revolucionarios fundamentales.

La reforma agraria promulgada en la Sierra Maestra antes de alcanzar la victoria no incluye la distribución de las grandes propiedades cubanas, cambio anteriormente prometido por Castro. La ausencia de tal cláusula fue, probablemente, mal interpretada por los elementos más conservadores. Che Guevara comentaría posteriormente que los políticos, «incapaces de comprender los principios que guiaban a Fidel Castro, creyeron que la promesa de repartir las grandes fincas era tan demagógica como sus típicas promesas electorales. Con toda seguridad debieron sentirse defraudados»<sup>41</sup>.

De hecho, Fidel Castro estaba decidido a ir más allá de lo que pudiesen imaginar la mayoría de los cubanos. No obstante, estaba tan consciente como siempre de que debía preservar con exquisito cuidado la unidad dentro de su heterogéneo movimiento, y de que ésta podía derrumbarse por los suelos si hacía públicos objetivos que sobrepasaran los horizontes políticos de la mayoría de sus seguidores. En la carta escrita cuatro años antes desde prisión, comparaba a Marx con Victor Hugo y criticaba a este último por no captar «la lucha de intereses dominantes en el momento preciso»<sup>42</sup>. Ahora le decía a Carlos Rafael Rodríguez, en la Sierra, que sería un grave error táctico en este momento alertar al enemigo definiendo con excesiva claridad los objetivos revolucionarios y los eventuales enemigos de clase<sup>43</sup>.

En este contexto se torna reveladora una historia que me contó Luis Más Martín<sup>44</sup>. Martín había llegado al cuartel general del campamento rebelde en La Plata el 6 de

setiembre. Era su primer encuentro con Castro después de muchos años. Una década antes, como dirigente de la Juventud Socialista de La Habana, ambos habían luchado juntos en el movimiento de protesta contra el incremento de las tarifas de los autobuses de la capital. Por entonces, el periódico comunista *Hoy* publicó una fotografía de Castro y le mencionó como uno de los que había «adoptado la decisión de recurrir a medidas incluso más drásticas si la policía intentaba violar la autonomía universitaria»<sup>45</sup>.

Castro estaba siendo atendido por un dentista con una vieja máquina de pedal cuando Más Martín volvió a ver a su amigo en La Plata. Esa misma tarde ambos hombres pasearían alrededor del campamento. Después recordaron años pasados, el movimiento obrero de entonces en La Habana, prisiones y prisioneros<sup>46</sup>, el clima político general del país en aquella época...

En un punto de su amena conversación, Castro le preguntó a su viejo amigo comunista: «¿Cuánto debo en la librería del Partido?»

Más Martín recuerda que le respondió: «¿Que cuánto debes? Lo que valían los libros que compraste la última vez». La «última vez» era el día en que Más Martín había estado con él en la librería, poco antes del 26 de julio de 1953.

«¿Y cuánto era?», insistió Castro.

Más Martín replicó: «No lo sé. Creo que alrededor de 45 pesos». Y Fidel le espetó: «No te preocupes, cuando triunfe la Revolución los libros marxistas nos saldrán por las orejas».

## 12

### «Sí que es la Revolución»

A finales de agosto, dos columnas militares de alrededor de cien hombres cada una descendieron de la Sierra Maestra y comenzaron a dirigirse hacia el oeste. Estaban bajo el mando de dos de los más competentes y valerosos comandantes de las tropas de Fidel: Che Guevara y Camilo Cienfuegos<sup>1</sup>. La tarea de Guevara era abrir un frente en los montes del Escambray, en la provincia central cubana de Las Villas. Cienfuegos tenía órdenes de llevar la guerra hasta más allá de La Habana<sup>2</sup>.

Che y Camilo, dos soldados completamente leales a Fidel Castro, habían sido encargados de llevar sus tácticas militar y política hasta el corazón de Cuba. Los mensajes intercambiados entre ellos y el cuartel general central establecido en la Sierra, nos ofrecen un sorprendente registro de sus hazañas<sup>3</sup>. Nos muestran que Castro estaba perfectamente informado de los principales problemas con que se enfrentaban sus lugartenientes y que, como consecuencia de los mismos, tomó una serie de disposiciones estratégicas decisivas.

Antes de que las dos columnas partieran para su crucial misión, Castro ordenó al Movimiento 26 de Julio en el llano que se prepara para ayudar a las columnas a lo lar-

go de su ruta. También puso sobreaviso a los grupos comunistas a través de Carlos Rafael Rodríguez, el representante oficial del PSP en la Sierra<sup>4</sup>.

Che Guevara creía poder cruzar con camiones la provincia de Camagüey en menos de una semana, tal como había hecho Raúl Castro cuando se dirigió a abrir el Segundo Frente. Pero el plan se mostró imposible, y las columnas de Guevara y Cienfuegos necesitaron un mes para cruzar a pie la citada provincia<sup>5</sup>.

El mensaje del Che a Castro, informándole de su paso por la provincia de Camagüey, es sumamente revelador. Escribía Guevara: «No pudimos establecer contacto con la organización del 26 de Julio, pues un par de supuestos miembros se negaron a la hora en que pedí ayuda y sólo la recibí, monetaria, nylons, algunos zapatos, medicinas, comida y guías, de parte de los miembros del PSP»<sup>6</sup>.

El recibimiento que les departió otro grupo guerrillero, el instalado en la frontera entre Camagüey y Las Villas, fue incluso más descorazonador. El Che recibió un mensaje desde el Segundo Frente del Escambray, integrado por un grupo guerrillero de ideas conservadoras que dirigía un hombre de negocios, Eloy Gutiérrez Menoyo, y un aventurero norteamericano, William Morgan<sup>7</sup>. El grupo en cuestión le comunicó al Che que el Ejército Rebelde no podía entrar en los montes del Escambray sin clarificar antes con ellos sus proyectos futuros. Paralizarse en tal coyuntura hubiera significado asedio y aniquilación. Como escribió el Che: «Seguinos adelante, extrañados, lastimados porque no esperábamos eso de quienes se decían nuestros compañeros de lucha, pero decididos a solucionar cualquier problema cumpliendo las órdenes expresas del comandante en jefe Fidel Castro ordenando claramente trabajar para lograr la unidad de todos los combatientes»<sup>8</sup>.

El Segundo Frente del Escambray no era el único grupo guerrillero operante en la zona. El Directorio Revolucionario, básicamente integrado por universitarios, había organizado también un grupo guerrillero en las montañas del

Escambray. La actitud de este grupo difería de la adoptada por el Segundo Frente del Escambray. El Che y los dirigentes del Directorio Revolucionario se entrevistaron para preparar una serie de acciones coordinadas. El Che expuso en detalle la necesidad de promulgar una ley de reforma agraria en el Escambray. En general, el Directorio Revolucionario estuvo de acuerdo con sus ideas, pero argumentó que el Segundo Frente del Escambray no era más que un grupo de bandidos, y que debía ser excluido de todo pacto unitario<sup>9</sup>.

El 26 de octubre, fuerzas combinadas al mando del Che atacaron Güinía de Miranda, desarticulando a un destacamento militar de unos cuarenta hombres. Una fotografía altamente simbólica<sup>10</sup>, tomada en la principal calle de la recién conquistada villa, nos muestra a Faure Chaumón y a Humberto Castelló, comandantes del Directorio Revolucionario, junto al capitán Juan Miranda, miembro del PSP y de las fuerzas rebeldes bajo el mando del Che.

Dos semanas después, el Che escribiría a Faure Chaumón señalando que, efectivamente, había sido imposible establecer una buena colaboración con el Segundo Frente del Escambray, pero que «en conversaciones oficiales sostenidas con miembros del PSP, éstos se han mostrado en una postura francamente unionista y han puesto a disposición de esta unidad su organización en el Llano y sus guerrillas del frente de Yaguajay»<sup>11</sup>.

\*

El destacamento guerrillero del frente de Yaguajay había sido organizado algunos meses antes por un comunista, Félix Torres. Tenía como objetivo unirse a los destacamentos del 26 de Julio que operaran en dicha área. Camilo sabía de la existencia del grupo de Torres<sup>12</sup>, y cuando estaba a punto de finalizar su ardua y peligrosa travesía de la provincia de Camagüey, mandó emisarios para contactar con él. Por

su parte, Torres, conociendo la difícil posición de Cienfuegos, había destacado a algunos de sus hombres para ayudarle.

Camilo escribe en su diario de campaña: «Llegamos a un campamento comandado por el señor Félix Torres, de ideas comunistas. Muy bien organizado. Desde el principio puso todo su interés en cooperar y ayudarnos. Estamos convencidos de que tenemos una causa común»<sup>13</sup>.

Torres me describió así su primera entrevista con Cienfuegos:

**TORRES:** Yo soy comunista, pero algunos de mis hombres sostienen puntos de vista diferentes. Políticamenteigo la línea del Partido Socialista Popular, pero en lo militar me atengo a las directrices de la Sierra Maestra. Tengo sesenta y cinco hombres en mi grupo guerrillero. Desde este momento, tanto mis hombres como sus armas están a sus órdenes.

**CIENFUEGOS:** Había oído hablar de este grupo guerrillero antes de llegar aquí, pero no me lo imaginaba de este modo. Se trata de un destacamento guerrillero auténticamente organizado, característico de la gente de su partido. Le acepto como parte integrante de nuestras fuerzas, será comandante y seguirá dirigiendo a sus guerrilleros<sup>14</sup>.

\*

Camilo observó que los destacamentos del 26 de Julio que operaban en el área eran abiertamente anticomunistas y habían rechazado hasta el momento toda cooperación con el grupo de Torres. Remitió entonces un informe a la Comandancia General. La respuesta de Castro le llegó cuando las tropas de Camilo estaban preparando una emboscada a las fuerzas enemigas. Decía: «Es un crimen contra la Revolución fomentar rencillas y divisiones»<sup>15</sup>. Camilo convocó conjuntamente a los representantes del Movimiento 26 de Julio y del PSP en la provincia de Las Villas. Llegaron al acuerdo de mantener destacamentos separados del 26 de

Julio y el PSP bajo su mando general, así como de reparártirsc entre ellos las armas capturadas<sup>16</sup>.

Camilo escogió a Gerardo Nogueras, dirigente comunista de los trabajadores azucareros, para organizar una Conferencia Nacional de Trabajadores del Azúcar, que habría de tener lugar en el territorio liberado de Las Villas<sup>17</sup>. Una de las reuniones celebradas en las montañas atrajo alrededor de ochocientos obreros de los ingenios de la región liberada, quienes decidieron crear un nuevo sindicato<sup>18</sup>. Camilo informó a Fidel:

Hablé a los azucareros. Sentí una de las grandes emociones de estos dos años de lucha...

Esos hombres de hoy, subidos en una piedra como tribuna, y como local sindical el monte libre, hablaron como no lo hacían en muchos años. Esos hombres, con el cansancio de esos años reflejado en sus rostros, gritaron a todo pulmón su sufrimiento y sus necesidades. Por resolverlas haremos nuestro mayor esfuerzo, hoy y mañana<sup>19</sup>.

La Conferencia Nacional de Trabajadores del Azúcar se celebró a finales de año, muy pocos días antes de alcanzarse la victoria final<sup>20</sup>. Desde toda Cuba llegaron representantes de los obreros que trabajaban en los ingenios y de los cortadores de caña. El día de la inauguración, miles de hombres, mujeres y niños marcharon con aire de fiesta a través de las calles de la liberada ciudad montañosa donde tenía lugar la Conferencia.

La celebración de una conferencia de trabajadores azucareros en territorio liberado, lo mismo que el congreso de campesinos celebrado meses antes en el Segundo Frente Oriental, era parte del plan magistral elaborado por Castro para atraerse a su alrededor a campesinos y obreros y organizarles para la lucha que se avecinaba. Sabía que era la gente encargada de evitar que el poder se escapara de manos del movimiento revolucionario, y la única capaz de ase-

gurar la ulterior radicalización de la Revolución, una vez alcanzada la victoria. Cuando ésta llegó, ya estaban planificadas las líneas generales para la celebración de un Congreso Nacional de Trabajadores en la Sierra Maestra<sup>21</sup>.

La preocupación de Castro por organizar a campesinos pobres y obreros era la clave del tipo de revolución que anhelaba y del carácter que debían tener sus fuerzas directrices. A través de sus leales lugartenientes Raúl Castro, Che Guevara y Camilo Cienfuegos, Fidel buscaba el apoyo de los comunistas, tal como seguiría haciendo posteriormente. Al mismo tiempo, el PSP comenzaba a aceptar el liderazgo de Fidel Castro. Fácil es discernir en todos estos hechos el camino que Fidel proyectaba para el futuro.

A partir de setiembre de 1958, el gobierno de Batista comenzó a desintegrarse a pasos agigantados. La crisis era de todos conocida, aunque seguía reinando cierta complacencia entre los círculos gubernamentales.

Se había establecido una férrea censura en toda la nación, pero las emisiones de Radio Rebelde transmitidas desde la Sierra hacían llegar noticias de la guerra a todos los hogares cubanos. Cientos de miles de cubanos compraban los ilegales «bonos de la libertad» del Movimiento 26 de Julio y, al hacerlo, se convertían en conspiradores activos a favor de la guerra insurreccional.

El Movimiento 26 de Julio, que gozaba de un fuerte apoyo entre los círculos profesionales, se infiltró en algunas de las agencias publicitarias cubanas<sup>22</sup>. Los cubanos aún ríen con los anuncios del Jabón Tornillo que seguían a los noticiarios gubernamentales oficiales. Una vez leídas las amañadas noticias del gobierno de Batista, el locutor soltaba: «Señora, no crea en cuentos. El Jabón Tornillo es el que lava mejor». Dignas también de memoria eran las cuñas publicitarias de las judías Bola Roja que seguían a la transmisión de algunas noticias oficiales. En Cuba, la palabra bola puede ser tomada indistintamente como *pelota* o *rumor*.

Tan sólo una semana antes de la huida de Batista, un

anuncio a doble página de los cigarrillos Edén mostraba a un hombre con un paquete de ellos en una mano y con un libro titulado *Alta fidelidad* en la otra. Los periódicos habían recibido órdenes de impedir la difusión de otro anuncio en el que aparecía la figura de un hombre con un reloj en una de sus muñecas bajo la inscripción: «Éste es el reloj que llega al Antártico». El rostro del hombre en cuestión guardaba enorme similitud con el de Fidel Castro, con su característica barba y gorra militar.

Comenzaron a aparecer en todas las paredes de La Habana inscripciones de los símbolos 0-3-C. La campaña cero-tres-cé constituía una moratoria contra la trivialidad durante los meses de verano: cero cine, cero compras, cero cabaret. Pero también tenía un significado más político: cero corrupción, cero cohecho, cero caudillismo. Los ciudadanos expresaban sus sentimientos por los más diversos medios. Así, por ejemplo, cuando en las pantallas de los cines aparecía la figura de Batista, solían desencadenarse abucheos. Y cuando en una sala de fiestas comenzaba a sonar una de las canciones de las que se sabía eran preferidas por Batista, las parejas dejaban inmediatamente de bailar.

\*

Los contactos y la cooperación entre Castro y el PSP no ocupan el centro de la escena en el período anterior a la victoria. Sin embargo, vistos retrospectivamente puede reconocerse en ellos el rumbo de la convergencia política que había ido gestándose, según un proyecto de Castro de dimensiones históricas. Al no detectar este marco de referencia, muchos han sido los prominentes observadores incapaces de presentar una visión coherente de los orígenes de la revolución socialista cubana.

Algunas anécdotas de la Sierra nos arrojan luz sobre el Fidel Castro que iba a encabezar la primera revolución socialista del hemisferio americano.

Cierta noche, Fidel Castro, Carlos Rafael Rodríguez y

Más Martín estaban charlando en Las Vegas de Jibacoa, campamento del Ejército Rebelde en la Sierra. Rodríguez exponía sus ideas sobre la lucha política que sucedería tras la victoria. Dibujó un diagrama en la tierra que mostraba las fuerzas políticas de derecha, centro e izquierda, y predecía que derecha e izquierda intentarían ganarse el respaldo de las fuerzas del centro. Castro le preguntó divertido: «¿Y yo dónde me sitúo?» Rodríguez le contestó: «Tú serás el líder de la izquierda»<sup>23</sup>.

Aunque mucho más acusada en las ciudades, la lucha política no dejó de estar presente en la Sierra, o más concretamente, en el puesto de mando que instalara Fidel en La Plata. En varias ocasiones, Fidel reaccionó con espontaneidad ante ciertas situaciones y dejó traslucir algunas de sus ideas políticas más íntimas.

Cierto día de noviembre, Castro anunció que dejaría La Plata esa misma tarde. Más tarde, mientras estaba hablando con uno de los dirigentes del 26 de Julio, oyó la transmisión diaria de Radio Rebelde a través del aparato instalado en la habitación. Una voz comenzó a leer un documento denominado «Carta a los militantes», en el que se incluía un ataque al socialismo y comparaba el comunismo al nazismo.

Cuando se inició una segunda lectura del documento en cuestión, Castro decidió escucharla con todo cuidado. «Apágalos», ordenó, y lanzándose fuera del edificio descubrió a algunos de los responsables de la emisión radiofónica instalados en una colina próxima, donde se ubicaba el transmisor. Indignado, les increpó. «¿Creen que ya me he matado? ¿Creen que no lo oiría? ¿Por qué no se ocupan de Batista y los yanquis y dejan tranquilo al comunismo?»<sup>24</sup>.

Alrededor de un mes antes de la huida de Batista, se trasladó a la Sierra Manuel Urrutia, el presidente provisional escogido por los firmantes del Pacto de Caracas. Muy poco antes de Navidad, cuando sólo faltaban días para que Batista abandonara Cuba, Urrutia se reunió con un grupo de antibatistas de distintas afiliaciones, los cuales con-

feccionaron una serie de recomendaciones para el nuevo gobierno. Castro no estaba presente en esta reunión, pero obtuvo una copia del documento aprobado en la misma. El documento proponía que Castro nombrara como asesores a algunos miembros del comité político del 26 de Julio en el llano. Sin embargo, no contemplaba la participación del Ejército Rebelde en el gobierno provisional formado tras la victoria.

Castro estaba profundamente indignado, pues creía que únicamente el Ejército Rebelde podía asegurar la revolución radical por él proyectada. Cinco años antes, en *La Historia me absolverá*, había declarado que tras la victoria «debía establecerse un gobierno aclamado por la masa de combatientes e investido del necesario poder para establecer de forma efectiva la voluntad popular y la auténtica justicia». Su punto de vista no había cambiado esencialmente desde entonces. Cuando el grupo que había elaborado el documento se acercó a Castro para presentarle una copia del mismo, les increpó: «¡Políticos! ¡Jugando a la política y a repartirse el pastel mientras otros hombres están luchando y muriendo!».

Les volvió la espalda y el grupo tuvo que marcharse sin entregarle el documento<sup>25</sup>.

En los últimos meses de 1958, las tropas de Castro lanzaron una ofensiva general contra las posiciones enemigas en las provincias de Oriente y Las Villas. Sus columnas habían descendido de la Sierra con objeto de controlar nuevos territorios. Se abrió un tercer frente a las mismas puertas de Santiago de Cuba. Había dejado de ser una guerra de guerrillas para convertirse en una guerra posicional.

Las victorias rebeldes eran impresionantes. El propio Castro dirigió el ataque al poblado de Guisa. Después de diez días de lucha, los rebeldes capturarían un amplio botín de material militar fabricado en los Estados Unidos<sup>26</sup>.

Durante el mes de diciembre se hizo cada vez más inminente el próximo colapso del ejército de Batista. Sus fuerzas se hallaban desmoralizadas y eran incapaces de ofre-

cer una resistencia efectiva. En las ciudades comenzaban a inenuedar las acciones de la guerrilla urbana, patentizando la presencia física de la guerra a millones de personas. Al mismo tiempo, desde la Sierra, Radio Rebelde continuaba sus ataques a través del muro de censores oficiales.

En los últimos días de 1958, cuando la victoria ya se hallaba al alcance de la mano, la idea de asegurar la destrucción del viejo aparato político cubano, incluidos ejército y policía, se convirtió en «prácticamente obsesiva» para Fidel<sup>27</sup>. Se mostraba receloso ante toda maniobra que pudiera dejar el gobierno en manos de una junta militar o civil que limitara sus objetivos a mantener la situación socioeconómica precedente. Estas mismas preocupaciones le hahían abrumado en agosto, cuando el coronel Neugart, un emisario del general Eulogio Cantillo, comandante supremo de las fuerzas de Batista destacadas en Oriente, había intentado ganar su apoyo para un golpe militar. Castro rechazó abiertamente la propuesta, insistiendo en que tras la caída de Batista el poder debía quedar en manos de la Revolución<sup>28</sup>.

A finales de año, el Ejército Rebelde había cerrado el círculo alrededor de Santiago de Cuba. Gran parte de la provincia de Las Villas estaba ya en manos de las tropas del Che Guevara y de Camilo Cienfuegos, y su capital, Santa Clara, se hallaba sitiada. El 28 de diciembre, Castro se entrevistó con el general Cantillo. Una vez más dejó bien claro que no aceptaría la sustitución de Batista por una junta militar. Cantillo sabía que la provincia de Oriente estaba perdida y que Santiago de Cuba no podría resistir el impetuoso avance de los rebeldes. Acordó capitanear una insurrección militar en Santiago para el 31 de diciembre, someter *incondicionalmente* sus fuerzas armadas a las de Castro, y entregar los tanques y carros blindados al Ejército Rebelde<sup>29</sup>.

Una vez terminada la entrevista, los hombres de Castro estrecharon aún más el sitio sobre Santiago de Cuba y se dispusieron a penetrar en la ciudad. Pero Cantillo renegó

de sus promesas, transmitiendo un mensaje a Castro en el que afirmaba que «han variado mucho las circunstancias en sentido favorable para una solución nacional»<sup>30</sup>. Con ello quería indicar que los militares habían decidido expulsar a Batista y entregar el poder a un nuevo presidente civil. Para ello habían escogido a Carlos M. Piedra, un magistrado del Tribunal Supremo de edad muy avanzada. La respuesta de Castro fue anunciar que sus tropas comenzarían el ataque a Santiago a las tres de la tarde del 31 de diciembre.

Los centros de transmisión de Radio Rebelde habían sido trasladados hasta Palma Soriano, cerca de Santiago de Cuba. Desde allí Castro hablaba a un país expectante:

LOCUTOR: Aquí Radio Rebelde desde las puertas de Santiago de Cuba, hablando en nombre del Movimiento 26 de Julio y del Ejército Rebelde.

¡Pueblo de Cuba! El tirano ha huido. Los principales asesinos se han dado a la fuga más precipitada ante el empuje incontenible del Ejército Rebelde.

Los mismos que lo sostuvieron hasta ayer pretenden sustituirle. Se ha constituido una Junta Militar.

Ahora más que nunca el pueblo tiene que estar alerta... Ahora... con el pueblo de Cuba, el doctor Fidel Castro.

FIDEL: Cualesquiera que sean las noticias procedentes de la capital, nuestras tropas no deben hacer alto al fuego por ningún concepto.

Nuestras fuerzas deben proseguir sus operaciones contra el enemigo en todos los frentes de batalla.

Acéptese sólo conceder parlamento a las guarniciones que deseen rendirse. Las operaciones militares proseguirán inalterablemente mientras no se reciba una orden expresa de esta Comandancia, la que sólo será emitida cuando los elementos militares alzados en la capital se pongan incondicionalmente a las órdenes de la Jefatura Revolucionaria.

¡Revolución SÍ!, ¡Golpe Militar NO!

¡Golpe militar de espaldas al pueblo y a la Revolución, NO, porque sólo serviría para prolongar la guerra!

¡Escamotearle al pueblo la Victoria, NO, porque sólo serviría para prolongar la guerra hasta que el pueblo obtenga la victoria total!

Después de siete años de lucha la victoria democrática del pueblo tiene que ser absoluta, para que nunca más se vuelva a producir en nuestra Patria un 10 de marzo.

¡Nadie se debe confundir ni engañar!

El pueblo, y muy especialmente los trabajadores de toda la República, deben estar atentos a Radio Rebelde y prepararse urgentemente en todos los centros de trabajo para la huelga general, para iniciarla apenas se reciba la orden y, si fuese necesario, contrarrestar cualquier intento de golpe contrarrevolucionario.

¡Más unidos y más firmes que nunca deben estar el pueblo y el Ejército Rebelde, para no dejarse arrebatar la victoria que ha costado tanta sangre! <sup>31</sup>.

Ese mismo día, en un mensaje al jefe de la guarnición militar de Santiago, Castro escribiría: «No es el poder en sí mismo lo que nos interesa, sino que la Revolución alcance su destino» <sup>32</sup>. Al día siguiente, Castro hizo pública una proclama llamando «a la huelga general revolucionaria en todos aquellos territorios aún no liberados» <sup>33</sup>. Era un llamamiento a los trabajadores para que arrebataran la iniciativa a los militares que se hallaban conspirando para colocar a Piedra en el poder.

El pueblo de La Habana respondió al llamamiento. Transportes y energía quedaron paralizados, así como la vida económica de la capital, mientras grupos de revolucionarios tomaban la iniciativa. Tropas rebeldes transportadas en automóviles y camiones y bajo el mando de Camilo y el Che se dirigieron a toda prisa hacia La Habana por la Carretera Central.

Castró entró triunfalmente en Santiago de Cuba. En la plaza Céspedes habló ante una multitud enfurecida. Por

primera vez, una asamblea de ciudadanos se convertía en representante de la voluntad general del pueblo cubano. Castro preguntó:

¿Quién quiere al señor Piedra para presidente? [Silencio]. Y si nadie quiere al señor Piedra para presidente, ¿cómo se nos va a imponer al señor Piedra en este momento?<sup>34</sup>.

Castro propuso el nombre de Urrutia, a quien los firmantes del Pacto de Caracas habían aprobado como presidente provisional:

¿Cuenta o no cuenta con el apoyo del pueblo? [Gritos afirmativos]. Quiere decir que el presidente de la República, el presidente legal, es el que cuenta con el apoyo del pueblo de Cuba, que es el doctor Manuel Urrutia<sup>35</sup>.

Durante años, las asambleas de masas del pueblo cubano se enfrentarían a numerosas decisiones trascendentales de este tipo. Este procedimiento quedó institucionalizado desde los primeros años de la Revolución, como camino viable de intercomunicación entre los dirigentes y el pueblo, como modo de expresión de la voluntad popular.

En el mismo discurso pronunciado en Santiago de Cuba, Castro dijo:

Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad al poder. No será como en el 95, cuando vinieron los americanos, se hicieron dueños de esto, intervinieron a última hora, y después ni siquiera dejaron entrar a Calixto García, que había peleado durante treinta años, en Santiago de Cuba.

No será como en el 33, que cuando el pueblo comenzó a creer que la Revolución se estaba haciendo, vino el señor Batista, trajo la Revolu-

ción, se apoderó del poder, e instauró una dictadura por once años.

No será como en el 44, cuando las multitudes se enardeceron creyendo que al fin habían llegado al poder, y los que llegaron al poder fueron los ladrones

Ni ladrones, ni traidores, ni intervencionistas. Esta vez sí que es la Revolución<sup>36</sup>.

A los treinta y dos años de edad, Fidel se hallaba a punto de realizar su sueño: revolucionar «este país de punta a cabo». Y en esa fecha de alegría nacional le diría al pueblo: «la Revolución no se podrá hacer en un día, pero tengan la seguridad de que la Revolución la haremos»<sup>37</sup>.

# Notas

## *Introducción*

1. Eduardo García Delgado.
2. Huberman y Paul Sweezy acababan de publicar *Cuba, anatomy of a revolution*, Nueva York, 1960. Morray estaba escribiendo por entonces *The Second revolution in Cuba*, Nueva York, 1962.
3. Discurso pronunciado el 26 de julio de 1961.
4. *Cuba Socialista*, setiembre de 1961.
5. Citado en Huberman y Sweezy, *op. cit.*, p. 144.
6. *Ibid.*, p. 146

## *1. Dura escuela para principiantes*

1. Alfredo Guevara al autor, el 7 de febrero de 1973 en La Habana. Guevara encabezó el Instituto Cinematográfico Nacional Cubano (ICNC) desde el momento de su fundación, en 1960, hasta diciembre de 1976, momento en que pasó a ocupar el cargo de Vice-Ministro de Cultura. En 1982 fue designado representante de Cuba en la Unesco en París.

2. He oido a Fidel hablar socarronamente de sí mismo como de un «F-1», término usado en Cuba para referirse a la primera generación de descendientes del cruce entre reses Holstein (a menudo originarias del extranjero) y Cebú cubanas. (Batabanó, Cuba, 17 de julio de 1968.)

3. Citado en Robert Merle, *Premier combat de Fidel Castro*, París, 1965, p. 341. (Carta fechada el 24 de enero de 1954).

4. *Guajiro* es la palabra usada en Cuba para designar a los campesinos.

5. Hugh Thomas, *Cuba or the pursuit of freedom*, Londres, 1971. [Existe versión castellana, H. Thomas, *Cuba, la lucha por la libertad*, 3 vols., traducción de Neri Daurella, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1973-74. Todas las citas a la obra de Thomas que aparecen en el presente texto, así como la paginación de las mismas, se ajustan a la versión castellana. (N. del Tr.)], dice en la página 1.042 que Castro nació el 13 de agosto de 1926. No obstante, en la página 1.616 se hace referencia a Castro como nacido en 1927. En agosto de 1976, Leónidas Breznev felicitó a Castro con ocasión de su cincuenta aniversario, y Castro agradeció la gentileza del dirigente soviético. Al actuar de este modo, parece innegable que Castro aceptaba 1926 como su año de nacimiento. Sin embargo, cuando pregunté a Ramón Castro sobre la cuestión concreta de la fecha de nacimiento de Fidel (Valle Picadura, 12 de diciembre de 1972), su respuesta fue 1927.

6. «Fidel y los Cristianos», publicado en un suplemento de *Pastoral Popular*, Santiago de Chile, noviembre de 1971. El folleto incluye un intercambio de opiniones entre Fidel Castro y varios sacerdotes chilenos.

7. *Ibid.*

8. Castellanos actuaría como defensor de un grupo de participantes en el ataque al Cuartel Moncada, efectuado en julio de 1953 bajo la dirección de Fidel.

9. Tras la victoria revolucionaria, García Inchaústequi ocupó una serie de cargos de responsabilidad, entre ellos el de embajador cubano en Chile durante el régimen de Salvador Allende. Murió en un accidente aéreo el 4 de diciembre de 1977.

10. Mario Salabarria, vinculado al Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), era el jefe de la policía secreta; Fabio Ruiz, del Grupo de Acción Revolucionaria de Guiteras, era el jefe de policía de La Habana; Emilio Tro, miembro de la Unión Insurreccional Revolucionaria, estaba al mando de la Academia Nacional de Policía.

11. Se explica así que Batista escogiera el exilio tras la victoria de Grau en 1944 por temor a estos «grupos de acción revolucionaria». Batista se supeditó a Sumner Wells, enviado especial de los EE. UU. para sofocar la insurrección revolucionaria de 1933. (Cf. Departamento de Estado Norteamericano, Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, vol. 5, 1933, *The american republics*). Batista fue «el poder tras el trono» en Cuba hasta 1940, momento en que fue elegido presidente del país (1940-1944).

12. Entrevista con Félix Olivera, celebrada el 28 de febrero de 1973 en La Habana. Olivera fue periodista especializado en asuntos habaneros durante las décadas precedentes a la victoriosa revolución cubana. Goza de gran renombre entre sus colegas por su

conocimiento enciclopédico de los entresijos de la política prerrevolucionaria.

13. La exposición más completa de su vida es la de Luis Conte Agüero, *Eduardo Chibás, el Adalid de Cuba*, México, 1955.

14. *Ibid.*, p. 457.

15. Información, 28 de noviembre de 1946. También *El Mundo* de la misma fecha.

16. Como colaborador del profesor de arquitectura izquierdista Ramiro Valdés Daussá, en 1940 Manolo Castro había combatido a El Bonche, grupo de delincuentes que mantenían aterrorizado el recinto universitario. Cuando Valdés Daussá fue asesinado en agosto de dicho año, Manolo presuntamente vengó su desaparición matando a Raúl Fernández Fiallo, profesor, político y supuesto protector de El Bonche.

17. Alfredo Guevara, *op. cit.*

18. *El Mundo*, 17 de enero de 1947. Grau había prometido varias semanas antes, frente a la tumba de un héroe de la independencia cubana, que no se presentaría como candidato a una segunda magistratura. Véase *El Mundo*, 8 de diciembre de 1946.

19. *Bohemia*, 18 de enero de 1956.

20. Castro contó esta historia a Gloria Gaitán de Valencia. Véase *América Libre* (Caracas) del 8 de mayo de 1961. Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Politburó cubano y vicepresidente del Consejo de Estado, recuerda a Fidel contando la misma historia (entrevista celebrada en La Habana el 27 de setiembre de 1972).

21. Masferrer abandonó el Partido Comunista en 1944, y dedicó el resto de sus días a combatir las causas y hombres progresistas, así como a su enriquecimiento personal. A pesar del nombre, su Movimiento Socialista Revolucionario (MSR) era una organización gangsteril. En 1952 Masferrer se convertiría en sostén privilegiado del dictador cubano Fulgencio Batista. Sus temidos «tigres» se dedicaron a asesinar a los revolucionarios cubanos que caían en sus manos. Según el *Miami Daily News* (1 de noviembre de 1975), Masferrer abandonó Santiago de Cuba en dirección a Miami y con un botín de 17 millones de dólares pocas horas antes de que entrara en la ciudad el Ejército Rebelde, el 2 de enero de 1959. Cuando Masferrer saltó en pedazos a causa de una explosión de dinamita en Miami, el mismo periódico señalaba que «había muerto como vivió, con violencia».

22. Se ha dicho que la UIR comenzó siendo considerada por algunos como «el más puro de los grupos de acción revolucionaria». Emilio Tro, su fundador, que había servido en el ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial, era considerado como elemento políticamente progresivo, y su organización consiguió atraer-

se a cierto número de idealistas. Pero pronto degeneraría en un grupo más de pistoleros movido por intereses propios.

23. Jesús Diegues, dirigente de la UIR a finales de los años cuarenta. Cita en Bonachea y Valdés, *Revolutionary struggle 1947-1959*, primer volumen de *Selected Works of Fidel Castro*, Cambridge Mass., 1972 p. 20n. [El autor cita a menudo las *Selected Works of Fidel Castro*, y en muchas de tales ocasiones las utiliza como versión inglesa canónica de escritos, cartas o discursos originariamente redactados en castellano. Obviamente, carecen aquí de todo interés las aclaraciones de este orden recogidas en el original —pues se han incorporado siempre los textos originarios—, y de ahí que hayan sido eliminadas. Por lo demás, cuando aparezca una referencia a Bonachea y Valdés se estará hablando de este trabajo, y la paginación señalada corresponderá *siempre* a la del original en inglés. (N. del Tr.)]

24. Fidel Castro, en un mitín celebrado el 18 de noviembre de 1971 en la Universidad de Concepción (Chile).

25. Conte Agüero, *Chibás...*, p. 506.

26. *Ibid.*, p. 507.

27. La Juventud Socialista era el nombre en Cuba de la organización juvenil del Partido Socialista Popular, el nombre del Partido Comunista en Cuba.

28. Alfredo Guevara era miembro de la Juventud Socialista, pero su militancia no era asunto de dominio público.

29. Su discurso no aparece mencionado en la recopilación de escritos y alocuciones de Fidel Castro efectuadas por Bonachea y Valdés. De hecho, por cuanto yo sé, es ésta la primera vez que se cita en un estudio sobre el tema.

30. Mella es uno de los grandes héroes de los revolucionarios cubanos, quienes le consideran un eslabón más en la cadena de los héroes independentistas, desde José Martí hasta Fidel Castro.

31. Valdés Daussá mantenía estrechos vínculos con los comunistas. Peligrín Torras, actual viceministro de Relaciones Exteriores, me ha indicado que él fue uno de los contactos entre el Partido Comunista y el profesor universitario en los años 1939 y 1940.

32. *Información*, 17 de julio de julio de 1947. Otros periódicos publicaron citas más abreviadas o paráfrasis. Los «dos falsos líderes» a los que hace referencia son Fulgencio Batista (presidente entre 1940 y 1944) y su sucesor, Ramón Grau San Martín (presidente entre 1944 y 1948).

33. Julio Ortega Frier, el embajador dominicano en Washington, sabía que en Cuba se estaba planeando una invasión. Véase *Información*, 27 de julio de 1947.

34. Trujillo gobernó desde 1930 hasta el 30 de mayo de 1961 día en que fue muerto a tiros.

35. José Martí (1853-95), el «apóstol de la independencia cubana», en su ensayo *Nuestra América*. Martí fue el principal organizador de la última fase de la guerra de independencia cubana mantenida contra España. Escritor prolífico, dejó una valiosa herencia literaria e ideológica. Ya en 1889 alertaba a Latinoamérica de los peligros del imperialismo estadounidense, en una serie de artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires.

36. *Bohemia*, 5 de octubre de 1947.

37. J. L. Wangüermert, *Carteles*, 7 de octubre de 1947.

38. Entrevista con Alfredo Guevara, *op. cit.*

39. *El Mundo*, 30 de setiembre de 1947.

40. Tro, fundador de la UIR y director de la Academia de Policía, estaba de visita en Marianao, en casa del jefe de la policía Morín Dopico. Salabarría y sus hombres consiguieron una orden de detención contra Tro. Pero éste no quiso entregarse, y los hombres de Salabarría abrieron fuego contra la casa. Tras una batalla de dos horas, Tro, desarmado, abandonó la casa en compañía de la esposa de Morín Dopico, a la sazón en estado. Un noticiario nos ha conservado la filmación de ambos cayendo abatidos sobre la acera por las balas de los hombres de Salabarría.

41. *El Mundo*, 16 de setiembre de 1947.

42. Véase *Bohemia*, 28 de setiembre de 1947, donde se recoge un vívido relato de los acontecimientos.

43. *Carteles*, 5 de octubre de 1947. Los agentes aduaneros norteamericanos anunciaron la salida de Estados Unidos, por vía marítima y con destino a los conjurados, de aviones de combate y más de tres toneladas de bombas y armas. Cf. *El Mundo*, 1 de octubre de 1947.

44. *El Mundo*, 1 de octubre de 1947.

45. *Información*, 2 de octubre de 1947.

46. *Información*, 1 de octubre de 1947. Cf. también *El Mundo* de esta misma fecha.

## 2. *Bajo porras y balas*

1. *Bohemia*, 19 de octubre de 1947.

2. Carlos Martínez Junco.

3. *El Mundo*, 1 de octubre de 1947.

4. *Bohemia*, 19 de octubre de 1947.

5. *Ibid.* La primera fase de la Guerra de Independencia contra España se inició el 10 de octubre de 1868.

6. *Ibid.*

7. *El Mundo*, 14 de enero de 1959. Ahí se señala que Castro efectuó tal afirmación pocos días después de triunfar la revolución.

Desde luego, se trata de una manifestación exagerada, pero el objetivo de Castro al efectuarla es señalar que en sus años universitarios era un mero *individuo* inexperto, que debía hacer frente a bandas gangsteriles, mientras que en las montañas de la Sierra Maestra era el conductor de un ejército y un movimiento de masas organizado.

8. Luis Más Martín al autor, en entrevista mantenida el 17 de enero de 1973. Flavio Bravo me confirmó este extremo el 29 de julio de 1974. Fidel Castro también me comentaría (20 de marzo de 1975) que, durante su estancia en la universidad, había mantenido fraternales contactos con los comunistas, y especialmente con su organización juvenil. *La Juventud Socialista*.

9. Fidel Castro, en un discurso pronunciado en Chile el 18 de noviembre de 1971.

10. Para un estudio serio sobre la sociedad cubana durante la primera época universitaria de Castro, véase Lowry Nelson, *Rural Cuba*, Minneapolis, 1950.

11. Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, La Habana, 1960, p. 20..

12. Alfredo Guevara al autor, *op. cit.*

13. *El Mundo*, 8 de octubre de 1947.

14. El dirigente comunista Francisco «Paquito» Rosales fue elegido alcalde de Manzanillo en 1940. Posteriormente saldría congresista por este mismo distrito. Le asesinaron los secuaces de Batista en febrero de 1958.

15. *El Mundo*, 4 de noviembre de 1947.

16. *Ibid.*

17. *Bohemia*, 16 de noviembre de 1947.

18. *Información*, 6 de noviembre de 1947. La proclama estaba firmada por Jesús Diegues y otros dirigentes de la UIR. He aquí una prueba definitiva de que Hugh Thomas está en un error cuando sugiere que en esta época Castro pertenecía a la UIR (Cf. Hugh Thomas, *op. cit.*, vol. II, p. 1.051).

19. *Bohemia*, 16 de noviembre de 1947, p. 47 y ss.

20. *Ibid.* También en *Información*, 6 de noviembre de 1947.

21. *El Mundo* e *Información* del 7 de noviembre de 1947, contenían reportajes sobre el mitin.

22. La millonésima era una demanda basada en el artículo 52 de la Constitución cubana de 1940: «El sueldo mensual del maestro de instrucción primaria no deberá ser, en ningún caso, inferior a la millonésima parte del presupuesto total de la nación».

23. El artículo 280 de la Constitución de 1940 estipulaba que debía establecerse un Banco Nacional cubano. La medida no fue efectiva hasta 1948, al tomar el poder el presidente Prío.

24. El artículo 266 de la Constitución de 1940 contemplaba

el establecimiento de un Tribunal de Cuentas. Su puesta en marcha tendría efecto bajo el gobierno de Prío, el sucesor de Grau.

25. Las continuadas carestías provocaron un control en los precios de alimentos y otros artículos de primera necesidad tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. Las operaciones de mercado negro se convirtieron en una lucrativa fuente de ingresos para políticos, hombres de negocios y oficiales de policía.

26. Véase nota 40 del capítulo, *Dura escuela para principiantes*.

27. *El Mundo*, 7 de noviembre de 1947.

28. Loynaz del Castillo, un viejo general de la guerra de la independencia, recibió la campana el día 8 de noviembre, e inmediatamente la hizo llegar a manos de Grau. Éste pretendía mantener la histórica campana en la capital, pero el pueblo de Manzanillo protestó mediante una huelga general de 48 horas, y la campana fue retornada a su lugar de procedencia. Véase *El Mundo*, 8, 11 y 12 de noviembre de 1947.

29. Menéndez había sido congresista desde 1940 hasta 1942 y, nuevamente, desde 1946 hasta el momento de su asesinato, acaecido el 28 de enero de 1948. Comenzó trabajando de cortador de caña, para pasar luego a emplearse en un ingenio azucarero. Se afilió al Partido Comunista en 1931, fue uno de los fundadores de la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros, y sería nombrado su presidente en 1943. En la Cuba revolucionaria es recordado como un luchador heroico.

30. A comienzos de 1947, Eusebio Mujal y otros dirigentes sindicales del Partido Auténtico visitaron Miami para establecer contacto con líderes de la American Federation of Labor (AF of L), a fin de elaborar una estrategia anticomunista para Cuba. A su regreso recibieron el apoyo gubernamental con objeto de que pudieran llegar a controlar el movimiento obrero.

31. *Información*, 30 de julio de 1947.

32. *El Mundo*, 16 de octubre de 1947.

33. *Granma*, 22 de enero de 1968.

34. Relatado por Manuel Quesada, dirigente sindical que acompañaba a Menéndez en el momento de su asesinato. Véase *Juventud Rebelde*, 24 de enero de 1970.

35. *Prensa Libre*, 24 de enero de 1948. También citado en *Granma*, 22 de enero de 1969.

36. Mario Kuchilán, *Fabulario-retrato de una época* (La Habana, 1973), p. 9.

37. *Hoy*, 13 de febrero de 1948. También he recogido el testimonio personal de la víctima, Alfonso Seisdedos, en *La Habana*, el 15 de enero de 1973.

38. *Información*, 13 de febrero de 1948. También en *Hoy* de la misma fecha. Ambos periódicos contienen fotografías de Fidel.

39. Entrevista con Alfonso Seisdedos, 15 de enero de 1973.
40. *Información*, 13 de febrero de 1948. También en *Hoy* de la misma fecha.
41. *Información*, 14 de febrero de 1948.
42. Entrevista con Más Martín, 12 de enero de 1973.
43. *Antorcha* (publicación estudiantil de la Universidad de La Habana), 15 de agosto de 1945.
44. *Alerta*, 23 de febrero de 1948. También en *Bohemia*, 29 de febrero de 1948. Los otros dos estudiantes eran Justo Fuentes y Pedro Mirassou.
45. *Tiempo en Cuba*, 8 de febrero de 1948.
46. *Información*, 26 de febrero de 1948.
47. Entrevista con Alfredo Guevara, *op. cit.*
48. *Información*, 26 de febrero de 1948. Véase también *Alerta* de la misma fecha.
49. *Ibid.* Castro mostró al juez un ejemplar de *Tiempo en Cuba* del 8 de febrero para probar que Masferrer pretendía volcar a la opinión pública en su contra.
50. Entrevista con Alfredo Guevara, *op. cit.*
51. *Información*, 21 de marzo de 1948.
52. *Ibid.*, también en *Hoy* de la misma fecha.
53. *Ibid.*
54. Hugh Thomas, *Cuba*, *ed. cit.*, vol. II, p. 1.051.

### 3. Entre los trópicos de Cáncer y Capricornio

1. Las Islas Malvinas (o Falkland), situadas frente al sudoeste de la costa argentina, fueron generalmente reconocidas como territorio argentino hasta su ocupación por parte de Inglaterra, en 1833. Desde entonces, y de una forma periódica, Argentina ha intentado sin éxito reivindicar su soberanía sobre estas pequeñas islas.
2. Entrevista con Alfredo Guevara, *op. cit.*
3. Entrevista con Luis Más Martín, 29 de mayo de 1975.
4. *Ibid.*
5. Citado en *Bohemia*, 17 de marzo de 1957, pp. 62 y ss.
6. *Pensamiento Crítico*, La Habana, agosto 1969, p. 85.
7. Entrevista con Alfredo Guevara, *op. cit.*
8. *Bohemia*, 14 de abril de 1978, p. 53.
9. Debido a su participación en el asunto de Cayo Confite, Fidel no podía presentarse a todos los exámenes finales del segundo año de Derecho. Por eso, no tenía derecho a matricularse como estudiante del tercer año del curso regular. Como estudiante del «curso por la libre», no podía ser el representante legal de la FEU en el congreso estudiantil en Bogotá. Sin embargo, la FEU

solicitó su participación en la delegación encabezada oficialmente por Enrique Ovares, su presidente.

10. *Bohemia*, 21 de abril de 1978, p. 52. Este número y el anterior contienen el artículo titulado, *Fidel Castro en el bogotazo* por Mario Mencía. Véase también Carlos Franqui, *Diario de la revolución cubana*, Barcelona, 1976.

11. *Ibid.*

12. Entrevista con Alfredo Guevara, *op. cit.*

13. *El Tiempo*, Bogotá, 12 de abril de 1961. Citado por Hugh Thomas, *Cuba*, *ed. cit.*, vol. II, p. 1.057, n.º 65.

14. *Communist threat to the USA through the Caribbean*, Hearings of Internal Security Subcommittee, U.S. Senate (Washington, D.C. 1962), pp. 724 y ss.

15. Pawley había sido fundador de las Aerolíneas Cubanas. En 1944, empezó a controlar la Havana Trolley Co., y en 1950-51, fundó Autobuses Modernos de La Habana. Viajó a Cuba como embajador de la CIA para tratar con Batista. Pawley había sido embajador norteamericano en Perú y Brasil. Cuando la revolución triunfó, Pawley, un hombre con ideas políticas ultraconservadoras, tenía grandes inversiones en Cuba. Se suicidó en Miami en 1977.

16. *Bohemia*, 21 de abril de 1968, *op. cit.* Por Mario Mencía.

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*

19. *Ibid.*

20. *Ibid.*

21. *Bohemia*, 25 de abril de 1948, suplemento, p. 8.

22. *Ibid.*, p. 4.

23. En Bogotá fue aprobada la carta de la OEA. Tras el triunfo de la Revolución cubana, la OEA expulsó al país de su seno y lo sancionó con el embargo económico. Castro ha expresado docenas de veces su desdén por tal organización. Se ha recreado durante sus crisis, llegándola a calificar de «cadáver putrefacto» (26 de julio de 1974).

24. *El Mundo*, 25 de mayo de 1948.

25. Fidel Castro al autor, 29 de julio de 1974.

26. *Ibid.*

27. Luis Conte Agüero, *Fidel Castro. Vida y obra*, La Habana, 1959, p. 30.

28. *El Mundo*, 25 de mayo de 1948. También en *Diario de Cuba*, Santiago de Cuba, 25 de mayo de 1948.

29. Conte Agüero, *op. cit.*, p. 30.

30. La escena aparece en el documento cubano de largometraje *Viva la República*, dirigido por Pastor Vega.

31. Fidel Castro al autor, 29 de julio de 1974.

32. En 1946 Chibás se peleó con «Fico» Fernández (cf. *Bohemia*, 21 de abril de 1968, *op. cit.*).

mia, 30 de junio de 1946). Posteriormente le invitaría a adherrirse al Partido Ortodoxo. Años más tarde, en una carta fechada el 12 de junio de 1954 en la prisión, Castro escribiría: «Esos terratenientes, millonarios y explotadores de campesinos y obretos, ¿qué hacían dentro de un partido cuyo deber primero es la justicia social?». (Cf. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, La Habana, 1959.)

33. Conte Agüero, *Chibás...*, p. 565 El odio de Chibás hacia el comunismo era bien conocido. En 1940 dijo: «... vemos como es que Alemania y Rusia marchan perfectamente mancomunadas en la misma empresa imperialista». (Véase *Diario de Sesiones de la Convención Constituyente*, vol. I, núm. 14, 8 de marzo de 1940, La Habana, p. 47.)

34. Entrevista con Félix Olivera.

35. Hugh Thomas, *Cuba, ed. cit.*, vol. II, p. 1.058.

36. Baudilio Castellanos, *La Historia me absolverá, documento esencialmente marxista, Revolución*, La Habana, 18 de julio de 1962. Castellanos actuó como abogado defensor en el juicio contra los asaltantes al Moncada. Más Martín me contó que el interés de Castro por el marxismo se acrecentó tras el *bogotazo*.

37. Fidel Castro, discurso pronunciado en Chile el 18 de noviembre de 1971.

38. Nidia Sarabia al autor, La Habana, 31 de enero de 1973. Sarabia trabaja en una comisión historiográfica especial fundada por Celia Sánchez, miembro del comité central del Partido Comunista de Cuba e íntima colaboradora de Fidel Castro. Celia Sánchez falleció en enero de 1980.

39. Hugh Thomas, *Cuba, ed. cit.*, vol. II, p. 1.060.

40. Entrevista con Flavio Bravo, 28 de junio de 1975. Bravo era presidente nacional de la Juventud Socialista. Luis Más Martín, presidente de las JS de La Habana por entonces, confirma los regulares y fraternales contactos entre Castro y los comunistas.

41. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972. Rodríguez es uno de los vicepresidentes del Consejo de Estado y miembro del buró político del Partido Comunista Cubano. En la Cuba prerevolucionaria, era uno de los dirigentes del PSP.

42. Fidel Castro, discurso pronunciado en Chile el 17 de noviembre de 1971. El análisis más completo del desarrollo político de Castro fue el ofrecido por el programa de televisión «Universidad Popular» emitido en diciembre de 1961.

43. Citado en Agüero, *Fidel Castro...*, pp. 32 y ss.

44. Hoy, La Habana, 2 de setiembre de 1948.

45. Prensa Libre, La Habana, 9 de setiembre de 1948.

46. Hoy, 11 de setiembre de 1948. Existe una fotografía de Fidel en la sexta página.

47. *Ibid.*

48. *Bohemia*, 19 de setiembre de 1948.
49. Más Martín al autor, *op. cit.*
50. *Bohemia*, 30 de enero de 1949, p. 54.
51. *Bohemia*, 10 de abril de 1949, p. 65.
52. *Alerta*, La Habana, 12 de marzo de 1949.
53. Alfredo Guevara al autor, *op. cit.*
54. *Bohemia*, 20 de marzo de 1949. Guevara recuerda también haber afirmado: «No tienen derecho a decir esto mientras el gobierno imperialista de los Estados Unidos continúe su ocupación de la base naval de Guantánamo» (entrevista personal).
55. *Información*, 13 de marzo de 1949.
56. En el documental cubano *Viva la República*.
57. *Bohemia*, 15 de febrero de 1959. El artículo había sido escrito por René Bentancourt, dirigente del Comité Universitario de Lucha contra la Discriminación Racial por el año escolar 1948-1949, y más tarde presidente de la Federación de Sociedades Cubanas. El artículo se halla acompañado de una fotografía en la que se nos muestra a Castro en 1949, junto a otros miembros del comité.
58. Hugh Thomas, *Cuba*, *ed. cit.*, vol. II, p. 1.064.
59. Félix Olivera al autor, 28 de febrero de 1973. Jesús Reyes, hombre de color que había sido secretario de finanzas de la Juventud Ortodoxa de La Habana, recuerda a Castro como uno de los más franceses críticos del racismo dentro del partido.
60. Fidel al autor, 29 de julio de 1974.
61. *Libro de Actas de Exámenes*, Facultad de Derecho, Universidad de La Habana, 1948-49. Pueden encontrarse estas actas en los Archivos Nacionales de Cuba.
62. Aspíaz-Castro-Resende. El título de «Doctor en leyes» se otorgaba a los que se graduaban en derecho en la Universidad de La Habana.
63. Fidel se casó con Mirtha Díaz-Balart el 12 de octubre de 1948. Se divorciaron oficialmente en 1955.
64. *Prensa Libre*, La Habana, 17 de setiembre de 1948.
65. *Prensa Libre*, La Habana, 18 de setiembre de 1948.
66. Fidel Castro, *frente a todos*, *Bohemia*, 8 de enero de 1956.

#### 4. *J'accuse*

1. Bonachca y Valdés, *op. cit.*, p. 136.
2. El 13 de abril de 1949, Chibás respondía a un llamamiento del PSP efectuado por Blas Roca, su secretario general, declarando que él jamás se aliaría con los comunistas. Cf. Conte Agüero, *Eduardo Chibás...*, p. 565.
3. *Ibid.*, p. 718.

4. *Mella*, La Habana, setiembre de 1950. En *ningún* estudio de los publicados hasta la fecha se señala que Castro firmara esta petición de paz.

5. *Mella*, noviembre de 1950. En este mismo mes, Castro fue arrestado en Cienfuegos, ciudad costera del sur de Cuba, por incitar al motín. La asociación local de estudiantes le había invitado a participar como orador en un acto de protesta contra la persecución gubernamental. El arresto se produjo el 12 de noviembre, pasó varias horas encarcelado, hasta recuperar su libertad bajo palabra, y fue juzgado el 6 de diciembre. Se defendió a sí mismo, resultando absuelto. Con respecto a la historia del arresto, véase *Correspondencia, Cienfuegos, 13 de noviembre de 1950*. Para una descripción más completa del caso puede consultarse el artículo de Aldo Isidrón del Valle, *Granma*, 17 de julio de 1975.

6. *Saeta*, marzo de 1951. La palabra saeta puede hacer referencia, indistintamente, a dardo, manecilla de reloj o aguja magnética de brújula.

7. Raúl Castro, en una entrevista celebrada en Moscú con Igor Nemira, de la agencia soviética Novostí. Nemira me habló del asunto en La Habana, donde ha sido corresponsal de Novostí.

8. *Saeta*, marzo de 1951.

9. *Saeta*, enero de 1951.

10. *Ibid.*

11. *Alerta*, 6 de junio de 1951.

12. Conte Agüero, *Eduardo Chibás...*, p. 784.

13. Fidel Castro al autor, 29 de julio de 1974.

14. *Alerta*, 6 de agosto de 1951.

15. Félix Olivera al autor.

16. *Alerta*, 16 de agosto de 1951.

17. *Alerta*, 17 de agosto de 1951, p. 4.

18. *Ibid.*

19. Félix Olivera al autor, *op. cit.*

20. Citado en *Granma*, 11 de setiembre de 1969. Los oficiales fueron encausados, pero después del golpe de estado del 10 de marzo de 1952, la causa pasó a la jurisdicción militar y fue sobreseída.

21. Pedro Trigo en *Verde Olivo*, revista mensual publicada por las Fuerzas Armadas Revolucionarias Cubanas, 26 de julio de 1964.

22. Uno de ellos era Gildo Fleitas, productor del programa radiofónico «Vergüenza contra dinero», para el que Castro había escrito una serie de editoriales.

23. *Alerta*, 28 de enero de 1952. Eduardo Chibás había redactado un informe similar sobre la adquisición de propiedades por parte de Fulgencio Batista. Cf. *Bohemia*, 8 de mayo de 1949.

24. *Alerta*, 28 de enero de 1952.

25. *Alerta*, 5 de febrero de 1952.

26. Más Martín al autor, *op. cit.*
27. Fidel Castro al autor, 29 de julio de 1974.
28. *Ibid.*
29. *El País*, La Habana, 6 de marzo de 1952.
30. *Hoy*, 20 de febrero de 1952.
31. *Hoy*, 6 de noviembre de 1951.
32. Cf. *Hoy*, 6 y 21 de noviembre de 1951.
33. Fidel Castro al autor, 20 de marzo de 1975.
34. *Alerta*, 26 de febrero de 1952.
35. Fidel Castro al autor, 20 de marzo de 1975.
36. *Alerta*, 4 de marzo de 1952, p. 7.
37. *Ibid.*
38. *Ibid.*
39. *Ibid.*
40. Fidel Castro al autor, 29 de julio de 1974.
41. *Ibid.*
42. *Ibid.*
43. *Ibid.*
44. *Ibid.*

### 5. Semilla de rebelión

1. De hecho, el Servicio de Inteligencia Militar cubano (SIM) ya estaba al tanto de la conspiración desde principios de febrero de 1952. Cf. el informe, calificado de altamente secreto, del capitán del SIM Salvador Díaz. Dicho informe se halla reproducido en E. Vignier y G. Alonso, *La corrupción política y administrativa en Cuba, 1944-1952*, La Habana, 1973, pp. 313 y ss.
2. Edmundo A. Chester, *Un sargento llamado Batista*, La Habana, sin fecha, cap. XXVIII. Este libro es una apología de Batista.
3. *Bohemia*, 23 de marzo de 1952.
4. Pedro Miret en *Verde Olivo*, 29 de julio de 1962.
5. *Bohemia*, 23 de marzo de 1952.
6. Hoy, 11 de marzo de 1952. La declaración del PSP que mencionaba a los imperialistas fue publicada en *Alerta*, el 15 de marzo de 1952. Hugh Thomas está evidentemente equivocado cuando afirma que «en unas pocas semanas Batista y los comunistas rectificaron sus actitudes respectivas». Véase Thomas, p. 793, en la edición inglesa publicada en Londres en 1971.
7. *Bohemia*, 23 de marzo de 1952.
8. *Moncada. Antecedentes y preparativos*, La Habana, 1973, p. 106. El panfleto fue publicado por las Fuerzas Armadas Revolucionarias Cubanas.
9. *Ibid.*

10. *Alerta*, La Habana, 17 de marzo de 1952. Por cuanto yo sé, es ésta la primera vez que se utiliza esta cita en un escrito posrevolucionario sobre Cuba.

11. Mario Dalmau al autor, 19 de abril de 1967. Dalmau participó junto a Castro en el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953.

12. *Moncada. Antecedentes y preparativos*, op. cit., p. 106.

13. *Alerta*, 25 de marzo de 1952. Aquí se dice que Castro presentó su demanda ante el tribunal de urgencia. Sin embargo, cuando prestó declaración el 21 de setiembre de 1953, una vez efectuado el asalto al Moncada, Castro manifestó que lo había hecho ante el tribunal de garantías constitucionales.

14. *Granma*, edición especial del 26 de julio de 1966, en la que se incluye el texto completo.

15. Julio Antonio Mella (1903-29), fundador de la FEU cubana y del Partido Comunista de Cuba; Rafael Trejo (1910-1930), estudiante muerto en una manifestación contra la dictadura machrista; Antonio Guiteras (1905-35), dirigente revolucionario en el período inmediatamente ulterior a la caída de Machado, muerto a balazos por orden de Batista.

16. Pedro Miret en *Verde Olivo*, 29 de julio de 1962.

17. Fidel Castro, en entrevista televisada el 1 de diciembre de 1961.

18. Marta Rojas en *Verde Olivo*, 28 de julio de 1968.

19. Citado en *Bohemia*, 6 de julio de 1973, por Mario Mencía.

20. Jesús Montané al autor, 20 de febrero de 1974. Montané era un activo sindicalista en la empresa General Motors. Por su parte, Abel Santamaría trabajaba en una agencia Pontiac. Montané, que participó tanto en el ataque al Moncada como en el desembarco del *Granma*, es actualmente miembro del comité central del Partido Comunista de Cuba.

21. *Bohemia*, 13 de julio de 1973, por Mario Mencía.

22. Ibid. También en *Granma*, 29 de junio de 1973. En el vigésimo aniversario del ataque al Moncada, en 1973, aparecieron en Cuba una ingente cantidad de artículos sobre el evento.

23. *Bohemia*, 13 de julio de 1973, op. cit.

24. *Bohemia*, 6 de julio de 1973, op. cit.

25. *Bohemia*, 13 de julio de 1973, op. cit.

26. *Granma*, 29 de junio de 1973.

27. *Granma*, 13 de julio de 1970.

28. *Moncada. Antecedentes y preparativos*.

29. Para el texto completo, véase *Moncada. Antecedentes y preparativos*, op. cit.

30. Pedro Miret en *Verde Olivo*, 28 de julio de 1963.

31. Melba Hernández en *Verde Olivo*, 28 de julio de 1963.

Melba sería una de las dos mujeres participantes en el ataque al Moncada, el 26 de julio de 1953.

32. Para un relato pormenorizado, véase Teresa Iglesias, «El asesinato de Rubén Batista», *Granma*, 13 de febrero de 1973.

33. *Ibid.*

34. Flavio Bravo al autor, 28 de junio de 1975. Actualmente Bravo es presidente de la Asamblea Nacional de Cuba y miembro del comité central del Partido Comunista de Cuba.

35. Melba Hernández al autor, 27 de agosto de 1965. Escribió acerca de los comentarios de los allí presentes en *Verde Olivo*, 28 de julio de 1963.

36. *Bohemia*, 8 de febrero de 1953. La inscripción era una referencia a las palabras pronunciadas por Martí el 26 de noviembre de 1891, en Tampa, Florida: «Para Cuba que sufre, la primera palabra». Cf. José Martí, *Ideas políticas y sociales*, La Habana, 1960, volumen II, p. 35.

37. *Bohemia*, 13 de julio de 1973. El juicio estaba convocado para el 10 de junio, pero cinco días antes del día fijado se decretó una amnistía que afectaba al «crimen» de Castro. Decreto presidencial 885 de 1953.

38. El mitin del primero de mayo tuvo lugar en el estadio universitario. A pesar de las intimidaciones policiales, acudieron decenas de miles de trabajadores. A la mañana siguiente, *Hoy* (2 de mayo de 1953) encabezaba jubilosamente su reseña con las siguientes frases: *Enérgica y combativa actitud de las masas frente a las amenazas y las campañas confusionistas. Ovacionaron las masas las manifestaciones antiimperialistas y unitarias de los oradores estudiantiles.*

39. Hugh Thomas, *Cuba*, ed. cit., vol. II, p. 1.064.

40. Cf. los artículos de García Bárcena sobre el papel de la juventud en la lucha entablada, *Bohemia*, 24 de setiembre de 1947, 7 de diciembre de 1947, 11 de mayo de 1952 y 25 de mayo de 1952.

41. *Alma Mater*, publicación estudiantil de la Universidad de La Habana, 10 de junio de 1951.

42. Fidel Castro, 1 de diciembre de 1961.

43. *Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande*. Cf. el parlamento de Raúl Castro del 26 de julio de 1961.

44. Jesús Montané, al autor, *op. cit.*

45. Primera aparición de Fidel Castro ante el tribunal durante el juicio por los sucesos del Moncada. Cf. *Verde Olivo*, 29 de julio de 1973.

46. *Ibid.*

47. Pedro Miret en *Verde Olivo*, 29 de julio de 1962.

48. Fidel Castro, 1 de diciembre de 1961.

49. Raúl Castro, 26 de julio de 1961.

50. Fue durante una de las periódicas visitas de Matthews a Cuba. Ambos estábamos alojados en el Hotel Nacional y pasamos algunas horas conversando.

51. Citado por Melba Hernández, *Granma*, 29 de junio de 1973.

52. José Leva, trabajo inédito. Leva es un ohrero de La Habana que se ha convertido en historiador y ha intentado rastrear con enorme meticulosidad la historia de todos y cada uno de los participantes en el ataque al Moncada. Me ha permitido utilizar sus papeles con la mayor de las generosidades.

## 6. *El Moncada*

1. Fidel Castro en un discurso pronunciado en Chile el 18 de noviembre de 1971.

2. Juan Almeida en Carlos Franqui, *Libro de los doce*, La Habana, 1967, p. 17.

3. Pedro Miret, *Verde Olivo*, 29 de julio de 1962.

4. Esta información me la ofrecieron dos oficiales del ejército cubano que la habían obtenido de labios del propio Castro durante una entrevista sostenida con él. Castro también ha afirmado públicamente que «el núcleo fundamental de los dirigentes de nuestro movimiento... dedicaba parte de su tiempo a estudiar a Marx, Engels y Lenin» (discurso pronunciado el 26 de julio de 1973).

5. Marta Rojas, *La generación del Centenario en el juicio del Moncada*, La Habana, 1974, p. 68. Se trata de una buena fuente para obtener detalles sobre el juicio a los participantes en los hechos del Moncada.

6. Fidel Castro, 1 de diciembre de 1961.

7. Melba Hernández acompañaba a Haydée. Tras la discusión, Santamaría habló con ellas sobre lo que habían aprendido, diciéndoles, entre otras cosas: «Vuestro ejemplo determinará la incorporación de otras mujeres a la lucha armada.» Cf. entrevista con Melba Hernández en la revista *Santiago*, Universidad de Oriente, junio de 1973.

8. *Granma*, 28 de junio de 1973. En esta época el Partido Comunista recibía el nombre de Partido de Unión Revolucionaria.

9. *Granma*, 6 de julio de 1973.

10. *Granma*, 3 de julio de 1973.

11. Marta Rojas en *Granma*, 27 de enero de 1973. En 1955 Nico trabajaba en estrecho contacto con la Juventud Socialista para lograr la unidad del movimiento estudiantil en la Universidad de La Habana tras su retorno del exilio (declaraciones de Raúl Valdés Vivó a Hoy, 25 de marzo de 1964). Más tarde, Nico abandonaría el país para integrarse al grupo en México que vendría con Castro en el *Granma*.

12. *Granma*, 22 de junio de 1973.
13. *Granma*, 11 de julio de 1973.
14. *Granma*, 30 de junio de 1973.
15. *Ibid.*
16. Flavio Bravo al autor, 28 de julio de 1975. Asimismo, Más Martín al autor.
17. Robert Merle, *Moncada, premier combat...*, op. cit., páginas 120 y ss. El libro de Merle es la más completa colección de entrevistas a supervivientes del ataque al Moncada. Raúl Castro le cuenta cómo, muy poco antes del asalto y tras regresar de un viaje por el este de Europa, se convirtió en miembro del Partido Socialista Popular.
18. *Granma*, 10 de julio de 1973.
19. *Granma*, 12 de julio de 1973.
20. *Granma*, 10 y 12 de julio de 1973.
21. *Granma*, 12 de julio de 1973.
22. Ramiro Valdés al autor, 22 de marzo de 1974. Valdés, participante en el asalto al Moncada y en el desembarco del *Granma*, es miembro del buró político del Partido Comunista de Cuba y el actual ministro de Interior.
23. *Ibid.*
24. Tal como lo contó Pedro Gutiérrez, que también trabajaba en la fábrica TEDUCA y estaba integrado en la misma célula del movimiento con Trigo. Cf. *Bohemia*, 29 de julio de 1973, por Mario Mencía.
25. En el juicio se le preguntó a Raúl acerca de los objetivos perseguidos por la revolución proyectada. Se limitó a mencionar el mejoramiento de las condiciones del campesinado y la eliminación del analfabetismo y la corrupción. Cf. *Verde Olivo*, 29 de julio de 1973.
26. Fidel Castro, 26 de julio de 1973.
27. Haydée Santamaría, citado en *Moncada. Antecedentes y...*, op. cit., p. 166.
28. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, La Habana, 1959. La carta en cuestión está fechada el 2 de mayo de 1955.
29. Más Martín al autor, op. cit.
30. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972. Rodríguez es uno de los vicepresidentes del Consejo de Estado y miembro del buró político del comité central del Partido Comunista de Cuba.
31. *Ibid.*
32. Raúl Castro, 26 de julio de 1961.
33. El texto completo del Manifiesto, fechado el 23 de julio de 1953, puede leerse en *Raúl Gómez García*, La Habana, 1971, páginas 133 y ss.

34. Thomas, *Cuba, ed. cit.*, vol. II, p. 1.073. Thomas intenta probar que, en 1953, las ideas de Castro eran meramente liberales, y se esfuerza en refutar las afirmaciones del propio Castro según las cuales ya en ese momento era esencialmente marxista.

35. Armando Hart al autor, 9 de enero de 1975. Hart, que era uno de los dirigentes clandestinos del Movimiento 26 de Julio, es actualmente miembro del buró político del comité central del Partido Comunista de Cuba y titular del Ministerio de Cultura.

36. Para una excelente valoración del carácter progresista del pensamiento de Martí, véase *Casa de las Américas*, La Habana, mayo-junio de 1975.

37. Conte Agüero, *Chibás...*, pp. 506 y ss.

38. *Ahora*, La Habana, 24 de octubre de 1934. Reimpreso en *Pensamiento Crítico*, La Habana, abril de 1970.

39. Carta escrita desde la prisión. Cf. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, La Habana, 1959 p. 21.

40. *Ibid.*

41. Fidel Castro, 1 de diciembre de 1961.

42. Más Martín al autor, *op. cit.*

43. Felipe Elosegui, «La tumba de minetos», *Bohemia*, 24 de octubre de 1954.

44. Pedro Aguilera en *Moncada. Antecedentes y preparativos*, La Habana, 1973, p. 239.

45. *Ibid.*

46. *Ibid.* Pocos días antes del ataque al Moncada, Castro ordenó a Aguilera y Ortega que vinieran a La Habana. Ortega regresó a Santiago de Cuba en el mismo automóvil que Castro. Fue capturado y asesinado el 27 de julio. Cf. *Granma*, 6 de julio de 1973.

47. Leopoldo Horrego Estruch, *Juan Gualberto Gómez*, La Habana, 1954, p. 115.

48. *Granma*, 29 de julio de 1973. Lester Rodríguez afirma que él también conocía el plan de ataque. Cf. *Moncada*, La Habana, 1973.

49. *Santiago*, Universidad de Oriente, junio de 1973.

50. Leva, en su estudio inédito, nos ofrece la siguiente información:

Número de los que se trasladaron a Santiago de Cuba y Bayamo, teniendo en cuenta los que ya residían allí	162
Número de los que se retiraron antes del ataque	4
Número de los que llegaron hasta Bayamo para pasar a la acción	25
Número de los que llegaron a Santiago, pero que, contra lo planeado, no llegaron a Siboney (Emilio Al-bentosa)	1
Número de los reunidos en Siboney	132

Número de los que abandonaron una vez llegados a Siboney:	
Estudiantes	4
Célula de La Habana	5
Radiotelegrafista	1
Número de los que atacaron en Santiago el 26 de julio	
	122

51. *Moncada, op. cit.*
52. Melba Hernández en la revista *Santiago*, junio de 1973,
- p. 93. Véase también *Granma*, 29 de junio de 1973.
53. Castillo Ramos en *Bohemia*, 23 de junio de 1961.
54. José Leva, *op. cit.*
55. La carta ha sido reimpressa en Marta Rojas, *La generación del centenario...*, p. 232.
56. *Ibid.*
57. «A causa de un error del conductor, los combatientes tomaron la carretera hacia Siboney en lugar de la de El Caney, tal como esperaba Fidel...», *Moncada*, op. cit., p. 141.
58. Leva, *op. cit.*
59. Severino Rosell en *Veintiséis*, La Habana, 1970, p. 166. Severino fue uno de los integrantes del pequeño grupo que acompañaba a Fidel.
60. *Ibid.*
61. *Avance*, La Habana, 27 de julio de 1953.
62. Pedro Sarría en *Verde Olivo*, 28 de julio de 1973. También en *Revolución*, 26 de julio de 1962.
63. Sarría en *Verde Olivo*, 28 de julio de 1973. Thomas, *Cuba*, ed. cit., vol. III, p. 1442, afirma que «los soldados de Batista decían claramente que era una vergüenza seguir a un blanco como Castro en contra de un mestizo como Batista». Según la versión de Sarría, más que repugnancia, los soldados sintieron consternación al ver a otros negros en semejante situación de compromiso. La diferencia es importante.

#### 7. «*La Historia me absolverá»*

1. La mayor parte de ellos no tenían relación alguna con el Movimiento organizado por Castro y fueron puestos en libertad poco después. Entre los que fueron exonerados de cargos se hallaba el ex presidente Prío.

2. Marta Rojas, *La generación...*, op. cit., p. 66. El gobierno estaba interesado en implicar a Prío. Salieron a relucir una serie de

preguntas acerca del Pacto de Montreal, suscrito por los seguidores de Prío y cierto sector del Partido Ortodoxo.

3. *Moncada*, *op. cit.*, p. 265.
4. *Moncada*, *op. cit.*, p. 264.
5. Finalmente fueron declarados libres de culpa setenta y cinco detenidos.
6. Rojas, *op. cit.*, p. 347.
7. Theodore Draper, *Castroism, theory and practice*, Nueva York, 1965, p. 6.
8. Fidel Castro, en Praga, 22 de junio de 1972.
9. Fidel Castro, *La Historia me absolverá*, La Habana, 1969, p. 87.
10. *Ibid.*, p. 86.
11. *Ibid.*, p. 42.
12. *Ibid.*, pp. 42-43.
13. *Ibid.*, p. 43
14. *Ibid.* Acerca de las cinco leyes revolucionarias de aplicación inmediata, véanse pp. 43-44.
15. *Ibid.*, p. 45. «Estas leyes serían promulgadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso sobre su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales.»
16. *Ibid.*, p. 46.
17. *Ibid.*, p. 45.
18. *Ibid.*, p. 51.
19. *Ibid.*, p. 50.
20. *Ibid.*, pp. 40-41. También señala como parte integrante del «pueblo» a maestros, jóvenes profesionales y «veinte mil pequeños comerciantes endeudados»
21. *Ibid.*, p. 45.
22. Fidel Castro, 26 de julio de 1973.
23. Fidel Castro, en Chile, 18 de noviembre de 1971.
24. Fidel Castro, 1 de diciembre de 1961.
25. Fidel Castro, en Praga, 22 de junio de 1972.
26. Hugh Thomas, *Cuba*, *ed. cit.*, vol. II, p. 1064.
27. *Ibid.*, p. 1100.
28. *Ibid.*, Hugh Thomas, *Cuba*, *ed. cit.*, vol. III, p. 1440.
29. Debe señalarse que, en *La Historia me absolverá*, Castro menciona varias veces a Maceo como ejemplo de luchador y patriota cubano. «Hay genetales que habrían sido indignos de conducir las mulas que portaban el equipo para el ejército de Antonio Maceo», dice. Y también: «Hemos señalado que el titán Maceo había dicho que no debe mendigarse la libertad, sino ganarla con la punta de la espada».
30. Reimpreso en *Verde Olivo*, 29 de julio de 1973.

31. Como parte de su estrategia durante la mayor parte de la década de los cincuenta, Castro evitó toda referencia *directa* a los Estados Unidos como una «amenaza». La elección de esta cita en su testimonio nos permite captar su opinión sobre este punto.

32. Hugh Thomas, *Cuba, ed. cit.*, vol. III, p. 1687.

33. Actualmente es miembro del buró político del comité central del Partido Comunista de Cuba y también miembro del Consejo de Estado.

34. Reimpreso en *Verde Olivo*, 29 de julio de 1973. Almida testimoniaria el 28 de setiembre de 1953.

35. José Antonio Portuondo, *El pensamiento vivo de Maceo*, La Habana, sin fecha, p. 49. La cita proviene de una proclama escrita en Jamaica el 5 de setiembre de 1879.

36. José Martí, *Obras Completas*, La Habana, 1961, vol. XXIII, página 295.

37. La lucha contra el racismo a partir de la victoria de la Revolución cubana ha sido vista por la población de Cuba como parte integrante de una batalla mucho más amplia: la de la consecución de un progreso económico y social. Sin poner en ello un especial énfasis, la discriminación racial ha ido desapareciendo en Cuba y es completamente contraria a los objetivos políticos del régimen. El 25 de marzo de 1959, Fidel Castro efectuó un duro ataque a la discriminación racial, y desde entonces ha abordado el tema en diversas ocasiones.

38. Inventario recibido por el presidente del tribunal de urgencia y fechado el 29 de julio de 1953. Puede verse una fotocopia del mismo en *Moncada*, p. 217.

39. *Prensa Libre*, 28 de julio de 1953.

40. Leva, *op. cit.* Entrevista con Bernardo Hernández, una de las personas que asistieron al mitin de la asamblea nacional.

41. Eran: Lázaro Peña, Antonio Pérez, José Cabrera, Bernardo Hernández, Juan Llosa, Armando Díaz, Rolando Hevia, Joaquín Ordoqui y Juan Marinello (presidente del partido).

42. García Galló al autor, 23 de febrero de 1967. Galló, profesor de filosofía y dirigente del partido en Las Villas, fue uno de los que impartían clases. En la actualidad Galló trabaja dentro del comité central del Partido Comunista, en La Habana, dedicado a temas de historia, pedagogía y filosofía.

43. Tal como cita Rojas, *La generación...*, *op. cit.*, p. 92.

44. *Daily Worker*, Nueva York, 5 de agosto de 1953, recogió la declaración. El periódico del PSP, *Hoy*, estaba considerado entonces como ilegal.

45. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

46. Peña estaba hablando con Yeya Restano, activista comunista de la capital. Ella me habló del asunto el 1 de febrero de 1967.

En diciembre de 1972, durante una recepción ofrecida en La Habana al presidente chileno Salvador Allende, tuve la ocasión de mencionar la cuestión a Peña. «Sí, recuerdo», me contestó, «y no fue ella la única persona a quien se lo dije».

47. Veintiocho de los participantes en el asalto al Moncada fueron trasladados a Isla de Pinos el 13 de octubre de 1953. Fidel fue enviado allí tres días después. Haydée Santamaría y Melba Hernández fueron enviadas al reformatorio de mujeres de Guanajay, cerca de La Habana.

48. Jesús Montané al autor, 28 de marzo de 1974. Véase asimismo el relato de Abelardo Crespo en *Veintiséis*, *op. cit.*, p. 177. Crespo dice que allí había textos de Lenin y *El capital* de Marx. Montané y Crespo se hallaban entre los prisioneros del Moncada. Una carta escrita por Castro recoge también una relación de algunos de los libros que tenía en su poder (cf. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, *op. cit.*, p. 92). En una visita a la antigua prisión de la Isla de Pinos, girada el 25 de julio de 1976, Fidel Castro habló a los periodistas de los libros marxistas.

49. Jesús Montané al autor, 28 de marzo de 1974.

50. Citado por Robert Merle, *Moncada, premier combat...*, *op. cit.*, p. 346. También citado en Carlos Franqui, *Diario de la Revolución Cubana*, Barcelona, 1976, p. 88.

51. El himno fue compuesto por uno de los prisioneros del Moncada, Agustín Díaz Cartaya, un hombre de color. Díaz fue torturado por los guardianes y, posteriormente, aislado en una celda. Estos datos proceden de otro de los prisioneros, Israel Tápanes, quien los refirió durante un discurso (no publicado) el 13 de julio de 1973, alocución oída por el autor.

52. Carta de Castro fechada el 19 de junio de 1954. Cf. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, p. 34.

53. Conte Agüero, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 52. La carta de Castro está fechada el 31 de julio de 1954.

54. Para una descripción completa de esta operación, véase *Juventud Rebelde*, 20 de julio de 1971. Fidel Castro la relató a los periodistas el 15 de julio de 1976, en una visita a la prisión de Isla de Pinos, actualmente convertida en museo.

55. *Bohemia*, 31 de octubre de 1954.

56. Carta de Castro, fechada el 25 de octubre de 1954. Cf. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, *op. cit.*, p. 63.

57. Carta de Castro, fechada el 22 de diciembre de 1953. Véase Franqui, *Revolución...*, *op. cit.*, p. 87. Cuatro días antes, Castro escribió de su lectura de *El Capital* de Marx, *La vida de Carlos Prestes* (líder comunista brasileño), y *El Secreto de la Fortaleza Soviética* del religioso inglés, el deán de Canterbury, un libro alta-

mente favorable a la Unión Soviética. En la carta Castro dice: «Estoy estudiando a fondo». Véase Franqui, *ibid.*, p. 88.

58. Las dos obras son estudios sobre el *coup d'état* que efectuara, en diciembre de 1851, Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón I.

59. Carta de Castro, fechada en marzo de 1954. Cf. Merle, *op. cit.*, p. 344, y también Franqui, *op. cit.*, p. 92.

60. Merle, *op. cit.*, p. 344. Cf. también Franqui, *op. cit.*, p. 92. El propio Marx critica el análisis de Hugo con las siguientes palabras: «Sólo ve en él [el *coup d'état* de Luis Bonaparte] la acción violenta de un individuo aislado» (del prefacio a la segunda edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*).

61. Franqui, *ibid.* Carta de Castro, fechada 4 de abril de 1954.

62. Citado en Franqui, p. 92.

63. Carta escrita por Castro el 15 de abril de 1954. Cf. Merle, página 348, y también Franqui, p. 99.

64. Castro al autor, La Habana, 20 de junio de 1975. Le interrogué sobre este punto en una recepción ofrecida a Eric Williams, primer ministro de Trinidad-Tobago.

65. *Ibid.* Cuando Castro citó este pasaje de la carta de Martí a Manuel Mercado, yo ya lo había incorporado como epígrafe en el borrador de mi libro, convencido como estaba de que Castro, profundo estudioso de la obra de Martí desde sus años juveniles, se había visto influido por el pasaje en cuestión.

66. Melba Hernández y Haydée Santamaría habían sido liberadas el 20 de febrero de 1954.

67. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, pp. 37 y ss.

## 8. Amnistía y exilio

1. Carta fechada el 14 de agosto de 1954. Cf. Agüero, *Cartas del presidio*, p. 60.

2. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, p. 61.

3. *Ibid.*, p. 60.

4. *Ibid.*, p. 61.

5. *Ibid.*

6. Franqui, *Revolución Cubana*, *op. cit.*, p. 92.

7. Carta de Castro fechada en agosto de 1954. Citada en Merle, *op. cit.*, p. 347.

8. Existía en Cuba una fuerte presión popular en favor de una amnistía general para los presos políticos. El decreto de amnistía fue una medida concreta, con la que Batista pretendió demostrar que se habían restablecido las garantías constitucionales de acuerdo con sus promesas públicas. Escogió para promulgarlo la fecha del 8 de mayo, día de las madres, en un claro intento de beneficiarse

con el carácter emotivo de la festividad. Una semana antes «un comité de madres» le había interrogado acerca de la eventual promulgación del decreto. Cf. *Prensa Libre*, 3 de mayo de 1955.

9. Carta fechada en marzo de 1955. Cf. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, *op. cit.*

10. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, *op. cit.*

11. Fidel, vestido con un traje gris y una camisa deportiva, fue abrazado por sus tres hermanas, Lidia, Emma y Juana, y por sus dos compañeras de armas, Melba y Haydée. La atmósfera era emocionalmente intensa, y uno de los relatos del acto afirma que Castro llegó a llorar durante unos instantes. Cf. *Bohemia*, 22 de mayo de 1955.

12. *Información*, 17 de mayo de 1955. *Prensa Libre* de este mismo día recoge la siguiente frase de respuesta del teniente Pérez: «Muchas gracias, todos somos cubanos».

13. El teniente Sarría mandaba el escuadrón que capturó a Castro. El capitán Tamayo fue el médico que salvó la vida a tres moncadistas negándose a entregarlos a los oficiales del cuartel Moncada.

14. Citado en Conte Agüero, *Fidel Castro...*, *op. cit.*, p. 231. Dos días antes de que Castro fuese liberado, un grupo de dirigentes del Partido Ortodoxo había presentado una demanda ante el Tribunal Supremo en la que se acusaba al gobierno de albergar planes de asesinato contra Fidel.

15. *Bohemia*, 22 de mayo de 1955. Entrevista con Agustín Alles Soberón.

16. Citado en Conte Agüero, *Fidel Castro...*, *op. cit.* p. 231.

17. *Ibid.*, p. 237.

18. V. I. Lenín, *El aventureísmo revolucionario*, Editorial Progreso, Moscú, p. 7. Se trata de un texto escrito en agosto de 1902.

19. *Prensa Libre*, 17 de mayo de 1955.

20. Marta Rojas en *Gramma*, 26 de julio de 1966.

21. *Movimiento 26 de Julio*, abreviadamente, M-26-7. Según el Manifiesto Número 1 del Movimiento, «su dirección es colectiva y secreta». Cf. *Pensamiento Crítico*, La Habana, Número 21 de 1968.

22. *Prensa Libre*, 17 de mayo de 1955.

23. Conte Agüero, *Fidel Castro...*, p. 241.

24. *Prensa Libre*, 20 y 22 de mayo de 1955.

25. *Prensa Libre*, 22 de mayo de 1955.

26. *Prensa Libre*, 25 de mayo de 1955.

27. *Ibid.* También en *El Mundo* de esta misma fecha.

28. *Bohemia*, 29 de mayo de 1955.

29. *Información*, 29 de mayo de 1955.

30. *Prensa Libre*, 29 de mayo de 1955.

31. «Manos asesinas», en *La Calle*, 7 de junio de 1955. Batista

había efectuado estas declaraciones el día 4 de junio. Cf. Bonachea y Valdés, p. 252.

32. Carta fechada el 17 de abril de 1954. Cf. Conte Agüero, *Cartas del presidio*, op. cit., p. 37.

33. Citado en Conte Agüero, *Fidel Castro...*, op. cit., pp. 261 y ss. No se da fecha, pero muy probablemente apareciera en *La Calle* a mediados de junio de 1955. Por desgracia, los ejemplares de periódicos viejos existentes en las bibliotecas públicas de Cuba están en pésimas, por no decir trágicas, condiciones, faltando en ellas incluso números enteros. La microfilmación de periódicos antiguos se halla justo en sus comienzos.

34. Conte Agüero, *Fidel Castro...*, op. cit., pp. 261 y ss.

35. Agostini fue muerto a tiros, y junto a su cuerpo la policía encontró, según su versión, un maletín de médico contenido dos granadas de mano, una pistola y munición varia. Cf. *La Calle*, 11 de junio de 1955.

36. *Ibid.*

37. *Prensa Libre*, 16 de junio de 1955.

38. *Prensa Libre*, 17 de junio de 1955. Masferrer era senador y cabeza visible del Partido de la Unión Radical en la provincia de Oriente. En menos de dos décadas había recorrido un camino que le llevaría del comunismo a la ultraderecha conservadora. Se convirtió en aliado de Batista, y los «tigres de Masferrer» actuaron con plena impunidad en la provincia de Oriente, sembrando el terror entre campesinos y trabajadores.

39. Luis Orlando Rodríguez, quien tras la victoria revolucionaria ha desempeñado importantes cargos en relaciones internacionales. Castro había efectuado un llamamiento pidiendo al pueblo soporte financiero para *La Calle*. Cf. *La Calle*, 8 de junio de 1955.

40. *Prensa Libre*, 18 de junio de 1955.

41. *Ibid.*

42. *Información*, 18 de junio de 1955.

43. El derecho de asilo en embajadas extranjeras y la obtención de salvoconductos para abandonar un determinado país está ampliamente reconocido en los países latinoamericanos.

44. Probablemente, lo que le impulsó a no presentarse en la emisora fuera el convencimiento de que sería arrestado o asaltado en caso de aparecer en público. El columnista Mendo escribiría en las páginas de *Prensa Libre*: «Después de lo ocurrido, nos luce que hizo bien en no acudir». Cf. *Prensa Libre*, 19 de junio de 1955.

45. Armando Hart, Faustino Pérez y Juan Manuel Márquez, entre otros. Márquez iría en el *Granma* como segundo comandante. Tanto Pérez como Hart se convirtieron en dirigentes del clandestino M-26-7.

46. *Prensa Libre*, 7 de junio de 1955.

47. Castro hace referencia a tales ofertas en *Bohemia*, 8 de enero de 1956.

48. *Prensa Libre*, 1 de julio de 1955. Otros firmantes de la convocatoria fueron Juan Manuel Márquez, Pastor Núñez, Eduardo Corona y Orlando Castro.

49. Carta al comité ejecutivo del M-26-7 en Cuba enviada por Castro desde México y fechada el 2 de agosto de 1955. Cf. Conte Agüero, *Fidel Castro...*, p. 280.

50. Pedro Miret y Lester Rodríguez, ambos moncadistas, fueron enviados a Oriente. País les fue presentado por María Antonia Figueroa, encargada de administrar los fondos del M-26-7 en Santiago de Cuba.

51. Arturo Duque de Estrada al autor, 30 de junio de 1970, en Santiago de Cuba. Duque de Estrada trabajó en íntimo contacto con Frank País. El cablegrama anunciando la partida desde México del *Granma* le fue remitido a Duque de Estrada, quien, en el momento de producirse la entrevista señalada, era responsable de la comisión histórica del Partido Comunista en la provincia de Oriente.

52. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

53. *Información*, 6 de julio de 1955, incluye parte del texto, que sería reimpresso en *Hoy*, 2 de diciembre de 1962.

54. Carta a Melba Hernández desde México, fechada el 24 de julio de 1955. Citada en Conte Agüero, *Fidel Castro...*, op. cit., página 274.

55. *Ibid.*, p. 274. Castro solicitó que «se dé tan poca publicidad como sea posible» a su aparición en el Ateneo Español. El «Ateneo» fue organizado por exiliados españoles en México. Sus enemigos lo acusaron de ser un centro de «la conspiración del Comintern en el Caribe» (ver Nathaniel Weyl *Red Star over Cuba*, N.Y. 1961, p. 137).

56. Theodore Draper parece creer que hubo una sola declaración y, en consecuencia, confunde una con la otra. Cf. Draper, *Castroism: Theory and practice*, pp. 9 y ss. Siguiendo a Draper, Thomas atribuye al *Manifiesto* una cita que, de hecho, pertenece al *Mensaje al Congreso de Militantes Ortodoxos*.

57. Carta a Melba Hernández, 24 de julio de 1955. Citada en Conte Agüero, *Fidel Castro...*, op. cit., p. 272.

58. Carta escrita en México el 2 de agosto de 1955. Citada en Conte Agüero, *Fidel Castro...*, op. cit., pp. 277-280.

59. *Ibid.*, pp. 279 y 281.

60. *Ibid.*, pp. 300-307 (texto completo). Cuando el llamamiento firmado por Castro y otros militantes ortodoxos se hizo público ante las masas asistentes al congreso, se desencadenó una seria resistencia por parte de la dirección del partido. Posteriormente, y en un esfuerzo por conseguir un mejor control de la revuelta desen-

cadenada en el seno de la organización, Raúl Chibás, presidente del Partido Ortodoxo, dio su bendición al documento.

61. *Pensamiento Crítico*, La Habana, Número 21, 1968, páginas 207-220 (texto completo).

62. Chambelonas, lo mismo que congas, es el término usado para designar las frenéticas danzas callejeras en pos de una típica banda cubana organizadas para servir de publicidad a un candidato o partido políticos. Equivaldría, por contexto, a algo así como al segundo término del binomio «pan y circo», a una distracción organizada sin el menor contenido político. Originalmente «La Chambelona» fue el himno de guerra del Partido Liberal en una insurrección que estalló con motivo de la reelección del Presidente Menocal. Bonachea y Valdés, *op. cit.*, p. 264, yerran aquí al traducir chambelonas por *sinecures* (*sinecuras* o botellas).

63. *Pensamiento Crítico*, núm. 21, 1968.

64. *Ibid.*

65. Marx y Engels *Manifiesto del Partido Comunista*, La Habana, p. 38.

66. Fidel Castro, 18 de noviembre de 1971.

67. Bonachea y Valdés, *op. cit.*, p. 266.

68. Marx y Engels, *Manifiesto...*, *op. cit.*, p. 38.

69. Esta visión de Fidel, que en 1955 podía parecer muy romántica, se ha convertido en realidad en la Cuba de hoy. En la actualidad hay más de 100.000 becados en modernas «escuelas ubicadas en el campo».

70. Marx y Engels, *Manifiesto...*, *op. cit.*, p. 45.

## 9. «...o seremos mártires»

1. El coronel Jacobo Arbenz se convirtió en presidente de Guatemala en 1950. Encabezó un régimen progresista de corte nacionalista, que daría tierras a 120.000 familias campesinas, y comenzó a controlar los excesos de la United Fruit Company. En junio de 1954, la CIA dirigió desde las bambalinas el derrocamiento de su régimen.

2. Che Guevara en *Bohemia*, 20 de octubre de 1967. El artículo fue originalmente publicado en *O Cruzeiro*, Río de Janeiro, en 1959.

3. Andrés Suárez, *Cuba, Castroism and communism*, Massachusetts, 1967, p. 39.

4. En La Habana, en diciembre de 1974.

5. Hilda Gadea, *Memoirs of «Che» Guevara*, Nueva York, 1972, página 19. Gadea, la primera esposa del Che, era peruana y miembro

del APRA en la época en que conoció al Che. Moriría de cáncer en La Habana, en 1974.

6. *Ibid.*

7. Mirna Torres al autor, 27 de noviembre de 1967. Mirna era una activista de la Alianza y dejó un diario de sus días de colegio en el que se recogen una serie de anécdotas sobre la estancia del Che en Guatemala. Hilda Gadea utilizó material de dicho diario en la elaboración de su libro sobre el Che.

8. Doctor Edelberto Torres al autor, La Habana, 8 de enero de 1968. Contó esta misma historia en una carta dirigida a su yerno el 25 de octubre de 1967, carta que Gadea cita en su libro. Torres es el autor de *La dramática vida de Rubén Darío*, México, 1957. En el año 1979, el Dr. Torres fue nombrado embajador de Nicaragua revolucionaria en Costa Rica.

9. Mirna Torres al autor. Mirna contradice la afirmación de su amiga Hilda Gadea de que el Che rehusó trabajar con el gobierno guatemalteco tras enterarse de que previamente era indispensable que se adhiriera al Partido Comunista de Guatemala. Mirna dice que fueron varios los extranjeros no comunistas que colaboraron con el gobierno Arbenz, incluida la propia Hilda, quien trabajó para el Instituto del Fomento de la Producción. Otra versión señala que el Che hubiera podido trabajar como médico en el Departamento Nacional de Estadística, de haberse adherido al partido *oficial*, oferta que rechazó. Cf. *Verde Olivo*, La Habana, 22 de octubre de 1967.

10. White, nacido en Utah, estudió para pastor mormón. Se convirtió en marxista, trabajó para la administración pública durante el mandato presidencial de F. D. Roosevelt, y luego enseñó filosofía y montó una granja avícola. Se trasladó a Guatemala para participar en un proceso que creía iba a transformarse en una revolución socialista.

11. White me contó esta historia en presencia de Hilda Gadea, el 18 de noviembre de 1967, en La Habana. White murió en 1972, y en la actualidad obra en mi poder la única copia existente de su libro inédito. White también rememoró en esta ocasión la conversación mantenida una tarde con el Che, en la que ambos se mostraban deprimidos ante el sesgo que tomaban los acontecimientos en Guatemala. El Che comenzó a ponerse nostálgico, habló acerca de su vagabundeo por América Latina y acabó diciendo a la ligera: «Vamos a soltar amarras e ir a la Unión Soviética».

12. Fidel Castro, en Chile, el 28 de noviembre de 1971.

13. Visitaron Nueva York, Union City (New Jersey), Bridgeport (Connecticut), y Miami, Tampa y Key West (Florida).

14. Fidel habló el 1 de noviembre de 1955. Este pasaje lo cita en uno de sus artículos en *Bohemia*, 8 de enero de 1956.

15. Para el texto completo, véase *Pensamiento Crítico*, La Ha-

bana, núm. 21, 1968. El Manifiesto está datado en Nassau el 10 de diciembre de 1955.

16. *Ibid.*

17. *Bohemia*, 4 de diciembre de 1955. La columna pertenecía a la pluma de Ichaso, y probablemente sea la primera vez en que se utiliza la palabra *fidelismo* para designar al Movimiento de Castro.

18. Miguel Hernández, «La Patria no es de Fidel», *Bohemia*, 18 de diciembre de 1955.

19. Fidel Castro, «¡Frente a todos!», *Bohemia*, 8 de enero de 1956.

20. *Alerta*, La Habana, 3 de enero de 1956.

21. Castro menciona su compromiso en una carta fechada el 26 de agosto de 1956, publicada en *Bohemia*, 2 de setiembre de 1956.

22. Fidel Castro. «El Movimiento 26 de Julio», *Bohemia*, La Habana, 1 de abril de 1956, pp. 54, 70-71.

23. *Ibid.*

24. *Ibid.*

25. Fidel Castro, «¡Basta ya de mentiras!», *Bohemia*, 15 de julio de 1956.

26. Artículo 28 de la Ley General de Población de los Estados Unidos de México.

27. *Excelsior*, Ciudad de México, 26 de junio de 1956.

28. *Excelsior*, Ciudad de México, 27 de junio de 1956.

29. Nacido en Cuba, Bayo publicó en Barcelona, en 1937, *La guerra será de los guerrilleros*. Dirigió personalmente una operación de guerrilla sobre la isla de Mallorca durante la Guerra Civil Española. Cf. Alberto Bayo, *Mi desembarco en Mallorca*, Guadalajara, México, 1944.

30. *La Prensa*, Ciudad de México, 27 de junio de 1956. Hugh Thomas, *Cuba*, ed. cit., vol. II, p. 1142, se equivoca cuando cita a Bayo como uno de los arrestados en el primer momento.

31. Luis Dam, «El grupo 26 de Julio en la cárcel», *Bohemia*, 8 de julio de 1956.

32. Así lo sostiene Hugh Thomas, *Cuba*, ed. cit., vol. II, p. 1143.

33. Fidel Castro ha rendido un muy especial homenaje a ambos. El 3 de octubre de 1965 habló de la grandeza de Blas Roca. El 13 de marzo de 1974 pronunció la alocución fúnebre ante la tumba de Peña y, entre otras cosas, dijo: «Consagró toda su vida a la causa de los pobres y explotados».

34. Blas Roca al autor, La Habana, 15 de mayo de 1974.

35. *Prensa Libre*, La Habana, 15 de mayo de 1974.

36. En esta época, Batista apoyaba la celebración de una convención constitucional, paso incuestionablemente progresista, mientras los comunistas seguían su política internacional de organizar un frente unido contra el fascismo.

37. El juez federal Miguel Lavalle Fuentes abogó en favor de los hombres de Castro y criticó los excesos del Departamento Federal de Seguridad.

38. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

39. *Ibid.* Blas Roca también me habló de los criterios del Partido Socialista Popular el 15 de mayo de 1974. Roca había sido secretario general del PSP hasta 1961. Cuando hablé con él, estaba dirigiendo los trabajos para la elaboración de la nueva constitución para Cuba. En diciembre de 1976 se convertiría en presidente de la Asamblea Nacional de Cuba.

40. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

41. *Ibid.*

42. Lester Rodríguez, *Hoy*, 1 de diciembre de 1973.

43. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

44. Flavio Bravo al autor, 29 de julio de 1974 y 7 de abril de 1975.

45. Carta de Frank País a «Alejandro» (Fidel Castro), fechada en Santiago de Cuba el 7 de julio de 1957 y publicada en *Pensamiento Crítico*, La Habana, junio de 1969, p. 252. En una carta dirigida a María Antonia Figueroa, secretaria de finanzas del M-26-7 en la provincia de Oriente, Fidel escribe: «Estoy en condiciones de confirmar todo lo que me dijiste acerca de las excelentes condiciones de Frank como organizador, de su coraje, capacidad y cualidades». (Carta fechada en Ciudad de México, 8 de agosto de 1956.)

46. Herbert Matthews, *Fidel Castro*, Nueva York, 1969, p. 90.

47. Hugh Thomas, *Cuba*, ed. cit., vol. II, p. 1119.

48. Enzo Infante al autor en La Habana, 15 de setiembre de 1972. Enzo había sido compañero de País en la Escuela Normal de Maestros, se unió a su grupo revolucionario en 1954 y dirigió un escuadrón de ataque el 30 de noviembre de 1956, durante el levantamiento de Santiago de Cuba. Infante invalida la sugerencia de Thomas (*op. cit.*, vol. II, pp. 1152-53) de que la mayor parte de los seguidores de País en Santiago pertenecían a la clase media. Infante insiste en que la mayoría eran trabajadores o, como él mismo, maestros progresistas.

49. *Ibid.*

50. Carta de Frank País a Elia Frometa, fechada el 28 de julio de 1953. Reimpresa en *Granma*, 30 de julio de 1973.

51. *Diario de Cuba*, Santiago de Cuba, 18 de agosto de 1953.

52. Los campesinos del Realengo 18, originariamente familias que habían ocupado tierras del Estado, organizaron un «gobierno» y un ejército encargados de defender sus tierras frente a las invasiones e intrusiones instigadas por terratenientes y apoyadas por la guardia rural. En setiembre de 1934, quinientos campesinos mantuvieron a distancia al ejército con ayuda de revólveres y machetes.

Dentro de esta área existía una fuerte influencia del Partido Comunista. Cf. Pablo de la Torriente Brau, *Realengo 18*, La Habana, 1935. Posteriormente, Brau moriría combatiendo en la Guerra Civil española.

53. En Cuba, «cola de pato» se refería a las «aletas» traseras de los lujosos carros estadounidenses de los años cincuenta, especialmente de los Cadillac.

54. *Mercury*, Universidad de Oriente, junio de 1954. En este mismo mes, País fue llevado ante un comité disciplinario de la universidad por los incidentes desencadenados a causa de su protesta por la caída del gobierno de Arbenz en Guatemala.

55. Ladislao González Carbajal, *Paquito Rosales*, La Habana, 1966, pp. 24 y ss.

56. Lester Rodríguez, *op. cit.* Enzo Infante, uno de los colaboradores de País, también me ha hablado de estas reuniones.

57. Juan Taquechel al autor, 2 de enero de 1973. Taquechel era un dirigente sindicalista y miembro del comité provincial del PSP.

58. *Ibid.* También Ladislao González Carbajal al autor, 29 de enero de 1973. Carbajal era secretario general del PSP en la provincia de Oriente. En 1976, Carbajal fue nombrado embajador cubano en China.

59. *Oriente*, Santiago de Cuba, 29 de noviembre de 1956.

60. El llamamiento estaba firmado por Estenio Mediaceja, Sergio Valiente y Edunio Hernández, todos ellos miembros del PSP en Santiago de Cuba.

61. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

62. Para información acerca de los aspectos militares del levantamiento, véase *Libro Segundo Instrucción Política FAR*, La Habana, 1969. El libro estaba escrito por el comité político de las fuerzas armadas cubanas. Para un relato oral de los propios participantes en el levantamiento, véase *Revolución*, La Habana, 29 de noviembre de 1962.

## 10. *Luchando en suelo patrio*

1. Ernesto Che Guevara, *Escritos y discursos*, La Habana, 1972, I/I9, originalmente publicado en *O Cruzeiro*, Río de Janeiro, 19 de junio de 1959.

2. La mejor descripción del desembarco se halla en Faustino Pérez, *La Sierra y el Llano*, La Habana, 1969.

3. *Granma*, 3 de diciembre de 1973.

4. Guevara, *Escritos y discursos*, II/10. Por entonces, Francis McCarthy, de la United Press, había ya dicho que Fidel Castro ha-

bía perdido la vida en Niquero. Cf. *Tiempo*, La Habana, 4 de diciembre de 1956.

5. Fidel Castro, discurso pronunciado el 26 de julio de 1975. Fidel ha señalado también que fueron doce los supervivientes que se unieron finalmente con él luego de Alegría de Pío. Casualmente, Carlos Manuel de Céspedes, el «Padre de la Patria cubana», también sobrevivió con un grupo de doce hombres a las primeras escaramuzas de la guerra entablada en 1868 contra España.

6. Universo Sánchez, miembro del grupo inicial, en Carlos Franqui ed., *Libro de los doce*, La Habana, 1967, p. 66. También Raúl Castro, en un discurso pronunciado el 13 de mayo de 1960.

7. Para un relato de las intervenciones de Pérez y García en los acontecimientos, véase lo que dicen Universo Sánchez y Calixto García en *Revolución*, 27 de noviembre de 1963. Calixto García era uno de los integrantes del grupo inicial.

8. Castro buscaba diferenciar su ejército de los característicos de Latinoamérica, en los que los «hombres fuertes» eran, inevitablemente, «generales» y «coroneles».

9. Para el Movimiento 26 de Julio, el llano equivale a zonas no pertenecientes a la sierra, es decir, ubicadas en ciudades o en el campo.

10. Herbert Matthews, *Fidel Castro*, Nueva York, 1970, p. 116. Celia Sánchez se unió al M-26-7 en 1954 e intentó trasladarse a México para integrarse en la expedición del *Granma*, pero fue dissuadida de su proyecto por Frank País y Haydée Santamaría. Tomó parte en diversas batallas, y es una de las heroínas de la guerra de guerrillas. Murió después de una larga enfermedad en 1980.

11. Guevara, *Escritos y discursos*, op. cit., p. 14.

12. Ibid., pp. 30 y ss.

13. Ibid., p. 33.

14. Ibid., p. 33.

15. Una vez tratado, se percató de que no había forma de pagar el servicio y se sintió preocupado de que pudiera pensarse que aceptaba el tratamiento como un regalo. Finalmente, decidió dar al dentista que le había asistido una caja de magníficos «puros» cubanos.

16. El comandante Jesús Montané me dijo en cierta ocasión (29 de febrero de 1974): «Sabemos que Mr. Matthews no está de acuerdo con muchas de las cosas que hacemos, pero le consideramos nuestro amigo». La muerte de Matthews, en 1977, mereció la publicación de un artículo meritorio en *Granma*.

17. Guevara, *Escritos y discursos*, op. cit., p. 191.

18. Ibid., p. 56.

19. Che Guevara, *Proyecciones sociales del Ejército Rebelde*. Originariamente era una conferencia pronunciada el 27 de enero

de 1959 ante la sociedad Nuestro Tiempo de La Habana. Fue publicada en *Humanismo*, La Habana, enero-abril de 1959.

20. *Bohemia*, 19 de marzo de 1957. También en Herbert Matthews, *Fidel Castro*, pp. 107 y ss.

21. *Bohemia*, 19 de marzo de 1957.

22. Matthews, *op. cit.*, p. 108. Ver también su *The Cuban Story*. Nueva York, 1961.

23. *Ibid.*

24. Guevara, *Escritos y discursos*. Vol. II, p. 55. De los «Paseos de la guerra revolucionaria».

25. El artículo de Matthews daba a entender que Castro poseía una impresionante fuerza a su mando. Raúl Castro se valió de distintas artimañas para inducir a Matthews a exagerar el número de combatientes (cf. Franqui, *Libro de los doce*, *op. cit.*, p. 111). Matthews niega haberse percatado de la astucia de Raúl Castro. (Cf. Matthews, *Fidel Castro*, p. 109).

26. *El Campesino*, marzo de 1957.

27. Los comunistas creían necesario organizar una actividad insurgente entre el pueblo cubano, especialmente entre la clase obrera, que culminara en una huelga general como la que derrocó la dictadura de Machado en 1933.

28. Matthews cita esta carta en *The Cuban Story*, Nueva York, 1961, que también contiene una transcripción completa de su entrevista con Castro. La carta está fechada el 17 de marzo de 1957 y se halla en la biblioteca de la Universidad de Columbia, en Nueva York.

29. El 13 de marzo de 1957, el Directorio Revolucionario Estudiantil, a cuya cabeza se hallaba José Antonio Echeverría, organizó sin éxito un ataque al palacio presidencial de La Habana. Echeverría murió a balazos durante la acción.

30. Guevara, *Proyecciones sociales del Ejército Rebelde*, *op. cit.*

31. *Las sierras de Oriente*, La Habana, 1963. Este informe sobre la composición clasista de las sierras de Oriente, publicado por la Comisión Nacional de Escuelas de Instrucción Revolucionaria, se basa en los estudios efectuados durante dos meses por cuadros de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria de la provincia de Oriente.

32. *Ibid.*

33. Para una historia de estas luchas, véase Antero Regalado, *Las luchas campesinas en Cuba*, La Habana, 1973.

34. Incluso en la zona más alta y aislada de la Sierra Maestra, llamada Guamá por los naturales del área, se unieron los campesinos para defender sus tierras, que por lo general habían ocupado sin mediar títulos de propiedad. Y cuando gentes de fuera pretendieron demarcar estos terrenos antiguamente destinados a explota-

ciones madereras o mineras, los campesinos organizaron un ejército propio a fin de resistir la usurpación.

35. He sostenido conversaciones con Antero Regalado, Facundo Ramírez y José «Pepe» Ramírez, todos ellos veteranos comunistas que habían organizado y participado en docenas de luchas campesinas durante las décadas anteriores a la Revolución. Me daba cuenta de la envergadura del trabajo de los comunistas en las zonas rurales de Cuba, tarea casi totalmente ignorada fuera de la propia Cuba.

36. El soviet de Mabay fue una de las numerosas zonas próximas a los ingenios azucareros en las que los trabajadores asumieron un control físico y efectivo del territorio, izaron la bandera roja y organizaron embriones de gobierno obrero.

37. Francisco «Paquito» Rosales.

38. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*

41. José Ramírez, presidente de la asociación de pequeños agricultores cubanos, al autor, 5 de agosto 1972.

42. Guevara, *Escritos y discursos*. Vol II, pp. 183-190.

43. Llegaron a territorio guerrillero el 23 de abril de 1957, acompañados de Celia Sánchez, Haydée Santamaría y otras personas. Siguieron a la columna de Castro durante una marcha hasta la cima del Pico Turquino, la mayor altitud de la isla.

44. *Libro Segundo Instrucción Política FAR*, La Habana, 1969, páginas 260 y ss. Este libro ha sido publicado por las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas (FAR).

45. Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en el capítulo «Se gesta una traición». Cf. Guevara, *Escritos y discursos*. Vol. II, p. 127.

46. El mismo mes en que Frank País fue abatido a tiros por la policía en una calle de Santiago de Cuba, Castro se sintió movido a escribir: «El pueblo de Cuba no puede ni sospechar quién era Frank País, qué grandeza y futuro prometedor había en su persona». País contaba veintitrés años cuando murió.

47. Guevara, *Escritos y discursos*. Vol. II, pp. 123 y ss.

48. *Ibid.*, p. 124.

49. *Ibid.*, p. 126.

50. *Bohemia*, La Habana, 28 de julio de 1957, pp. 69, 96-97.

51. *Ibid.*

52. *Ibid.*

53. Así se cita en la carta de Castro a la Junta de Liberación Cubana de 14 de diciembre de 1957. Cf. *Bohemia*, La Habana, 2 de febrero de 1958, pp. 48, 83-85.

54. Rojas habló de su visita a la Sietra en una emisión televi-

sada el 16 de febrero de 1959. Cf. *Bohemia*, núm. 9, 1959, p. 90.

55. Pelegrín Torras al autor, 18 de enero de 1967. Torras era un dirigente del PSP. Actualmente es viceministro de Relaciones Exteriores.

56. *El Campesino*, enero de 1958. *El Campesino* era editado por el comité nacional del PSP, salía mimeografiado y costaba tres centavos.

57. *Ibid.*

58. Más Martín al autor, 12 de enero de 1973. Un comité revolucionario establecido en Luyano incluía a comunistas, activistas del Movimiento 26 de Julio y otros. En 1957 publicó casi diariamente un periódico mimeografiado llamado *Noticias*.

59. *Granma*, 8 de noviembre de 1966. Los militantes en cuestión eran Rogelio Perea, Machaco Ameijeiras y Pedro Gutiérrez.

60. *Revolución*, La Habana, 20 de marzo de 1965.

61. Guevara, *Escritos y discursos*, Vol. II, p. 304. La nota está fechada el 6 de enero de 1958..

62. Carta de Fidel Castro publicada en *Bohemia*, La Habana, 2 de febrero de 1958, suplemento pp. 48, 83-85.

63. *Ibid.*

64. *Ibid.*

65. *Ibid.*

66. *Ibid.*

67. *Ibid.*

68. *Ibid.*

69. *Ibid.*

70. Fidel Castro, 2 de diciembre de 1961, en un programa de televisión.

71. Carta desde presidio, citada por Merle, *op. cit.*, p. 348.

72. Los historiadores cubanos progresistas creían que la disolución del ejército cubano de liberación, tras la victoria sobre España, acaecida por presiones del gobierno de los Estados Unidos, era un error histórico de primera magnitud. Castro pudo percatarse de que se hallaba frente a una situación idéntica.

73. *Carta Semanal*, 15 de enero de 1958. *Carta Semanal* era el periódico clandestino oficial del PSP.

## 11. *Mi destino verdadero*

1. Esto es lo que se hizo en 1965 en la República Dominicana, cuando una revuelta popular amenazó la existencia de un triunvirato civil apoyado por el ejército que se había hecho con el poder tras un golpe militar.

2. Véase *Manifiesto núm. 1 del Movimiento 26 de Julio*, agosto de 1955, *op. cit.*

3. Las fuerzas militares norteamericanas se mantuvieron durante varios años en Cuba tras la victoria sobre España. Los Estados Unidos impusieron la onerosa Enmienda Platt a la nueva república en 1902, instalaron en Cuba un nuevo gobierno custodio de los intereses yanquis entre 1906 y 1909, y amenazaron con una intervención directa (que resultó innecesaria), por temor a una revolución «comunista» tras la caída de la dictadura de Machado, en 1933.

4. Carta de José Martí a su amigo Manuel Mercado, escrita sobre el campo de batalla el 18 de mayo de 1895. Cf. *Obras completas de José Martí*, La Habana, 1961, vol. XXV, p. 95.

5. *Bohemia*, 18 de mayo de 1973. La nota está fechada el 5 de junio de 1958 y fue desconocida por el público hasta 1967.

6. En el llano se habían efectuado una serie de acciones de gran relieve. En una sola noche, en diciembre de 1957, se colocaron alrededor de un centenar de bombas en La Habana. También se consiguió gran publicidad para el movimiento secuestrando al famoso corredor automovilista argentino Juan Manuel Fangio, que poco después fue puesto en libertad completamente incólume. Los grupos de acción del M-26-7 ejecutaron a algunos delatores, volaron algunos servicios públicos, etc.

7. Pérez había sido uno de los miembros embarcados en el *Granma*. Tras los sucesos de Alegría de Pío, fue uno de los pocos que consiguieron huir junto con Castro. Fidel le envió entonces al llano para que informara a sus seguidores de la suerte seguida por la expedición. Fue Pérez quien entró en contacto con Herbert Matthews para montar la famosa entrevista. Pérez se convirtió en responsable del Movimiento 26 de Julio en La Habana.

8. Pérez ha señalado que Castro estaba de acuerdo en efectuar un llamamiento a la huelga general sobre la base de sus informes. Cf. *Pensamiento Crítico*, La Habana, agosto de 1969, p. 74.

9. *Carta Semanal*, 19 de marzo de 1958.

10. El PSP siguió la «línea de agosto», es decir, tomó como referencia la táctica adoptada en agosto de 1933, cuando las huelgas y manifestaciones forzaron la caída del impopular gobierno de Machado.

11. *Carta Semanal*, 19 de marzo de 1958.

12. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

13. Citado en *Hoy*, La Habana, 9 de abril de 1964. Este documento clave, tan importante para comprender la perspectiva de Castro, no aparece en el primer volumen de las *Selected works of Fidel Castro* de Bonachea y Valdés, que cubre el año 1958.

14. Clodomira Ferrals fue uno de los mensajeros de Castro. Como Lidia Doce, mensajera del Che, es una de las heroínas de la

guerra de guerrillas. Las familias de ambas eran originarias de la Sierra Maestra, y de condición humilde. Fueron muertas por las fuerzas de Batista en la segunda mitad de 1958, durante una misión de enlace, y sus cuerpos jamás han sido localizados. Cf. Che Guevara, «Lidia», en *Humanismo*, La Habana, enero-abril de 1961.

15. La pretensión de que las directrices llegaron demasiado tarde para que sus objetivos fueran puestos en práctica, no es convincente. Como mínimo, pasaron diez días, tiempo suficiente para que los comunistas pudiesen ser integrados como participantes de pleno derecho en las diligencias preparativas.

16. *Carta Semanal*, 1 de abril de 1958.

17. *Carta Semanal*, 2 de abril de 1958.

18. Para una completa descripción de los aspectos militares de la operación del 9 de abril en La Habana, véase *Revolución*, La Habana, 9 de abril de 1964.

19. *Carta Semanal*, 16 de abril de 1958. Para una descripción detallada de la huelga de Sagua la Grande, en la provincia de Las Villas, donde tuvo lugar una lucha armada más prolongada, véase *Hoy*, La Habana, 9 de abril de 1963.

20. *Carta Semanal*, 16 de abril de 1958.

21. Guevara, *Escritos y discursos*, vol. II, pp. 249-256. «El encuentro decisivo» es un capítulo del texto de Guevara titulado *Pasajes de la guerra revolucionaria*.

22. *Ibid.*, p. 250.

23. *Ibid.*

24. Enzo Infante al autor, 6 de mayo de 1965. El Che menciona a Infante, cuyo nombre de guerra fue Bruno, en su descripción de «El encuentro decisivo».

25. Guevara, «Proyecciones sociales del Ejército Rebelde», *Humanismo*, La Habana, enero-abril 1959, p. 349.

26. *Ibid.*

27. Guevara, *Escritos y discursos*, op. cit., vol. II, p. 258.

28. Jules Dubois, *Fidel Castro: Rebel, liberator or dictator*, Indianápolis, 1959, p. 263.

29. Dubois, *Fidel Castro...*, op. cit., p. 237.

30. *Ibid.*

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

33. Fidel Castro, 1 de diciembre de 1961.

34. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972.

35. José Ramírez al autor, 5 de agosto de 1972.

36. *Ibid.*

37. Entre ellos, Romárico Cordero, legendario entre los campesinos de Oriente, Miguel Betancourt, Juan Frómata, Regelino Zaldivar y Candito Betancourt.

38. Citado en *Granma*, 24 de setiembre de 1974. El artículo lleva por título «Sobre el congreso campesino en armas».

39. En esta escuela se iniciaba la elaboración de un nuevo texto de historia de Cuba. En palabras de Carlos Díaz: «Un primer intento de interpretación marxista sin mencionar la palabra marxista» (Carlos Díaz al autor, 5 de enero de 1963). Unos meses después de la victoria, Díaz, miembro del PSP, se integró al equipo de «capacitación cívica» de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. En la actualidad Díaz es profesor de historia en la Universidad de La Habana.

40. Título IV, sección 1, artículo 24. Uno de los primeros actos del gobierno revolucionario fue modificar este epígrafe de la Constitución (7 de febrero de 1959).

41. Guevara, *Escritos y discursos*, vol. II, p. 353.

42. Merle, *op. cit.*, p. 344. La carta está fechada el 1 de marzo de 1954. Ya se ha citado previamente en la presente obra. Castro critica en ella *Napoléon, le Petit*, de Víctor Hugo.

43. Carlos Rafael Rodríguez, *La Revolución Cubana y el período de transición*, Universidad de La Habana, 1966. Son lecciones mimeografiadas de Rodríguez en las que no figura el nombre de su autor. (Universidad de La Habana, publicaciones F-1810 y F-1815.) Fue publicado como libro en el año 1979 en La Habana.

44. Entrevista del autor con Luis Más Martín el 17 de enero de 1973.

45. Hoy, 11 de setiembre de 1948.

46. Más Martín había sido encarcelado tras la huelga del 9 de abril.

## 12. «Sí que es la Revolución»

1. Camilo Cienfuegos (1932-1959) fue uno de los últimos hombres aceptados en la expedición del *Granma*. Era uno de los más arrolladores oficiales de Castro y, tras la victoria, muy probablemente el más popular después de Fidel. En 1959 fue enviado a la provincia de Camagüey para arrestar a Hubert Matos, el líder anticomunista de la zona. El avión en que regresaba a La Habana desapareció sobre el mar. Cada año, el mismo día de su desaparición, los cubanos se dirigen a orillas del mar y, desde allí, arrojan flotes a su memoria.

2. Las órdenes de Castro eran que llevara sus tropas hasta Pinar del Río, la provincia más occidental de Cuba, tal como había hecho el general Antonio Maceo durante la guerra contra España. Posteriormente se ordenó a Cienfuegos que permaneciera en Las Villas, y allí estaba cuando Batista huyó de Cuba.

3. Pueden consultarse sus largos informes en Guevara, *Escritos y discursos*, vol. II, pp. 275-283, y en el panfleto sin fecha que lleva por título *Cienfuegos, héroe del pueblo*, La Habana, pp. 7-17.

4. Carlos Rafael Rodríguez al autor, 27 de setiembre de 1972. Rodríguez abandonó la Sierra el 18 de agosto de 1958 y Che Guevara le acompañó hasta donde podía hacerlo con seguridad, Rodríguez cuenta que, a finales de agosto, al concluir su misión, regresó a la Sierra. Pensaba que iba a encontrar al Che en las montañas, pero la columna de este último ya había abandonado la Sierra.

5. *Ibid.* Camagüey está situada entre las provincias de Oriente y Las Villas. Desde entonces, la vieja provincia de Camagüey fue dividida en varias provincias.

6. Guevara, *Escritos y discursos*, vol. II, p. 281.

7. El Segundo Frente del Escambray inició sus operaciones en noviembre de 1957. En febrero de 1958, Castro les dirigió el siguiente mensaje: «Hemos dado instrucciones al Movimiento 26 de Julio de que les facilite toda la ayuda posible». Además les invitó a unírsele en la Sierra en la eventualidad de que no consiguieran consolidar el frente en el Escambray. (Citado en *Bohemia*, 6 de marzo de 1960).

8. Guevara, *Escritos y discursos*, vol. II, p. 286.

9. Faure Chaumón, «Cuando el Che llegó al Escambray», *Verde Olivo*, La Habana, 12 de diciembre de 1965. Chaumón era en 1958 secretario general del Directorio Revolucionario.

10. *Ibid.*

11. *Ibid.* Las fuerzas invasoras al mando del Che incluían a varios destacados miembros del PSP: Armando Acosta (actualmente comandante y miembro del comité central del Partido Comunista de Cuba), Ángel Frías (que alcanzaría el grado de comandante), Pablo Revuelta (capitán y responsable de la escuela montada por el Che en Caballete, Escambray) y Wilfredo Cabrera. Posteriormente, otros comunistas se unieron al Che en Escambray: Cidroc Ramos, Guillermo Arrastía Fundora, José Galbán del Río, Ignacio Pérez Rivas, Fausto Rodríguez, Iran Pratts y otros varios. El transmisor de 1.000 vatios utilizado por la columna del Che fue construido por Pratts en La Habana y trasladado hasta el Escambray por el propio Pratts y Fausto Rodríguez.

12. Comandante William Gálvez en *Granma*, 31 de diciembre de 1974, p. 33 de un suplemento especial dedicado a Camilo Cienfuegos. Gálvez fue uno de los oficiales de Cienfuegos durante la invasión. Véase también William Gálvez, *Camilo, Señor de la Vanguardia*, La Habana, 1979.

13. Citado en Gabriel Pérez Tarrau, *Camilo Cienfuegos. Cronología de un héroe*, La Habana, 1968, p. 43.

14. Félix Torres al autor, 10 de mayo de 1966. La entrevista

tuvo lugar en Camagüey. Antes de la revolución, Torres había sido secretario general de la Federación Campesina de Las Villas, y miembro del buró provincial del PSP.

15. William Gálvez, *op. cit.*, pp. 36 y ss.

16. *Ibid.*, p. 41. Estaban presentes Félix Torres; Wifredo Vélez Lázquez, del comité provincial del PSP; Víctor Paneque (comandante Diego), jefe de acciones del M-26-7 en Las Villas; y el capitán Regino Machado, miembro asimismo del grupo M-26-7 en Las Villas. Paneque y Machado desertarían posteriormente de la Revolución.

17. William Gálvez, *op. cit.*, p. 44. Nogueras fue nombrado oficialmente por Cienfuegos el 16 de noviembre.

18. Gabriel Pérez Tarrau, *op. cit.*, p. 52.

19. Citado en *Ibid.*, p. 51.

20. Comenzó el 21 de diciembre, en presencia de tres mil trabajadores azucareros. Una resolución de la conferencia destituyó a todos los altos funcionarios sindicales de la Unión de Trabajadores del Azúcar y facultó a los obreros para elegir nuevos representantes de la misma en todos los territorios liberados.

21. Carlos Rafael Rodríguez, *La Revolución Cubana...*, *op. cit.*, página 31.

22. Las siguientes anécdotas me fueron contadas por Raúl Gutiérrez Serrano, antiguo propietario de una de las principales agencias publicitarias de La Habana.

23. Luis Más Martín al autor, 13 de abril de 1974. Tras ser puesto en libertad, Más Martín llegaría a la Sierra varios meses después de haber estallado la huelga del 9 de abril de 1958. Alcanzó el grado de capitán dentro del ejército revolucionario.

24. *Ibid.*

25. *Ibid.*

26. *Instrucción Política FAR*, libro II, La Habana, 1969, página 257. La batalla comenzó el 20 de noviembre.

27. Carlos Rafael Rodríguez, *La Revolución Cubana...*, p. 32.

28. *Ibid.*

29. Fidel Castro, discurso pronunciado en Santiago de Cuba el 2 de enero de 1959. Para el texto, véase *Cuadernos de Historia Habanera*, núm. 66, La Habana, 1959, publicado por la oficina del historiador de La Habana.

30. *Ibid.*, p. 81.

31. «Fidel en Radio Rebelde», *Granma*, 8 de marzo de 1973, suplemento especial, p. 29.

32. Discurso de Castro en Santiago de Cuba, 2 de enero de 1959. *Cuadernos...*, *op. cit.*, p. 84. El mensaje estaba dirigido al coronel Rubido.

33. En cuanto al llamamiento huelguístico, cf. Bonachea y Val-

dés, *op. cit.*, p. 448. Citado en *Revolución*, La Habana, 26 de julio de 1962, p. 8.

34. Discurso de Castro en Santiago de Cuba, 2 de enero de 1959. *Cuadernos...*, *op. cit.*, p. 90. Castro dijo de Piedra que «ha sido hasta hoy presidente de un Tribunal Supremo de Justicia donde no había justicia de ninguna clase».

35. *Ibid.*, p. 90.

36. *Ibid.*, p. 76. El 33 hacía referencia a la caída de la dictadura machadista y su sustitución temporal por un gobierno revolucionario. El 44 hacía referencia a la elección de Grau San Martín como presidente de Cuba.

37. *Ibid.*, p. 91.

Esta obra, publicada por  
EDICIONES GRIJALBO, S. A.,  
terminóse de imprimir en los talleres de  
Límpiergraf, de Ripollet (Barcelona)  
el día 23 de febrero  
de 1984